

"Un vertiginoso thriller en el corazón de las tinieblas"

se

GUINEA

SIN REFUGIO

SIN SALIDA

SIN ALIENTO

FERNANDO
GAMBOA

Lectulandia

Blanca Idoia, una antropóloga vitoriana llegada al continente africano de la mano de UNICEF, es detenida arbitrariamente en un control de carreteras y condenada a muerte en una parodia de juicio por militares ecuatoguineanos. Huyendo de manera milagrosa, se verá empujada a iniciar una desesperada huida a través de la selva ayudada por los nativos y, sobre todo, por Gabriel Biné; un guineano prófugo como ella, que se convertirá en su ángel de la guarda, su amigo, su amante... y su némesis.

Mirando a través de los ojos de Blanca, sintiendo los latidos de su corazón, el lector descubrirá asombrado a cada página el horror y la maravilla más extremos, hasta el punto que nunca volverá a ver África como lo ha visto antes.

Con Guinea entrará en una cárcel africana, atravesará la jungla tratando de sobrevivir a sus innumerables peligros, enfermedades y animales salvajes, se encontrará con una de las razas más misteriosas del mundo, se enfrentará a la muerte cara a cara, y luchará por un pueblo y un hombre, hasta cruzar todos los límites de la cordura en un final inolvidable.

Fernando Gamboa González

Guinea

ePub r1.0

Titivillus 07.12.2019

Título original: *Guinea*
Fernando Gamboa González, 2008

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta

Guinea

El encuentro

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

48

49

50

51

52

53

54

55

56

57

58

59

60

61

El olvido

NOTA DEL AUTOR

Mapa

AGRADECIMIENTOS

Sobre el autor

*A los africanos en general
Al pueblo ecuatoguineano en particular*

Escribir para el incendio, para que algo ocurra,
para que la conciencia no se extinga,
para que el mal no se extienda,
para que no quede impune,
que no se repita.

Alfonso Armada,
Cuadernos africanos.

www.fernandogamboaescritor.com
www.facebook.com/Guinea

Fernando Gamboa en:

Twitter

Facebook

El encuentro

Conocí a Blanca Idoia una calurosa noche de agosto. Éramos dos extraños en el bar de un marchito hotel que había visto tiempos mejores. Yo estaba de paso y ella había venido a tomarse una copa. En un arrinconado tocadiscos Julie London susurraba «Cry me a river» con la melancolía agarrada a la garganta. Me acerqué a la barra y la invité a otro de lo que estuviera tomando, pero apenas se giró y me insinuó una inclinación de cabeza, y siguió con la mirada perdida en las botellas de las estanterías. Observando su reflejo con disimulo en el espejo que ambos teníamos enfrente, descubrí que se trataba una mujer joven y atractiva, de pelo rubio cortado a la altura de los hombros y unos ojos castaños que emanaban un dolor extraño y lejano, y que parecían buscar algo más allá de las paredes de aquel bar. Estábamos sentados en sendos taburetes a escasamente dos palmos el uno del otro, pero en realidad ella deambulaba muy lejos en el tiempo y la memoria. Me sentía como un naufrago que ve alejarse una vela hacia el horizonte.

Resignado, apuré mi cerveza ante la mirada compasiva del camarero, dejé un par de billetes sobre la barra y, en silencio, me levanté de mi asiento.

—Gracias por la copa —murmuró entonces, con voz cansada.

Sorprendido, me giré y vi sus ojos en el espejo clavados en mí.

—De nada —repuse, y le ofrecí la mano—. Me llamo Fernando.

Ella giró en su taburete y, tras estudiarme por unos segundos con el mismo hastío que parecía impregnar cada una de sus acciones, estrechó mi mano con indiferencia.

—Yo soy Blanca —se presentó y, como si de un ritual a completar se tratara, me preguntó de dónde era.

—De Barcelona —contesté.

—¿Y qué te trae por aquí?

—Yo iba a hacerte la misma pregunta.

Guardó silencio parpadeando un par de veces, amagando con dejar ahí la conversación.

—Soy escritor —claudiqué, pues temí que me diera la espalda de nuevo—. He venido a buscar ideas para una nueva novela.

—¿Escritor? —repitió con súbito interés.

—Pues... sí.

—Un novelista en busca de su novela —masculló. Se giró de nuevo hacia la barra esbozando una sonrisa amarga, y se llevó el vaso a la boca—. ¿Te gustaría escuchar una buena historia, una historia auténtica, para tu libro?

—Claro —afirmé sinceramente, acomodando el codo en la barra.

—Pues escúchame con atención —dijo, acercando mucho su rostro al mío y bajando la voz—, porque te voy a contar algo que sucedió no hace mucho en el corazón de África. Una verdadera historia de amor, de dolor, de... —Se quedó en silencio, de nuevo con la mirada perdida y la inacabada frase suspendida en el limbo de las palabras que se resisten a ser compartidas—. Una historia real —concluyó al tiempo que me tomó la mano— que a veces no parece serlo. Voy a contarte mi historia.

Y Blanca me contó su historia. La más extraordinaria que he oído jamás.

Yo me he limitado a transcribirla palabra por palabra, tal y como ella me la narró. Tan solo he sido el simple e hipnotizado taquígrafo de este increíble relato. Soy un eslabón; usted, cuando llegue a la última página de este libro, del mismo modo se convertirá en otro eslabón de esta cadena. Un paso más de un arduo camino que solo el tiempo revelará dónde nos acaba llevando.

1

—¡Doña Margarita! ¡Ya estoy de vuelta! —exclamé mientras abría la puerta de madera pintada de azul cielo.

—¿Doña Margarita? —inquirí, al no escuchar la acostumbrada bienvenida.

Dejé mi pequeña mochila en el suelo y me asomé a la cocina, confiada en encontrarla, como cada día, enfrascada en sus guisos y fritangas de pescado.

—¿Doña Margarita? —pregunté de nuevo, algo más intrigada al no encontrarla allí por primera vez en casi dos meses—. ¿Dónde está?

Me asomé al retrete, que estaba apartado unos metros de la casa. Allí solo encontré a la peluda tarántula que, como de costumbre, decoraba la blanca pared y a la que familiarmente había bautizado como Matilde. Luego miré en el pequeño huerto de la parte de atrás y regresé a la casa. Entré en la única estancia en la que no había mirado.

Allí estaba, en penumbras, desmadejada sobre la cama, con su viejo camisón de dormir pegado al cuerpo por el sudor, el cual también se había extendido como una mancha por las sábanas.

Alarmada, abrí la ventana. Las miles de gotitas de sudor que perlaban su piel oscura reflejaron la luz de la tarde. Los ojos de la mujer se entreabrieron en un esfuerzo sobrehumano para un cuerpo tan delgado y cansado de demasiados años difíciles.

—Blanca... —apenas logró articular.

—Sí, doña Margarita. Aquí estoy. —Le tomé la mano y traté de mantener la calma—. ¿Qué le sucede?

La anciana esbozó una sonrisa, pero el dolor le impidió terminar el gesto.

—Me muero —gimoteó.

—¡De ningún modo! ¡No diga eso! —protesté sin pensar—. Enseguida la subo al *jeep* y la llevo al hospital de Malabo.

Le puse la mano en la frente para comprobar la temperatura y tuve que morderme el labio para no componer una mueca de horror al advertir que estaba ardiendo de fiebre.

—Está sufriendo un ataque de malaria. Le bajaré la temperatura en la ducha y luego nos vamos corriendo al hospital.

La tomé en brazos, sorprendiéndome de su ligereza. Era como cargar una niña. Siempre la había visto muy flaca, pero al percibir bajo su camisón el tacto de su columna y sus costillas sobresaliendo de la piel, fui consciente de lo enfermizo de su delgadez.

—No se preocupe doña Margarita, se va a poner bien —me decía a mi misma más que a ella, mientras la señora se dejaba llevar como un pajarillo agonizante.

La metí en la ducha y, estúpidamente, giré la llave del agua. Hacía décadas que no había agua corriente en el país, y menos allí, en un pequeño pueblo de pescadores. Dejé a la señora sentada en el suelo de la ducha y con la espalda apoyada en la pared, casi incapaz de mantenerse erguida. Me acerqué al enorme bidón de plástico azul donde almacenábamos el agua. Tomé un pequeño barreño del suelo, lo llené de agua y empecé a dejarla caer delicadamente sobre su cabeza y su cuerpo intentando inútilmente hacer descender algún grado de fiebre.

La pobre mujer emitía débiles quejidos, pero era incapaz de articular palabra alguna o realizar el menor movimiento. Se dejaba hacer, quizá consciente de que su vida ya no se hallaba en sus manos.

No sabría decir cuánto tiempo estuvimos así: ella derrumbada en el suelo de la ducha y yo tratando de refrescarla desesperadamente bajo la tenue luz de un quinqué colgado de una también superflua lámpara de pared, pues hacía mucho que allí tampoco llegaba la luz eléctrica. Finalmente, viendo que no conseguía nada con aquel patético barreño de agua tibia, le puse una bata encima y decidí llevarla al hospital de Malabo, que se encontraba a un par de horas de distancia por una infame carretera.

La cargué como pude en el asiento trasero del Defender blanco, cuya portezuela ostentaba la pegatina azul de UNICEF, y apreté el acelerador, sabedora de que cada minuto que perdiera en la carretera podía ser vital para la supervivencia de la agonizante mujer. Tomé la carretera que parte desde Luba y que bordea la costa oeste de la isla. El sol ya se hundía en las aguas del golfo de Guinea y a lo lejos se intuían las luces de las innumerables plataformas petrolíferas que habían brotado como humeantes setas marinas en los últimos años.

La carretera era extremadamente solitaria y las luces del vehículo se hacían cada vez más imprescindibles para seguir la sinuosa carretera o esquivar algún animal que hubiera decidido dormir en medio de la misma.

Los neumáticos del todoterreno chirriaban en las curvas asfaltadas, y en las que no, derrapaban peligrosamente; un par de veces estuve a punto de salirme de la carretera. Y la anciana hacía rato que había dejado de lamentarse, lo que no sabía si era una buena señal.

De pronto, vi la luz de una linterna a un lado de la carretera apuntándome directamente y los faros del auto descubrieron un tronco cruzado en mitad de la calzada. Rápidamente intuí que era un asalto, un control militar o ambas cosas al mismo tiempo, cosa que solía ser lo habitual.

Frené el vehículo junto a la luz que no dejaba de deslumbrarme, consciente que ni con el todoterreno habría sido capaz de salvar el tronco.

—¡Déjenme pasar! —grité desde la ventanilla—. ¡Llevo a una señora muy enferma!

La persona que manejaba la linterna no contestó, se limitó a enfocar al interior del vehículo, donde doña Margarita temblaba encogida en el asiento.

—Documentación —dijo una voz autoritaria sin identificarse, pero que adiviné como la de un militar o un policía.

—¡Por favor! —insistí—. ¡No hay tiempo para eso! ¿No ve que la señora se está muriendo?

—Documentación —repitió la voz, esta vez en un tono más apremiante.

—¡Joder! ¡Me cago en la puta! ¡Aquí tiene mi jodida documentación! —Y al realizar el gesto maquinal de ir a abrir la mochila que siempre dejaba en el asiento de al lado, descubrí con un vuelco al corazón que esta aún debía de estar junto a la entrada de la casa, donde la había dejado al llegar.

Miré hacia la luz y, consciente de la vida que estaba en mis manos, decidí rebajar mi tono y tratar de salir de allí lo antes posible.

—Discúlpeme, al salir corriendo para ir al hospital he debido de dejarme el pasaporte y los permisos en casa. No los tengo aquí.

—Bájese del vehículo —fue la áspera respuesta que obtuve.

—Vamos a ver... —murmuré sin abrir aún la puerta del coche, tratando de solucionar aquella situación como fuera—. Sé que debería llevar toda la documentación conmigo y les pido disculpas por mi error, pero he de llegar al hospital de Malabo urgentemente; si no, esta señora morirá. Si quiere puedo dejarle mi reloj en garantía de que luego regresaré y le traeré todo lo que me pida; es un buen reloj, de más de cien euros —dije al tiempo que me quitaba el reloj de la muñeca y se lo alargaba a través de la ventanilla.

Una mano me lo arrancó bruscamente de entre los dedos y lo enfocó con la linterna, revelando el extremo de una manga de color verde militar. Y de nuevo, la luz me volvió a enfocar directamente a los ojos.

—¿Española? —preguntó la voz, casi como si fuera un insulto.

—Sí, española. Trabajo para la UNICEF realizando un estudio de campo sobre...

—Ya —me interrumpió—. Española. ¿Y adónde ha dicho que se dirige?

—¡Al hospital de Malabo! ¡Ya se lo he dicho antes! —repuse sin poder contener la impaciencia.

El hombre de la linterna enfocó otra vez al asiento de atrás, luego al maletero, a las siglas del costado del *jeep*, y de nuevo a mis ojos.

—Está bien —dijo con un tono en el que intuí un deje de burla—. Bájese del vehículo.

—Pero... —repliqué, confusa— el reloj...

—Lo guardaremos como prueba —contestó sin disimular una risotada—. Ahora baje del auto o la bajaré yo mismo.

—Pero ¿de qué me acusa? ¿Por qué? ¿No ve que la señora necesita ayuda urgente?

En ese momento la puerta del vehículo se abrió violentamente. Un par de fuertes manos me arrancaron del asiento por el brazo y el pelo, y me lanzaron al suelo sin ningún miramiento.

Me golpeé con la puerta. Noté como un hilillo de sangre caliente brotaba de mi frente mientras, tirada en el pavimento, no podía creer lo que estaba pasando.

—¡Escúchenme! —alegué desesperadamente—. ¡No saben ustedes lo que están haciendo! ¡Soy una representante de la UNICEF y ciudadana española! ¡Si me lastiman o me retienen ilegalmente, sus superiores les cortarán los huevos! ¿Entienden lo que les digo?

No sé si lo entendieron, pero la respuesta llegó en forma de carcajadas procedentes de varios hombres que no se hallaban a la vista. Inesperadamente, surgida de la nada, una bota militar me golpeó brutalmente desde las sombras en un costado de la cabeza y perdí el conocimiento.

2

No recuerdo muy bien el momento en que abrí los ojos. Sé que había una pequeñísima ventana enrejada por la que se filtraba un timorato rayo de luz que se estampaba contra la sucia pared, como si también hubiera llegado a aquel sitio sin saber muy bien cómo y, igual que yo, ya no pudiera escapar.

Estaba en una celda. Una celda apestosa, húmeda, oscura y calurosa. Sería más exacto describirla simplemente como claustrofóbica. El pequeño habitáculo apenas me habría permitido tumbarme en el suelo y abrir los brazos sin tocar las paredes, unas paredes ennegrecidas por el moho en las que se apreciaba, al acercar la vista, el rastro de cientos de inscripciones, súplicas y quizá alguna despedida. Estaban escritas unas sobre otras; tal vez hubieran utilizado incluso las propias uñas. El hedor a heces y orines se superponía al del sudor, el cual a su vez se sumaba al de la humedad, haciendo de cada bocanada de aire una experiencia repugnante.

Lo que también recuerdo perfectamente es el dolor de cabeza. Un fortísimo dolor se concentraba en el punto en que aquella bota había impactado con mi cráneo... ¿cuándo, el día anterior? No tenía la menor idea de cuánto llevaba en aquel lugar. En realidad, no sabía nada de nada. Ni dónde estaba, ni por qué estaba allí encerrada, ni mucho menos lo que le había sucedido a doña Margarita. Recuerdo haberme incorporado apoyándome en las mugrientas paredes y haber gritado a la puerta metálica, y cómo el cerebro pareció estallarme al oír el eco de mi propia voz dentro de mi cabeza. Me recuerdo a mí misma golpeando inútilmente aquella oxidada puerta, dándole patadas con los pies descalzos, maldiciendo aquel trozo de hierro como si hubiera sido el directo responsable de aquella situación. Recuerdo el dolor. Recuerdo la desesperación. Sin duda, recuerdo más de lo que desearía.

Finalmente, me rendí al cansancio y a la evidencia de que, o nadie me oía, o a nadie le importaba lo que hiciera o dejara de hacer.

Desde la oscuridad de mi celda, trataba de prestar atención a cada ruido que se producía en el exterior, como si ello me confirmase que había alguien

ahí fuera, y de algún modo, alimentaba la absurda esperanza de que se acordaran de mí. Durante las primeras horas de cautiverio no dejaba de animarme a mí misma imaginando que, en cualquier momento, se abriría aquella puerta metálica y aparecería un tipo trajeado pidiéndome disculpas por el malentendido, asegurándome entre reverencias que me podía ir cuando gustase. Desgraciadamente, esa ilusión iba perdiendo terreno a cada hora que pasaba entre aquellas sucias paredes; llevaba ya el suficiente tiempo en Guinea Ecuatorial para saber cómo funcionaban las cosas en este desgraciado país. Pero no quería pensar en ello, pues si lo hacía caía en un estado de ansiedad y miedo tal que me temblaba todo el cuerpo y me asaltaban unas incontenibles ganas de vomitar.

Hacía ya unas cuantas semanas que había aterrizado en la recién estrenada terminal del aeropuerto de Malabo. Lo primero que vino a recibirme a la escalerilla del avión fue una ráfaga de aire caliente que, tras haber dejado Vitoria horas antes bajo un antipático cielo encapotado, se me antojó una bienvenida al paraíso.

Con el paso de los días descubrí que aquella primera bocanada de aire cálido, en realidad, provenía directamente del infierno.

En la opresiva celda, donde el tiempo parecía detenerse —un par de veces eché un vistazo de forma inconsciente a mi muñeca izquierda, donde ahora solo había una franja de piel blanquecina— rememoré a mis padres mientras me despedían en el aeropuerto, abrazándome y rogándome al oído que tuviera mucho cuidado.

«Tranquilos —les respondí—. En Malabo me estará esperando un funcionario de UNICEF y tendré su apoyo mientras esté allí. Solo voy a hacer un estudio sobre la población infantil en el área rural, y tengo un salvoconducto del gobierno guineano. ¿Qué me podría pasar?».

Casi se me escapa una áspera carcajada al acordarme de aquello.

Mientras resucitaba aquel instante, percibí que en el exterior estaba aumentando la actividad. Por los ecos de algunas voces que me llegaban, deduje que al otro lado de la minúscula ventana había una especie de patio. En él, algunos hombres daban voces imperativas mientras otras personas gemían y suplicaban clemencia en perfecto castellano. Debía de estar confinada en algún tipo de comisaría o recinto militar, y aquellos seguramente eran, como yo, hombres y mujeres reclusos. Quizá, también como yo, habían sido detenidos arbitrariamente y los habían traído a...

La puerta se abrió.

Protestando sobre sus goznes, la pesada puerta de hierro pareció bostezar hasta toparse con la pared de su derecha. Un rectángulo de difusa claridad me permitió entrever el perfil de un hombre bajo, gordo y tocado con lo que parecía una gorra militar.

Desconcertada, di un paso atrás. Llevaba horas deseando que se abriera aquella puerta pero, de pronto, sentí miedo, mucho miedo. Como un animal asustado en su madriguera, no quería salir de aquella celda, por muy repugnante que me resultara. Me fui contra la pared del fondo, tratando de que allí no me viera aquella sombría silueta en la que flameaban dos ojos amarillentos.

—Traedla —ordenó con voz ronca y autoritaria.

Entonces el hombre gordo se dio la vuelta y escapó de mi vista. Inmediatamente irrumpieron dos soldados más jóvenes que, sin ningún miramiento, me ataron las manos a la espalda con una brida de plástico, me agarraron cada uno de un brazo y me arrastraron por el suelo hasta sacarme de la celda. En lugar de darme la oportunidad de ponerme en pie, prefirieron llevarme por el suelo como si fuera un peso muerto, cosa que me produjo un dolor terrible en los codos, los hombros, los pies y el cuello.

—¡Por favor! —grité—. ¡Dejad que me levante, os lo suplico! ¡Me estáis haciendo mucho daño!

La única respuesta fue una risita malévola de ambos.

Al llegar al final del pasillo cruzamos una nueva puerta. Junto a ella, otro soldado, sentado en una silla, me dedicó una mirada que quise imaginar que era de compasión, aunque seguramente no era más que indiferencia. Al atravesar esta última puerta llegamos al patio que había imaginado. Estaba rodeado de muros altos y alambradas, y unos pequeños focos iluminaban desde lo alto una escena que, al principio, desde mi posición, con la cabeza torcida a un par de palmos sobre el suelo, fui incapaz de comprender; o quizá, simplemente, mi mente se negó a aceptarla. Varios soldados habían formado una especie de corrillo y jaleaban hacia el centro del mismo, donde dos cuerpos parecían luchar en el suelo. Hasta que no me llegó el aterrado grito de una mujer no comprendí lo que en realidad estaba viendo.

No pude evitar que se me escapara un grito de horror.

Acto seguido, uno de los soldados que me arrastraba descubrió que estaba mirando y agachó la cara hasta ponerla a mi altura, riendo lascivamente y mostrando una amarillenta hilera de sucios dientes.

—¿Te gusta, puta? Vamos a verlo más de cerca.

Mi temor se convirtió en pánico absoluto. Desesperadamente, traté de zafarme de aquellos dos hombres, revolviéndome en un inútil esfuerzo por ponerme en pie. Entonces, el soldado que me llevaba del brazo izquierdo, sin pensarlo dos veces, me dio una patada en la boca del estómago que me hizo vomitar bilis amarga.

Cruzamos el patio y el corro de ululantes soldados se apartó para que pudiera contemplar la terrible escena en primera fila. Colgada de los brazos de mis captores, me encontré frente a frente con el aterrorizado rostro de la mujer que estaba siendo violada. Un escalofrío me recorrió la columna al descubrir que la presunta mujer no era más que una pobre chiquilla de catorce o quince años. Los ojos parecían estar a punto de salirse de las órbitas de puro miedo. Gritos suplicantes salían de su boca ensangrentada. Yo ni siquiera era capaz de sostener su mirada perdida y apartaba la vista de su indecible sufrimiento, mientras la forzaban brutalmente una y otra vez, desnuda, tirada en el sucio cemento del patio como una muñeca de trapo rota a manos de unos monstruos que no cesaban de patearla entre insultos y escupitajos. La habían mutilado cortándole parte de las orejas, marcándola como a una res, y en sus pechos pude ver pequeñas heridas abiertas alrededor de los pezones con la misma forma que habrían dejado unos dientes al morder la carne. Pero lo peor de todo, el indescriptible acto de inhumanidad que me acompañará el resto de mis noches de pesadillas, sucedió cuando uno de los que esperaban su turno para violarla sacó de su bolsillo trasero un vulgar tenedor, se agachó y, sin preámbulos, lo clavó salvajemente en la vagina de la muchacha, que gritó de dolor como nunca había oído antes gritar a nadie, entre las sádicas risas de sus violadores.

Yo también quise gritar, pero ningún sonido salió de mi garganta. Cerré los párpados con todas mis fuerzas, queriendo huir de aquella cacofonía de inhumanos alaridos de dolor y locura; pero aquellos horrendos aullidos taladraron mis tímpanos hasta lo más profundo de mi memoria, y los ojos de la desdichada, desquiciados por el dolor, se marcaron a fuego en mi retina como cicatrices que nunca desaparecerán.

Aunque estaba segura de ello, yo no fui la siguiente. Oí a los soldados discutir entre ellos acerca de lo que debían hacer conmigo, hasta que uno de los que me llevaba presa zanjó el asunto, aclarando que el capitán me estaba esperando en la sala de interrogatorios y que luego ya tendrían tiempo para disfrutar conmigo. De nuevo me vi arrastrada por el patio como un animal muerto. Después, alguien abrió una nueva puerta. Entramos en una

dependencia de la que solo fui capaz de ver el suelo que se deslizaba frente a mi cara. Los dos soldados me levantaron en vilo para dejarme caer sobre una silla de madera clavada al suelo.

Vi que los dedos de mis pies descalzos sangraban a causa del violento trajín, y que una de las uñas de mi pie derecho había desaparecido y había sido sustituida por una superficie carnosa y sangrante. Me dolían terriblemente, quería apartar la vista de ellos, pero la patada que me habían propinado me había dejado sin aliento y era incapaz siquiera de levantar la cabeza.

Aún cabizbaja, oí como los soldados se retiraban y me dejaban sola en aquella habitación.

Si no hubiera estado sobrepasada por el dolor, quizá me habría alegrado al pensar que, al menos, todavía no iban a violarme.

Pasaron unos minutos y la puerta volvió a abrirse. Esta vez, un solo par de zapatos entró en la habitación. Oí como daban parsimoniosamente una vuelta alrededor de mí y los vi detenerse justo frente a mí. Los relucientes zapatos negros contrastaban con mis pies desnudos, sucios y cubiertos de sangre.

—Señorita Idoia —dijo la voz tosca del hombre que había ordenado que me llevaran allí—. Blanca Idoia.

Como pude, levanté la vista. Un inesperado destello de esperanza irrumpió en mi pecho al oír decir mi nombre.

—¡Sí! ¡Soy yo! —exclamé atropelladamente—. Soy una trabajadora de UNICEF, tengo un salvoconducto, soy española, se están equivocando de persona, yo solo llevaba a una señora al hospital, yo...

—¡Cállese!

—Pero...

—¡Le he dicho que se calle! —repitió, levantándome la barbilla bruscamente—. Usted solo hablará cuando yo se lo diga... si no quiere acabar como la mujer del patio.

El hombre me soltó la cara con un gesto de desprecio y fue a sentarse ante una mesa de madera, justo frente a mí. Apenas conseguía mantener la cabeza erguida, pero pude distinguir a un militar de unos cincuenta años con una fea cicatriz en su mejilla izquierda que le atravesaba la cara desde el ojo hasta la mandíbula. Aparentaba leer algún documento que tenía sobre la mesa. Después de casi diez minutos de un insoportable silencio solo roto por los gritos de la desgraciada mujer que estaba siendo violada, el militar quedó satisfecho. Entonces levantó la mirada y pareció reparar en que yo aún estaba allí.

—¿Qué hacía usted viajando sola, de noche, por una carretera restringida?

—¿Qué dice? No iba sola. Llevaba al hospital a la señora que me da alojamiento. Ahí debe constar, en ese informe que tiene delante.

—El informe no menciona que viajara nadie más en el vehículo —dijo, extendiendo las hojas sobre la mesa.

—¡Pero es cierto! ¡Doña Margarita iba tumbada en el asiento trasero temblando de fiebre!

—¿Me está llamando mentiroso? —preguntó con voz helada.

—No, no es eso... Quizá le han dado mal el informe...

—¿Entonces está llamando mentirosos a mis soldados?

—¡No estoy llamando mentiroso a nadie! ¡Solo le estoy diciendo la verdad!

—Para averiguar la verdad, señorita Idoia, es para lo que estamos aquí. Así que dígame: ¿Por qué viajaba sola, de noche, por una carretera restringida?

Temí por la suerte de doña Margarita. Pero, en ese momento, era yo quien estaba atada de manos en una sala de interrogatorios. Por ella ya no podía hacer nada, fuera lo que fuese lo que le había sucedido.

—¿Está pensando qué respuesta va a inventarse? —murmuró, sacándome de mis divagaciones.

—¿Qué? ¡No! ¡Le diré todo lo que quiera! ¡No tengo nada que ocultar!

—¿Está segura?

—¡Claro! Ya le he dicho que estoy en su país realizando un estudio para UNICEF. ¡No he hecho nada ilegal!

—Pues si no tiene nada que ocultar, ¿por qué viaja de noche y sin documentación?

—Por Dios... Ya le he explicado que llevaba a una señora muy enferma al hospital de Malabo, y la mochila donde llevo la documentación, con las prisas, se me olvidó en la casa de la señora.

El militar ojeó de nuevo el informe de su mesa.

—Ya —murmuró sin levantar la vista—. Un olvido muy conveniente.

—¿Qué quiere decir? ¡Es la verdad!

—¿La verdad? Entonces, explíqueme por qué ocultaba en su coche propaganda subversiva contra el gobierno de Guinea Ecuatorial.

—¿Propaganda subversiva? Pero ¿de qué coño habla?

Con toda la tranquilidad del mundo, el militar se levantó de su silla, rodeó la mesa, se situó frente a mí y con todas sus fuerzas me golpeó en la cara con

el revés de su enorme manaza. Me pareció que me había arrancado la cabeza de cuajo.

Me quedé noqueada durante un rato, incapaz de aceptar lo que estaba sucediendo.

—Bien, señorita Idoia —volvió a hablar aquella voz, pero ya muy lejana y mezclada con un zumbido—. Ahora que hemos establecido unas normas de respeto a la autoridad, le volveré a hacer la misma pregunta. ¿A quién llevaba esa propaganda? ¿Quién es su contacto?

—Le juro —balbucí, con el labio roto y sangrante— que no sé de qué propaganda me habla...

Esta vez, el puñetazo llegó del lado contrario, directo a la mandíbula. Creí que me la había roto al sentir el horrible crujido de huesos que acompañó al estallido de dolor.

—Mentir no la va a ayudar, y yo me puedo pasar así todo el día.

Traté de abrir la boca para responderle, pero el dolor fue tan intenso que solo pude susurrar entre dientes.

—Yo... no...

Entonces me agarró del pelo, me echó brutalmente la cabeza hacia atrás y puso frente a mi vista mi viejo diario personal, el mismo que había traído a Guinea Ecuatorial y que creía haber perdido hacía unas semanas.

—¿Niega acaso que este cuaderno es suyo? Le recuerdo que lleva escrito su nombre en la tapa.

—¿Dónde...? —mascullé desconcertada.

—¿Dónde estaba? Pues debajo del asiento del copiloto, justo donde usted lo había escondido.

Los repetidos golpes en la cabeza tienen una virtud: impiden pensar con claridad. De no ser por ello me habría vuelto loca en ese mismo instante, convencida de que estaba inmersa en un sadomasoquista delirio kafkiano.

No sabía qué rebatir primero: si el hecho de que yo no había ocultado nada, o que aquello que catalogaba como propaganda subversiva no era más que mi pequeño diario. Aunque, quizá, negar cualquiera de las absurdas acusaciones solo supondría más golpes y dolor.

—Mi diario... Es solo mi diario...

El militar lo abrió por una página previamente marcada y leyó.

—«... El gobierno es un atajo de patéticos y desgraciados ladrones que roban sin ningún tipo de remordimiento el pan de la boca de los guineanos. Está apoyado en un ejército y una policía de los que lo mejor que se podría decir de ellos es que son unos auténticos hijos de puta sanguinarios que no

responden a ninguna ley ni justicia que no sea la dictada por sus depravados instintos...».

Cerró la libreta de un golpe y me la paseó frente a la cara.

—¿Quiere que siga leyendo?

No sabía qué decir. Estaba aterrorizada. Obviamente, esas eran mis palabras, pero pretender defenderme de cualquier modo solo hubiera supuesto dolor, más dolor como el que se clavaba en cada una de mis terminaciones nerviosas y me mantenía paralizada.

Y simplemente, negué con la cabeza.

—Veo que nos vamos entendiendo... Ahora, explíqueme quién es su contacto.

La cabeza me daba vueltas. No podía pensar. No podía defenderme y no podía confesar nada porque no había nada que confesar.

—Mi diario... —oí que alguien decía a través de mi boca—. No es propaganda... Es mi diario... Yo no he hecho nada...

—Señorita Idoia, me defrauda usted. Pensaba que ya había comprendido su situación, pero veo que me equivocaba. Me obliga a hacer cosas que no le van a gustar...

Esto último sonó terriblemente en boca de aquel brutal hombre.

—Desnúdese.

—No, por favor...

—Entonces dígame lo que quiero oír.

—Pero es verdad... Yo no iba a ver a nadie... No tengo nada que esconder... —Tuve que escupir la sangre que me llenaba la boca—. Se lo juro...

—Está usted acabando con mi paciencia, señorita. Deje de mentir. Alguien que no tiene nada que ocultar no trata de sobornar a un oficial en un control de carretera.

—¿Sobornar? —Caí en la cuenta de a qué se refería al recordar mi vacía muñeca izquierda.

Era una locura, pero desde su macabra lógica, las supuestas pruebas me señalaban como culpable. Mi aturdimiento crecía a cada momento que pasaba.

—Además —dijo el militar, sacándome del marasmo—, en esta libreta está su dirección. Y si no leo mal, aquí dice que usted es del País Vasco, ¿no?

—Sí, de Vitoria —contesté, aún más desorientada por la pregunta, si cabe.

—Como los terroristas de la ETA. ¿Me equivoco?

Ahí me di cuenta de que estaba tratando con un hijo de puta ignorante, que es la peor especie de hijos de puta.

—¿Qué quiere decir con eso? ¿No estará insinuando —pregunté, sacando fuerzas de mi incredulidad— que por ser vasca, soy una terrorista?

—Para mí, es evidente. Es usted una espía de la ETA enviada por el gobierno español para derrocar al gobierno soberano de Guinea Ecuatorial.

En mi vida creí que podría llegar a escuchar algo tan demencial como aquello. En otras circunstancias me habría muerto de la risa ante aquella acusación surrealista, pero tan solo fui capaz de articular tres palabras, de las cuales me arrepentí al instante.

—Está usted loco...

Inevitablemente, un nuevo puñetazo surcó el aire y fue a impactar contra mi estómago, haciéndome caer de la silla entre espasmos de dolor. Entonces, la suela de un zapato me apretó el cuello sin misericordia, asfixiándome y casi haciéndome perder el conocimiento. Con las manos atadas a la espalda no podía hacer nada por liberarme, y pensé que iba a morir allí, en el mugriento suelo de una cárcel guineana, estrangulada por el zapato de un militar que creía que la ETA era el servicio secreto del ejecutivo español.

Pero cuando ya me daba por muerta, inesperadamente, la presión en el cuello desapareció y pude tomar aire de nuevo. Boqueé desesperadamente, casi agradecida a aquel monstruo por el gesto de misericordia.

—Yo —atiné a decir, en cuanto tuve resuello para hablar— confesaré lo que usted quiera... pero no sé qué decir...

El militar acercó su cara a la mía, haciéndome respirar una asquerosa halitosis de carne podrida.

—Por eso no se preocupe, señorita Idoia. Tengo su confesión ya redactada en mi mesa. Solo necesito que la firme.

3

Llamar juicio a los escasos diez minutos en los que me hicieron estar de pie en un sucio cuartucho frente a un tipo con toga sería una broma de mal gusto. Sin abogado defensor, sin derecho a hablar y con una confesión firmada bajo tortura en la que no tenía idea de lo que había escrito en ella, las opciones de quedar exculpada de las demenciales acusaciones de las que era objeto eran más bien escasas.

Atrincherada en un abatido estoicismo, escuchaba como el juez, en su pluriempleo como fiscal, leía el pliego de acusaciones y acto seguido me declaraba culpable de los cargos de incitación a la revuelta, espionaje, agresión —debí lastimarle los puños al militar del interrogatorio—, desacato a la autoridad, intento de soborno y, como broche final, conspiración para asesinar al presidente Teodoro Obiang Nguema. Total, veinte años de prisión sin posibilidad de fianza ni recurso.

Si no hubiera estado tan aturdida y aún en estado de *shock* por los hechos del día anterior, quizá me habría derrumbado allí mismo y suplicado clemencia; pero me hallaba como en una nube. Miraba hacia abajo a una mujer parecida a mí a la que prácticamente habían condenado a muerte. Me daba pena aquella mujer, eso es cierto, pero no asumía ni de lejos que era yo quien posiblemente no volvería de nuevo a mi Vitoria natal y moriría en una infecta cárcel guineana, ya fuera a manos de los guardias, de la malaria o del hambre.

Al menos —divagué—, ya no tenía las manos atadas y podía frotarme la infinidad de magulladuras que marcaban mi cuerpo. La mandíbula, a fin de cuentas, no llegó a romperse, y de nuevo en mi celda me entretuve en limpiar con saliva la sangre seca de mis pies, rodillas y cara. Me encontraba extrañamente tranquila, quizá por saber que la tortura ya había terminado, o porque ya no tenía que preocuparme por nada. La suerte estaba echada y había salido cruz. Ojalá hubiera sido más creyente para poder encomendar mi alma a Dios, pero a esas alturas de la película llevaba demasiadas blasfemias en el haber como para que el amigo de ahí arriba se molestara en echarme un

cable; si es que él mismo no estaba desquitándose personalmente por haber mentado con tanta frecuencia a su familia.

Con la caída de la tarde —lo sabía por ese difuminado rayo de luz que entraba por el ventanuco— comenzó de nuevo la actividad en el patio, y de nuevo la puerta de mi celda se abrió quejumbrosamente. Un par de soldados diferentes a los del día anterior penetraron en ella. Uno de ellos, también como el día anterior, portaba una brida de plástico para esposarme, aunque esta vez tuve los reflejos de juntar las muñecas delante de mí y tratar así de que no me ataran las manos a la espalda. Se miraron entre ellos durante un segundo y, después de sopesar las pocas posibilidades que tenía de escapar, me maniataron por delante y me sacaron al patio.

Allí un grupo de hombres aguardaban en el suelo, sentados. Me vino a la memoria la terrible escena que presencié el día anterior y me quedé petrificada al sospechar que yo podía ser la siguiente. Di un paso atrás, pero los soldados que me custodiaban me empujaron hasta el lugar donde los demás esperaban y me hicieron sentar a mí también. Descubrí en ese momento que todos ellos, como yo, llevaban las manos atadas con las mismas bridas de plástico blancas. Todos éramos prisioneros. La pregunta era: ¿qué hacíamos allí? Un fúnebre silencio envolvía a aquellos veinticinco o treinta hombres, entre los que yo era la única mujer. Había entre ellos algunos ancianos, niños de poco más de catorce años y una mayoría de adultos. Casi todos aparecían cubiertos de sangre seca y miraban al suelo sin atreverse a levantar la vista. Entre todos ellos destacaba uno muy grande y fornido que, desafiante, mantenía la frente alta y no dejaba de mirar a los guardias que nos rodeaban con toda la furia contenida que despedía su único ojo sano, pues el otro estaba tan hinchado que probablemente no veía nada con él.

Al cabo de unos diez minutos, la respuesta a qué hacíamos allí reunidos llegó en forma de camión de transporte militar. Al mismo tiempo, el oficial que me había torturado el día anterior apareció desde una de las puertas laterales del patio. Traté de esconderme como un avestruz cuando pasó por mi lado, aunque ni siquiera pareció reparar en mí.

—¡Subidlos al camión! —ordenó.

Entonces, los guardias nos hicieron levantar a patadas y nos empujaron hasta el vehículo. Por haber llegado la última, fui también casi la última en subir. Detrás de mí se metió el goliath del ojo hinchado. El camión ya estaba lleno y apenas pude encajarme entre el resto de los prisioneros. Me giré para mirar hacia atrás. Los soldados trataron de cerrar la compuerta del camión,

pero era tal la masa humana dentro del mismo que les resultó imposible hacerlo.

—Mi capitán —advirtió uno de los soldados—, está demasiado cargado. No podemos cerrar la puerta.

El capitán (o sea, el cabrón del interrogatorio) se acercó a la parte trasera y, tras haber evaluado la situación, se dirigió al hombretón que estaba justo entre la portezuela y yo.

—A ver, tú —dijo—. Baja un momento del camión.

El musculoso gigante, sin perder la altivez, dio un poderoso salto y fue a caer casi frente a las narices del torturador, que a su lado parecía un enano gordinflón disfrazado de oficial.

Y sin previo aviso, antes de que nadie pudiera percatarse de lo que pasaba, el enano gordinflón sacó su pistola del cinto y le descerrajó un tiro en la frente al prisionero. El hombre cayó de espaldas. La cabeza destrozada desparramó sangre y sesos por el sucio suelo del patio.

—¡Eso le pasa por haber comido tanto! —se burló, aún con la pistola humeante y el rostro salpicado de sangre. El resto de la tropa le rio la gracia como si aquel fuera el mejor chiste que habían oído en su vida.

Yo estaba tan aterrorizada que no pude ni gritar. Ya había averiguado aquella misma mañana que la justicia no existe en Guinea Ecuatorial, pero en aquel momento acababa de ver ante mis ojos cómo una vida humana no tenía el más mínimo valor. Todos los de aquel camión estábamos en las sádicas manos de asesinos que no dudaban en apretar el gatillo por puro capricho. A mi espalda apenas corrió un murmullo de espanto; nadie se atrevió a decir siquiera una palabra, temerosos de llamar la atención.

Finalmente, a empujones, consiguieron cerrar la puerta de madera y el camión arrancó con destino desconocido.

Ya era de noche cuando cruzamos una población grande, que sin duda debía de ser Malabo. Por los espacios que quedaban entre los maderos de la puerta entreveía las luces de las casas, cuya claridad reflejaba de vez en cuando a algún viandante. Tenía ganas de gritar que me ayudaran, que llamaran a la embajada española, lo que fuera. Pero el terror me tenía amordazada y, además, intuía que no lograría nada; como mucho, que al llegar al destino me propinaran una paliza, o algo peor.

Al cabo de unos minutos abandonamos la ciudad y nos internamos por una carretera, quizá —pensé— la misma que conducía al lugar que había sido mi hogar durante los dos meses anteriores.

El camión no dejaba de dar saltos debido al mal estado del pavimento, pero estábamos tan aplastados los unos contra los otros que era imposible que nadie cayese al suelo. El escaso aire que penetraba entre los tablones del camión, caliente y denso, hedía a miedo y apenas permitía respirar. Temía que si el trayecto duraba mucho probablemente acabara desmayándome.

—¿Sabe alguien adónde nos llevan? —pregunté entonces al silencio que me rodeaba.

—A la prisión de Black Beach —contestó alguien, atrás a mi derecha—. Es la única de la isla.

—Creo que no, amigo —dijo otra voz—. Black Beach está saturada. Hace semanas que no meten allí a nadie más.

Y mientras intentaba imaginarme cómo tendría que estar una cárcel africana para que la consideraran saturada, una voz de chiquillo preguntó, temerosa:

—Entonces... ¿adónde nos llevan?

Nadie contestó aquella pregunta, pero oí como alguien le susurraba al muchacho:

—Tranquilo, hijo, tranquilo.

Un pesado silencio invadió a mis compañeros de desgracia que, como corderos resignados camino del matadero, con la cabeza gacha, parecían ensimismados en recuerdos de días más felices; seguramente trataban de evadirse a través de ellos y quizá despedirse de algún modo de los seres queridos que jamás iban a volver a ver. Mientras tanto, encajonada entre todos ellos, yo seguía tan abrumada por la situación que tardé varios minutos en comprender el significado de aquellas últimas palabras: en realidad no nos dirigíamos a la cárcel, sino a un destino más funesto. Pero lo más extraño es que ni siquiera me asusté. Simplemente, me abandoné a la misma apatía desesperada a la que se habían abandonado los reos de aquel camión.

Continuamos dando saltos en silencio durante más de media hora y, ya fuera por el exagerado traqueteo o por la presión de los cuerpos, de repente, como solo sucede en las películas más inverosímiles, la hoja derecha de la puerta de carga, justo la que quedaba frente a mí, rompió sus bisagras con un seco crujido y fue engullida por la oscuridad que dejábamos atrás.

Durante un par de segundos nadie se movió, incrédulos todos de que aquello hubiera sucedido realmente. Entonces alguien gritó algo a mi espalda. Me vi empujada desde atrás y caí del camión en marcha al tiempo que los otros presos se lanzaban sin titubeos a la noche y la libertad.

Gracias a que llevaba las manos atadas al frente pude protegerme la cara en la caída. Aunque me golpeé fuertemente en el hombro al impactar contra la carretera, estaba tan aturdida que no llegué a sentir dolor.

Levanté la cabeza tratando de incorporarme y vi con espanto como se encendían las luces de freno del camión al detenerse a unas pocas decenas de metros de donde yo estaba. Miré alrededor, buscando adónde ir, pero las sombras me rodeaban por todos lados y estaba paralizada por la indecisión. Oí como las portezuelas del camión chirriaban y, al cabo de un segundo, el tableteo de una ametralladora hendió la noche. Apenas me hube incorporado, me tuve que lanzar al suelo de nuevo al percibir como las balas silbaban sobre mi cabeza.

Entonces, surgida de la oscuridad, una fuerte mano me agarró del brazo y me elevó en el aire.

—¡Levántese! —me gritó al oído—. ¡Si se queda aquí la matarán!

Y sin voluntad propia, dejándome guiar por aquella mano que no me soltaba, me puse en pie y empecé a correr sumergiéndome en las tinieblas.

4

Corría descalza, sin ver absolutamente nada, en la más completa oscuridad y llevada en volandas por alguien a quien tampoco podía ver. Sentía que las ramas, los troncos y las hojas me rasgaban la ropa y la piel a cada paso. Nos estábamos internando en la espesura corriendo como un par de locos con los ojos vendados, y yo rezaba para no golpearme la cabeza con algún árbol o pisar alguna raíz afilada con mis pies descalzos. Estaba angustiada por escapar, por alejarme de la carretera lo más lejos y lo más rápido posible. No me importaba adónde iba ni quién me arrastraba hacia el bosque; nada podría ser peor que caer de nuevo en manos de los militares.

Al cabo de lo que me pareció una eternidad, corriendo y tropezando continuamente, mi guía en las tinieblas pareció aflojar el paso. Resoplando, con los pulmones ardiendo, acabé deteniéndome para tomar un aire que parecía escasear en aquella jungla. Sin embargo, la mano que me aprehendía el brazo me apremió a que continuara la marcha, tirando de mí como si fuera un muñeco.

—Un momento —bufé—. Pare un momento, necesito respirar.

Los dedos de aquel hombre se cerraron aún con más fuerza y volvió a instigarme a continuar.

—¡Por favor! —protesté con el corazón en la boca.

Entonces, aún sin verlo, sentí como aquel hombre acercaba su cara a la mía.

—No podemos perder un momento —susurró con gravedad—. Y si vuelve a gritar... la dejaré sola.

La sola mención de aquella posibilidad hizo que se me dispararan aún más las pulsaciones. Pero a pesar de lo dicho, mi desconocido salvador esperó unos instantes antes de reemprender la marcha. Así seguimos al menos media hora más hasta que nos detuvimos. Finalmente, en silencio, rodeada de tinieblas, me derrumbé en el húmedo suelo.

—Parece que no nos siguen —murmuró el hombre, al tiempo que me soltaba el brazo—. Ahora podemos descansar.

—Gracias por ayudarme, gracias... Me llamo Blanca —dije, clavando la vista en la negrura.

—Yo soy Gabriel Biné —susurró—. Y aún no me dé las gracias. Todavía no estamos a salvo.

Miré a mi alrededor y pensé que, aunque podía tener razón, difícilmente podría nadie encontrarnos esa noche, en medio de la selva.

—Y bien, Gabriel —pregunté al vacío, expectante—. ¿Tiene alguna idea de lo que podemos hacer ahora?

Oí un ruido de hojarascas antes de que me llegara la respuesta.

—No se usted, señorita, pero yo voy a dormir un poco —dijo, tratando de aparentar despreocupación—. Hay que recuperar fuerzas, mañana será un día muy largo.

A pesar del miedo a que nos descubrieran, a pesar de dormir en el suelo junto a un desconocido en un lugar que, por lo que sabía, podía estar infestado de animales peligrosos, y a pesar del dolor que me oprimía desde la planta de los pies a mi maltrecha mandíbula, estaba física y emocionalmente agotada y, sin llegar a darme cuenta, me quedé dormida en cuestión de segundos.

Habría jurado que no habían pasado ni diez minutos cuando noté una mano en el hombro. Di un respingo, abrí los ojos asustada y miré hacia todos lados sobresaltada y confusa. Y allí, junto a mí, el rostro de un hombre que se llevaba el dedo índice a los labios apenas a un palmo de mi cara me hizo recordar la locura de la noche anterior. El desconocido era algo más alto que yo y estaba delgado, aunque unos músculos fuertes y acostumbrados al trabajo se intuían debajo de su despedazada camisa blanca. La cabeza afeitada y sus facciones firmes me recordaron extrañamente a las de mi padre: un conjunto de líneas rectas y ángulos enmarcaban unos labios gruesos, y unos ojos grandes y sinceros que destacaban sobre la piel de ébano emanaban confianza. Tenía, definitivamente, el aspecto de alguien en quien se podía confiar.

—Buenos días —susurré, tratando de esgrimir una sonrisa que no acabó de aparecer.

—Buenos días —contestó con voz suave—. ¿Cómo ha dormido?

—Profundamente... Aunque se me ha hecho muy corto, me duele el cuello y me han acribillado los mosquitos.

—Le quitaron los zapatos —afirmó, señalando su ausencia—. ¿Cómo tiene los pies?

Me incorporé, estudiándome las plantas con detenimiento.

—Parece que bien, pero no lo sabré seguro hasta que ande.

—Entonces tenemos que andar.

—De acuerdo —dije mientras me incorporaba—. ¿Tiene idea de dónde estamos? —pregunté, observando el extraño bosque donde nos encontrábamos, ya que parecía guardar una curiosa simetría.

—Es una plantación de cacao abandonada. Debe de haber algún camino cerca.

—¿Cómo sabe que está abandonada? —comenté extrañada—. ¿Ha estado aquí antes?

—No, nunca —confesó tranquilamente—. Pero todas están abandonadas.

—Claro, lo olvidaba... Pero ¿sabe hacia dónde hemos de ir?

El guineano miró en derredor con las manos en la cintura.

—No —admitió, encogiéndose de hombros—. ¿Usted qué dice?

—¿Yo? —pregunté sorprendida, apuntándome a mí misma con el pulgar—. ¿Lo dice en serio?

—Ya... Bueno. Vayamos por allí —afirmó con fingida seguridad, señalando una dirección al azar.

—Está bien —repuse. Alcé los ojos al cielo y traté de adecentarme los jirones de mi ropa—. Vaya delante, que yo le sigo.

Gabriel comenzó a caminar, mirando de reojo mis pies descalzos. De repente, se detuvo y dijo:

—Señorita. Le sugiero que utilice la camisa para hacerse unos zapatos.

—¿Con mi camisa?

—Claro. Se pone una capa de hojas verdes en la planta del pie y lo envuelve con tela —dijo, recreando la explicación con mímica—. Anoche tuvo suerte, pero puede clavarle algo y preferiría no cargar con usted.

Resultaba algo embarazoso quedarse sin camisa ante un desconocido; no obstante, era lo más sensato. Y el hecho de que se planteara cargar conmigo llegado el caso resultaba tranquilizador. Aunque, naturalmente, esperaba que eso no llegara a suceder.

Una vez confeccionados mis improvisados zapatos con la ayuda de Gabriel, reemprendimos la marcha a través de la maleza. Yo me limitaba a seguir los pasos del guineano vigilando mucho dónde ponía los pies. Al ver el suelo a la luz del día, me pareció un auténtico milagro que la noche anterior no acabara herida. Las frondosas matas de cacao continuaban en el mismo lugar en que las plantaron décadas atrás los colonos españoles, pero entre las ordenadas hileras ahora crecía un sinfín de matojos y delgados arbolitos que luchaban por hacerse un hueco bajo la tupida bóveda vegetal. Gabriel, delante

de mí, se abría camino entre ellos apartándolos con la mano, y soltaba improperios ocasionales al arañarse con alguna afilada púa.

Estaba menos preocupada de lo que habría cabido esperar. Imagino que las afortunadas circunstancias de mi huida, al haberme librado por los pelos de una muerte segura, hacían que me sintiera extrañamente confiada. Tenía la sensación de que mi hora no había llegado aún y que si había escapado la noche anterior no era para caer prisionera a la mañana siguiente.

—¿Y a ti, porque te tenían detenido? —pregunté a la espalda que caminaba delante.

—Por gracioso.

—¿Cómo dices?

—Sí, por contar un chiste sobre el presidente.

—No puede ser.

—Estaba tomando unas cervezas con unos amigos. En realidad, alguno no era tan amigo como pensaba... Y al día siguiente vinieron a detenerme.

—Y te llevaron a aquella prisión donde estábamos.

—No —negó, sin dejar de caminar—. Yo no estaba en casa. Dieron una paliza a mi padre y a mi madre, y se llevaron a mi hermano pequeño. Dijeron que si no me presentaba en la comisaría de Malabo lo torturarían hasta que me entregara.

No sé qué me impresionó más, si lo que acababa de oír o el tono de naturalidad con que me lo había relatado.

—¿Secuestraron a tu hermano para atraparte a ti? ¿Por contar un chiste?

Gabriel se detuvo un instante y me miró de arriba abajo.

—Usted no lleva mucho en Guinea, ¿no?

—Casi dos meses —puntalicé, tratando de no parecer una novata.

—Llevarse familiares es lo que hace la policía de Guinea. ¿Dónde ha estado esos dos meses? ¿En un hotel de blancos?

—No exactamente —repuse algo molesta—. He trabajado en las aldeas bubis de la isla de Bioko realizando un estudio para la UNICEF.

—¿Es doctora? —preguntó, reiniciando la marcha.

—Antropóloga.

—¿Y por qué la detuvieron? —inquirió, girándose a medias.

—Pues si te digo la verdad, no estoy segura. Pero ayer a estas horas estaba frente a un cabrón disfrazado de juez que me condenó a veinte años de prisión por espionaje, incitación a la revuelta y, entre otras barbaridades, conspiración para matar al presidente Obiang. ¿Te lo puedes creer? Menudos hijos de puta... Pensé que me iban a violar, o a encarcelarme de por vida... Me

encerraron, me golpearon y me obligaron a ver cómo violaban a una pobre niña en el patio. ¡Oh Dios, qué hijos de puta!

Sin darme cuenta, mi tono había ido subiendo y por primera vez sentía la rabia abrirse paso en mi garganta. Gabriel me miraba fijamente, frunciendo los labios.

—¿Por qué me miras así? —pregunté, al ver sus ojos negros clavados en mí, inyectados en sangre.

No contestó nada. Me observó gravemente por un momento, como si quisiese atisbar en mis ojos lo que guardaba en la memoria. Luego se dio la vuelta y siguió caminando con los puños crispados.

Debía de ser ya media mañana cuando entrevimos un pequeño poblado. Nos apostamos en el linde de la selva y observamos con atención.

—Bueno, señorita, ahora es peligroso —dijo en voz baja—. Cuanta menos gente la vea, mejor. Yo voy al pueblo a buscar alguien que nos lleve. Usted no se mueva de aquí, y si ve que alguien se acerca, corre y se esconde en la selva, ¿de acuerdo?

—Esta bien, pero ¿qué le vas a decir a la gente que te pregunte? Tienes aspecto de haberte caído de un avión sin paracaídas.

—Les diré que he tenido un accidente. —Apuntándome con el dedo, añadió—: Pero lo importante es que no la descubran.

—Me muero de sed y tengo un hambre que me comería un cebú.

—Trataré de conseguir agua y comida —dijo al levantarse.

—¡Ah! Y si encuentras también una camisa y algún calzado, por favor... —dije, abriendo los brazos para recordarle mi aspecto de náufraga—. No puedo salir así, llamaría aún más la atención.

—Intentaré traerle algo que le sirva, pero recuerde que no tengo dinero.

—Levantó la ceja y añadió—: ¿Alguna cosa más?

—Hombre, algo de rímel no me iría mal, y si encuentras pintalabios rojo pasión...

—Ahora vuelvo —dijo, dándose la vuelta. No estaba segura de si había comprendido que estaba bromeando.

Y sigilosamente, salió de la maleza y se perdió entre las casas de caña y palma.

5

Todo el mundo sabe que, cuando se está aburrido, el tiempo parece transcurrir muy despacio. Lo que quizá algunos no hayan tenido oportunidad de comprobar es que, cuando al aburrimiento se le suma el miedo, el tiempo no solo pasa más lento: parece que se detiene.

El sol llegaba a su cenit y caía a plomo entre las hojas de los árboles. Entre el hambre y la sed que me atenazaban, y la miríada de bichitos y hormigas que parecían no tener otro lugar al que ir que a mi espalda desnuda y mis piernas, me estaba volviendo loca. Ya comenzaba a sopesar seriamente salir de mi escondite y buscar lo que necesitaba por mi cuenta.

¿Y si habían atrapado a Gabriel? Yo podía quedarme agazapada en aquel bosque durante horas y horas esperando a que él regresase y, al final, alguien me descubriría y me delataría a los soldados. Claro, por eso tardaba tanto. Sin duda, lo habían capturado y en ese mismo momento lo estaban torturando. Cuando confesase dónde estaba escondida, vendrían a por mí. Seguro, eso era.

Estaba decidido: no podía perder un segundo más en aquel lugar, tenía que salir de allí inmediatamente. Pero ¿a dónde iría? Bueno, ya improvisaría algo, eso se me daba bien. Lo importante era salir de allí.

Comencé a caminar agachada hacia la casa más cercana. Antes de llegar a ella, tropecé con una cuerda con algo de ropa tendida entre dos árboles en la parte de atrás y, sin pensarlo dos veces, agarré lo que me pareció un vestido estampado de señora y un pañuelo para cubrirme el pelo. También encontré un par de chancletas por ahí tiradas que no dudé en cambiar por mis zapatos de suela de hojas.

Ya vestida —aunque en aquel traje habrían cabido tres como yo—, enterré mis harapos junto a un árbol y me acerqué de nuevo a la casa. Sigilosamente, me arrimé a la pared y comencé a deslizarme hasta la esquina. Estaba ya asomando la cabeza por ella cuando una mano me agarró del hombro y tiró de mí hacia atrás, al tiempo que oí decir a mi espalda:

—¿Se puede saber adónde va?

Con el corazón en un puño reaccioné instintivamente y me giré propinando un tremendo bofetón en la cara de mi atacante.

—Vaya —dijo este, frotándose la mejilla—. Yo también me alegro de verla.

—¡Joder! —exclamé al reconocer a Gabriel—. ¡Me has dado un susto de muerte!

—Claro... Perdona por golpearle la mano con la cara —murmuró irónicamente—. Menos mal que no llevaba un cuchillo.

—Te habría dejado la cara como la del militar que me torturó.

La expresión de Gabriel cambió ligeramente.

—¿La interrogó el capitán Anastasio?

—¿Así se llama ese desgraciado cara cortada?

—Anastasio Mbá Nseng —recitó casi escupiendo el nombre—. Uno de los peores oficiales del ejército. Nadie sabe realmente a cuánta gente ha matado. Es un psicópata que odia a todo el mundo, pero sobre todo a los españoles y aún más a los bubis. Me sorprende que saliera viva de un interrogatorio suyo.

—Bueno, lo cierto es que no fue una fiesta. Y aunque no llegó a hacerlo, estaba segura de que acabaría violándome.

Gabriel esgrimió una sonrisa torcida.

—Eso habría sido difícil. Corre el rumor de que lo caparon de joven.

—¿Quieres decir...?

—Dicen que el patrón bubi de una plantación de españoles se la cortó al descubrirlo con su hija, y que por eso odia tanto a bubis y españoles; pero es solo un rumor que nadie se atreve a repetir. Meterse con los que mandan en Guinea Ecuatorial acorta mucho la vida. Por cierto, bonito vestido. ¿Ha ido de compras?

—Lo vi en un escaparate —dije, alisándomelo— y decidí cambiar de imagen... Pero, dime, ¿dónde te habías metido? Creí que te habían capturado.

—He estado buscando a alguien para que nos llevara, pero no he tenido suerte.

—Genial... —murmuré, cansada—. En fin, tendré que ingeniármelas para llegar a la embajada española.

Gabriel me miró con esa cara que se pone cuando un huérfano pregunta por su mamá.

—En realidad... no creo que sea buena idea que se acerque a su embajada.

—¿Por qué? —pregunté extrañada—. Seguramente son los únicos que pueden ayudarme a salir del país.

De nuevo le vi la misma expresión, esta vez acompañada de un ligero meneo de cabeza.

—Puede, pero seguramente la embajada estará vigilada, pues saben que usted ha huido y no podrá ni acercarse a ella —se encogió de hombros—. Siento si se había hecho ilusiones, pero no va a ser tan fácil.

La lógica que había en las palabras de Gabriel me dejó hundida. Mi improvisado plan de huida acababa de escabullirse selva adentro y mi ánimo corría detrás de él.

Gabriel debió de ver mi desconsuelo y se apresuró a tomarme por los hombros.

—No se preocupe, señorita —afirmó con exagerada confianza—. La voy a ayudar a salir de esta, confíe en mí.

Levanté la vista y la esperanzada sonrisa de Gabriel me infundió un optimismo que hubiera creído imposible viniendo de alguien a quien prácticamente acababa de conocer.

—Gracias —alcancé a musitar. Y apoyé la cabeza en su pecho.

Por la tarde, un viejo Lada con los parachoques atados con cuerdas y sin cristales en las ventanillas se detuvo a una decena de metros de donde estábamos. Una mujer de unos cincuenta años descendió del vehículo y entró en una casa, mientras un hombre de pelo canoso, al volante, lo mantenía en marcha. Tras mirar en derredor, impulsada por el resorte de la necesidad, salí del linde del bosque y corrí hacia el auto. Gabriel me iba a la zaga. Me apoyé en la ventanilla y dije:

—Disculpe, señor. Hemos tenido un accidente de automóvil. ¿Podría usted llevarnos a...? —Me giré hacia Gabriel. No tenía ni idea de adónde pedirle que nos llevara.

—Yo paso por Luba —dijo entonces el hombre—. Es ahí donde la puedo dejar.

—¡Eso sería estupendo! ¡Muchísimas gracias! —exclamé. Sin pensarlo dos veces, abrí la portezuela trasera y nos introdujimos en el auto.

El asiento de atrás estaba hecho de tablones, como el banco de un parque. Dadas las circunstancias, me habría subido aunque hubiera sido el auto de un faquir.

—Muchas gracias —repetí. Le ofrecí la mano por encima de su respaldo—. Yo soy Blanca.

El hombre volvió la cabeza para mirarme y levantó una ceja.

—No hace falta que me lo diga —repuso—, eso salta a la vista.

—Oh, no —reí de la enésima confusión al respecto—. Mi nombre es Blanca.

En ese momento regresó la esposa —supuse que eso era— del conductor. Tras la sorpresa inicial y tras acusar a su marido de casanova, no puso ningún reparo a nuestra presencia y se mostró encantada de llevarnos. Se presentaron como Dolores y Donato Balekia. Me ofrecieron un poco de agua que acepté encantada.

—Es española, ¿no? —preguntó ella, mientras echaba un largo trago a la botella.

—Así es, señora.

—¿De qué parte?

—De Vitoria, en el norte.

—Nuestro hijo Nuno vive en Barcelona.

—¡Estupendo! ¿No?

—Huy, claro —afirmó con la cabeza—. Si no fuera por el dinero que nos envía cada mes... Bueno, ya ve cómo está el auto.

Siguió un silencio de varios minutos que la mujer rompió riendo entre dientes.

—Tiene gracia que me haya llamado «señora» —comentó—. Un blanco nunca me habría llamado así en los tiempos de la colonia.

—¿Y cómo la llamaban? —pregunté cándidamente, arrepintiéndome al punto de haberlo hecho.

—Pues... «muchacha», «negrita» o «negra estúpida». Según tuviera el día la señora de la casa donde trabajaba de sirvienta.

—Vaya, lo siento.

—No pasa nada, querida. Eso fue hace ya mucho tiempo. En realidad, a veces casi lo echo de menos, ¿sabe?

—¿En serio?

—No que me trataran mal, por supuesto —afirmó con una mueca—. Muchos españoles nos utilizaban como esclavos. Nos golpeaban, nos veían como animales salvajes o de carga y nos trataban peor que a sus perros. Pero, a pesar de todo eso, a veces pienso que se vivía mejor.

—Ahora tenemos más miedo que antes —intervino el esposo lánguidamente, mirándome por el retrovisor—. Y hablando de todo un poco: lo del accidente es mentira, ¿no?

Me giré hacia Gabriel interrogándole con la mirada, pero se limitó a encogerse de hombros.

—Lo cierto —mascullé—. Es que... No, no hemos tenido ningún accidente.

—¿Problemas con los militares? —preguntó como si tal cosa.

—¿Cómo lo sabe? —inquirí sorprendida.

El matrimonio se rio al unísono.

—Hay dos tipos de personas en Guinea —explicó Donato—: los que tienen problemas con el gobierno y los militares...

—... Y los que los van a tener —apuntilló Dolores.

—Entonces —dije—, creo que ya estoy en el primer grupo.

—En ese caso —comentó ella—, tengo aquí algo que te puede ir bien.

La señora metió de nuevo la mano en el bolso y sacó una pequeña lata, achatada y circular.

Cuando entendí lo que era aquello, no pude evitar reírme y mirar a Gabriel con escepticismo, como si se tratase de una broma.

Minutos más tarde, me hundí en el asiento trasero del renqueante vehículo envuelta en mi enorme vestido multicolor, con el pelo escondido bajo un pañuelo del mismo estilo, y las manos, los pies y la cara... totalmente embadurnados de betún.

No tenía ninguna duda de que si nos detenía la policía, no tardarían ni un segundo en darse cuenta de que iba ridículamente disfrazada. Pero me habían convencido de que si me cubría con el pañuelo, de lejos podría pasar desapercibida y mi color de piel no me delataría como una mujer occidental; cosa que en Guinea Ecuatorial resultaba algo sumamente excepcional y, en consecuencia, llamativo. Y llamar la atención, sin lugar a dudas, era lo último que deseaba en aquel momento.

A mi lado, escrutando la carretera por encima del hombro del conductor, Gabriel parecía más tranquilo de lo que en realidad debía de estar. Me daba perfecta cuenta de cuánto estaban arriesgando aquellas personas por mí sin conocerme en absoluto, pues llevarme disfrazada en el asiento de atrás del auto les supondría, si éramos descubiertos, las más horribles consecuencias.

—No sé cómo agradecerles todo esto —murmuré sincera—. Son ustedes las mejores personas que...

—Tranquila, niña —dijo Dolores, girándose ligeramente—. No tienes que agradecernos nada. Solo hacemos lo que tenemos que hacer.

—Pero ni siquiera saben quién soy, y ustedes están...

—Hija —dijo entonces Donato, mirándome por el retrovisor—, no importa quién seas o dejes de ser. Si podemos ayudarte a salvar la vida, no vamos a dejar de hacerlo por no conocerte, ¿no crees?

—De cualquier modo, siempre estaré en deuda con ustedes —insistí—. No sé de qué manera ni cuándo, pero les compensaré por lo que están haciendo.

—Aquí no hacemos las cosas esperando que nos den un premio —masculló entonces Gabriel, con una sombra de enojo—. No esperamos nada a cambio; esto no es un trato comercial. Se hace porque ha de hacerse, y punto. A esta pareja y a mí nos basta con saber que hacemos lo correcto.

—Les pido disculpas entonces... No pretendía ofender a nadie. Simplemente quería... quería que supieran lo agradecida que estoy.

—No hay por qué, guapa —repuso el esposo con algo de extrañeza, mirándome de nuevo a través del resquebrajado espejo sujeto con alambres al techo del auto.

Buscaba relajarme contemplando las paredes de espesa vegetación que flanqueaban el camino de tierra por el que circulábamos y que, en ocasiones, llegaban a cerrarse sobre nosotros como un túnel verde, vivo y umbrío. De vez en cuando pasábamos junto a alguna cabaña de nipa de la que casi siempre asomaba la cara de un crío, curioso por saber quién circulaba en vehículo por aquel olvidado camino. Tenía que contener el impulso de asomar la mano por la ventana para corresponder al saludo de quienes nos veían pasar, como si aquello fuera un carruaje y nosotros, personajes de la realeza.

—No pasan muchos coches por aquí, ¿no? —comenté en voz alta.

—Solo militares y políticos cuando vienen a robar —aclaró Donato—. Y como este no es un auto militar, deben de pensar que somos gente importante. En esta parte de la isla, casi nadie puede permitirse un coche propio.

—Y ahora que lo dice... ¿En qué parte de la isla estamos? No recuerdo haber pasado nunca por aquí.

—Estamos cerca del viejo volcán, y si seguimos por esta carretera llegaremos a Luba en poco más de una hora.

—Y una vez allí —pregunté, alzando la ceja—, ¿qué haremos?

—No se preocupe —dijo, girándose a medias—. En Luba estará segura; allí tenemos amigos.

A pesar del tono tranquilizador de Donato, la cabeza me bullía de preguntas. Nunca he sido de las que se dejan llevar de la mano como una buena chica.

—Ya... No quiero parecer desconfiada, pero ¿y luego qué? Con mi color de piel no tardarán en descubrirme por mucho que me esconda.

Gabriel me observó durante unos segundos, como si se hubiera dado cuenta entonces de mi palidez.

—Ya se nos ocurrirá algo —dijo el hombre por toda respuesta.

—Sí, pero...

—Deje de preocuparse por eso —me interrumpió y, girándose de nuevo hacia delante, concluyó—. Todo va a salir bien. Si no nos encontramos con ninguna patrulla, llegaremos a Luba sin problemas.

6

Ya con la tarde a punto de rendirse a la noche pasamos junto a las primeras cabañas en las afueras de Luba. Luba es un pequeño pueblo que antaño fue puerto de embarque de cacao y amarre de barcos de pesca, y hoy es un derruido recuerdo de edificios huérfanos y buques semihundidos que se oxidan frente a la playa.

A pesar de que la única luz en aquella calle era la de nuestros faros, pude distinguir una serie de grandes «X» rojas pintadas en la fachada de algunas viviendas.

—¿Qué significan esas marcas en las paredes? —pregunté.

—Siempre las hacen cuando el presidente va a pasar por un pueblo —aclaró Donato.

—No entiendo...

—Pues un funcionario viene y marca las casas que están viejas o sucias.

—¿Para arreglarlas?

Dolores se dio la vuelta en su asiento y me miró con indulgencia.

—No, querida. Las marcan para saber cuáles derribar.

—Pero... ¿no vive gente en ellas?

—Claro que sí, hija —asintió la mujer con estoicismo—. Claro que sí.

Un par de manzanas más adelante, traté de decir algo que disolviera la inquietud que me oprimía.

—Bueno, parece que llegamos sin problemas.

Como si de una señal convenida se tratara, en ese preciso instante un vehículo a nuestra espalda nos hizo luces y tocó el claxon varias veces para que nos detuviéramos.

Convencida de que nos habían descubierto, me agarré aterrada a la tapicería del asiento delantero y si hubiera podido, habría salido corriendo en ese mismo instante. Sin embargo, el pánico no hizo otra cosa que paralizarme y allí me quedé, sudando betún en mi estrambótico disfraz, en el asiento trasero del coche de unos desconocidos de los que dependía mi vida.

Donato detuvo el auto lentamente.

La tensión era insoportable. Si era el ejército, la policía o la guardia presidencial, estábamos perdidos. Los cuatro.

El otro vehículo, un veterano Land Rover verde oliva, se detuvo a nuestra izquierda. El conductor estiró su cuerpo para bajar la ventanilla más cercana a nuestro lado, miró dentro del vehículo y preguntó:

—Buenas tardes. ¿Saben de algún lugar por aquí cerca donde comprar diésel?

Aún no me había repuesto del susto cuando nos detuvimos frente a una humilde cabaña al otro lado del pueblo, más allá de la misión de las franciscanas, quienes podían presumir de tener el único edificio del pueblo con luz eléctrica y agua corriente.

Luba, con la llegada de la noche, se convierte en una ciudad fantasma y, a pesar de ser la segunda población de la isla de Bioko, está completamente abandonada a su suerte por un gobierno que no presta allí ningún servicio básico. Había visitado el lugar hacía unas semanas y, aparte de conversar con los lugareños, cenar un estupendo pescado en el comedor de Jemaro —un cocinero libanés que se resistía a explicar qué demonios hacía allí— o tomar unas descomunales cervezas camerunesas 33 en la tienda de unos chinos —los únicos con nevera de butano en todo el pueblo—, había muy poco que hacer en aquel lugar.

—Ya hemos llegado —dijo Donato, rompiendo el silencio.

—¿Quién vive aquí? —pregunté al advertir lo humilde de la construcción.

—Una hermana mía con su hija.

—¿Y saben que venimos?

—No se preocupe —apuntó, intuyendo mi inquietud—, será bienvenida.

Afortunadamente, la noche ya había hecho acto de presencia y las sombras me ayudaron a salir del vehículo sin temor a ser reconocida por nadie, aunque, en realidad, tampoco había nadie en las cercanías de la apartada casa que pudiera vernos. Un minuto antes había entrado el matrimonio, así que cuando yo lo hice ya me estaban esperando todos.

A la luz de un quinqué apoyado en una mesita, la única estancia de la vivienda parecía aún más diminuta. Cuatro adultos de pie ocupábamos casi todo su espacio.

Entonces, la que debía de ser la hermana de Donato dio un paso al frente y me tomó la mano.

—Bienvenida a mi humilde hogar.

Tomé igualmente su huesuda mano entre las mías y me fijé en las arrugas de su rostro, la desdentada sonrisa y el aura de afabilidad que emanaba de toda ella. El sucio vestido que llevaba tachonado de remiendos no le restaba un ápice de dignidad, y un cierto parecido con la desaparecida señora Margarita me provocó una inevitable ola de cariño hacia ella.

—Gracias, señora. No sabe cuánto le agradezco que me permita entrar en su casa.

—Oh, niña. No tienes nada que agradecerme —dijo con un gesto de displicencia—. Me encanta recibir visitas. Y no me llames señora, que me haces sentir más vieja. Mejor llámame simplemente María.

—Pues muchas gracias, María —dije mientras le estrechaba la mano—. Yo me llamo Blanca. Es un placer conocerla.

—Y ella es Paula —dijo entonces, señalándome un bulto negro encogido en una esquina sobre una estera y en el que no había reparado en absoluto—. Pero discúlpala que no se levante, está enferma.

—¿Qué le pasa? —no pude evitar preguntar, acercándome a ella.

—Tiene SIDA —dijo con apagada tristeza.

—Oh —fue lo único que se me ocurrió decir—. No sabe cuánto lo siento.

—Ahora está dormida —repuso. Se agachó y le pasó la palma de la mano por la frente con infinita ternura—. Es como está mejor. Así no le duele.

Aquella mujer, en aquella más que humilde casa y con una hija enferma de SIDA, me ofrecía su hogar sin reparos, y a cambio yo no hacía otra cosa por ella que ponerla en peligro.

No tenía elección, pero ello no hacía que me sintiera menos egoísta.

—¿Te sientes mal? Te ha cambiado la cara.

Levanté la vista y era Gabriel quien había hablado. Me observaba fijamente.

—No... Bueno, sí. La verdad es que no creo que tenga derecho a estar aquí. Solo puedo traerles un montón de complicaciones a estas personas.

—¿Ya estás otra vez con esa murga?

—Es lo que pienso.

—Pues ya te puedes ir olvidando. Tú te vas a quedar aquí hasta que encontremos la manera de salir de la isla.

—¿Y tú?

—Yo he de encontrar a mi familia y si puedo, ayudarlos a esconderse.

—¿Por qué?

—Ya te lo expliqué, Blanca. Cuando en Guinea Ecuatorial quieren capturar a alguien, en este caso a mí, secuestran a familia y amigos del

prófugo, y los encarcelan hasta que aquel al que buscan se entrega voluntariamente. Mi obligación es avisarlos a todos y ayudarlos a ocultarse.

—Te entiendo, pero... ¿significa eso que me voy a quedar aquí sola?

—La señora María te cuidará como a su propia hija.

La aludida, que me miraba con una extrañada expresión, tomó mis manos entre las suyas.

—Tranquila, niña, tranquila...

Media hora más tarde Gabriel, Dolores y Donato salieron de la casa. Subieron al herrumbroso Lada y se difuminaron en la oscuridad de las calles de Luba.

Y yo me quedé sola.

—Vamos, pasa adentro, querida —dijo una voz a mi espalda.

Obedecí. La visión de lo que iba a ser mi refugio a saber durante cuánto tiempo no pudo resultar más desoladora.

La señora María me hacía amables gestos para que entrara en la casa, pero entre la amarillenta penumbra del quinqué, la primitiva mesa que lo sostenía como único mobiliario y el bulto oscuro del suelo que resultó ser una mujer gravemente enferma, se me cayó el alma a los pies e incluso me planteé por un segundo dar media vuelta, salir corriendo y buscarme la vida por mi cuenta.

En las semanas que llevaba en Guinea había visitado multitud de poblados perdidos en la selva, y había llegado a pernoctar en no pocas ocasiones en chozas aún más humildes que en la que me encontraba entonces. En ese momento me di cuenta de que siempre, inconscientemente, lo había hecho enfundada en mi personaje de «gran doctora blanca», y lo había observado todo como objeto de estudio. Esa misma escena que ahora tenía ante mis ojos ya la había visto antes y la había asumido como una característica más del país, como las palmeras o los mosquitos. Pero por primera vez, parada en aquel umbral, creí entrever el verdadero significado de la palabra miseria en el interior de aquella casa.

—Tranquila, niña. Solo estarás aquí por unos días.

La hermana de Donato parecía haberme leído el pensamiento —tal habría sido mi expresión de desagrado—, y si no hubiera sido por el betún que aún cubría mi cara, me habría visto enrojecer de vergüenza.

—Oh, no. Señora María... disculpe. Le agradezco infinitamente que me preste ayuda. Estoy encantada de estar aquí —dije, dando dos pasos hacia ella.

—Vamos, niña, no hace falta que mientas a esta vieja. Yo también veo mi casa y me entristezco. —Pasó la mano por la superficie de la ajada mesa, perdiendo la mirada—. Antes vivíamos en una casa preciosa en el centro de Luba y tenía incluso un pequeño jardín sembrado de orquídeas en la parte de

atrás. Aquel hogar era el legado de mi difunto marido y del amor que nos profesábamos, y ahora... ahora esta mesa es el último recuerdo que me queda de él.

Volví a fijarme en aquel desgastado mueble, y ya no lo vi como unos trozos de madera mal trabajados y carcomidos, sino como un ente vivo, un ancla de la memoria.

—¿Y por qué ya no viven en esa casa?

—Porque me la quitaron.

—¿El banco?

—No —negó con un rictus de amargura—. La casa la levantamos con nuestras propias manos. No le debíamos nada a nadie.

—¿Entonces...?

—Pues le sucedió lo que a algunas mujeres hermosas: que su belleza acaba siendo su perdición.

—No entiendo.

—Eso es que llevas poco tiempo en Guinea —murmuró para sí—. Lo que ocurrió es que la comitiva de la esposa del presidente pasó casualmente un día frente a mi casa, a la «primera dama» le gustó, y decidió quedársela.

—¿Cómo? —pregunté incrédula—. ¿Así, por las buenas?

—Así, por las buenas. Un día llegaron sus guardaespaldas, y a mí y a mi hija enferma nos sacaron a patadas de la casa, sin dejarnos siquiera cambiarnos de ropa o apagar el fuego donde estaba haciendo la comida.

—No me lo puedo creer... ¿Y no la indemnizaron o le dieron algo a cambio?

—Sí, una paliza en la puerta cuando traté de volver a entrar.

—Pero... no entiendo nada... —repuse, confundida—. Creía que Obiang era uno de los hombres más ricos de África. ¿Por qué querría la esposa quitarle su casa, si podría comprar el palacio de Versalles con todo el dinero que tiene?

—¿Y cómo crees que se han hecho tan ricos, niña?

—Sí, pero...

—Se lo quedan todo —me interrumpió con una amargura de años brotando de la comisuras de sus cansados ojos—. Todo...

La señora se echó hacia atrás y se apoyó en la mesa, haciendo un visible esfuerzo por recobrar la calma. Cerró los ojos por un momento, y cuando los volvió a abrir reapareció su anterior afabilidad.

—Disculpa a esta anciana loca. Tú estás huyendo de los militares, y yo me pongo a contarte mis tonterías de vieja. ¿Tienes hambre?

—Me comería un cocodrilo.

—Bueno... el cocodrilo se me ha terminado, pero puedo hacerte una sopa de pescado.

—Gracias, cualquier cosa estará bien. Llevo varios días sin comer.

—Ah, entonces mejor te hago un *grombif* con cacahuètes.

—¿*Grombif*?

—Es un animal del bosque. Un amigo que es trampero me trajo uno hace unos días, creo que aún queda algo —dijo, mientras se agachaba a rebuscar entre unas abolladas ollas de latón esparcidas por el suelo.

—¿Es como una especie de ciervo?

—Más bien, como una especie de rata.

—Oh... vaya —dije, conteniendo el gesto—. Espero que al menos esté apetitosa.

—Sí, mucho. En cuanto le quite los gusanos te la sirvo.

Ahí sí que debió escapárseme un quejido de asco, porque la señora no tardó ni un segundo en girarse y sonreír aviesamente.

—Tranquila, es broma.

Tras haber recalentado María la comida en una rudimentaria cocina de leña, nos sentamos en el suelo, sobre una estera, y comencé a devorar la cena con un ansia que creo que no había sentido en mi vida.

—Tómalo con calma. Si comes tan deprisa te va a sentar mal.

—Es que tengo mucha hambre —farfullé con la boca llena.

—Ya lo imagino. Aunque nosotras, por desgracia —dijo, mirando de reojo a su hija—, ya estamos acostumbradas.

—¡Por Dios! ¡Y yo me estoy comiendo lo poco que tienen! —exclamé escandalizada, apartando el plato.

—No pasa nada, Blanca. Yo ya tengo el estómago acostumbrado, y a Paula le sienta muy mal la carne.

Me sonaba a excusa barata para que no me sintiera culpable, pero lo cierto es que tenía tanta hambre que hice como si la creyera. Esa noche descubrí hasta qué punto la necesidad disuelve como azucarillos los más arraigados principios morales.

—¿Cuántos años tiene? —pregunté, mirando a su hija.

—Veintitrés recién cumplidos. Solo Dios sabe si llegará a los veinticuatro.

—¿Toma alguna medicación?

—¿Existe medicación para lo que ella tiene? —replicó María, sorprendida.

—Creo que hay algunas medicinas que retrasan e incluso detienen el avance de la enfermedad.

—Pues es la primera noticia que tengo. De cualquier modo, no podría comprarlas. Temo que para mi cielo ya es demasiado tarde.

No tenía palabras, si es que existían, adecuadas para un momento así. ¿Qué podía decir? Cualquier cosa sonaría a tópico o a idiotez. Como casi todos los occidentales que miramos las noticias sobre desgracias ajenas con fingido interés, solo pensaba en saciar mi estómago mientras, frente a mí, una mujer agonizaba de enfermedad y otra lo hacía de pena.

—Lo siento... —fue lo único que atiné a murmurar.

La señora María, simplemente, se encogió de hombros.

Acabé rápidamente con el *grombif* y un par de bananos, y con el apetito saciado me recosté en la estera.

—¿Te ha gustado?

—Estaba buenísimo, gracias —aseguré sinceramente—. ¿Acaso ha sido usted cocinera en algún restaurante?

Una sonrisa de olvidado orgullo asomó en la comisura de sus labios.

—No, niña. Yo era maestra, igual que mi difunto marido.

—¡No me diga! ¿Y ya no ejerce?

La señora María me miró con escepticismo.

—¿Cuánto tiempo dices que llevas en Guinea?

—Casi dos meses.

—¿Y cuántas escuelas has visto, sin contar las de las misiones?

—Pues... más bien pocas.

—Ahí tienes tu respuesta.

—¿Quiere decirme que casi no hay escuelas en Guinea?

—Las había, niña. Las había.

—¿Y qué ha sucedido con ellas? ¿Las cerraron?

—Ni siquiera eso se molestaron en hacer. Simplemente, el gobierno las abandonó. Dejó de mantenerlas y de pagar a los maestros.

—¿Para quedarse con el dinero?

—Para eso, y para tener una población inculta y dócil, fácil de manipular.

—No sé por qué no me sorprende oír eso...

—Supongo que todas las dictaduras funcionan de modo parecido —apuntó la señora, que se levantó y recogió mi plato de plástico.

—En realidad —dije, mientras contemplaba el espacio vacío que antes ocupaba mi cena—, diría que esa actitud no es algo exclusivo de las dictaduras.

8

No sabría decir en qué momento me quedé dormida, pero sin duda fue muy pronto. Pese a la incomodidad de dormir sobre una fina estera en aquel irregular suelo de tierra rojiza compactada, saberme segura y protegida entre aquellas cuatro paredes me permitió descansar por primera vez en días y despertarme al día siguiente sintiendo algo que casi podría definir como optimismo. Entreabrí los ojos y vi frente a mí a la señora María agachada frente a la cocina de barro.

—Buenos días —mascullé con la boca reseca.

—Buenos días, niña —contestó, volviéndose con una sonrisa—. ¿Cómo has dormido?

—Pues no me acuerdo, lo que supongo que significa que bastante bien.

—Me alegro, me alegro. Mira —dijo, señalando al otro lado de la estancia—, te presento a Paula.

Giré la cabeza. Desde una esquina, como una absurda y tiesa figura de ébano, una muchacha joven, tan alta como yo pero terriblemente escuálida, me miraba en silencio desde unos ojos amarillentos que en otro tiempo debieron estar rebosantes de vida.

—Hola, Paula, soy Blanca.

No me contestó, pero no hizo falta. En aquellas pupilas se podía leer perfectamente el sufrimiento y la certeza de la futilidad de las convenciones sociales cuando se está a un paso de la muerte. Tan solo mantuvo los ojos sobre mí durante unos segundos más y, arrastrando los pies, apenas cubierta con una raída camiseta, abrió la puerta y salió de la casa.

—Discúlpala —intervino su madre—. No se encuentra muy bien.

—No hay nada que disculpar. ¿Adónde va?

—Al baño. Bueno, en realidad es solo un agujero en el suelo, pero es lo que tenemos. Está detrás de la casa, cerca del banano.

—Es bueno saberlo... Pero lo que necesito ahora es algo de agua para lavarme. Apesto a betún.

—Claro, ahí tienes un barreño. Aunque recuerda que si has de salir, aunque sea un instante, has de pintarte de nuevo y procurar que no te vea nadie.

—Sí, ya lo sé. Es horrible tener que esconderme de este modo —dije.

Me acerqué al barreño y empecé a limpiarme.

—Mejor no pienses en eso. De momento solo preocúpate de recuperar fuerzas. Por cierto, no me han dicho la razón por la que te arrestaron.

—Pues para serle sincera, yo tampoco lo sé —aquel engrudo no era fácil de eliminar, y mientras hablaba me frotaba con fuerza—. Me detuvieron en un control de carretera no lejos de aquí, me llevaron a una especie de comisaría militar, me torturaron y me hicieron firmar una falsa confesión para poder condenarme. Fue como una grotesca pesadilla de la que no podía huir.

La señora María meneaba la cabeza al escuchar mi relato.

—Qué terrible impresión te debes estar llevando de Guinea.

—Muy al contrario —dije, alzando la mirada—. Aquí he encontrado a la gente más maravillosa que he conocido en mi vida. El que les haya tocado en desgracia un gobierno de desalmados no es culpa de ustedes.

—Pues entonces ya me dirás de quién es la culpa.

—Bueno, ustedes no eligieron a Obiang. Él se limitó a dar un golpe militar y a eliminar a todo el que pudiera oponerse.

—Muy cierto. Pero él y su camarilla llevan casi treinta años en el poder, y si no nos los quitamos de encima, seguirán otros treinta años más. Si los guineanos no hacemos algo, nadie lo hará por nosotros.

—No es fácil deshacerse de los tiranos, eso lo sabemos bien en España. Hace falta presión internacional y una oposición organizada dentro del país. Y por lo poco que sé, Obiang tiene el apoyo de las grandes potencias y los opositores suelen acabar engordando a los cocodrilos locales.

La señora esbozó un agrio mohín.

—Veo que al menos te has hecho una ligera idea de cómo está Guinea.

—He pasado casi todo el tiempo trabajando en el área rural, pero no debajo de una piedra. De hecho, mi diario personal, en el que describía lo que veía y vertía mis opiniones de la *democradura* de Obiang, creo que ha sido una de las causas que me ha llevado a esta situación.

—*Democradura* —repitió con media sonrisa—. Me gusta el término.

—No sabía de ninguna palabra que definiera una dictadura disfrazada de democracia, así que decidí inventármela. Creo que la registraré en cuanto regrese a...

Inesperadamente, al ir a mencionar mi ciudad natal, mis recuerdos serpentearon por las calles del casco viejo inundadas del aire fresco de una tarde de otoño, por el aroma a sosiego de los cafés y a piedra mojada de la lluvia, mientras caminaba hacia la casa de mis padres un domingo por la tarde.

Una oleada de nostalgia me recorrió desde mis maltrechos pies hasta las comisuras de mis ojos, haciendo brotar unas pocas lágrimas que no sabía que estuvieran ahí. Me las sequé rápidamente con el reverso de la mano, pero la señora María ya me había leído el rostro.

—¿Echas mucho de menos tu hogar, pequeña? —preguntó.

—Hasta hace un segundo creía que no. Pero... parece que...

Y súbitamente, sin poder evitarlo, me eché a llorar como hacía muchos años que no lo hacía. La señora se agachó ante mí y me ofreció consuelo. La abracé como si fuera mi madre y me derrumbé en su regazo vertiendo sobre su falda todas las lágrimas de miedo, dolor y desesperación que se habían acumulado durante los peores días de mi vida.

Horas más tarde, ya con la angustia disuelta en forma de agua salada, ayudaba a hacer la comida. La señora María, sospecho que habiendo hecho acopio de sus escasos recursos, había ido al mercado de pescadores y, para mi asombro, había regresado con tres enormes langostas aún vivas en una bolsa de plástico.

—Pero... —inquirí boquiabierta al verla aparecer con tamaños bichos—. ¿Cómo...?

—A los invitados hay que tratarlos con cariño —contestó a mi balbuceante pregunta—. Y aún más, a las niñas que se sienten lejos de casa.

Miré por un momento a Paula, que se encontraba de nuevo en su rincón, apenas cubierta por unos harapos, ajena a todo, y de nuevo me sentí tremendamente culpable.

—Señora María, le agradezco infinitamente el gesto, pero le rogaría que no volviera a hacer algo así. No puedo permitir que se gaste tanto dinero para contentar a una vasca llorona.

—¡Bah! —repuso, quitándole importancia con un gesto—. Aquí las langostas son muy comunes. Como decían sus compatriotas: «me ha costado cuatro perras».

Tras haber hervido las langostas con unas hojas de laurel y otras especias que no supe identificar, nos sentamos las tres en el suelo, cada una con su plato de plástico, listas para dar cuenta del succulento almuerzo. No teníamos

cubiertos suficientes, así que decidimos prescindir de ellos y atacar las langostas a la antigua usanza. Hasta Paula, eternamente alienada, pareció regresar a aquella casa durante unos minutos para disfrutar del exquisito manjar. Por unos momentos, quizá desde hacía muchos años, los cuchicheos y las risas iluminaron rostros y miradas. Y nos sentimos asombrosamente felices por estar allí. Por tener a alguien que nos cuidara o de quien cuidar. Felices por estar vivas.

Ahítas de risas y marisco, las tres nos relajamos entre miradas cómplices y bromas inacabadas, dejándonos caer sobre las esteras que habíamos dispuesto para comer.

—Señora María...

—Dime, niña.

—¿No tendrá por casualidad un espejito por ahí?

La señora me miró con extrañeza.

—¿Para qué quieres un espejo?

—Para ver cómo tengo la cara. Desde que me maltrataron en el interrogatorio no me he visto cómo estoy, y la mandíbula y la sien aún me duelen un poco.

—Pues... no. Creo que no tenemos ningún espejo.

Por la expresión de su cara me pareció que estaba mintiendo, aunque no entendía muy bien por qué.

—No hace falta que sea grande, con uno pequeñito me bastará.

—Pues... no sé.

—Vamos, señora María. Quiero ver cómo tengo la cara. Me niego a creer que en una casa con dos mujeres no haya siquiera un espejo.

—Está bien —renegó, poniéndose en pie.

Rebuscó en una pequeña caja de madera donde guardaba sus artículos de aseo personal, y sacó lo que en otro tiempo debió de ser la esquina de un espejo más grande.

—Es lo que tengo —dijo al tiempo que me lo alargaba—, pero ten cuidado de no cortarte con los bordes.

—Descuide —contesté.

Me acerqué a la parte más iluminada de la casa y me puse el trozo de espejo frente a la cara.

Tardé unos segundos en identificar aquella cara hinchada y amoratada como la mía.

—Dios mío, estoy destrozada —musité.

La señora María se me acercó por la espalda y me puso la mano en la cintura.

—Te han torturado —dijo, tratando de consolarme con la evidencia—. Puedes dar gracias de que no tienes nada roto, y esos moretones tan feos se irán en una o dos semanas. Has tenido suerte, muchísima suerte.

Tenía razón. Debía sentirme muy afortunada por haber sobrevivido a la experiencia con solo algunos golpes. Pero el rostro que me devolvía el espejo, con la sien izquierda grotescamente deformada por la hinchazón, la mandíbula igualmente amoratada, los pequeños cortes en la frente y las mejillas, y los rastros de betún que aún me hacían más irreconocible, me hicieron caer de nuevo en un estado de descorazonado abatimiento.

El abatimiento tardó solo un instante en transformarse en pánico, pues, en aquel mismo momento, alguien golpeó la puerta de la casa con fuerza y una desconocida voz masculina exclamó en voz alta:

—¡*Potoo!* ¡*Potoo!*

9

Agarré a la señora María por el brazo en un acto reflejo, ahogando una exclamación de pánico que a punto estuvo de escaparse entre mis dientes. Miré a lado y lado de la estancia tratando de hallar un lugar donde esconderme, pero aquella casa de paredes desnudas y una mesa no ofrecía refugio alguno. Acabé por girarme hacia mi anfitriona, que, aparentemente calmada, me miraba serena con el dedo índice sobre los labios.

—¿Sí? —acabó por preguntar alzando la voz, sin moverse del sitio.

—¿Me puede prestar el machete, señora María? Tengo que chapear un poco delante de la casa, que ya tengo muy alta la maleza.

—Claro que sí, Antonio. Pero ya va siendo hora de que te procures uno, que llevas un año usando el mío —dijo mientras se levantaba y me indicaba que me ocultara detrás de la puerta.

—Sí, doña, tiene razón. A cambio chapearé también delante de su casa, ¿le parece bien?

—Me parece bien. —Tomó el mellado machete que guardaba apoyado en la pared, entreabrió la puerta y se lo pasó a su interlocutor invisible—. Y no hace falta que me lo traigas luego, ya pasará yo a buscarlo más tarde.

—Muchas gracias —dijo el hombre—. ¿Cómo está Paula?

—Cansada, la pobrecita.

—Ya... Bueno, si necesitan algo, ya saben que no tienen más que pedirlo a mi esposa o a mí.

—Gracias, Antonio. Hasta luego. —Y con un gesto de despedida, cerró de nuevo la puerta y la casa recobró su confortable penumbra.

—Es mi vecino —me aclaró en tono confidencial—. Buena gente.

—Pues menudo susto me ha dado —contesté, tratando de recuperar mis pulsaciones—. Por cierto ¿qué significa «*potoo*»?

—Es solo un saludo en bubi. Si alguien te saluda diciendo «*mbolo*» sabrás que es fang; y si te dice «*potoo*», bubi. Aunque en tu caso, por ser blanca, siempre te dirán «hola», o «*hello*» si te toman por gringa.

—Ustedes son bubis, ¿no?

—Sí, hija. Con orgullo, aunque también con pesar.

—¿Con pesar?

—Claro. Ya sabes...

—No, no sé —confesé.

La señora me miró evaluadoramente, realmente sorprendida de mi ignorancia.

—¿Me quieres decir que no sabes nada del acoso a los bubis por parte del gobierno?

El silencio con que contesté a su pregunta fue suficiente para que emitiera un leve bufido y meneara la cabeza.

—A ver, niña —dijo, sentándose en el suelo e invitándome a imitarla—. En Guinea existen varias etnias, pero las mayoritarias son la fang y la bubi —por sus estudiados gestos, la señora María parecía recordar los tiempos en que ejercía como maestra—. Los fang provienen del continente; originariamente se cree que provienen del Sudán. Huyeron de los musulmanes y cruzaron el Zaire y Gabón. Llegaron a la costa occidental africana pocos siglos atrás, y a la isla de Bioko, hace solo unas décadas. Los bubis, sin embargo, hace más de dos mil años que habitamos esta isla y aquí aún somos mayoría. El problema es que la población de la Guinea continental, así como el gobierno, es de la etnia fang. Ante el temor de que la isla donde se halla la capital y los pozos de petróleo trate de independizarse de la región continental, con la que poco tiene que ver, Obiang Nguema ha instaurado un régimen de terror y abusos aún más represivo con los bubis que con el resto de la población fang, lo cual ya es decir mucho. Además, ha institucionalizado una rivalidad entre ambas etnias que lastimosamente va cuajando.

—En realidad —alegué en mi descargo—, algo había oído sobre esta rivalidad. Pero no tenía constancia de que el gobierno la incitara.

Mi interlocutora hizo una breve mueca.

—Antes, en la época de los españoles —dijo mirando el techo, como buscando recuerdos entre las hojas secas de palma—, los bubis estábamos un poco mejor considerados que los fang. En ocasiones los bubis eran capataces de plantaciones y algunos tenían fang a su cargo. Pero desde la descolonización, ellos se hicieron con el poder y creo que algunos se están desquitando.

—Señora María —la interrumpí—, la verdad es que no sé mucho de su historia ni de las rivalidades entre etnias; pero de lo que sí sé es del uso y el abuso del «nosotros» y el «ellos», y de que esas distinciones nunca han traído nada bueno. Nunca.

La señora sacudió la cabeza afirmativamente.

—En eso estoy de acuerdo contigo. Pero, ahora, quien está utilizando ese argumento para echarnos las culpas de todo lo malo que sucede en Guinea y desviar la atención es el gobierno. Para nosotros los africanos, la etnia o el clan es un medio de reafirmación cultural frente a las fronteras impuestas arbitrariamente por los colonizadores europeos. Lo malo es que siempre hay quien se aprovecha de ello y lo convierte en excusa para generar conflictos que solo llevan a llenar los cementerios.

—¿Y cree que eso puede llegar a suceder en Guinea Ecuatorial?

—Espero que no, hija —contestó, alzando ambas cejas con una mezcla de esperanza y estoicismo—. Espero que no.

No hubo debate para ver quién lavaba los platos. El hecho de que hubiera que salir al exterior para utilizar el barreño y sacar agua del oxidado bidón de petróleo con el logotipo de Exxon Mobil que hacía las veces de depósito me impedía ayudar a la señora María. Paula, la pobre Paula, demasiado tenía con soportar la fiebre constante y ese dolor que a veces le hacía apretar los puños hasta hacerse sangre al clavarse las uñas. Costaba imaginar una situación más desesperante que saberse moribunda, sin esperanzas de curación, ni siquiera de conseguir analgésicos para mitigar el sufrimiento. Nos quedamos las dos a solas en el interior de la pequeña cabaña y pude contar perfectamente las costillas de su cuerpo y cada sección de su espina dorsal. La compadecí y en ella vi el abandono absoluto al que estaba abocado la mayoría del pueblo africano. Ella no era más que una de las decenas de millones de personas que padecen como no podemos llegar a imaginarnos. La desamparada, frágil e inocente Paula era horriblemente consciente de que su vida llegaba a su fin y de que ya nunca más podría bailar, hacer el amor o tener hijos a los que cuidar y dar todo su cariño. Pero ella, Paula, estaba en ese momento frente a mí, no al otro lado de una aséptica pantalla de televisión. Era real, como lo era su rostro de dolor, su sudor o el intangible halo de muerte que ya se había instalado a su alrededor, que no por invisible era menos cierto.

—Blanca... —masculló con voz entrecortada.

Me sorprendí y me acerqué a ella.

—Dime, Paula —dije.

—¿Es verdad que en España la gente se cura del SIDA?

La pregunta me tomó tan de sorpresa y su tono fue tan inesperadamente esperanzado que tuve que tomarme unos instantes para medir mis palabras.

—En realidad, como ya le dije a tu madre, aún no hay cura, pero a veces se pueden retrasar los efectos.

—¿Y crees que yo podría ir a España a que me dieran esa medicina?

Aquella era una conversación terrible. No quería mentir a una moribunda, pero tampoco podía cercenar ese hálito de esperanza que parecía brillar en el fondo de sus ojos negro azabache.

—No lo sé —dije al fin—. Pero si regreso a España te juro que haré lo imposible para que recibas el tratamiento, aunque lo tenga que pagar de mi bolsillo.

Una lágrima descendió por la oscura piel de aquel joven rostro derrotado por la enfermedad.

—Gracias —musitó, agachando la cabeza.

Seguía sin saber qué decir, pero me acerqué a ella, tomé su consumido cuerpo entre mis magullados brazos y nos fundimos en un desconsolado abrazo en el que compartimos miedo, dolor y una lejana esperanza.

Supe entonces que jamás podría olvidar aquel abrazo y que estaba sellando un pacto no solo con Paula, sino con un continente entero. De algún modo, me abracé a África y la dejé entrar para siempre en mi corazón.

A los pocos días de aterrizar en Guinea ya me había percatado de que los atardeceres en esta franja del mundo son mínimos, breves como en ningún otro lugar; quizá porque no hay tiempo para el romanticismo y el sol decide desplomarse sobre el horizonte cada día a las siete de la tarde, puntual como no hay otra cosa en África.

En el interior de la cabaña, la diferencia entre el día y la noche se intuía por las vetas de luz que se filtraban por el entramado de cañas que formaban las paredes. Así, cuando aquellas desaparecían, se sabía que el día había llegado a su fin. Aprovechando que las sombras envolvían el pueblo, me embadurné de nuevo cara, pies y manos, tomé prestada ropa de Paula —que se hallaba de nuevo acurrucada en su rincón— y, quinqué en mano, me encaminé hacia la parte de atrás, al agujero en el suelo junto al banano.

Al regresar, mientras me acercaba a la vivienda, pude oír como un vehículo se acercaba. Sus faros barrieron la calle y fueron a detenerse justo frente a la casa donde llevaba dos días enclaustrada. Por fin regresaba Gabriel, y me sorprendí por la exagerada alegría que ello me causó. Nunca hubiera sospechado que pudiera ansiar tanto el regreso de un desconocido.

Rodeaba la casa risueña. Estaba acercándome a la parte frontal cuando la sangre se me heló en las venas al percibir la voz de varios hombres hablar entre ellos, en especial, la de uno en concreto. Una voz que ya había quedado indisolublemente vinculada en mi cerebro con el miedo y el dolor.

Aterrorizada, me aplasté contra la pared y apagué el quinqué. Me deslicé de nuevo hasta la parte de atrás sin hacer el más mínimo ruido.

—¡Abra la puerta! —gritó aquella voz.

—¿Quién es? —pude oír que preguntaba asustada la señora María.

La respuesta llegó en forma de estallido de madera. Habían echado abajo la puerta de la casa.

—¿Quién es usted? —preguntó de nuevo la señora, tratando de dar cierta dignidad a la pregunta para no delatar su miedo.

El sonido inconfundible de un bofetón me puso los pelos de punta, e imaginé a la dulce María tirada en el suelo, sangrando, y a la pobre Paula encogida en el rincón muerta de miedo.

—Aquí soy yo el que hace las preguntas. ¿Dónde está la mujer blanca?

—No lo sé.

Se oyó otro golpe duro y seco, y una expulsión violenta de la totalidad del hálito que contenían unos pulmones.

—Se lo repito por última vez: ¿Dónde está la española? Sabemos que estuvo aquí después de huir de la justicia. Usted sabe adónde fue.

A la anciana le costó tomar aliento para contestar.

—No... Yo no...

Alguien me debía de haber visto entrar en la casa y no había dudado en avisar a los militares. Seguramente, debió de llamarle la atención la ropa que llevaba o mi actitud huidiza. La advertencia que me habían hecho repetidamente desde que llegué a Guinea sobre la omnipresencia de la policía secreta y sus delatores no parecía ser exagerada, al fin y al cabo.

—Está bien —dijo entonces el despreciable capitán—. Nos la llevaremos a la comisaría de Malabo, allí seguro que le entran ganas de hablar.

—Pero... mi hija... —alegó la señora—. Tengo que cuidarla...

—Su hija ya está muerta —sentenció el militar con burla—. No hay más que verla.

—Pero le juro que no sé dónde está esa mujer —suplicó la señora—. Sí que estuvo aquí, pero se fue enseguida y no dijo adónde.

—No la creo. Pero vamos a hacer algo mejor que llevárnosla —dijo con una siniestra risita—. Se quedará encerrada en su casa, la vigilaremos estrechamente y usted no podrá salir ni para ir al baño hasta que regrese.

—Pero ¿y si no vuelve por aquí? —preguntó con inquietud.

—En ese caso —oí como contestaba casi riéndose—, apostaremos a ver quién dura más sin comida ni agua: si usted o su hija.

No sabía hacia dónde iba, pero de nuevo me encontraba corriendo descalza en mitad de la noche. El pánico me empujaba ladera abajo y corría con el quinqué apagado aún en la mano por un estrecho sendero en el linde del pueblo. De algunas casas salía una cálida luz amarillenta, y en varias ocasiones estuve tentada de acercarme a alguna de ellas para pedir ayuda, pero no podía arriesgarme. Era evidente que algún vecino había delatado a la señora María. No estaba segura en ese pueblo y menos aún con el capitán Anastasio dando vueltas por allí. Seguí mi descabezada carrera, dando

traspiés, hasta que de improviso sentí que el agua me llegaba a los tobillos. Había llegado a la playa.

Me dejé caer de espaldas en la arena, jadeante, y contemplé el estrellado cielo ecuatorial. Era la primera vez desde hacía días en que estaba así, sola, al aire libre bajo el tachonado cielo africano. La respiración fue regresando poco a poco a su estado normal, y aun después de haberme tranquilizado decidí seguir allí, descansando, contemplando como la difuminada Vía Láctea parecía nacer del vientre del océano Atlántico y se perdía sobre mi cabeza, entre siluetas de palmeras mecidas por la brisa marina, como un resplandeciente cordón umbilical que uniera el mar y la tierra. Era hermoso, realmente hermoso, y ese pensamiento servía para que mi mente no saliera corriendo sendero arriba hasta la casa de la señora María. No quería. Si me dejaba arrastrar por el pánico me volvería loca. Debía recobrar la calma por todos los medios, y aquella playa era un lugar tan bueno como cualquier otro para hacerlo. Inspiraba. Expiraba. Inspiraba. Expiraba... ¡Dios! ¿Por qué yo?

Miré hacia el cielo buscando responsabilidades en los alrededores de Orión.

—¡Te lo estás pasando de puta madre conmigo! ¿Eh?

Había gritado sin darme cuenta, pero lo cierto es que tampoco me importaba. Confinada en aquella suerte de isla de Alcatraz y escapando de un perseguidor implacable, tenía la convicción de que no me podría librar de aquella pesadilla. Ahora sí que estaba totalmente sola y, además, me odiaba a mí misma por haber huido y haber dejado a aquellas dos mujeres que me habían acogido a merced de un sádico asesino.

—En fin, Blanquita —me dije en voz alta—. Disfruta de esta noche en una playa paradisíaca, porque tal vez sea la última.

Resoplando con estoicismo, clavé los codos en la arena y seguí con la vista la línea del horizonte hasta la orilla del pueblo.

Una franja oscura se internaba en el mar. Sin duda se trataba del antiguo muelle de carga ahora abandonado. A continuación, se distinguía la silueta de las casas donde vivían los pescadores y, tierra adentro, enclavada en medio de aquel juego de sombras y estrellas, una llamativa luz surgía del centro del pueblo. Perpleja, traté de adivinar de qué podía tratarse. Que yo recordara, en aquella población no había suministro eléctrico. Tan solo había un edificio que poseyera generador propio: la misión de las franciscanas.

11

Caminé agachada por la playa, huyendo de los ruidos y las personas como una gata asustadiza. Así llegué, al cabo de veinte minutos de sobresaltos y angustia, frente a la misión religiosa, cuyas luces ya se habían apagado. Me aposté junto a la pared de un edificio abandonado que se encontraba justo al otro lado de la calle y, encomendándome a todos los santos, crucé la calzada. Una vez en la puerta de la misión, aporreé la puerta con la aldaba con incontenible urgencia.

Pasaron un par de minutos. Temí que no hubiera nadie allí, o que prefirieran ignorar cualquier llamada una vez entrada la noche, o que estuvieran durmiendo y no me oyeran, o que...

—¡Ya va! ¡Ya va!

Unas pisadas se acercaban desde el final de un pasillo.

—¿Quién hay? —preguntó una adormilada voz de mujer al otro lado del portón.

—Hola... —Después de todo, aún no había pensado en qué decir—. ¿Podría abrirme, por favor?

—¿Quién es?

—Necesito ayuda —murmuré, temiendo llamar la atención de algún vecino o transeúnte.

—¿Estás enferma? —inquirió la voz con preocupación.

—Podría decirse que sí... Pero déjeme entrar, por favor, y se lo explico todo.

—Está bien, está bien... —concedió. Oí que abría el candado interior—. Pero esto no es muy normal a estas horas de la noche.

La puerta se abrió. En la penumbra, con un candil en la mano, una monja menuda ya entrada en años se me apareció como una figura protectora y familiar. Tan pronto como crucé la puerta, la cerré tras de mí, apoyé la espalda en ella vencida por el cansancio y me dejé caer al suelo, inmensamente feliz de sentirme a salvo.

—Pero, hija, ¿qué te sucede? —preguntó la religiosa, acercando la luz a mi cara.

Levanté la vista. Las lágrimas plasmaban ríos en mi esperpéntico maquillaje. El asombro de la franciscana al descubrir que estaba ante una mujer blanca maquillada de betún llena de cortes y cardenales fue tal que ahogó un pequeño grito de sorpresa. Sin necesidad de que le explicara nada, se dio la vuelta y fue corriendo en busca de sus hermanas de congregación.

Minutos después ya estaba sentada a la mesa del comedor frente a las tres religiosas que regían la misión, quienes, apoyadas sobre un mantel floreado de hule, insistían en que tomara un poco de licor para calmar los nervios.

Cuando recobré la calma, acepté un par de chupitos de Anís del Mono y les relaté con detalle las circunstancias que me habían traído a llamar a la puerta de su misión aquella noche.

—Pobrecita —dijo por cuarta o quinta vez la hermana Julia, la que me había abierto la puerta. Las otras dos misioneras, Cecilia y Antonia, se mantenían en silencio, atentas como si les estuviera narrando el guión de una película de miedo. Bien mirado, eso era exactamente lo que estaba haciendo.

—Y entonces, viniendo por la playa, llegué hasta su puerta —concluí—. Y bueno... aquí me tienen.

—Ya lo vemos, ya.

—Es una suerte que ustedes sean también españolas. Si esto hubiera sido una misión de mormones americanos, no sé si habría sido recibida de igual modo. Les estoy muy agradecida por acogerme.

Las monjas cruzaron entre ellas miradas interrogativas.

—No hay de qué, hija —dijo la hermana Cecilia, rascando el hule con la uña, meditabunda—. Aunque no sé qué vamos a hacer si viene ese capitán Anastasio a buscarte a la misión. No tenemos donde esconderte y, evidentemente, no puedes hacerte pasar por una de nosotras; las tres somos viejas y bajitas, y tú eres joven, alta y guapa.

La realidad volvía a cruzarse en mi camino, y la fantasía de seguridad de aquel lugar se desvaneció en el aire como una voluta de humo. El ánimo que acababa de recobrar hacía unos momentos volvió a dejar paso al miedo y la ansiedad, y tan claramente debió quedar reflejado en mi expresión que las hermanas no tardaron en rodear la mesa para abrazarme, temiendo que me echara a llorar. Lo que no sabían es que ya me estaba quedando sin lágrimas.

—Tranquila, Blanca —me dijo una de ellas al oído—. Con la ayuda de Dios todo se va a solucionar. Ahora no te preocupes y descansa; te

ayudaremos a quitarte todo este betún y luego te irás a dormir. Verás cómo mañana por la mañana todo se ve diferente.

Me dejé guiar como una sonámbula por los pasillos de aquella casa en penumbras. Tras haberme duchado, cambiaron mis raídas ropas por un camisón que no me quedaba mucho mejor y me acompañaron las tres hasta mi habitación, donde redescubrí el añorado placer de dormir en una cama.

Esa noche soñé con mi madre. Mi padre y mi hermano dormitaban como lagartos en el jardín de nuestra casa bajo los primeros calores de mayo, mientras ella, como siempre, andaba atareada por casa. Solía moverse con tal calma que daba la sensación de que no estuviera haciendo nada. Salió de la cocina con una bandeja de limonada fresca y la depositó con suavidad sobre la mesa del jardín. Luego se giró hacia la ventana de mi cuarto en el piso de arriba y me llamó para que bajara con el resto de la familia.

—Blanca... Blanca...

Me pareció incluso que me apretaba el hombro para que me apremiara. Aunque su voz no era exactamente su voz.

—Blanca, despierta...

Entonces abrí los ojos y me encontré frente al redondeado rostro de la hermana Antonia.

—¿Qué...? ¿Qué pasa? —pregunté sin recordar muy bien donde estaba.

—Los militares —dijo con los ojos desorbitados—. Han venido los militares.

La expresión de la franciscana era la misma que habría tenido de haber anunciado la aparición de Satanás, y mi reacción fue aún peor que si ese hubiera sido el caso.

De un salto me puse en pie, aterrada, tratando de imaginar cómo huir de aquella pesadilla por enésima vez.

—¿Hay puerta trasera? —pregunté, tomando a la monja por los hombros.

—No, y todas las ventanas están enrejadas.

—Entonces, ¿dónde puedo esconderme?

—Te voy a llevar a la capilla. Tenemos un cuartucho para las Biblias y los libros de canto; allí puedes ocultarte. Sígueme, rápido.

La hermana Antonia corrió por el pasillo conmigo pegada a sus talones. Abrió una puerta y me encontré en una habitación como la mía, pero en la que la cama y los muebles habían sido sustituidos por reclinatorios y un pequeño altar. A un lado de la estancia, una estrecha puerta con cerradura se abrió ante

mí, mostrando un diminuto almacén con estanterías repletas de libros sagrados.

—Vamos —me urgió la religiosa en voz baja—. Ayúdame a sacar todo esto.

Entre las dos vaciamos el almacén y desmontamos las estanterías rápidamente. Mientras me metía dentro y me daba cuenta de que allí no había luz ni ventanas, oí a la hermana encajar la puerta a mi espalda y cerrarla con llave.

—No te preocupes —susurró por un pequeño respiradero—. Las hermanas están hablando con el militar y, si Dios quiere, lo convencerán de que no pueden entrar. Vuelvo en un momento. Tú, sobre todo, no hagas ruido.

Con esa obvia consigna y la escasa esperanza de que esos hijos de mala madre tuvieran algo de respeto por aquellas misioneras, me quedé a oscuras, sudando y tragándome el miedo en aquel minúsculo espacio al que no llegaba el oxígeno.

Los minutos se arrastraban lentamente y la sensación de asfixia aumentaba al ritmo que se extinguía la poca calma que me restaba a esas alturas. No es que haya pensado nunca en mí como una heroína del celuloide, ni siquiera estoy segura de si el calificativo de «valiente» que me otorgaban las amigas que iban a despedirme al aeropuerto cada vez que salía de viaje era justo; pero lo que nunca me había entusiasmado era que otros me resolvieran mis problemas. Y menos, mientras yo me escondía dentro de un armario.

Instintivamente, traté de buscar la manija, pero en aquella puerta no había tal cosa. Además, sin tener la llave no me habría servido de mucho. La paciencia hacía un buen rato que se había escapado por el estrecho respiradero. Ya comenzaba a plantearme echar la puerta abajo cuando unos pasos resonaron en el pasillo.

Oí como se abría la entrada a la capilla, alguien carraspeó sonoramente y dio unos pasos por el interior de la misma para ir a pararse justo al otro lado de la delgada puerta de madera.

Creí percibir una respiración ronca. Me mordí los labios para evitar que se me escapara cualquier ruido, pero el corazón parecía querer traicionarme, pues latía con tanta fuerza que estaba segura de que se escuchaba su histérico bombeo desde la calle de enfrente.

Entonces, cuando temía que mi huida hubiese llegado a su fin, una llave se introdujo en la cerradura. La puerta se abrió. Frente a un rectángulo de luz cegadora entreví la pequeña silueta de la hermana Cecilia.

—Tranquila, hija —dijo, cogiéndome la mano—, ya ha pasado todo.

—La situación no es muy buena —advirtió la hermana Julia, sentada frente a mí con los dedos entrecruzados sobre la mesa—. Parece ser que, de algún modo, hicieron que la señora que te acogió confesara que hasta ayer por la noche estuviste en su casa, y ahora te están buscando por todo el pueblo.

No pude evitar estremecerme al imaginar en qué pudo haber consistido ese «de algún modo».

—¿Creen que María y Paula están bien? —pregunté temerosamente.

Las monjas se miraron entre ellas.

—Blanca —prosiguió la hermana—, lo que ha de preocuparte ahora mismo es tu seguridad. Por ellas —dijo, tomando mis manos entre las suyas— ya no puedes hacer nada. Su destino está en manos de Dios.

—Pero ellas... Es por mi culpa...

—No, Blanca. Los culpables son otros.

—Pero soy responsable de...

—Tú no eres la responsable de nada —atajó la misionera—, solo una víctima más de esta locura. Si no hubieras tenido la suerte de estar fuera de la casa cuando llegaron los militares, a ti también te habrían capturado, y la suerte de la señora María y su hija habría sido la misma.

A pesar de las palabras de la religiosa, me sentía abrumada por la responsabilidad y tenía la certeza de que, en cierto modo, había traicionado a aquellas dos mujeres. Y ahora yo estaba allí, frente a una taza de café en el comedor de la misión, mientras Dios sabe qué les estarían haciendo a ellas.

—Igual que en las películas... —murmuré sin darme cuenta.

—¿Perdona?

—¿Eh? —me sorprendió que me hubiera oído—. Nada, solo pensaba en voz alta... Que al final, como en las películas, los negros siempre acaban fastidiados, mientras los blancos se van de rositas.

La hermana Cecilia asintió gravemente.

—Tienes razón, hija. Los pobres siempre acaban mal independientemente del color de piel que tengan, mientras los ricos y poderosos, que también los hay de todos los colores, se salen con la suya. Pero este no es tu caso. Si te atrapan y te matan, Dios no lo quiera, tu cadáver apestará igual que el de cualquier africano.

—Ya, pero ¿no podríamos hacer nada por ellas?

—Blanca —dijo entonces la hermana Antonia con firmeza—, lo que has de hacer es preocuparte por salvar la vida. El soldado que ha venido era un don nadie, y nos lo hemos podido quitar de encima alegando que esto era una especie de recinto sagrado. Pero no dudes que habrá ido corriendo a consultarlo con sus superiores y en breve los tendremos de nuevo frente a la puerta, y ya no podremos hacer nada para retenerlos.

—Entonces... ¿qué puedo hacer? —pregunté, abatida.

Las misioneras franciscanas se miraron de nuevo entre sí y su silencio fue más definitivo que cualquier cosa que hubieran podido decir.

Rebuscando en los armarios, la hermana Cecilia y yo dimos con unos ropajes religiosos de antiguas misioneras que ya no vivían allí y que, aunque me daban un aspecto de lo más cómico al no ser ni de lejos de mi talla, servirían al menos para poder llevar encima algo limpio.

—Lo que no tenemos son zapatos de tu medida —dijo la hermana—, así que tendrás que seguir con tus sandalias de goma.

—No se preocupe —dije, mientras me cambiaba de ropa—, ya han hecho mucho por mí.

—Quita, quita —alegó, meneando la cabeza—. Ojalá pudiéramos hacer más, pero los soldados no tardarán en regresar y para entonces deberías estar lejos de aquí.

—Lo cierto es que tiene gracia —comenté ante el espejo del armario—. ¿Quién me iba a decir que algún día me vería vestida de monja?

—Los caminos del Señor son inescrutables... —apuntó la hermana Julia con humor.

—Y recuerda —dijo a mi espalda la hermana Cecilia—, que nos estamos arriesgando al entregarte los hábitos de la orden. Si se enteraran en la Santa Sede, nos amonestarían duramente; y si los militares llegaran a la conclusión de que te hemos ayudado a huir, no solo nosotras, si no esta misión que tanto nos ha costado levantar y que tan importante es para este pueblo, se vería en serio peligro.

—Lo comprendo perfectamente. Descuiden, en cuanto pueda me desharé de estas ropas y nadie sabrá que me han ayudado. Gracias de nuevo y...

Unos fuertes golpes en la puerta de la calle me dejaron a media frase.

13

Ya no tenía sentido esconderme. Sabían que yo estaba ahí. Registrarían meticulosamente hasta el último rincón de la misión. De nada serviría ocultarme en ningún armario.

Yo seguía petrificada en medio de la habitación. Los golpes en la puerta se repitieron aún con más insistencia. Una de las hermanas salió al pasillo, no sin antes dirigirme una última mirada.

—Ya está aquí —dijo la hermana Julia.

—¿Quién? —inquirí alarmada.

La misionera apoyó su mano en mi espalda tranquilizadamente.

—No te preocupes, debe de ser Antonia que ha encontrado a Dionisio.

—¿Dionisio?

—Un buen amigo. Creemos que él te puede ayudar a salir de Luba.

—Pero ¿cómo? ¿Cuándo han...? —pregunté sin salir de mi asombro.

—Mientras dormías. La hermana Antonia fue a buscar a unas personas de confianza para ver si te pueden sacar de la isla.

Estaba tan sorprendida que no conseguía articular nada con sentido.

—Y antes que digas nada —se adelantó Cecilia levantando la mano—, te pido que no vuelvas a darnos las gracias.

En ese momento, la hermana Antonia entró en la habitación seguida de cerca por un guineano bajo, regordete y ya entrado en canas. Iba embutido en un mono azul de mecánico lleno de grasa y llevaba unas gruesas gafas de culo de vaso, las cuales sobredimensionaban unos ojos castaños que me estudiaban con curiosidad.

—Dionisio —dijo la hermana Antonia, haciéndose a un lado—, te presento a la hermana Blanca.

—Hermana —saludó tímidamente.

Alargué la mano y él me ofreció la suya, pero mantuvo el puño cerrado, como si no quisiera ensuciar mi mano con un apretón, o le pareciera inapropiado tal saludo entre un hombre y una mujer.

—Dionisio es de total confianza —aseguró la misionera que lo había traído, en tono de confidencia.

—Y esto es para ti —dijo la hermana Cecilia. Tomó mi mano, puso algo en mi palma y la cerró inmediatamente.

Sorprendida, comprobé que me había dado una compacta pelota de billetes.

—Oh, no... Gracias, pero no puedo aceptarlo —protesté, tratando de devolvérselo.

—Virgen Santa... No seas tonta, hija. Necesitas ese dinero mucho más que nosotras. Ojalá pudiéramos darte más, pero es todo lo que tenemos aquí.

—Pero...

—No se hable más —me interrumpió la hermana Julia llevándose el índice a los labios—. Ahora ve con Dionisio y haz lo que te diga. Él te sacará de la isla. Y no te preocupes, nosotras trataremos de ponernos en contacto con la embajada para informarles de tu situación. Ya verás —añadió con exagerado convencimiento— como al final todo se soluciona.

—Pero ahora tienes que marcharte —intervino Cecilia, que me tomó del brazo y me llevó hasta la puerta—. No hay tiempo que perder.

—Pero ¿adónde voy? —pregunté, algo azorada y bastante asustada, mientras miraba a Dionisio de reojo.

—Confía en él, ahora no hay tiempo para explicaciones. Tú ve con Dionisio y haz lo que te diga.

Indecisa, me detuve ante la puerta de la misión, temblando ante la oscuridad que reinaba fuera.

La hermana Cecilia debió de percibir mi miedo a través de mi brazo.

—Tranquila, niña, todo va a salir bien. El Señor te protegerá —dijo con voz profunda y sosegada. Me miró a los ojos y me abrazó con una fuerza sorprendente.

Entonces, las otras hermanas se acercaron también y nos fundimos las cuatro en un emotivo abrazo.

—Les estaré eternamente agradecida —sollocé, con el corazón encogido—. Gracias a las tres y... aunque confieso que no soy muy creyente, en fin, que Dios las bendiga. Ojalá volvamos a vernos un día en mejores circunstancias.

Ya estaba con un pie en la puerta cuando recordé que aún llevaba puestas las ropas de religiosa.

—¡Un momento! —dije, haciendo el ademán de volverme—. Me tengo que quitar todo esto, no voy a ir por ahí vestida de monja.

—Al contrario —replicó la hermana Julia, mirándome de arriba abajo—. Es el mejor disfraz que podrías tener. En Guinea las únicas blancas somos misioneras o doctoras, y llamarás mucho menos la atención vestida así.

—Ya, pero...

Entonces, Dionisio me tomó del brazo para impedirme volver atrás.

—Tranquila, hermana Blanca. Yo ayudar a salir de aquí. Confíe. ¿De acuerdo?

La confianza ciega no era uno de mis fuertes, pero dadas las circunstancias, no me quedaba otro remedio que aceptar.

—Sí, claro... Solo espero que sepan lo que hacen.

Dionisio se dio la vuelta y se encaminó calle abajo mascullando algo entre dientes.

—Yo también —dijo para sí—. Yo también.

Nada más salir de la misión, nos dirigimos al desmantelado puerto de la ciudad caminando despreocupadamente y con una exagerada parsimonia para no levantar sospechas. Mi corazón latía alocadamente mientras caminaba junto a mi guía por las solitarias y polvorientas calles de Luba.

—¿Adónde vamos? —pregunté en voz baja.

—Al viejo muelle.

—¿Voy a esconderme allí?

—No, las hermanas me han pedido que la saque de la isla.

El puerto ofrecía un aspecto deplorable. Había incluso un carguero abandonado y oxidado. Estaba realmente intrigada, porque no veía ningún navío donde pudiéramos embarcar ni tampoco parecía posible que ninguno pudiese atracar allí.

—¿Y dónde está el barco?

—Usted esperar —me dijo tranquilamente, como si me llevara a una fiesta sorpresa de cumpleaños.

Decidí controlar mi ansiedad. Le di un merecido voto de confianza y aguardé a ver cómo se desarrollaban los acontecimientos.

Nos asomamos al borde del muelle de hormigón. Mi confianza se desmoronó cuando Dionisio me señaló la que iba a ser mi embarcación para la huida: una canoa tallada de un solo tronco.

—¡Estará de broma! —exclamé, apuntando con el dedo hacia abajo.

—No, hermana —repuso el hombre, muy serio—. Esa escalera para bajar, yo voy detrás de usted.

—Pero si es una canoa vieja... ¡Y ni siquiera tiene motor!

—Importa que flote, y esta flota.

—Pe... pero... —tartamudeé de pura incredulidad— ¿cómo cree que voy a salir de aquí con *eso*? ¡Hay cientos de kilómetros hasta tierra firme!

—Sí, muchos kilómetros —asintió imperturbable.

—¡Jamás llegaré! —exclamé, convencida ya de que el guineano había perdido la chaveta.

El hombre me miró confundido.

—¿Cree que va a remar hasta continente?

—Pues yo...

Dionisio meneó la cabeza, diría que divertido, y me hizo un gesto de apremio para que descendiera por la oxidada escalerilla.

Quizá imbuida por el hábito que llevaba puesto, hice un acto de fe y embarqué con no pocas dudas en la carcomida canoa.

Me senté en el tablón de proa tal y como Dionisio me indicó. En cuanto estuvimos los dos embarcados comenzamos a remar vigorosamente. Un africano rollizo con ropa de mecánico y una atea disfrazada de religiosa ponían rumbo a mar abierto. Menuda estampa.

—¿Y adónde vamos, señor Dionisio? —le consulté, girándome hacia él.

—Ya verá —repuso jadeante—. Ahora necesito usted reme fuerte.

—Disculpe, no sabía que estábamos en una carrera —repliqué sin aliento. Dionisio resopló una traza de fastidio.

—No es carrera, hermana. Pero si no rema, nos arrastrará corriente y acabaremos en medio de mar.

—Vale, vale... remaré. Pero desearía saber adónde me lleva. Estoy cansada de ir siempre un paso por detrás de los acontecimientos, y necesito tener alguna sensación de control sobre mi futuro.

—Vamos a playa a pasar noche.

—¿Una playa? ¿Será un lugar seguro?

—Eso creo —bufó por el esfuerzo—. Ahora, por favor, reme. Yo contestar preguntas luego.

Una vez nos alejamos lo suficiente de la costa como para que no se nos pudiera diferenciar en la distancia de cualquier otra piragua de pescadores, pusimos rumbo al sur. A nuestra derecha, un mar encrespado comenzó a golpear el costado de la canoa haciendo que nos balanceáramos como un tentetieso, y el escaso palmo de distancia que separaba el borde de la embarcación con la superficie del agua me hacía temer que cualquier ola acabase por inundarnos.

Así navegamos durante lo que me pareció una eternidad. La cofia blanca de las franciscanas me evitaba recibir directamente los rayos de un implacable sol, pero sudaba como no había sudado en mi vida. Llegué a la conclusión de que los hábitos religiosos no estaban diseñados para remar en piragua en aguas tropicales.

—¿Falta mucho? —pregunté exhausta, mientras enormes goterones resbalaban por mi frente.

—Ya casi.

—Buf... No tiene ni idea de lo que me gustaría meterme en el agua ahora mismo —dije, mojando la mano en el mar y refrescándome la cara.

—Yo... no creo que buena idea.

—¿Por qué?

—Mire atrás.

Me giré, intrigada. Dionisio se giró a su vez y, tras escrutar el mar a su espalda por unos instantes, me señaló un punto a unos diez metros detrás de nosotros. Al principio no entendí que quería señalarme, pero seguí la línea de su dedo y descubrí una oscura sombra y dos pequeñas estelas, una delante de otra, que delataban la presencia de una aleta dorsal y otra caudal en la superficie del agua.

—¡Joder! ¡Es un tiburón!

—Nos sigue.

—Pero ¿por qué?

—A lo mejor quiere usted lo bendiga...

—No fastidie.

—Tranquila, hermana. Seguramente —añadió al cabo de unos segundos, ya más seriamente—, tiburón cree somos pescadores y espera sobras. No meta manos en agua y no pasará nada, ya casi hemos llegado.

Dicho esto, clavó el remo en el agua en el lado de babor, e instantáneamente la canoa giró a la izquierda y encaró la costa de la isla.

¿Qué decir de aquella lujuria vegetal que, con la perspectiva de la distancia, se revelaba frente a mí como una nube verde de infinitos matices que abarcaba todo el horizonte, evaporándose en la distancia a medida que se elevaba escarpadamente por la ladera del volcán Luba, velado permanentemente por la neblina? Quizá, si no se ha estado nunca en África, no tiene sentido describirlo. Ocurre como con aquel gastado dicho de que no es posible explicar los colores a un ciego.

A pesar de todo lo que me había sucedido, de encontrarme en una canoa con un completo desconocido, disfrazada de monja y acechada por un tiburón, estaba deslumbrada por aquel lugar, por Guinea, por África, en definitiva. Ningún otro rincón de la tierra es comparable. Aquellos dos meses allí habían sido los más extraordinarios de mi vida, y en los guineanos había encontrado más generosidad y hospitalidad de la que hubiera podido imaginar. Veía la costa frente a mí y sentía una inexplicable atracción que, como un potente imán, me señalaba aquel litoral como mi único norte posible. Si aquella piragua hubiera tenido mástil, habría tenido que pedir a Dionisio que me atara a aquel.

—¡Hermana! —gritó una voz a mi espalda, sacándome de mis divagaciones.

—¿Qué? —pregunté.

—Disculpe, pero este negro se está cansando de remar solo. ¿Puede ayudar para llegar playa antes de anoecer?

—Oh, sí. Perdón. Estaba distraída.

—Ya veo... Vamos, reme duro. Cuanto antes lleguemos, mejor.

Tardamos poco en alcanzar la orilla, gracias sobre todo a la corriente, que en ese momento jugó a nuestro favor. La playa en la que desembarcamos era pequeña, y estaba resguardada a ambos extremos por salientes rocosos y un impenetrable telón vegetal que se alzaba a cinco o seis metros de la dócil rompiente de las olas, las cuales iban a morir con un susurro en la fina arena negra.

Dionisio sacó de la piragua una bolsa de plástico con un par de mangos y unas enormes vainas marrones, como de guisantes gigantes, que contenían unas semillas negras cubiertas de una sustancia blanca, jugosa y extremadamente dulce; *lampaka* creo que se llamaba. Supuse que eso, junto con una garrafa de cinco litros de agua embotellada que en ese momento Dionisio dejaba sobre la arena, iba a ser nuestro almuerzo.

Y entonces, para mi asombro, Dionisio empujó de nuevo al cayuco al agua y saltó a su interior.

—¡Eh! —grité asustada, corriendo hacia la barca—. ¿Qué está haciendo? ¿Adónde va?

—Tranquila —repuso, tomando el remo—. Yo volver con esposa, pero vendrán buscarla esta noche.

—¿Esta noche? ¿Y me tengo que quedar aquí esperando, sola? —inquirí, mirando a izquierda y derecha de la pequeña playa de arena negra rodeada de un muro vegetal—. Si no sé ni dónde estoy... —alegué desolada.

—Se llama playa del Silencio —afirmó, asiendo el remo—. Aquí estará segura.

—No me deje aquí sola, por favor —rogué, al borde de las lágrimas, asiéndome al borde de la canoa—. Quédese conmigo.

—No puedo.

—Por favor... Se lo ruego...

—Confíe. Es mejor manera —dijo meneando la cabeza.

—No, por favor...

—Recuerde —recalcó con énfasis, ignorando mis súplicas—, usted no mueva aquí en toda noche.

Comenzó a remar lentamente, alejándose de la orilla.

—Pero ¿quién va a venir a buscarme? —pregunté ansiosa mientras lo seguí hasta que el agua me llegó por encima de la cintura.

—Amigos —aclaró, girándose a medias—. Espere ahí y no entre en agua, no sea que tiburón haya seguido. —Cuando se hubo alejado una decena de metros, pareció acordarse de algo y se volvió hacia mí—. Mucha suerte, hermana Blanca —exclamó—. ¡Que el Señor la proteja!

En silencio, abatida, notaba como mi miedo crecía en razón directamente proporcional al alejamiento de la canoa. A lo largo de aquella peripecia, mi ánimo no había hecho más que oscilar del desaliento a la esperanza y nuevamente al desaliento. Y ese era, precisamente, el estado en el que me encontraba entonces.

Estaba profundamente agradecida a las misioneras y a Dionisio que, desinteresadamente y arriesgando su propia seguridad, me habían ayudado más de lo que nadie habría hecho. Sin embargo, lo único que sentía en aquel momento era que me habían dejado abandonada en una playa solo con la promesa de que alguien vendría a por mí.

Por un segundo, me cruzó por la mente la terrible posibilidad que hubieran decidido entregarme a los militares a cambio de la libertad de María y Paula. Pero no —pensé—, de haber sido esas sus intenciones simplemente me habrían dejado en la misión, donde no habría tenido escapatoria. En cualquier caso, por muy incomprensibles que fueran sus acciones, no podía negarles una generosidad casi inexplicable y, tal y como me habían pedido insistentemente, quizá lo mejor era confiar y esperar que todo saliera bien. De todas maneras, no tenía otra opción.

En aquel momento caí en la cuenta de que ni siquiera me había despedido de aquel hombre. Estaba ya a considerable distancia y le llamé haciendo altavoz con las manos.

—¡Dionisio!

El hombre dejó de remar y se volvió hacia mí, expectante.

—¡Gracias! —vociferé—. ¡Muchas gracias!

Me miró por última vez, agitó el brazo en señal de despedida y continuó remando mar adentro.

La tarde languideció. El sol ya apenas se elevaba un palmo sobre las aguas del Atlántico. La furia abrasadora que castigaba aquel rincón del mundo se iba atemperando y el sol se despedía con ese fulgor anaranjado que obtenía de la arena del Sahara. Tras errar por miles de kilómetros, el polvo del

desierto llegaba hasta aquella costa para filtrar de irrealidad los incomparables ocasos africanos.

Yo me encontraba tumbada en la arena haciendo acopio de forzoso estoicismo. Había hecho un montoncito con la calurosa vestimenta de religiosa para que me sirviera de almohada, así que me encontraba en ropa interior. Solo los pájaros y las ranas arbóreas venían a romper el hipnótico ritmo del oleaje que se deshacía en la orilla; hasta los mosquitos parecían respetar aquel momento, pues no llegué a oír ni uno solo de sus insidiosos zumbidos.

—Es increíble la paz que se respira aquí —murmuré en voz baja, hablando conmigo misma—, este silencio...

—Ese es precisamente el nombre de este lugar: la playa del Silencio —dijo una voz de hombre a mi espalda, y di un respingo que me hizo saltar medio metro en la arena.

Allí estaba Gabriel, de pie a la salida de un pequeño sendero que no había visto.

—¡Joder! —exclamé exultante de alegría, poniéndome en pie de un salto—. ¿De dónde sales?

—Del pueblo —contestó, señalando hacia atrás con el pulgar.

—Gracias a Dios. —Corrí hacia él y le di un sentido abrazo—. Pero ¿cómo me has encontrado?

—Yo le pedí a Dionisio que te trajera aquí. Es un lugar seguro.

—¿Fue idea tuya?

El guineano sonrió.

—¿No te gusta el sitio?

—Déjate de bromas —le espeté—. ¿Qué es lo que hacemos aquí?

Gabriel vio mi expresión asustada y se sentó en la arena junto a mí.

—No tienes de qué preocuparte, Blanca. Vamos a salir de la isla.

—Eso ya me lo dijo Dionisio. Pero ¿cómo?

—Ya lo verás.

Con la llegada de la noche salí de dudas.

Un ruido de motor proveniente de mar adentro se fue haciendo cada vez más estridente y la luz de una potente linterna barría la superficie del agua a medida que se aproximaba a la orilla.

—¡Blanca Idoia! —gritó una voz desde la oscuridad.

Durante un segundo dudé en responder. Sin embargo, si aquello era una sutil trampa de los militares para atraparme, lo cierto es que no tenía mucho sentido.

—¡Aquí! —exclamé finalmente, confiando en no equivocarme—. ¡Estoy aquí!

Me levanté. La luz del foco deambuló alrededor hasta dar conmigo y me deslumbró. Yo me protegí los ojos con una mano y saludé aún sin ver nada.

—¿Es usted Blanca Idoia? —preguntó de nuevo la voz.

—¡Sí, soy yo!

—¡Suba a la lancha! —apremió, ya a muy poca distancia—. ¡No hay tiempo!

Dudé de nuevo, pero Gabriel me tomó del brazo y me empujó a subir.

Una vez en la barca, avanzamos en una casi completa oscuridad hacia una luz amarillenta en medio de la negrura que bien podía haber estado a un kilómetro o a cien. El motor fuera borda de la lancha era más ruidoso que efectivo, pero navegábamos a buen ritmo. Las invisibles salpicaduras me daban de lleno en el rostro. A nuestra espalda, la playa del Silencio se había perdido en las sombras y las únicas luces de tierra firme procedían de la cada vez más lejana Luba: luces de los candiles de las casas, de alguna fogata y del generador eléctrico de la misión franciscana. No había vuelto a pensar en ellas desde hacía horas, y ahora, rebotando contra las olas en dirección a una solitaria bombilla en mitad de la noche, rogaba para que no les hubiera sucedido nada y no hubieran pagado las consecuencias de acogerme y ayudarme. En un inevitable encadenamiento de recuerdos pensé en la señora

María y su hija Paula. Silenciosas lágrimas de impotencia se mezclaron con el agua del golfo de Guinea.

—¿Sabes lo que les ha podido suceder a María y Paula?

Gabriel no contestó y le repetí la pregunta.

—Prefiero no hablar de eso ahora —repuso alzando la voz por encima del ruido del motor.

—Pero...

—Blanca —replicó con un bufido—, ya te he dicho que no quiero hablar de ello. Por favor, olvida el asunto.

Extrañada por su actitud esquivada, no me quedó más remedio que tragarme la inquietud. Miré de nuevo hacia delante, hacia la luz cada vez más cercana de lo que ya sin duda era nuestro destino.

Hasta que no estuvimos a escasa distancia no pude distinguir la silueta negra de un carguero de unos treinta metros que, tan solo iluminado por la pálida bombilla que nos atraía hacia él, se mecía con el suave oleaje. Al acercarnos a la nave, que de cerca apareció como una siniestra mole de metal oxidado, nos pegamos a su costado. El silencioso piloto de la lancha lanzó un silbido, el cual fue correspondido inmediatamente en forma de escala de cuerda.

—Suba —me apremió sin más explicaciones.

Me agarré a la inestable escala como pude y ascendí trabajosamente por ella, pues me golpeaba repetidamente las rodillas y los nudillos contra el casco y casi perdí las sandalias. De repente, dos pares de manos surgidas de la oscuridad me tomaron por los brazos, me izaron en vilo y me dejaron sentada en la cubierta de la nave bajo aquella huidiza luz.

Los dos hombres que me habían ayudado lanzaron un par de cabos por la borda y, en cuanto Gabriel subió por la escalerilla de cuerda, elevaron con esfuerzo la lancha que nos había llevado hasta allí.

Luego, mientras yo aún seguía rendida sobre la cubierta de acero, los tres hombres intercambiaron unas pocas palabras que no entendí; entonces, un cuarto hombre se giró hacia mí y me preguntó:

—Usted es Blanca Idoia, ¿no?

—Así es.

—Bienvenida a bordo —dijo, ofreciéndome la mano—. No me dijeron que era usted una hermana.

—Bueno, en realidad, soy hija única.

Los marineros me estudiaron confusos y repentinamente soltaron unas risitas por lo bajo, no sé si porque entendieron la broma o porque creían tratar con una misionera extravagante.

Sin más preámbulos, nos condujeron a través de los oscuros pasillos del barco casi a tientas y, tras dar un sinfín de vueltas y bajar unas empinadísimas escaleras, abrieron una puerta de hierro y entramos en lo que deduje que iba a ser nuestro camarote. Allí, un sucio ojo de buey dejaba entrar el reflejo de la luna sobre el mar, iluminando tenuemente un par de literas y una taquilla.

—Tiene sábanas limpias y ropa seca en el armario. Si necesita algo, siempre hay alguien de guardia en el puente. Llegaremos mañana al mediodía —informó el marinero desde la penumbra—. Que pase una buena noche. —Cerró la puerta del camarote con un golpe seco.

—Bueno, Gabriel —dije, al tiempo que me sentaba pesadamente en una de las literas de abajo—. ¿Me vas a explicar qué hago en este barco?

El guineano se sentó a mi lado y se dejó caer hacia atrás en la cama.

—Estamos huyendo —dijo, llevándose las manos detrás de la nuca.

—¿No me digas?

—Lo que quiero decir es que estamos huyendo de la isla de Bioko.

Debí ganar unos diez años de vida al oír esas palabras; con ellas se esfumó mucha de la ansiedad que llevaba sufriendo desde que empezó aquella locura. Por fin parecía asomar una luz al final del túnel.

El bálsamo fue tan bienvenido que también me dejé caer hacia atrás con un suspiro. Cerré los ojos y me imaginé de vuelta en mi Vitoria natal, caminando por sus calles, protegida en una nube de seguridad y cordura.

—La mala noticia...

¿Por qué siempre tenía que haber una mala noticia?

—... es que creo que este barco va a Bata.

—¿Qué? —No me podía creer lo que acababa de oír—. ¿Me estás diciendo que todo esto es para ir de una parte de Guinea Ecuatorial a otra? ¡Yo lo que quiero es salir de una vez de este país! —exploté—. ¿De qué sirve que vayamos del territorio insular al continente, si no salimos de Guinea?

—Blanca, no grites. Estoy aquí al lado.

—¡Cómo quieres que no grite! Creo que estamos salvados, y al cabo de un momento me entero de que no es así. —Estaba sacando parte de la ira que llevaba acumulada. Ya no estaba tumbada junto a Gabriel en la litera, sino que me había puesto en pie de un salto y vociferaba entre aspavientos que se perdían en la oscuridad—. ¡Joder! ¡Joder! ¡Joder!

—Tranquilízate...

—¿Que me tranquilice? ¿Cómo voy a tranquilizarme? En cuanto desembarquemos, las autoridades del puerto de Bata se preguntarán qué hace una blanca en un carguero y cinco minutos después estaré de nuevo en la cárcel. ¿Por qué demonios no hemos tomado un barco que fuera a Camerún o a Nigeria?

—Pues porque esto no es un servicio de taxi. Suerte hemos tenido que las misioneras conocieran al capitán de este mercante y que se haya arriesgado a llevarnos con él en su ruta de Malabo a Bata.

—Vale, eso lo entiendo —repuse, tratando de calmarme—. Pero no entiendo qué ganamos saliendo del fuego para caer en las brasas.

—Pues ganamos que, de momento, en la Guinea continental no nos buscan. Aunque sea el mismo país, los cientos de kilómetros de océano que separan ambas partes les harán buscarnos durante un tiempo únicamente en la isla.

—Pero ¿qué haremos cuando desembarquemos en Bata? ¿Cómo eludiremos a los militares del puerto?

—Blanca, te he dicho que *el barco* va a Bata, no que nosotros vayamos allí.

—No entiendo —inquirí, confusa—. ¿Qué quieres decir con eso?

—Mañana, Blanca —contestó mientras se tumbaba en la cama—. Ahora estoy muy cansado, mañana te lo explicaré todo.

Y un minuto más tarde, mientras aún continuaba de pie en medio del camarote tratando de calmarme, los primeros ronquidos de Gabriel se entrelazaron con el traqueteo de la sala de máquinas y percibí como el mar se deslizaba bajo el casco del mercante.

16

—Buenos días.

—¿Qué...? —respondí somnolienta, abriendo un ojo.

—Hora del desayuno —dijo un rostro familiar frente a mi cara.

—¿Gabriel? —dije, apenas reconociéndolo tras la neblina del sueño—. ¿Qué... qué hora es?

—Ya son las seis, y si no nos damos prisa no quedará nada que comer para cuando lleguemos.

—Muy temprano... —protesté tibiamente.

—Deja de quejarte y levanta tu cuerpo misionero de la cama.

—Te advierto —levanté un dedo, desperezándome—, que hace mucho que el chiste ha dejado de tener gracia.

—Bueno, eso sería discutible —replicó con una mueca burlona—. Pero el caso es que esa mentira nos puede ser muy útil.

—Yo no estoy tan convencida.

—Pues deberías. Hay decenas de misioneras españolas en Guinea. Con esas ropas es más fácil que pases desapercibida y más difícil que te relacionen con una antropóloga fugada de un camión de reos en las afueras de Malabo.

—No sé...

—Créeme. Esto, o volver a pintarte de betún.

—Ni en broma. No sabes cómo sudaba y el tufo que echaba, aparte que era totalmente ridículo.

—Decidido entonces. A partir de ahora serás la hermana Blanca.

—Está bien... —acepté, no muy feliz con la perspectiva—. Pero como empieces con el cachondeo rompo mis votos y la liamos.

Gabriel meneó la cabeza.

—Quizá podremos hacerte pasar por religiosa, pero, desde luego, con esa actitud no va a haber manera de proponerte para santa.

Supongo que llegamos demasiado tarde al comedor, ya que no quedaba nadie allí, ni rastro de que en algún momento se hubiera servido desayuno

alguno.

—Me parece que hasta el almuerzo no vamos a probar bocado —comentó Gabriel, confirmando mis sospechas.

—Y si nos acercamos a la cocina, ¿no habrá algo de comer?

—El cocinero es también el ayudante del jefe de máquinas y, cuando sale de la cocina, la cierra a cal y canto.

—¿Cómo sabes tú eso?

—No es la primera vez que viajo en el *Queen Elisabeth*.

—¿*Queen Elisabeth*? ¿Así se llama este barco?

—Así es. Imagino que al actual dueño le pareció divertido llamar a este montón de chatarra igual que el barco más lujoso del mundo.

—Ya... Pero llegaremos, ¿no?

—Claro que sí. Hasta ahora nunca ha llegado a hundirse.

Aún dándole vueltas a la inquietante aclaración, Gabriel me sugirió que me acercara al puente de mando para presentarme al capitán.

Salí a cubierta, donde un incólume cielo azul sin una sola nube en el horizonte me deslumbró por el contraste con el lúgubre interior de la nave. Subí una empinada escalera metálica completamente oxidada, empujé una chirriante compuerta y accedí al puente. Allí, un hombre de unos cincuenta años vestido solo con un raído pantalón corto y unas chanclas, manejaba el timón con un una colilla de puro apagada en la comisura de la boca.

—¡Hombre, hermana Blanca! ¡Por fin nos conocemos! —exclamó al verme—. ¿Le gusta mi barco? —dijo, señalando a su alrededor.

—Sí, claro —contesté por compromiso—. Está muy bien.

—¡Pues se lo vendo! —exclamó estallando en una estentórea carcajada—. Aún no me explico cómo puede flotar este pedazo de hierro oxidado. ¡Es un jodido milagro! —rio de nuevo—. Oh, disculpe mi lenguaje, me olvidaba de que es usted religiosa.

—No se preocupe. A veces hasta a mí se me olvida. —Me acerqué para estrecharle la mano—. Le estoy muy agradecida por su ayuda.

—Yo soy Diego Nsue, el capitán —contestó mientras se retiraba el puro de la boca y correspondía al saludo—. Y no hay de qué, aunque espero que su jefe me lo tome en cuenta el día de pasar facturas.

—¿Mi jefe?

—Su jefe, hermana —dijo, apuntando al techo—. El de ahí arriba.

—Ah, sí, claro. La próxima vez que hable con él, le daré las mejores referencias. No lo dude.

El capitán me escrutó por un instante, tratando de adivinar si me estaba mofando. Finalmente, explotó en una nueva carcajada.

—Caramba —dijo—, no sabía que las religiosas tuvieran sentido del humor.

—Soy una misionera algo especial —apunté. Para variar la dirección de la conversación, pregunté—: Pero, dígame, ¿cómo va la travesía?

—Estupendamente —manifestó con entusiasmo—. Navegamos a unos quince nudos, y sobre el medio día llegaremos a Bata.

—¿Y entonces...?

—No se preocupe, yo le diré qué hacer cuando llegue el momento.

—Aquí les gusta mucho andarse con misterios, ¿no? —pregunté alzando una ceja, pero al no recibir respuesta no insistí—. En fin, hablando de otra cosa: ¿a quién hay que excomulgar en este barco para que a una le den de comer?

El capitán dejó escapar de nuevo su carcajada fácil.

—Ahora mismo aviso al cocinero y le pido que le prepare algo. Necesitará fuerzas para lo que le espera.

—Gracias capitán, es usted muy amable.

—De nada, hermana. Y ahora discúlpeme, pero tengo un barco que gobernar. Siéntase como en su casa y disfrute del viaje.

Dejé el puente, y en cuanto encontré a Gabriel me acerqué a él con una pregunta en la punta de la lengua.

—¿Por qué tengo siempre la impresión de que soy la que menos sabe sobre qué está pasando o adónde vamos? —pregunté, poniendo los brazos en jarra—. ¿Te importaría ponerme al corriente?

Gabriel se llevó el índice a los labios. Me tomó del brazo y me condujo a la popa del barco, donde ondeaba una descolorida bandera guineana.

—¿Qué quieres saber?

—Todo. Cuál es tu plan, si es que tienes alguno, y hacia dónde nos dirigimos.

—Mi plan es llegar al continente y desde allí cruzar la frontera de Gabón.

—¿Al Gabón? —pregunté extrañada—. Si no me equivoco, la frontera con Camerún está bastante más cerca.

—Cierto, y también más vigilada.

—De acuerdo, digamos que nos dirigimos a Gabón. Pero al llegar, ¿cómo evitaremos a los militares del puerto de Bata?

—Muy sencillo. Desembarcaremos antes de llegar, del mismo modo que embarcamos.

—¿Otra vez en la lancha?

—Eso me temo.

—¿Vestida de misionera?

La sonrisa de Gabriel fue lo suficientemente explícita.

Tal y como nos había prometido, el capitán mandó al cocinero a hacernos algo de comida y poco más tarde estábamos sentados uno junto al otro en la mesa menos sucia del comedor, devorando ávidamente unos huevos revueltos con arroz blanco.

—Gabriel —dije con la boca llena.

—¿Qué? —contestó sin levantar la vista del plato.

—¿Qué les ha pasado a María y Paula? —pregunté sin mirarle.

Un pesado silencio dilató la respuesta.

—No lo sé —murmuró con voz trémula.

Me daba miedo la respuesta que pudiera darme, pero la duda era peor aún.

—Por favor —insistí—, dime lo que sepas.

El guineano me miró de reojo y resopló por la nariz.

—Creo que se las llevaron a las dos a comisaría.

Ya había experimentado en carne propia lo que eso significaba, y por desgracia sabía lo que supondría para una anciana y una joven enferma.

—¿Y no... —mascullé— no podemos hacer nada?

Gabriel meneó la cabeza lentamente, visiblemente consternado.

—A lo mejor —dije sin pensar—, si yo me entrego, quizá...

—No digas tonterías —atajó antes de que terminara la frase—. Aunque nos entregáramos los dos, ellas seguirían presas por cómplices y su sacrificio habría sido inútil.

—¿Sacrificio? Yo no quiero que se sacrifiquen. Lo que quiero es ayudarlas. Ellas están en esa situación por mí.

—Tú no sabías lo que iba a pasar.

—¿Así que no vamos a hacer nada?

Gabriel me miró fijamente, ceñudo.

—¿Crees que estás en una novela de aventuras? Esto es la vida real, Blanca. Aquí, a los que ejercen de héroes les pegan un tiro en la cabeza. Si quieres sacarle provecho al hábito, reza por ellas, y si no, procura olvidarlo.

—¿Cómo voy a olvidarlo? Esas dos mujeres... No puedo cruzarme de brazos ahora que están en problemas.

—¿Y qué vas a hacer? —inquirió con amargura—. ¿Asaltar la comisaría de Malabo? ¿Declararte en huelga de hambre? ¿Quemarte a lo bonzo? —Su tono tenía algo de rabia y mucho de desesperación—. Yo soy el primero que arriesgaría mi vida por ayudarlas, pero créeme, ya no podemos hacer nada por ellas. En este país no hay jueces a los que reclamar ni periódicos en los que denunciar. La suerte de esas dos mujeres ya está echada, solo queda esperar y ver.

Aún meneé la cabeza una última vez, pero ya sin saber que decir.

La ira me desbordaba y me sentía miserable por no ayudar a quien antes me había ayudado. No me veía capaz de arrancarme del pecho ese odio que me roía hasta los huesos del alma, esa impotencia, ese incontenible deseo de matar con mis propias manos al causante de todo aquel dolor gratuito.

—Sé cómo te sientes —dijo Gabriel en voz baja.

Me giré hacia él de nuevo y descubrí que me miraba fijamente. Luego extendió el brazo y me acarició el pelo con ternura.

—¿Y por qué crees que lo sabes? —pregunté sollozando repentinamente, desolada.

Gabriel me abrazó con fuerza y llevó sus labios a mi oído.

—Muy sencillo —susurró—, porque yo me he sentido así toda mi vida.

Tras la comida, ya en cubierta, asomados a proa para que la brisa marina nos aliviara de la canícula ecuatorial, veíamos ensancharse gradualmente la oscura franja del litoral del continente africano.

—Háblame de ti —pedí, sin dejar de mirar el horizonte.

Gabriel me miró de reojo.

—Mi familia es de Luba —dijo—, aunque yo nací en Malabo. Mis padres me enviaron de muy joven a Nigeria; primero estudié ingeniería de minas en la Universidad de Lagos y luego trabajé en las plataformas petrolíferas de aquel país. Al cabo de unos años regresé a Guinea, y cuando descubrieron un gran yacimiento de petróleo cerca de Bioko encontré trabajo en una plataforma de la Exxon. Luego tuve ese incidente en un bar de Malabo... —y encogiendo los hombros, concluyó— y el resto ya lo sabes.

—¿Trabajabas en una plataforma petrolífera? Debía de ser muy duro.

—Un poco, pero para un guineano eso es como que te toque la lotería. Yo tuve la suerte de tener experiencia en prospecciones de mi época en Nigeria y hablar el suficiente inglés como para ejercer de capataz de los obreros

guineanos a las órdenes de los jefes americanos. Me hubiera ganado bien la vida, si no hubiera sido porque la empresa contratista que hacía de intermediaria se quedaba con el ochenta por ciento de mi sueldo.

—¿Te quitaban el ochenta por ciento de tu sueldo? ¿Por qué?

Gabriel se encogió de hombros.

—La empresa que debía pagarme es propiedad de un hijo de Obiang —aclaró con una sonrisa desabrida, obviando con ese dato cualquier otra explicación.

No me quitaba de la cabeza la incertidumbre, ni siquiera al hablar de otros temas; antes bien, se iba acrecentando en la misma medida en que lo hacía el horizonte de tierra firme. Habíamos conseguido escapar de la isla de Bioko, pero aún nos quedaba mucho para poder hacerlo del país.

Gabriel estaba apoyado en la oxidada barandilla. Parecía tranquilo, pero estaba segura de que le estaban asaltando las mismas dudas que a mí y que tenía el mismo regusto a miedo en la boca que yo, por mucho que tratara de aparentar confianza y optimismo.

África, el continente cuyos prejuicios y frases hechas había venido a extirpar, se me antojaba ahora como una sucesión de tópicos y miedos. Descripciones como «el continente misterioso» o sentencias racistas del tipo «los africanos solo saben hacer dos cosas bien: matar y morir», en ese momento, no me parecían demasiado alejadas de la realidad.

En verdad, el problema es que tenía miedo. Mucho miedo.

—¿Crees que lo conseguiremos? —pregunté con la vista clavada en el apabullante verde de la costa.

La respuesta nunca llegó, pero vi de reojo como se tensaban los músculos de la mandíbula de mi compañero de travesía.

A poco más de un kilómetro de la costa, antes de que cupiera la posibilidad de ser descubiertos, botamos la lancha con la ayuda de algunos tripulantes del *Queen Elisabeth*. De nuevo me encontré sentada en una estrecha tabla de madera con mi hábito de misionera remangado, cada vez más sucio y más apestoso. Esta vez, sin embargo, no navegamos mar adentro en mitad de la oscuridad, sino que nos dirigimos en diagonal hacia una resplandeciente playa de arena blanca sombreada de palmeras. Fuimos dejando a nuestra derecha la modesta silueta de la ciudad de Bata. Hasta que no llegamos a la altura de la torre de control del pequeño aeropuerto situado al norte de la ciudad, no tomamos un rumbo más perpendicular a la línea costera.

Avanzábamos con el motor a máximas revoluciones para llegar lo antes posible. Las aguas, aunque calmadas en apariencia, se transformaban en inquietantes nubes de espuma blanca al llegar a la orilla.

—Me parece que vamos a tener un desembarco algo movido —dijo Gabriel a mi lado.

Me limité a asentir. Solo esperaba que la playa fuera totalmente arenosa porque, si por desgracia acabábamos naufragando, esas olas nos darían un buen revolcón y cualquier roca malintencionada podía mandarnos derechos al cielo sin pasar por la casilla de salida.

—¡Agárrese bien, hermana! —gritó entonces el marinero que pilotaba la lancha—. ¡Cuando nos atrape la ola, sujétese fuerte!

No entendía muy bien qué se proponía. Ya casi estábamos en la zona de formación de las grandes olas, algunas de las cuales llegaban a los dos metros de altura. En lugar de girarme y preguntar, decidí obrar un acto de fe —muy apropiado llevando aquellas ropas— y seguir las indicaciones que me daban.

Una cresta en formación pasó bajo nuestra pequeña embarcación y la elevó casi un metro. Por un segundo fui consciente de la enorme fuerza de la masa de agua que se estrellaba en aquella costa tras acumular energía durante miles de kilómetros de océano. Me giré un instante, más que intranquila, y en

ese preciso momento contemplé como una pequeña montaña azul crecía justo a nuestra espalda.

—¡Ahora, hermana! —alertó el marinero—. ¡Sujétese todo lo fuerte que pueda!

No tuvo que repetírmelo dos veces. Me agarré a la borda con la fuerza que infunde el miedo y, seguidamente, la lancha comenzó a inclinarse hacia delante y creí que se clavaría en el agua dando una peligrosísima vuelta de campana con nosotros en su interior.

—¡Échese hacia atrás! ¡Échese hacia atrás! —exclamó entonces la voz a mi espalda.

Así lo hice. Inmediatamente la barca dejó de inclinarse, pero a cambio tomó una velocidad vertiginosa y salimos disparados sin control en dirección a la orilla. Estábamos cabalgando la ola.

No pude —ni quise— ver la mole de agua que nos impulsaba, pero por el ensordecedor bramido en el que estalló cuando llegamos a la rompiente debía de ser enorme. Un caos de espuma blanca nos adelantó y entró en la barca. Oí como Gabriel me gritaba algo, pero no le entendí y me limité a seguir tumbada tratando de no tragar agua y preparándome para un más que posible vuelco.

A pesar de mis malos augurios, el desastre no llegó a producirse. Descubrí que habíamos llegado a tierra firme cuando sentí bajo mi espalda el inconfundible roce de la arena contra la madera de la quilla.

—Creo... que yo me apeo aquí —mascullé con el estómago del revés y me incorporé en la lancha a duras penas.

—¿No le apetece repetir, hermana? —preguntó el marinero.

—Lo ha hecho muy bien, pero recuerde que la soberbia es un pecado —dije.

—La verdad —dijo el marinero, rascándose la cabeza con timidez—, es que no creí que fuera a... Pero ¿de que se ríe? —preguntó, al verme menear la cabeza y reír en silencio.

—De nada... Es que me estaba acordando de todas las veces que rechacé la invitación de un antiguo novio para que aprendiera a surfear con él en Mundaka. Y pensaba que tiene mucha gracia que al final haya acabado haciéndolo en África, en una lancha a motor y vestida de misionera.

La lancha emprendió el camino de regreso, y nosotros dos, exhaustos, nos quedamos tumbados a la sombra de un cocotero. A diferencia de la playa de Bioko donde habíamos estado veinticuatro horas antes, esta era de una fina

arena blanca y, si no hubiera sido por la infinidad de troncos muertos, ramas, cocos y bolsas de plástico que se extendían por la orilla, habría sido digna de aparecer en cualquier catálogo de una agencia de viajes. El sol colgaba desde su cenit y mis húmedas ropas, que había extendido sobre un tronco, no tardaron ni diez minutos en secarse.

—Bueno —dije, incorporándome sobre los codos—. Y ahora, ¿qué hacemos?

—Primero descansar un poco más. Luego nos acercaremos a un pueblo de pescadores llamado Utonde, a poca distancia de aquí, conseguiremos un transporte y luego... Dios dirá.

—Vaya, un plan perfecto.

—Aún tengo que pulirlo un poco.

Media hora después comenzamos a caminar por la playa en dirección norte. A pocos pasos distinguimos una pequeña población de casas de madera y techos de palma, y aparentando normalidad nos adentramos en ella buscando a alguien a quien preguntar.

Encontramos un grupo de hombres que reparaban redes de pesca. Me adelanté para hablar con ellos.

—*Mbolo* —dije en fang, saludando con la cabeza.

—*Mbolo* —contestaron al unísono los pescadores.

—¿Saben ustedes si hay algún autobús o taxipaís que salga para Bata?

Los pescadores se miraron entre ellos con expresión interrogativa.

—A última hora del día —dijo el mayor de todos, dirigiéndose a sus compañeros—, Tomás, el de la tienda, suele ir a Monbasi a visitar a su... ejem, ya sabéis.

—Pero ¿crees que querrá llevar una religiosa en el coche —apuntó divertido el más joven, señalándome con el pulgar— cuando vaya a casa de su «ejem»?

—Sí, eso es cierto —reconoció con una sonrisa.

—No se preocupen por eso —apunté, acercándome al grupo—. Las franciscanas somos muy liberales y no supondrá ningún problema.

Los pescadores volvieron a intercambiar miradas, esta vez de desconcierto.

—Está bien —dijo el primero, y señaló con la cabeza hacia el final de la calle de arena—. La tienda de Tomás está un poco más adelante. Hable con él, a lo mejor le convence.

—*Akiba* —me despedí. Les deseé buena pesca y les dejé atrás entre cuchicheos de vieja y maliciosas risotadas.

Veinte metros más allá alcanzamos la tienda. Era una casa como cualquier otra, tenía la puerta cerrada y solo se distinguía de las demás por un oxidado reclamo naranja de la legendaria Mirinda. Gabriel llamó a la puerta, pero no obtuvo respuesta. Lo intentó hasta tres veces, cada vez con más insistencia, hasta que una voz al otro lado de la puerta nos preguntó qué queríamos.

—Estamos buscando a Tomás —contesté.

—Soy yo —aclaró la voz—. ¿Qué quieren?

—Nos han dicho que usted nos podría acercar a Bata.

—¿Quién le ha dicho eso?

—Unos pescadores del pueblo. Nos han dicho que usted va a menudo a la ciudad y que podría llevarnos.

—Pues vuelvan y díganle a esa panda de chismosos —exclamó nuestro interlocutor, abriendo la súbitamente la puerta— que por qué no...

El hombre, desaliñado y con tan solo unos calzoncillos agujereados como vestimenta, se quedó de una pieza al encontrar frente a sí a una religiosa que lo miraba reprobadoramente.

—Oh, disculpe, hermana —dijo azorado, escondiéndose parcialmente tras la puerta—. No sabía que usted... que era...

—¿Nos haría el gran favor de llevarnos a Bata? —le interrumpí, tratando de sacar provecho de su ataque de pudor.

—Claro, hermana. Pero yo solo voy hasta Monbasi, aunque allí podrá encontrar un minibús que la lleve al centro.

Miré interrogativamente a Gabriel y este afirmó con la cabeza.

—De acuerdo, señor Tomás. Yo soy Blanca... la hermana Blanca —me presenté y le estreché la mano—. ¿Cuándo salimos?

En menos de una hora abandonamos Utonde a bordo de un parcheado Peugeot 504 familiar a través de una pista de tierra custodiada por palmeras y matorrales. El pobre automóvil protestaba a cada oportunidad, y aun teniendo para mí sola todo el asiento trasero no encontraba un solo lugar donde sentarme sin clavarme algún muelle.

Al cabo de pocos kilómetros dejamos atrás la frondosidad cercana a la playa y nos adentramos en la extensión de verdes praderas que rodea el pequeño aeropuerto de Bata.

—Menudo cambio —comenté para dar conversación—. Imagino que talarían todos los árboles de los alrededores para evitar accidentes, ¿no?

—Pues fíjese que no —contradijo Tomás, que agarraba el volante con fuerza, como si lo que llevara fueran las riendas de un caballo encabritado—. No hizo falta talar nada, esto siempre ha sido así: un desierto.

—¿Un desierto, dice? —inquirí, mirando a izquierda y derecha—. ¿Dónde?

—Pues todo esto —dijo el conductor, apuntando con la barbilla a la verde pradera.

—Me va a disculpar, pero yo aquí solo veo un enorme campo de hierba.

—Pues lo que le estoy diciendo —insistió en la obviedad—. Un desierto.

Algo desconcertada, me ahorré las explicaciones sobre lo que era en realidad un desierto. Supuse que, para aquellos que han pasado su vida rodeados de espesos bosques tropicales, un terreno plano sin árboles se les debía antojar un auténtico erial.

No había transcurrido ni media hora desde que salimos de Utonde cuando llegamos a nuestro destino. Se trataba de una barriada de casas humildes. Algunas de ellas eran de adobe; otras, de madera y techo de cinc, y unas pocas, de ladrillo. Las calles eran de tierra rojiza compactada. Cauces secos de pequeños torrentes las surcaban, y restos de basura y hierbajos las flanqueaban. Pasamos junto a un grupo de quince o veinte niños que jugaban al fútbol en medio de la calle, descalzos todos ellos, pateando una pelota que no era más que una enorme bola de bolsas de plástico pegadas de cualquier manera. Uno de ellos llevaba una sucia camiseta con el rostro de David Beckham impreso en el pecho y, sin saber muy bien por qué, sentí vergüenza. Quizá porque una parte de mí, como occidental, se veía responsable de vender sueños rubios estampados a cambio de humo. En realidad —pensé—, no habían cambiado tanto las cosas desde que trocábamos pepitas de oro por cuentas de cristal coloreadas.

—Aquí la dejo, hermana —dijo Tomás, deteniendo el coche junto a un cruce—. Si espera en esa esquina podrá encontrar a alguien que la lleve al centro.

—Muchas gracias —dijo Gabriel, abriendo su puerta—, ha sido muy amable.

Yo aún tardé un par de segundos en regresar de mis pensamientos.

—Gracias, Tomás —dije, saliendo a mi vez del vehículo—, y... que Dios le bendiga —añadí, cada vez más metida en mi papel.

Nuestro chófer asintió con la cabeza, se despidió con una mano y se puso de nuevo en marcha, camino de la casa de su «ejem».

Gabriel y yo nos miramos y luego miramos a nuestro alrededor. Constatamos rápidamente que nos hallábamos en algún lugar de las afueras de Bata, pero sin la menor idea de dónde exactamente. Eso sí, el cuándo estaba claro: estaba anocheciendo.

Ni a izquierda ni a derecha se veían venir más vehículos. El que nos había traído hasta aquí en ese momento doblaba una esquina guiñándonos a modo de despedida su tuerta luz trasera.

—Me parece que por aquí no pasa ni Dios —dije, mirando a lado y lado.

En la creciente penumbra vi brillar los dientes de Gabriel esbozando una sonrisa.

—Oírte decir eso, vestida así, tiene bastante más gracia de lo normal.

—Pues perdona que no me ría contigo. Por si no te has dado cuenta, no tiene pinta de que por aquí haya mucho tráfico, el alumbrado público brilla por su ausencia y esto cada vez está más oscuro.

—¿Asustada?

—Un poco. Sé que en Guinea hay muy poca delincuencia, pero no me hace ni pizca de gracia estar perdida en una calle oscura en las afueras de una ciudad desconocida.

—Pues entonces —dijo mirando al frente, cambiando el tono—, creo que no te vas a sentir mejor cuando veas lo que yo estoy viendo.

Me di la vuelta siguiendo su mirada y, perseguido por una nube de polvo, descubrí un coche de policía acercándose en línea recta hacia nosotros.

El vehículo policial, un pick up Toyota azul desgastado, se detuvo justo frente a nosotros. Habíamos esperado vanamente que pasara de largo, pero dos policías descendieron del coche, ambos con la pistola al cinto y uno de ellos portando una vieja metralleta.

—¡Alto ahí! ¿Qué hace por este barrio, monja? —me increpó el que parecía de mayor graduación—. ¿Es que está buscando a alguien que se la folle? —añadió con desprecio, guiñándole el ojo a su compañero.

—¿Qué forma es esa de dirigirse a una religiosa? —le increpé, tratando de disfrazar el miedo que sentía—. ¿Sabe que Nuestro Señor oye y juzga todo lo que dice?

Había apostado por no dejarme intimidar y apelar a sus creencias, confiando en que fuera un cristiano temeroso de Dios.

El policía titubeó, sorprendido porque hubiera tomado la palabra de un modo tan enérgico. Pero tras un segundo de indecisión, dio un paso al frente y puso su cara tan cerca de la mía que le olí el aliento a cerveza.

—El único dios de Guinea Ecuatorial —dijo desafiante, levantando el dedo índice a la altura de mis ojos—, es nuestro amado presidente Teodoro Obiang.

Pues no. No era un cristiano temeroso de Dios.

—Vamos, documentación —exigió malhumorado, alargando la mano.

Gabriel me dirigió una irónica mirada de agradecimiento.

—Oficiales —dije cambiando el tono, meliflua—, discúlpenme. Acabo de llegar de España y no conozco las normas del país.

—Ese no es mi problema. Enséñeme sus documentos.

—Tiene usted toda la razón, oficial —insistí calmadamente—. Pero casualmente... dejamos la documentación en la misión.

—Entonces, vendrá con nosotros a comisaría.

Un estremecimiento me recorrió la columna al oír esa frase y tuve que hacer acopio de todo mi valor para no salir corriendo.

—¿Y no habría —sugerí con voz temblorosa, sacando del bolsillo parte del dinero que me habían dado las misioneras— un modo de arreglar esta situación de una manera más sencilla para todos?

El policía de más edad miró el arrugado fajo de billetes con disimulada avaricia.

Alargué la mano. Tras intercambiar una breve mirada entre ellos, tomaron el dinero y lo contaron sin el menor pudor.

—No es suficiente —dijo el más joven—. Se viene con nosotros.

—¡Un momento! —dije metiendo ambas manos en los bolsillos y sacando todo lo que encontré—. ¡Es todo lo que tenemos! —Di la vuelta a los bolsillos de la falda, para que vieran que era cierto.

Gabriel me imitó, y eso pareció convencer a los policías de que ya no había nada más que exprimir. Tomaron los pocos billetes que les mostraba en mis manos abiertas y, ajustándose los cinturones, como si fuera un movimiento ritual aprendido en la academia de policía, nos dieron la espalda y entraron de nuevo en su vehículo. A la tercera arrancaron el motor y nos miraron de reojo al marcharse sin decir una palabra más.

La única luz que funcionaba de los faros del desvencijado autobús alumbraba alternativamente, con cada curva, ora un lado, ora el otro lado de los muros de vegetación por entre los que serpenteaba la carretera. Nos sentamos en la última fila. Compartíamos vehículo con una señora enorme que llevaba un pollo en la falda, un par de niños y un anciano cojo que roncaba a pierna suelta. Hacía más de una hora que habíamos dejado atrás la ciudad de Bata, avanzábamos a buen ritmo y lo que era aún mejor: hasta el momento —no había madera que tocar en aquel vehículo— no nos habíamos tropezado con ningún control de carretera.

Me sentí momentáneamente relajada y abandoné la vista por aquel tenebroso paisaje carente de horizonte. Entonces rememoré el encuentro con los policías. Sin darme cuenta, un breve resoplido se me escapó por la nariz.

—¿Qué pasa? —preguntó Gabriel, sin despegar la vista del camino.

—Nada —murmuré, meneando la cabeza—. Es que acabo de recordar lo que dijo uno de los agentes.

—¿A qué te refieres?

—A esa burrada sobre que el dios de Guinea es el presidente Obiang —dije chasqueando la lengua—. No imaginaba que el tipo fuera tan popular.

—No es ninguna burrada —comentó con desánimo—. Se limitan a seguir la política oficial.

—¿Qué? —interpelé, girándome hacia él—. ¿Me estás diciendo que la política oficial de Guinea consiste en deificar al presidente?

—Sé que parece una broma de mal gusto, pero es un mensaje que no se deja de repetir en los medios de comunicación gubernamentales. Y hay gente que empieza a creérselo...

—Me estás vacilando.

—Claro. Mira cómo me río.

En realidad, tampoco me sorprendió tanto. Ya llevaba el suficiente tiempo en Guinea como para intuir que esa afirmación era perfectamente factible. De

hecho —recordé, torciendo el gesto—, el argumento que usaron para condenarme no resultaba mucho más sensato.

Asomé la cabeza por la ventanilla con la intención de que el aire me despejara la mente y que arrastrara el desasosiego que se había pegado a mis pupilas semanas atrás. Aquella ansiedad me hacía verlo todo a través de un tétrico prisma que se oscurecía cada día que pasaba. El aire espeso y viciado del interior del autobús no ayudaba en absoluto, más bien al contrario: hacía que me sintiera ahogada y extraña.

La ansiedad había dado paso al miedo, que a su vez había dejado la puerta abierta a algo muy parecido al hastío. Había llegado a Guinea dos meses atrás rebosante de entusiasmo, imaginando que iba a salvar algo o a alguien, que iba a ser útil, que el corazón de las tinieblas se iba a embelesar con mi entrega y dedicación, que yo también me iba a enamorar de aquel país, y que el día que tuviera que regresar a España lo haría despidiéndome entre lágrimas y promesas de una multitud de agradecidos africanos.

La realidad se había encargado de ponerme en mi sitio. Exactamente, en el último asiento de un desvencijado autobús que hendía la noche selvática, huyendo para salvar la vida.

—Menuda mierda... —se me escapó entre dientes.

Gabriel se giró a medias, insinuando una mueca desganada.

—Totalmente de acuerdo.

—Maldita sea —mascullé—. A la que me paro a pensar en todo esto, me pongo como una moto. Pero no solo por lo que nos está pasando a nosotros, sino por todo en general. Te juro que no sé cómo lo soportáis.

—¿Quién te ha dicho que lo soportemos?

—No, ya... Me refiero a que es para volverse loca —dije, haciendo el gesto con el dedo—. Es una pesadilla de militares y policías criminales dirigidos por unos psicópatas pueblerinos.

—Veo que ya empiezas a conocerlos.

—¿Y a ti te hace gracia?

—¿Y qué quieres que haga? ¿Llorar? ¿Pegarme un tiro? ¿Organizar una revolución?

—Pues a lo mejor no sería tan mala idea —repuse acalorada—. ¿No te gustaría acabar con este régimen de mierda?

—Me gustaría más seguir viviendo.

—¡Pero esto no es vida! Mejor morir de pie que vivir de rodillas.

La expresión de Gabriel perdió la afabilidad que tenía segundos antes.

—Mira, Blanca. Primero, no alces la voz. Y segundo, no me vengas con eslóganes. Si vas a empezar a repetir frases que has visto escritas en camisetas, te equivocas de continente.

—¿Eslóganes, dices? ¿Es que te parece normal vivir así?

—¿Normal? —respondió con una mueca—. A ver, Blanca, ¿para ti qué es normal? ¿Tener agua potable te parece normal? ¿Luz eléctrica? ¿Alcantarillas? ¿Hospitales? ¿Comida? Eso no son cosas normales: son lujos. Lo que sucede es que la minoría de privilegiados que podéis disfrutar de ello estáis convencidos de que eso es lo «normal», y que los pobres del mundo somos «gente rara». Y lo más patético es que creéis que es cuestión de mérito propio que nosotros vivamos como vivimos y vosotros viváis como vivís. Ignoráis la abrumadora verdad: que vosotros sois la excepción. Que la inmensa mayoría de los seres humanos carecen de lo que consideráis imprescindible. Que los pobres somos cada vez más y los ricos sois cada vez menos.

—Tampoco me vengas tú con el típico discursito victimista africano de lo malos que somos los blancos y de que todo es culpa nuestra. Todos tenemos parte de responsabilidad, pero quienes os están robando son vuestros paisanos. Y además —añadí apuntándole con el dedo—, no me estaba refiriendo solo a cosas materiales, sino a derechos como justicia y libertad.

—Qué bonito... ¿Nos bajamos del bus y nos ponemos a cantar cogiditos de la mano?

—Vete al cuerno, hablo en serio.

—¿En serio? —dijo, alzando las cejas teatralmente—. ¿Tú crees que hablas en serio? La única libertad que se puede lograr en lugares como Guinea Ecuatorial es la de elegir cómo morir, y a veces, ni eso. Es muy típico de los blancos llenarse la boca de conceptos elevados, pero a la hora de hacer sacrificios o esfuerzos reales, todos miran para otro lado o menean la cabeza frente al televisor y se quedan tan anchos, convencidos de que ya han hecho todo lo que podían hacer. La libertad y la justicia son palabras muy bonitas, pero no llenan los platos de comida, ni sirven para vacunar a los niños. —Hizo una pausa, exhaló sonoramente y se quedó mirando el techo—. Las revoluciones en África solo han servido para teñir aún más de rojo la tierra, mientras gobiernos y multinacionales extranjeras arman y financian a las distintas facciones con el único fin de cosechar beneficios económicos cuando el conflicto acabe. Mientras tanto, nosotros ponemos la sangre para que una empresa o un banco suba dos décimas sus beneficios. Y al final, como siempre, los platos siguen vacíos y los niños sin vacunar.

Yo meneaba la cabeza, negando sus argumentos.

—¡Pero algo tenéis que hacer! ¿Por qué no tratáis de quitaros a este dictador de encima?

—¿Y piensas que el que venga detrás será mejor?

—¡Y yo qué sé! Pero habrá que intentarlo, ¿no? Si se instaure una verdadera democracia, podréis...

Gabriel me interrumpió con una risa amarga.

—¿Una democracia? —repitió, como si fuera la palabra más divertida del mundo—. Por todos los espíritus, no has entendido nada.

Entonces, como si la discusión hubiera influido en el clima, comenzó a llover como solo he visto llover en esta parte del mundo. No era una de esas educadas lluvias europeas que te mojan los zapatos y estropean los semáforos, sino una lluvia que arremetía contra el parabrisas y el techo, furiosa, violenta e inapelable. Esa misma lluvia pintaba Guinea de verde lujuria, y más de una vez convertía caminos de tierra en desbocados afluentes en cuestión de minutos.

Los haces de los faros se diluyeron en la densa cortina de agua y los limpiaparabrisas no daban abasto, dejando un campo de visión muy limitado y obligando al conductor a ir mucho más despacio. Mientras, la carretera continuaba en su incansable zigzag y entre nosotros se impuso un incómodo silencio tras la agria discusión.

—¿Tienes pensado donde podemos pasar la noche? —pregunté para romper el hielo.

—Ni idea, quizá tendremos que dormir en la calle —contestó secamente, aún enojado.

—Ya —dije apoyando mi cabeza en el respaldo—. Aún no acabo de estar convencida de que adentrarnos por esta carretera en mitad de la noche no sea más peligroso que habernos ocultado en Bata.

—Te lo he explicado antes —repuso impacientemente—. Bata, a pesar de ser la segunda ciudad del país, no es más que un pueblo grande donde no es fácil pasar desapercibidos, y aún menos cuando en cualquier momento pueden comenzar a buscar a una presunta misionera acompañada de un guineano.

—De acuerdo, quizá dadas las circunstancias la mejor opción sea esta. Pero ¿yendo hacia el interior en este bus, no estamos alejándonos de la frontera con Gabón, en lugar de acercarnos?

—No te preocupes —afirmó en un tono algo más afable—. Daremos un pequeño rodeo, pero igualmente llegaremos a donde quiero llegar.

—¿Y los controles de carretera?

—Como ya te habrás dado cuenta, en la región continental hay menos que en Bioko —afirmó mientras nos cruzábamos con el enésimo tráiler cargado de inmensos árboles arrebatados a la selva—. Normalmente, hasta el cruce de Niefang no hay ninguno.

—¿Y hemos de pasar por allí forzosamente?

—Me temo que sí.

—¿Y qué haremos entonces?

—Improvisar. Hasta el momento no se nos ha dado mal.

—Yo preferiría discutirlo antes y ponernos de acuerdo para no meter la pata.

—Sí, eso estaría bien —dijo, pero tras una pausa añadió—. Lo malo es que parece que no vamos a poder.

—¿Y por qué no?

Gabriel levantó la barbilla y señaló hacia delante, en dirección a un sucio cartel velado por la lluvia en el que a duras penas se podía leer: «CONTROL DE POLICÍA. POR UNA GUINEA MEJOR».

Caminar por la selva sin saber muy bien dónde se está o hacia dónde se va es una estupidez, hacerlo de noche es simplemente una locura, pero si además está lloviendo torrencialmente hay que estar completamente desesperado para intentarlo. A pesar de todo, esa era nuestra mejor opción de supervivencia. Por miedo a caer de nuevo en manos de los militares en un control de carretera, habíamos decidido no tentar de nuevo al destino e internarnos en la jungla. Si de día la selva resulta intimidante y amenazadora, de noche se transforma en el lugar más terrorífico que nadie se pueda imaginar.

Habíamos pedido al chófer que detuviera el autobús justo antes de llegar al control de carretera, y con un simple guiño de complicidad nos hizo saber que, por lo que al se refería, no daría cuenta de nuestra presencia. Nos alejábamos del camino en silencio, y al cabo de unos diez minutos ya habíamos perdido de vista las luces del puesto de control y, en consecuencia, cualquier punto de referencia que nos indicara dónde estábamos o hacia dónde nos dirigíamos. Yo abría la marcha. En la mano derecha llevaba un encendedor que trataba de proteger del agua con la izquierda. Gabriel me seguía, cargado con una lona de plástico agujereada que habíamos encontrado bajo el asiento del autobús. El pobre fulgor de mi mechero únicamente conseguía hacer centellear fugaces gotas de agua frente a mí. Por lo menos, la lluvia llegaba con mucha menos intensidad bajo aquel espeso dosel vegetal; en algunos lugares se podía permanecer casi a resguardo. Sin embargo, el brutal estruendo del aguacero al impactar contra la bóveda de la selva se sentía en el pecho como una vibración sorda y profunda.

Mis sandalias se hundían en la espesa capa de humus y ya había resbalado un par de veces cayendo de bruces en el barro. La voz de Gabriel me atosigaba a mi espalda, instándome a ir más deprisa y a no detenerme.

—¡Pero si no tengo ni idea de por dónde voy! —protesté, sin resuello por aquella irracional huida en la oscuridad.

—Eso no importa —contestó cortante—. Tenemos que alejarnos de la carretera.

—Pero...

—Blanca —me interrumpió—, hazme caso. No estamos seguros de que ningún viajero del autobús no se haya puesto nervioso y nos haya delatado, y no quiero darles la oportunidad de que nos encuentren por el rastro.

—¿Por el rastro? ¿Estás de broma? —discutí, mirando mis pies—. ¡Con la que está cayendo no encontrarían las huellas de una manada de elefantes!

—No te equivoques. La policía y los militares usan cazadores para seguir rastros, y ten por seguro que encontrarán el nuestro. Solo espero que nos dé tiempo a alejarnos lo suficiente.

Para colmo, el terreno era siempre empinado, ya fuera hacia arriba o hacia abajo, lo que me obligaba a agarrarme a troncos y lianas constantemente, tanto para superar las cuestas como para no escurrirme ladera abajo en los descensos. No obstante, con unas simples chanclas de goma en aquel fango tremendamente resbaladizo, eso acababa resultando inevitable.

Acabábamos de bajar una segunda colina cuando, al plantar los pies al otro lado de un furioso torrente, mis piernas dijeron hasta aquí hemos llegado. Me detuve a respirar, apoyándome en mis enfangadas rodillas, y noté como Gabriel se detenía a mi lado también con la respiración entrecortada.

—No te pares, Blanca —me azuzó por enésima vez—. Hemos de continuar.

—No —repuse jadeando—. Yo no pienso seguir. Estoy muerta.

—Si no continuamos —insistió en tono grave—, lo vamos a estar de verdad.

—Pues bueno —contesté, harta de todo aquello—. Sigue tú si quieres, yo no puedo dar un paso más.

En aquella espesa oscuridad no podía siquiera ver a Gabriel, pero durante unos interminables segundos temí que considerara la posibilidad de seguir sin mí.

—Está bien —claudicó—. Busquemos un lugar donde pasar la noche.

—Ahora nos vamos entendiendo.

—Pero antes de que amanezca —advirtió sin posibilidad de réplica—, nos volveremos a poner en marcha y no nos detendremos hasta llegar a un lugar seguro.

—Me parece bien —contesté, feliz con la perspectiva de descansar—. Llamaré a recepción para que nos despierten a las seis.

Gabriel no me rio la gracia y desde las sombras, taciturno, me indicó que le siguiera. Debíamos construir un refugio.

Ahora era él quien portaba la escuálida llama mientras yo cargaba con las ramas y las hojas que me iba pasando. Arrastraba enormes hojas de platanero, otras con la forma y el tamaño de pamelas modelo Grand National, un sinnúmero de ramas y flexibles lianas, y un pequeño tronco de palmera que, no sabía cómo ni para qué, Gabriel había desprovisto de hojas y raíces. Un par de veces caí al suelo cuan larga era, perdiendo en cada ocasión unas pocas ramas que trataba inútilmente de recuperar a tientas. Cuando esto pasaba, Gabriel apenas se detenía un segundo, me alumbraba fugazmente para saber si estaba bien, y proseguía con su peculiar cosecha. Yo me limitaba a seguir penosamente la exigua luz de la llama, porque sabía que si me perdía en aquellas tinieblas, con el fragor de la lluvia sobre los árboles redoblando como un millón de tambores enloquecidos, lo más seguro es que Gabriel no pudiera encontrarme. Ni él, ni nadie.

—Ya tenemos suficiente —dijo cuando llegué a su altura de nuevo.

—Me alegro, porque ya no puedo más.

No contestó, sino que echó de nuevo a andar mientras yo me preguntaba adónde demonios iba ahora.

Encontramos el riachuelo donde me había plantado minutos antes y seguimos su curso durante unas decenas de metros hasta que la luz se detuvo iluminando una extraña silueta. Al principio no la reconocí, pero finalmente distinguí la espectacular base del tronco de una imponente ceiba. Sus inconfundibles contrafuertes como de iglesia románica apuntalaban un inmenso tronco que fácilmente alcanzaba los cuarenta metros de altura y cuya base sería perfecta para montar un refugio; además, sus altísimas y poderosas ramas harían las veces de paraguas, dispersando buena parte de una lluvia que no cesaba en intensidad.

—Primero hemos de limpiar el suelo —dijo Gabriel—. Pero ten cuidado y utiliza para ello alguna de las ramas, nunca se sabe lo que puede haber bajo las hojas.

—¿Qué quieres decir exactamente con «nunca se sabe»? —pregunté algo inquieta.

—Pues los «nunca se sabe» en África pueden ser muchas cosas, y pocas de ellas agradables. Mejor no pienses en ello y límitate a tener cuidado.

Con la escasa luz de que disponíamos podría habernos pasado por alto un oso hormiguero, pero aun así dejamos el lugar razonablemente despejado, y si había allí algún inquilino previo lo habríamos asustado en nuestra ansia trilladora. Seguidamente, atamos rudimentariamente las ramas usando para

ello lianas delgadas y flexibles. Formamos una estructura plana de aproximadamente dos por dos metros, la cubrimos con las enormes hojas que habíamos recolectado y la apoyamos sobre los inclinados contrafuertes de la ceiba. Así creamos un espartano pero efectivo cobijo donde pasar la noche. Una vez tuvimos fijado esa suerte de techo, desplegamos el plástico que había traído Gabriel y nos sentamos sobre él sin perder un segundo. Por supuesto, todo aquello no era más que un chamizo improvisado y tanto a los lados como al frente seguíamos viendo caer la lluvia; pero estábamos razonablemente resguardados y, teniendo en cuenta la situación en que nos encontrábamos, era mucho más de lo que hubiera cabido esperar.

—En fin —dije mirando el techo, por el que se filtraban algunas gotas de agua—, no está tan mal. Aunque los acabados dejan bastante que desear.

—Demándame.

—Quizá lo haga —repuse, aliviada de que el guineano hubiera recuperado ligeramente el buen humor—. Y ahora que caigo —dije al ver el tronco que tenía a su lado—, ¿para qué me has hecho cargar todo el rato con ese trozo de palmera?

—Es la cena.

—¿Me has visto cara de castor?

—¿Significa eso que no vas a querer un poco?

—No tengo tanta hambre como para comerme un tronco —repliqué despectiva.

—Esta bien... Pero luego no me pidas.

Entonces arrancó la corteza con las manos y comenzó a pelar el tronco con los dientes, dejando al descubierto su blanco centro. Sin mediar palabra, comenzó a morderlo plácidamente.

Tardé aún unos segundos en caer en la cuenta, pero inmediatamente me abalancé sobre él y se lo arrebaté de las manos.

—¡Serás...! —le increpé—. ¡Me podías haber dicho que era palmito!

Gabriel sonrió y partió el delicioso corazón de palmera por la mitad.

—Por cierto —preguntó mientras masticaba—, ¿sueles dormir con la boca abierta?

—Pues... ni idea —repuse extrañada—. ¿Por qué lo dices?

—Por nada, por nada —dijo, restándole importancia—. Es que a algunas arañas, por la noche, les encanta meterse en el primer agujero que encuentran.

En algún momento de la noche, la lluvia cesó.

El extraño silencio que sucedió a la cacofonía me despertó súbitamente produciéndome la desagradable sensación de que me había quedado sorda. Mi oído aún tardó unos minutos en acostumbrarse, como cuando se sale de una habitación iluminada y por unos momentos todo aparece mucho más oscuro de lo que es en realidad. Lentamente, los ruidos de la selva hicieron su aparición; o quizá ya estaban ahí antes y era yo quien poco a poco recobraba la capacidad de oírlos. Primero, como siempre, percibí el incansable y desacompasado croar de las ranas arbóreas; luego, unos pájaros desconocidos se unieron al coro ululando y batiendo sus picos en una sinfonía inescrutable. Después comenzaron a oírse lejanos «uh, uh» entremezclados con el rumor de ramas que se doblaban y con un movimiento de cuerpos en las copas de los árboles, a muchos metros de altura sobre nuestras cabezas. Y por último, se incorporaron los más inquietantes de todos, los que provenían de la vegetación y la hojarasca que nos rodeaba: sigilosas pisadas que tanto podían ser de un inocente antílope, como de un acechante leopardo. Sin embargo, lo que de verdad me ponía los pelos de punta era el apenas audible susurro de cuerpos alargados y escamosos reptando en la hojarasca a escasos centímetros de mí.

Me arrebujé en posición fetal, pues aunque pueda parecer increíble en medio de una selva ecuatorial, comencé a sentir algo de frío. No tenía nada con qué taparme, y la ropa mojada, pegada al cuerpo, resultaba tan incómoda que pensé en quitármela. Pero en lugar de eso hice algo mucho más sensato: me abracé a Gabriel en busca de su calor corporal y, por qué no admitirlo, de la seguridad que me daba tenerlo a mi lado. La noche en la selva resultaba aterradora, cada sombra o cada ruido era un depredador sanguinario esperando a que me durmiera, y si no hubiera sido porque él estaba allí conmigo diluyendo mi miedo con sus confiados ronquidos, esa noche habría sido la más larga de mi vida. Así que me abracé a lo único que me anclaba a

la cordura, espanté a los monstruos que acosaban mi imaginación y traté de dormirme.

Entonces, como una creciente marea de resonancias, aparecieron los insectos. A principio me limité a espantar con la mano algún zumbido aislado junto a mi oreja, pero progresivamente el zumbido fue creciendo hasta convertirse en un insolente rumor que llegó a solapar los otros ruidos de la noche. Paralelamente, o debería decir inevitablemente, empezaron a picarme las piernas, los tobillos y los brazos desnudos. Los mosquitos se estaban alimentando.

Apenas sentí que había cerrado los ojos por fin, rendida al cansancio mortal que atenazaba cada músculo de mi castigado cuerpo, cuando una mano me sacudió ligeramente el hombro.

—¿Qué pasa? —pregunté asustada, convencida de que algún peligro nos acechaba.

—Tenemos que irnos.

—¿Cómo dices? ¿Ahora?

—Sí, ahora.

—Pero si acabo de dormirme —protesté, restregándome los ojos en la oscuridad.

—Eso es lo que tú te crees. Ya está a punto de amanecer.

Yo miré en todas direcciones y no vi nada parecido a un resplandor matutino. Para ser exactos, no vi nada de nada. Todo seguía igual de tenebroso que cuando me dormí.

—Vamos —insistió.

El guineano se puso en pie y apartó la techumbre. Estaba convencida de que se había vuelto loco, que había perdido la noción del tiempo y que por eso se empeñaba en seguir caminando en mitad de la noche. Lo malo es que no me quedaba otra opción que ir con él, así que también me levanté, atardecida y muerta de sueño y cansancio.

—Estás confundido, Gabriel —alegué perezosamente—. No debe ser ni media noche.

—Lo que tú digas...

—¿Qué te apuestas?

—Una cerveza helada si amanece antes de una hora.

—Ahora me apetecería más un café solo... pero vale, acepto.

Y así comenzamos de nuevo a caminar. Gabriel, detrás, cargando con el plástico; yo, delante, tratando de alumbrar con el encendedor dónde pisaba.

Iba bastante dormida, el cansancio del día anterior se hacía patente a cada paso que daba y la luz era escasa, así que no le di importancia a un curioso efecto óptico que ocurría frente a mis ojos. El hecho es que parecía que el suelo estuviera vivo y se moviera bajo mis pies cubiertos de barro.

Para mi sorpresa, cuando al poco rato alcanzamos la redondeada cumbre de la primera colina de ese día, entreví las primeras luces del alba. Sin quitar la vista de la roja promesa del amanecer, fantaseé con un sol cálido que secara mis húmedas ropas de misionera. Gabriel pasó a mi lado sin detenerse.

—Me debes una cerveza —dijo al pasar.

Y yo me alegré de contraer esa deuda.

A medida que el día clareaba, mi ánimo iba remontando; las cuestas se me hacían menos pronunciadas y los descensos menos peligrosos. Lentamente, la selva desvelaba sus formas confusas y enredadas. Troncos ciclópeos como increíbles columnas nacían de la tierra y se perdían en aquella bóveda verde, como si en realidad ellos fueran los encargados de sostener el cielo con sus ramas. Si Tarzán hubiera existido —pensé convencida—, sin duda se habría hecho la casa en uno de estos.

Multitud de otros pequeños y desconocidos árboles poblaban los espacios intermedios entre estos gigantes. Aunque el diámetro de sus tallos era ridículo en comparación con el de sus primos mayores, alcanzaban buenamente sus quince o veinte metros de altura. De la misma manera que aquellos que se ahogan estiran el cuello para sacar la cabeza del agua, estos árboles parecían alargarse hasta el límite de lo físicamente posible con el objeto de alcanzar los pocos rayos de luz que, en aquella hipérbole de la frondosidad, resultaban un bien muypreciado. Me sorprendió lo relativamente fácil que resultaba andar por aquella jungla: nada de ir a machetazo limpio abriendo camino, ni de dejarnos la ropa y la piel en afiladas zarzas. Si desaparecieran los helechos y los árboles más pequeños, y se sustituyera el suelo de hojas muertas por césped bien cortado, aquello podría pasar por un cuidado aunque oscuro parque donde hacer meriendas campestres.

Iba a pasar la mano despreocupadamente por uno de esos pequeños árboles de suave corteza cuando Gabriel gritó a mi espalda. Me quedé petrificada del susto.

—No te muevas —dijo en un susurro.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—No muevas ni un músculo.

—Pero ¿qué...?

Y entonces la vi. Parecía una delgada liana enrollada a un tronco, una liana verde brillante no más ancha que un meñique que terminaba achatándose en un extremo. En ese extremo, dos lunares simétricos flanqueaban una fina línea oscura por la que asomó, durante una décima de segundo, un apéndice mínimo, rosado y bífido.

Y mi mano estaba a menos de veinte centímetros de ella.

—Ahora, sin mover el brazo, comienza a andar hacia atrás muy, muy despacio.

Comencé a moverme sin quitarle ojo al ofidio, y me di cuenta de que estaba aguantando la respiración.

—Vamos, Blanca. No tengas miedo.

Y una mierda que no tenga miedo, pensé. Eso es fácil de decir a tres metros de distancia.

Logré dar dos pasos hacia atrás con la mayor lentitud posible, pero mi corazón parecía querer jugármela con unos latidos que retumbaban en mis oídos y que hubiera jurado que hacían vibrar las hojas. Finalmente, acabé topando con Gabriel, que me agarró fuertemente por los hombros.

—Ya está —dijo—, cálmate. Estás temblando como un pajarito.

—¿Y qué esperabas? Esto no ha sido nada divertido.

—Es una mamba verde —aclaró sin que le preguntara—. Da gracias a que a esta hora aún está aletargada, porque si no, tú y yo ya nos estaríamos despidiendo.

Huelga decir que a partir de ese momento me metí las manos en los bolsillos y miraba con desconfianza tanto los árboles junto a los que pasaba como el suelo que pisaba. Esto dio pie a otro inquietante descubrimiento.

La extraña sensación de que el suelo era un ente vivo y cambiante seguía ahí, así que me dio por agacharme. Me apoyé sobre las rodillas y lo miré más de cerca. Lo que descubrí me dejó helada: al contrario de lo que había pensado, no se trataba de una ilusión óptica debida al cansancio o a la ingestión de un palmito alucinógeno. Realmente, el suelo estaba vivo.

Millones de insectos se movían a través de la hojarasca podrida, haciendo que esta ondulara como la superficie de un mar parduzco. A primera vista detecté legiones de hormigas siguiéndose unas a otras y cruzándose entre ellas, escarabajos de diversos tamaños y colores, desagradables ciempiés, milpiés y dios-sabe-cuántos-pies. Pero sobre todo, ocupando casi todo el espacio en una densidad tal que jamás hubiera imaginado que fuera posible, una infinidad de arañas de todos los tamaños recorría aquel sustrato de

podredumbre veloz y misteriosamente, como si una ansiedad por hallar algo las hubiera puesto a todas en marcha al mismo tiempo y alocadamente; pasaban unas sobre otras ignorándose entre sí y al sinnúmero de insectos con los que se entrecruzaban.

El espectáculo habría resultado hipnótico de no ser porque, al detenerme, esos mismos seres peludos o quitinosos de seis, ocho o más patas comenzaron a escalar mis piernas desnudas y a subir por debajo de la falda.

Me puse a gritar como una loca mientras saltaba y trataba de quitarme de encima aquellos repugnantes insectos, hasta que me encontré frente a Gabriel, que me miraba con una ceja levantada como esperando a que me cansara de jugar. Así que intenté recobrar la poca dignidad que me quedaba y, concentrándome en no dejar el pie más de un segundo en ningún sitio, proseguí la marcha. Me hice a un lado para dejar pasar a mi acompañante, que caminaba como si estuviera tomando un pequeño atajo hacia su casa.

Mientras caminábamos, Gabriel se acercaba esporádicamente a algún árbol, lo estudiaba con detenimiento y en ocasiones, estirándose o haciendo uso de una gruesa rama que había tomado como cayado, se hacía con mangos, papayas o bananos que iba guardando en el hule, el cual ahora hacía las funciones de cesta de la compra. También me iba recitando el nombre de algunos de ellos, señalándolos con el bastón.

—Este —decía, por ejemplo— es un palo rojo, y de su interior se obtiene un tinte que se usa en rituales religiosos y en medicinas que solo los curanderos saben preparar. Además, la madera es buena para hacer mesas y sillas. Y aquel de allí —proseguía, disfrutando en su papel de guía nativo—, ese que se pierde en lo alto, es un ukola, y puede llegar a medir más de 70 metros de altura.

Conforme el día avanzaba, el calor se iba haciendo más sofocante. Parecía que estuviéramos atravesando un sombrío invernadero abandonado. Aunque el espléndido sol ecuatorial se intuía sobre el dosel de la selva, allí abajo apenas si alcanzaban sus rayos; los pocos que llegaban, lo hacían tras ser reflejados por una miríada de hojas que absorbía la mayor parte de la luz. La insoportable humedad me hacía sudar a mares. Mi ropa no había llegado a secarse, pero no me la podía quitar, pues la insidiosa comitiva de mosquitos que nos hostigaban permanentemente me hubiera acribillado de nuevo a picotazos. La noche anterior ya habían dado buena cuenta de mí.

Tenía los brazos y las piernas, allá donde no habían estado protegidos, casi totalmente cubiertos por unas diminutas manchas rojas que, con el sudor,

producían un picor insoportable. Estas picaduras no estaban ligeramente inflamadas, como es habitual; tan solo eran unas pequeñas marcas enrojecidas. Gabriel me aseguró que eran de jején y no del mosquito *Anopheles*, el transmisor del paludismo, aunque puntualizó que en la zona donde nos hallábamos había un alto riesgo de malaria. Una sola picadura de un mosquito infectado sería suficiente para contraer la terrible enfermedad.

Aquello me recordó la información que había leído en un *dossier* informativo que entregan a cada miembro de UNICEF antes de iniciar una actuación sobre el terreno, en el que dedican un capítulo entero a la profilaxis y tratamiento de la malaria. Recordaba las nociones básicas de prevención — no dejar agua estancada en los alrededores de la vivienda, tomar cada día una dosis de cloroquina, utilizar siempre mosquitera para dormir o, en el caso de no disponer de mosquitera, impregnarse de repelente con un alto contenido en dietiltuolamida— y torcía el gesto al recordar cómo había dormido las últimas noches, sin ningún tipo de protección y sumando cada día decenas de picaduras nuevas que ya me había acostumbrado a ignorar. Recordé también que el causante de la enfermedad no era un virus ni una bacteria, sino un parásito llamado *Plasmodium* no-sé-qué, que viajaba de la sangre de un individuo infectado a la de otro sano, y que usa al *Anopheles* como involuntario medio de transporte entre uno y otro (al condenado mosquito le gusta tanto la sangre humana que ignora al resto de animales). Ese parásito, increíblemente, es imposible de eliminar. Lo que significa que una vez se contrae la malaria, se contrae para siempre.

Quizá condicionada por estar pensando en ello, empezaba a sentirme algo débil y con cierto dolor en las articulaciones, los primeros síntomas de la enfermedad.

Caminamos durante toda la mañana. Recorrimos una zona montañosa donde la jungla era algo más espesa y el sol aún llegaba menos a la cubierta de humus sobre la que nos desplazábamos trabajosamente. El agrio olor a podredumbre vegetal, que tan desagradable me resultara a primera hora del día, ya se había instalado definitivamente en mis fosas nasales y apenas lo percibía. Mi malestar iba en aumento. Notaba los síntomas similares a un principio de gripe: cada vez me encontraba más cansada y me suponía mayor esfuerzo avanzar. Nos detuvimos a comer la fruta que Gabriel había recolectado por el camino en un claro donde una enorme ceiba había cedido a los embates del tiempo y a las hiedras estranguladoras y, abatida, dejaba ahora un pequeño hueco en las alturas por donde se lanzaban con intrepidez unos rayos de luz que me acariciaban el rostro.

—¿Cómo estás? —preguntó Gabriel con cierta intranquilidad en la voz.

—Cansada... Y además, me duele la cabeza.

El guineano frunció el ceño antes de contestarme.

—No te preocupes —dijo en un tono poco convincente—. Descansaremos un rato, y cuando te encuentres mejor, seguiremos.

—Tengo ganas de tirarme al suelo y dormir hasta mañana.

—Me temo que no hay tiempo para eso, pero si quieres dormir diez minutos, puedes.

—Ya —dije sin ocultar mi contrariedad—. Por cierto, ¿tienes idea de hacia dónde vamos con tanta prisa?

—Creo que si seguimos hacia el sureste, llegaremos de nuevo a la carretera.

—¿Otra vez a la carretera? ¿No estamos huyendo de ella?

—Huimos de los militares y de sus controles. Una vez rodeados, debemos acercarnos al camino todo lo posible hasta dar con un poblado.

—¿No será peligroso?

—No tanto como seguir caminando a ciegas por la selva.

—Creía que eras un experto.

Gabriel miró al cielo por un instante, como invocando paciencia.

—Mira, Blanca. Que conozca unos pocos árboles y sepa reconocer una serpiente venenosa no quiere decir ni mucho menos que sea capaz de sobrevivir mucho tiempo en la selva. En realidad —dijo, arqueando las cejas—, casi nadie en África vive en la selva. La gente nunca se interna en ella si no es en caso de absoluta necesidad, y los poblados siempre se encuentran en zonas despejadas.

—Perdona —objeté—, pero aunque llevo poco en Guinea, he visitado unas cuantas aldeas totalmente sumergidas en la selva.

Gabriel meneaba la cabeza, como si ya hubiera tenido este debate otras muchas veces.

—No, Blanca, estás en un error. Tú has estado solamente en la isla de Bioko, donde lo que tú llamas selva no es más que bosque húmedo y, en muchos casos, antiguas plantaciones de cacao asilvestradas. La auténtica jungla esta aquí, en el continente. En la isla de Bioko no hay leopardos, mambas verdes, elefantes asesinos o árboles cuyo mero roce puede provocar la muerte. —Gabriel me miraba fijamente, tratando de asegurarse de que comprendía lo que me estaba diciendo—. Aunque en las películas de blancos parezca otra cosa, los africanos temen la selva tanto como tú, y tienen muy buenas razones para ello.

—Pero se te veía tan confiado caminando por aquí...

—¿Confiado? —preguntó con una risotada de incredulidad—. Tiene gracia. En realidad llevo toda la mañana esforzándome para no parecer asustado.

Con la inquietante confesión de Gabriel aún dando vueltas en mi cabeza, nos pusimos en marcha al poco de terminar nuestro frugal almuerzo. Seguía cansada, si cabe aún más que antes de pararnos, pero no nos podíamos quedar sentados eternamente. Además, cuando hormigas, escarabajos y arañas de nuevo comenzaron a escalar mis pantorrillas, súbitamente me entraron ganas de ponerme en pie de nuevo y echar a andar.

Por la perpendicularidad de los escasísimos hilos de luz que lograban atravesar la vegetación deduje que debía de ser mediodía, lo cual me desanimó considerablemente al constatar que no disminuía la penumbra que me rodeaba. Era como habitar en un eterno crepúsculo de sombras extrañas y amenazadoras. Desde que Gabriel me soltó su perorata sobre los peligros de la selva, empecé a ver aquel lugar, que en un principio me había parecido fascinante, de una manera muy diferente. Ya no era un inmenso jardín

botánico sin césped. Ahora caminaba por un bosque tenebroso donde la muerte podía estar acechando enroscada en un tronco, bajo un montón de hojas, u observándome en ese mismo momento desde la rama de algún árbol esperando el momento oportuno para lanzarse sobre su presa.

Yo seguía los pasos de Gabriel. Trataba de poner los pies donde él los ponía, sin tocar nada en absoluto y mirando continuamente hacia atrás, con el corazón en un puño cuando algún arbusto se movía o creía ver una fugaz sombra con el rabillo del ojo cruzando por mi espalda. Por lo demás, la selva se mantenía en absoluto silencio, un silencio irreal del que no me había apercibido hasta ese momento y que aún acentuaba más la opresiva soledad de aquella jungla sin día.

—Gabriel... —resoplé mientras ascendíamos un pronunciado repecho.

—Dime —contestó, también con la voz fatigada.

—¿Por qué hay tanto silencio?

El guineano se detuvo y, aguzando el oído, miró en todas direcciones.

—Es cierto —afirmó—. No se oye ni un pájaro.

—Y eso... no es bueno, ¿verdad? —pregunté, temiendo la respuesta.

Él se giró hacia mí, esbozando una sonrisa.

—Al contrario —dijo, diría que contento—. Es una buena cosa.

—¿Y eso por qué?

—Muy fácil. Donde hay mucha vida animal es porque no hay humanos que los cacen, por lo tanto...

—... por lo tanto —encadené la argumentación—, si no hay animales, es porque estamos cerca de un pueblo o una aldea donde sí hay humanos que los cacen.

Y la cara de satisfacción de mi cicerone fue suficiente para saber que esa era la conclusión correcta.

Efectivamente, pocos minutos más tarde oímos humo y, siguiendo el rastro como depredadores hambrientos, llegamos hasta la orilla de la carretera que habíamos dejado atrás la noche anterior. Frente a nosotros, una pequeña aldea de casas desperdigadas a lo largo de una pista de tierra apareció ante mis ojos como una isla de civilización en aquel océano verde. Para colmo de mi felicidad, una de las humildes casuchas hecha de tablones y techo de chapa sostenía un oxidado cartel de Coca-Cola. De su rudimentaria chimenea surgía el humo que nos había llevado hasta allí. Parecía ser una especie de modestísimo restaurante de carretera, y sin pararme a pensar un segundo me lancé decidida en busca de agua y comida.

Pero, para mi sorpresa, Gabriel me agarró del brazo y tiró fuertemente de mí hacia atrás. Apuntó con el dedo al lugar al que pretendía dirigirme y, sin entender qué demonios pasaba, me fijé detenidamente en el pequeño comedor.

En ese momento salió de su interior un hombre en el que no había reparado. Primero vi salir de la oscuridad de la casa unos pantalones verde oliva, luego una camisa del mismo color y finalmente, horrorizada, una gorra de plato sobre unos ojos que miraban fijamente hacia donde nos encontrábamos, unos ojos que no olvidaré mientras viva.

Ahugué un grito bajo mi propia mano. ¿Cómo era posible que *él* estuviera ahí? Estábamos a centenares de kilómetros de océano y selva de Malabo, acabábamos de sacar la cabeza de la asfixiante jungla para respirar y habíamos aparecido en medio de ningún sitio. Y, contra toda lógica, allí estaba el capitán Anastasio Mba en su despreciable persona.

Lancé a Gabriel una mirada casi suplicante, y este me la devolvió con una incredulidad comparable a la mía. Estaba tan confundido como yo.

Nos quedamos en silencio, observando, sin mover un músculo. Mientras, el militar se desperezó en la puerta de la cabaña y con un gesto llamó a alguien que quedaba fuera de nuestro campo de visión. El motor de un auto se puso en marcha y paró frente al capitán para que este subiera al vehículo. En el pick up iban, aparte del conductor, seis soldados armados vestidos de camuflaje sentados en sendos bancos de madera de la zona de carga.

Supimos inmediatamente que esos hombres venían a por nosotros.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —pregunté en voz baja, más a mí que a él.

El guineano observó como el auto militar se alejaba por la carretera. Seguramente no tenía idea de qué decir.

—Hay que bajar al poblado —afirmó al cabo de unos segundos.

—¿Qué? ¡Nos descubrirán inmediatamente! A estas horas, media Guinea sabrá que el ejército está buscando a una misionera blanca y un guineano, y alguien acabará avisando a los militares, aunque sea por miedo.

—Sí, tienes razón. Está claro que no podemos ir los dos juntos.

—Y de cualquier modo, también es un riesgo excesivo que vayas tú solo a...

—En realidad —me interrumpió— iba a sugerir que bajases tú sola.

Me quedé de una pieza.

—¿Cómo dices?

—Piénsalo. Si saben que estamos en esta parte del país, los militares tendrán controladas todas las carreteras. El mejor modo que... El *único* modo que tenemos para salir de aquí es contratar un cazador como guía que nos

conduzca a través de la jungla. ¿Y quién mejor que una turista blanca para contratarlo?

—¿Acaso parezco una turista? —dije abriendo los brazos.

—Una turista muy devota.

—Eres muy gracioso, pero tu plan me parece un desastre.

—No te preocupes, funcionará.

En realidad no sabía qué me daba más miedo: que funcionara o que no funcionara.

—Joder... —pensé en voz alta, mirando la densa jungla a mi espalda—. No soporto la idea de pasar un día más ahí dentro.

—No tenemos muchas más opciones, Blanca. Y reza para que encuentres a alguien que quiera guiarnos.

Finalmente, temblando de miedo, no tuve más remedio que encaminarme hacia la aldea al otro lado del camino.

Con mi desastrado uniforme de misionera, como una náufraga franciscana de aquella jungla que todo lo abarcaba, crucé la carretera y me aproximé a la pequeña tienda-restaurant de donde, momentos antes, había salido el militar.

—Hola, ¿hay alguien? —dije asomada al umbral.

En contraste con la cegadora luz del exterior, el lugar parecía estar sumido en penumbras. Un par de sillas de plástico cubiertas de moscas eran todo el mobiliario. Más desconcertante que la ausencia de cualquier mesa a la que sentarse resultaba la decoración de las estanterías: estaban enteramente ocupadas por botellas de Coca-Cola vacías y latas de sardinas con tomate. Había decenas de ellas, como si la gente de aquella aldea solo se alimentara de tales cosas.

Entonces, una anciana de piel momificada vestida con harapos apareció desde la parte de atrás al descender una cortina.

—Hola —repetí—. Buenos días.

La señora levantó la vista y me contempló durante unos segundos entrecerrando los ojos, escrutadora.

Pensé entonces que había cometido una tremenda equivocación. Había decidido preguntar por un guía en el lugar probablemente más frecuentado por la población de aquella aldea esparcida al borde de la carretera. Caí en la cuenta de que si había estado allí el capitán Anastasio, aquella anciana podía saber que estaban buscando a un prófugo guineano y a una falsa misionera, alta, morena y con la cara hecha un mapa.

—¿Puedo ayudar? —preguntó al fin, con inesperada afabilidad.

—Verá, estam... estoy buscando un cazador que me pueda hacer de guía por la selva.

La mujer miró a mi espalda.

—¿Para usted sola?

—Eh... sí. Para mí sola.

Volvió a estudiarme de arriba abajo con flagrante escepticismo.

—¿Es monja?

—Misionera franciscana.

Por la expresión de su cara, podía haberle dicho perfectamente que era Batman.

—Ajá —masculló con un atisbo de sorna—. Tengo sobrino que puede llevar. Muy bueno con rastros.

—¿Rastros?

—Huellas de animales.

—Oh, sí. Claro...

—Venga —dijo, dando unos pasos bamboleantes—. Mi sobrino se llama Renato, vive aquí al lado. Buen hombre.

Salí al exterior en pos de la anciana, que se detuvo al cabo de unos metros y miró a lado y lado de la carretera.

—Hermana —dijo extrañada, mirando a lado y lado del camino—, ¿cómo ha llegado aquí? No veo vehículo.

—Mmm... Se estropeó a unos kilómetros carretera abajo y tuvimos que venir andando.

—¿Tuvimos? —preguntó, levantando una ceja—. ¿No venía sola?

Tenía la garganta tan seca, que ni tragar saliva pude.

—Bueno, en realidad... —En blanco, estaba totalmente en blanco.

Para mi sorpresa, me guiño el ojo y dijo:

—Bah, no importa. Usted guapa. Si yo más joven, también...

Desconcertada por la conclusión a la que había llegado la viejecita, tan solo asentí con complicidad y seguí caminando junto a ella.

Tal y como había prometido, la casa de su sobrino estaba poco más allá. Cuando golpeó el marco de la puerta apareció un hombre vestido tan solo con un minúsculo pantalón de deporte y unas chanclas. Desde luego, no tenía aspecto de intrépido cazador.

—Hola, tía —saludó a su familiar, aunque me miraba a mí.

—Renato, esta joven quiere que hagas de guía por selva.

—Renato N'Dongo, para servirla —dijo estrechándome la mano—. ¿Quiere usted que le haga de guía?

—Sí, eso es —recordé las instrucciones que me había dado Gabriel—. Me gustaría llegar hasta Oveng o Acalayong.

El cazador resopló.

—Uf... Eso está muy lejos, hermana. ¿Cree usted que aguantará?

—No se preocupe por eso —repuse convencida.

El guía dio un paso atrás para estudiarme y pareció quedar satisfecho con lo que vio.

—Esta bien —aceptó—, pero recuerde que en la selva no hay taxis para regresar cuando uno se cansa.

—En mi tierra me encantaba hacer excursiones por la montaña. No me cansaré antes que usted —afirmé con un punto de chulería, esperando no tener que tragarme mis palabras más adelante.

—Y dígame, ¿de cuántos días dispone?

—De los que hagan falta.

—Estupendo —repuso—, entonces seguro que los encontramos.

—¿Encontramos? —pregunté despistada—. ¿A quiénes?

Renato abrió los ojos y soltó una carcajada.

—¿A quién va a ser, hermana? Usted ha venido a ver los gorilas, ¿no?

Visto en la distancia, el grupo que formábamos hubiera parecido, como poco, pintoresco. En cabeza marchaba Renato con su morral de fibra vegetal, sus raídas ropas, unas botas de agua, un machete al cinto y una ruinosa escopeta colgando de una cuerda a su espalda. Le seguía los pasos Gabriel, con el gran plástico doblado bajo un brazo. Y a la cola de aquella estrafalaria procesión, iba la religiosa, o sea, yo, con unos hábitos que daba pena verlos, sucia, demacrada, cubierta de picaduras y seguramente —aunque Gabriel lo negaba—, aún con marcas de golpes en la cara. El cuadro tenía de fondo una de las selvas vírgenes más inexploradas del planeta, y yo no tenía aún la menor idea de hacia dónde nos dirigíamos.

Caminábamos a buen ritmo. Renato parecía seguir sin dudar un invisible sendero. Yo cada vez lo veía todo más igual y hacía rato que, agobiada por un dolor de cabeza cada vez más agudo, había dejado de mirar hacia arriba para fijarme solo en mis pies y dónde los colocaba a cada paso. Sin embargo, a diferencia de la mañana, cuando solo íbamos Gabriel y yo, ahora me sentía más segura al ir guiada por un auténtico conocedor de la selva, que se movía con indiscutible seguridad por un laberinto verde que parecía repetirse a sí mismo hasta el infinito.

Por añadidura, el barro hacía muy difícil el avance, sobre todo cuando se hacía necesario remontar una pendiente. Invariablemente, yo seguía resbalando y dándome de bruces con el enfangado suelo, pero ello no parecía repercutir en el animado ritmo que llevaba Renato, que marchaba sin aparente esfuerzo, mientras Gabriel y yo apenas podíamos seguirlo.

En uno de estos momentos en que nos quedamos algo rezagados, aproveché para acercarme a Gabriel.

—Gabriel —le dije, bajando el tono para evitar que nuestro guía nos oyera—. No quisiera parecer una turista exigente, pero ¿te importaría decirme qué broma es esa de que vamos a buscar gorilas? Ah, y el pueblo ese...

—Oveng.

—Sí, eso. ¿Para qué se supone que vamos allí?

—Es la mejor opción —respondió tajante—. No le des más vueltas.

La cabeza me dolía cada vez más y las piernas me respondían cada vez menos. Sin voz ni voto, me veía de nuevo adentrándome en aquella amenazante y oscura selva de la que, en realidad, deseaba salir lo antes posible.

—No sé —consentí a regañadientes—. Supongo que todo esto tiene una explicación razonable. Pero ha de ser muy, pero que muy convincente, para que entienda que nos veamos metidos otra vez en esta jodida jungla.

Gabriel apuntó con la cabeza hacia delante.

—Renato es cazador y guía de selva. No podemos arriesgarnos a ir por una carretera controlada por los militares, así que el único modo de salir de aquí es atravesando los altos de Alem hasta llegar al poblado de Oveng, al otro lado de las montañas.

—¿Y los gorilas qué pintan en todo esto?

—Las montañas de Alem —dijo, resoplando por el esfuerzo de hablar y caminar al mismo tiempo—, es uno de los últimos refugios del gorila occidental en esta parte de África, y no es extraño que vengan blancos de la otra punta del mundo solo para poder observarlos. Así que tenemos la excusa perfecta para que un guineano acompañe a una española, y de esta manera podremos atravesar esta parte del país sin que parezca demasiado sospechoso.

—Vale, comprendo... Pero ¿al amigo no le parece raro que yo no sea una bióloga ni una primatóloga, si no una misionera zarrapastrosa?

—Mira, en esta parte del mundo ser blanco ya es suficientemente raro. Podrías ir disfrazada de Drácula, y eso solo marcaría una muesca más en la lista de excentricidades de los europeos. Tratándose de vosotros, no se presta demasiada atención a la indumentaria —puntualizó mirándome de reojo—. La piel blanca en Guinea es, de por sí, una categoría social.

—De acuerdo —concedí—. Quizá el plan no sea del todo absurdo, pero ¿cómo vamos a sobrevivir varios días sin comida ni agua?

—Bueno, eso ya depende de Renato. Lo que no sé es con qué vamos a pagarle.

—Por eso no te preocupes —apunté confiada.

Y haciendo un truco de prestidigitador, me metí la mano bajo el sostén y saqué un pequeño fajo de francos CFA.

—¿De dónde...? ¿Cómo...? —inquirió Gabriel, sorprendido.

—No creerías que le había dado todo el dinero a aquel par de policías de Bata, ¿no? —me pavoneé abanicándome con los billetes—. Siempre me escondo una reserva para emergencias en un lugar seguro.

El ascenso casi continuado fue una tortura que se prolongó durante toda la tarde. No nos detuvimos hasta que, cercano ya el atardecer, alcanzamos una pequeña construcción hecha en madera oscura enclavada en mitad de ningún sitio.

—¿De quién es esta casa? —pregunté a Renato, cuando este se aprestaba a abrir la puerta.

—No sé —respondió encogiéndose de hombros, extrañado por mi pregunta. Sin prolegómeno alguno entró en la mustia vivienda seguido por Gabriel y por mí.

El aspecto interior de la casa no mejoraba la impresión del exterior. Había tan poca luz allí dentro que hasta al cabo de unos segundos no pude identificar parte del mobiliario. Tres de las cuatro paredes estaban ocupadas por una suerte de literas talladas con las mismas aspiraciones estéticas que la fachada. Unas sencillas alcayatas clavadas a un tronco que hacía las veces de columna sujetaban un par de ollas de latón. Esa era toda la decoración del lugar. Sin que tuvieran que decírmelo, llegué a la conclusión de que aquello no era más que un refugio de cazadores.

—¿Pasaremos la noche aquí? —pregunté, observando la ausencia de nada que recordara a un colchón.

—También puede dormir fuera, si gusta —contestó Renato inocentemente.

—El sitio es perfecto, gracias —me apresuré a contestar—. Pero me gustaría saber a qué hora abren el restaurante.

—¿Tiene hambre?

—¿Cree que las religiosas no comemos?

—Pues no se preocupe, hermana. —Agarró una de las ollas y salió por la puerta—. Enseguida preparo algo de comer.

Eché un vistazo a mi alrededor, desolada, y solo me reconfortaba la idea de que no podría ser peor que la noche anterior.

—¿De qué madera está hecha esta casa? —pregunté a Gabriel ociosamente, pasando la mano por la suave superficie de la pared hecha de madera oscura.

—De caoba.

—¿Toda la casa está hecha de caoba?

—Bueno, creo que las camas son de okumé.

—¿Te burlas de mí?

—Todas las veces que puedo —replicó estirando los labios—. Pero en este caso hablo en serio.

—¿Tienes idea de la fortuna que costaría toda esta madera en Europa?

El guineano meneó la cabeza, como casi siempre acababa haciendo cuando hablaba conmigo.

—¿Por qué los blancos siempre estáis poniéndole precio a las cosas? Eso vale tanto, eso vale cuánto... Esto no es más que una casa de cazadores, y necesitaban hacerla con los mejores tablones para que durara muchos años. ¿A quién le importa lo que pueda costar esta madera si recogerla es gratis?

—¿Me estás acusando de mercantilista?

—De acuerdo, tienes razón —concedió—. Pero ¿estás segura de que no lo eres? Quizá deberías examinarte a ti misma y la forma en que vives. A lo mejor te llevas una sorpresa.

En ese instante de la conversación apareció Renato en el umbral con la olla llena de agua en una mano. En la otra sostenía algo parecido a un sedal de pesca del cual colgaba por una pata un pequeño puerco espín muerto desde hacía Dios sabe cuándo. Apestaba a carne putrefacta y una repugnante masa de gusanos blancos le salía por la boca y los ojos.

—¡Hemos tenido suerte! —exclamó feliz—. ¡Tenemos carne para la cena!

Calificar el proceso de despellejamiento y limpieza de aquel erizo como nauseabundo sería quedarme bastante corta. El pobre animal, según explicó Renato, había caído en una de las numerosas trampas que rodeaban el refugio instaladas para que los cazadores tuvieran algo que comer cuando anduviesen por la zona. Por lo visto, se hallaban por casi toda la selva; solo era necesario guiarse por las marcas hechas en los árboles cercanos para encontrarlas o, en su defecto, seguir el inconfundible rastro olfativo de la carne en descomposición.

—A veces, con suerte, cae algún ciervo y entonces hay carne para una semana —dijo.

—Pero el hecho de que haya gusanos en el animal muerto —pregunté con la nariz arrugada—, ¿no es mala señal?

—¿Mala señal?

—Sí, quiero decir si no son algo malo.

—¡Ah, sí! No, los gusanos no están buenos —repuso con toda naturalidad—. Lo mejor es apartarlos y comerse solo la carne.

Renato encendió un pequeño fuego en el centro de la casa sobre unas piedras ennegrecidas dispuestas allí a tal efecto y agregó al guiso un par de puñados de arroz y una pizca de una especia misteriosa. Nos quedamos los tres mirando embobados como los trozos de carne del animalito descendían y ascendían en la olla entre un torbellino de arroz.

No era el primer guiso de dudosa salubridad que me comía en Guinea —aún recuerdo mi primera visita al mercado de Malabo y las incontenibles náuseas con las que salí de él mientras juraba hacerme vegetariana por el resto de mis días—, pero haber sido testigo directo del proceso que iba de la trampa al plato me hacía dudar en hincarle el diente a la cena, a pesar de mi hambre lobuna.

—¿No le gusta el *chucu-chucu*, hermana? —preguntó Renato, señalando mi plato de plástico con dos trozos de carne y la montañita de arroz incólume.

—¿*Chucu-chucu*?

—Es como se llama localmente al puerco espín —aclaró Gabriel, que no tenía problemas para devorar aquella carne hasta chupar los huesos.

—¿O es que es pecado comer *chucu-chucu*? —preguntó nuestro guía, con un pedazo a medio camino de la boca y un ligero tono de preocupación.

—Pues la verdad, no estoy muy segura —dije, sin dejar de mirar el plato.

—Vamos, hermana —apuntó entonces Gabriel mientras masticaba—. Estamos en las manos de Dios, y si usted ha sido una religiosa fiel, Él nunca permitirá que esa comida le haga daño.

Le contesté a la broma con una mirada incendiaria. Renato insistió con renovados ímpetus en que probara su guiso, y Gabriel le dio la razón mientras se aguantaba la risa.

En comparación con la noche anterior, aquello fue como alojarse en el Hilton. Quizá por el sueño y la tensión acumulada, dormí como un tronco y no me molestó ni el duro colchón de madera, ni el botón de la chaqueta de punto —que acabó tatuado en mi mejilla, como un *smiley* sin sonrisa— que había usado de almohada. Renato puso a quemar un termitero que había arrancado de un árbol, explicando que era un insuperable repelente natural de mosquitos. A pesar de mi escepticismo inicial y de la humareda que inundó el interior la cabaña, tuve que admitir que así era.

Sin embargo, aquella noche me aumentó el dolor muscular y el de cabeza. El acceso de fiebre que sospechaba haber tenido se convirtió en una fiebre constante, aunque de momento leve.

Para cuando desperté, Renato ya había recolectado media docena de sabrosísimos mangos —*ondoh* en lengua fang, según me dijo mientras pelaba uno— que desayunamos con fruición. Tras limpiar la olla y dejarlo todo tal y como estaba (incluida la trampa para animales), dejamos atrás el pequeño refugio y reanudamos nuestra vigorosa marcha.

Si bien me encontraba algo peor que el día anterior, mi ánimo creció notablemente, sobre todo debido a dos razones. La primera fue que, a pesar de bajar prácticamente todo lo que subíamos en nuestro recorrido por aquellos sinuosos senderos que nunca alcancé a intuir, poco a poco ascendíamos por aquella cordillera de Alem. Aquello significaba, por un lado, que el aire era cada vez más fresco y respirar hondo ya no era como inhalar sopa caliente; por otro, que la vegetación cambió ligeramente: cada vez aparecían más claros en la selva por los que irrumpía a raudales la luz del día. Ínsulas de

claridad y calor seco me atraían como a una polilla y me alegraban como días soleados tras un largo invierno.

La otra razón que aumentó mi ánimo fue que, al ponerme a caminar a la par de Renato y entablar conversación con él, empezó a traducirme algunas palabras del español al fang.

—«Gracias» se dice «*akiwa*» —explicó.

—¿Y «por favor»? —pregunté yo.

—«*Ngongo*».

—*Akiwa... Ngongo...* —repetía, como una alumna aplicada—. ¿Y «buenos días»?

—«*Kirim bong*». Y «buenas noches», «*bumbalú*».

Luego empezamos con los números: *mbo*, *bobein*, *bilá*, *bení*... Y de ese modo se me pasó la mañana volando. Si no hubiera sido por que el estómago comenzó a protestar, ni me hubiera acordado de que tenía que comer. Afortunadamente, por el camino no encontramos ningún otro animal agusanado y almorzamos una enorme cantidad de mangos, papayas y bananos que Renato había ido recogiendo por el camino y acumulando en su morral.

Comimos y proseguimos la marcha. No había pasado aún de los pronombres personales cuando Renato se detuvo bruscamente y me retuvo por el brazo. Señaló al suelo y vi una especie de boñiga de tres bultos asediada por media docena de escarabajos. Miré a nuestro guía, desconcertada por cómo se agachaba frente a ella y la observaba concentrado, como si aquello fuera la Mona Lisa de las cagadas. La pinchó con un palo, la olió y, cuando pensaba que iba a ofrecerme un poco, se puso en pie oteando la espesura.

—Gorilas... —dijo entonces, con el semblante y una inquietante mezcla de respeto y temblor en la voz—. Y están muy cerca...

—Dios Nuestro Señor debe deberle algún favor, hermana —dijo en voz baja, escrutando los alrededores con la mirada.

—¿Por qué dice eso?

—Porque nunca había encontrado un rastro fresco el segundo día. Siempre se tarda mucho más, de dos a tres semanas por lo menos.

—¿Quiere decir que esa caca es de gorila y que siguiendo su rastro daremos con ellos?

—Eso mismo. Además, es tan reciente que deben de estar muy cerca.

Aun cuando la excusa de nuestra excursión era buscar gorilas, en ningún momento me había planteado la posibilidad de que los fuéramos a encontrar realmente. Estábamos huyendo del ejército de Guinea, no íbamos de excursión naturalista. Pero en ese preciso instante, cuando Renato miró en derredor como esperando ver aparecer uno de esos gigantescos primates detrás de cualquier árbol, mis prioridades cambiaron por completo y sentí un inesperado e irrazonable deseo de contemplar aquellos animales. De un momento a otro, habían dejado de preocuparme todos los capitanes Anastasio del país y solo pensaba en seguir ese supuesto rastro hasta donde me llevara.

—¿Cree que podrá encontrarlos? —pregunté entonces, apenas conteniendo el entusiasmo.

—Claro que sí, esto está lleno de huellas —afirmó sin dudarle, señalando unas marcas en el suelo para mí invisibles.

—Pero ¿pueden llegar a ser peligrosos? —pregunté con cierta ansiedad.

Esta vez, Renato tardó unos segundos en contestar.

—Nunca se sabe, hermana —fue la lacónica respuesta—. Nunca se sabe...

Nuestro guía de selva avanzaba muy lentamente y en absoluto silencio apartando las hojas del suelo con la punta del machete. Me había pedido que le siguiera a varios metros de distancia y que me detuviera cuando él lo hiciera. Gabriel se acercaba a mí de vez en cuando, preguntándome con la

mirada qué demonios estábamos haciendo, pero yo prefería ignorarle. Quizá era consciente de que aquella era una oportunidad única en la vida y que, estando allí, por muy difícil que fuera nuestra situación, era un pecado — curioso el símil que me vino a la cabeza— no hacer lo imposible por contemplar aquellos legendarios homínidos en su medio natural.

Renato se detenía ante cualquier tallo roto, cualquier ligera depresión en el suelo de hojarasca o cualquier indicio que le sugiriera la dirección que los primates habían tomado.

—¿Cuántos gorilas cree que estamos siguiendo? —susurré en una oportunidad en la que me puse a su altura.

—Es un grupo grande, deben ser unos quince o veinte. Normalmente no suelen pasar de diez o doce.

—¿Y estamos en época de cría? —pregunté, emocionada con la posibilidad de avistar un retoño de gorila.

—Los gorilas no tienen época de cría, hermana —apuntó con una media sonrisa—. Son como los hombres, tienen hijos cuando quieren... o pueden.

—Estupendo, ojalá tengamos suerte y veamos alguna —murmuré excitada.

Renato torció algo el gesto.

—Pues yo preferiría que no —confesó meneando la cabeza—. Cuando están con crías pequeñas se ponen más agresivos, y si creen que las podemos dañar, no dudarán en defenderse. Y créame, un macho adulto puede matar un hombre de un solo manotazo.

—¿Pretende asustarme?

—No, hermana —sonrió condescendiente—. Solo quiero que sepa que esto no es un juego. Hace dos años, un gringo gordo y grande que trabajaba en la Texaco de Malabo nos contrató a casi todos los guías del monte Alem. Quería ver los gorilas, igual que usted, y a pesar de las advertencias intentó acercarse a una cría.

—¿Y qué sucedió?

El guía me miró muy serio y luego bajó la cabeza.

—Le atacó el macho dominante, el espalda plateada. Luego las hembras y, por último, los machos más jóvenes. —Jugaba distraídamente con el mango del machete, rememorando sin duda aquel momento—. Tuvimos que matarlos a todos. Nueve gorilas muertos por culpa de un americano idiota —murmuró con la voz quebrada—. Solo sobrevivió la cría... y murió de tristeza una semana después.

Pensativa y algo menos confiada, seguía los pasos de Renato, que había reemprendido su labor de rastreo. Gabriel andaba detrás de mí, en silencio, algo ajeno a la experiencia y diría que más bien reticente a perder tanto tiempo en algo que para él no era más que una excusa.

Aunque aquella zona de la selva era más luminosa, no dejaba de ser oscura y lóbrega. Saber que aquellas criaturas gigantescas y potencialmente peligrosas andaban tan cerca me hacía caminar con todos los sentidos alertas, pendiente de cada ruido y cada hoja que se movía sin razón aparente.

Cruzamos un arroyo y nos adentramos en un terreno que, por alguna razón que se me escapó, parecía algo más trillado y la hojarasca más pisoteada que metros atrás.

De repente, Renato se detuvo bruscamente, se volvió hacia nosotros y se llevó el dedo índice a los labios. Nos hizo una señal para que nos agacháramos, señalando un difuso punto en la maleza, delante y a la izquierda de donde nos encontrábamos.

El corazón me dio un vuelco. Los habíamos encontrado.

Entrecerré los ojos agudizando la mirada, tratando de descubrir la negra silueta de los gorilas entre la maleza, pero no era capaz de ver o siquiera intuir absolutamente nada. En la selva, el sentido de la vista es el más inútil de todos; entre la oscuridad reinante y el ejército de troncos que cerraban filas alrededor, se hace imposible escudriñar más allá de unos pocos metros.

Pero entonces, cuando comenzaba a frustrarme por no distinguir nada, el inconfundible sonido de una rama al romperse reveló una inusual agitación en el follaje. A ella le siguió una sombra fugaz, negra e inmensa.

Estaba a unos veinte o veinticinco metros de mí, pero aun así se me antojó un ser enorme. Aunque solo alcanzaba a intuir su espalda parcialmente, percibía la calma de sus movimientos y la magnitud de su poderío en aquellos dominios suyos.

Parecía estar sentado en el suelo y comer despreocupadamente. De vez en cuando, al alargar una mano para hacerse con tallos frescos, agitaba las plantas alrededor suyo. Eso fue lo que lo delató.

Clavada en el suelo, no le quitaba la vista a aquella espalda peluda, ignorando a los incordiantes mosquitos que zumbaban alrededor y a los insectos que insistían en escalar por mis piernas. Aquel era un momento mágico y no deseaba perderme ni un solo segundo.

Entonces, Renato regresó sobre sus pasos y se acercó a nosotros.

—Está atardeciendo —susurró—. Tenemos que irnos.

Escuchaba las palabras del guía, pero no les daba crédito.

—¿Qué? ¿Ahora?

—Tranquila, hermana. Mañana aún estarán ahí.

—¿Y cómo lo sabe? —pregunté con exagerado escepticismo.

—Porque los gorilas duermen cada noche en un lugar diferente. A esta hora empiezan a construir sus nidos de hojas. Pasarán la noche durmiendo, y si nos despertamos antes que ellos, los encontraremos aún en sus camas.

—Pero es que...

—Blanca —intervino Gabriel—. Confía en lo que te dice Renato. Si él dice que mañana estarán aún ahí, es porque así será.

—Y a todo esto —pregunté—, ¿dónde vamos a dormir nosotros?

—No se preocupe, hermana —afirmó con tranquilidad—. Hay otro refugio colina arriba, a una media hora de aquí.

Efectivamente, en un claro rodeado de árboles de papaya, encontramos una pequeña cabaña muy similar a la de la noche anterior. Después de cenar cantidades exageradas del dulce fruto anaranjado con semillas negras, Gabriel y Renato se fueron a la cama y se durmieron. Y digo «se durmieron», porque yo, por más que lo intenté, no conseguí conciliar el sueño, presa del nerviosismo. Cada vez que cerraba los ojos, me veía a mi misma acercándome a los gorilas como Dian Fossey a Digit en *Gorilas en la niebla*. Estaba tan entusiasmada con la perspectiva que la adrenalina me impedía sentir el dolor físico y la fiebre que se iba adueñando implacablemente de mi cuerpo.

Renato, a la mañana siguiente, me despertó zarandeándome en el catre cuando aún ni la más mínima claridad asomaba por los resquicios de las paredes.

—¿Qué hora es? —pregunté adormilada, incapaz de recordar que ninguno llevaba reloj.

—Hora de irse.

—Estoy muy cansada... Creo que estoy enferma.

—Hermana, si no salimos ahora, cuando lleguemos quizá ya se hayan marchado los gorilas.

Y la palabra mágica hizo su efecto. Invocar a los gorilas y levantarme de inmediato fue todo uno. No tuve que vestirme porque, al igual que los días anteriores, había dormido con la ropa puesta, así que salí por la puerta del refugio más rápido de lo que se tarda en decirlo.

No había amanecido aún y me encontré sola en el umbral, totalmente a oscuras, como si estuviera ciega.

—¡Eh! ¿Dónde estáis? —pregunté a las tinieblas.

Una mínima llama, la del encendedor del guía, fue la señal que necesitaba.

—Ven hacia la luz... —dijo Gabriel, parodiando una voz de ultratumba.

—Con tu madre me voy a ir —repliqué con malhumor matutino.

—¿Hermana? —oí preguntar a nuestro guía.

—Con nuestra Santa Madre —traté de rectificar torpemente—, Nuestro Señor Jesucristo y el Espíritu Santo.

—Amén —apostilló Renato.

A Gabriel no le oí decir nada, pero me lo imaginé apretando los labios socarronamente.

No tengo ni idea de cómo lo hizo, pero el hombre nos guio en la más completa negrura a través del bosque hasta llevarnos, al despuntar el alba, justo donde habíamos estado la tarde anterior.

Una tímida luz anaranjada pasaba entre las orgullosas columnas leñosas de decenas de metros de altura y espolvoreaba sobre los jirones de niebla aferrados al suelo de la selva unos reflejos indescriptibles, de otro mundo. Al contemplar aquel instante de belleza onírica, comprendí que el hombre es tan ajeno a esa tierra mágica e irreal como lo es a los cuentos de hadas. Cualquier contacto con ese mundo de Oz, del que desconocemos reglas y leyes naturales, solo lo ensucia o lo destruye. Comprendí que no tenemos derecho a hollar con nuestra ciega avaricia un sueño hecho tierra, madera y vida. Y sin embargo, el hombre no solo estaba allí: la interminable procesión de camiones cargados con troncos gigantescos que habíamos visto circular por la carretera y el lejano rumor de sierras mecánicas, que es como un ruido de fondo constante en cualquier rincón de la selva africana, constataban que no solo nos estábamos adentrando en un Edén que debería estarnos vedado, sino que lo estábamos profanando, saqueando y destruyendo total e irrecuperablemente.

Y allí, en aquel paraje de fantasía del cual ya formábamos parte, se adivinaban las figuras de negro pelaje de los legítimos habitantes de aquel recuerdo del paraíso que cada día va camino de su irreversible desaparición.

Por fin, un gorila se desperezó ruidosamente, se puso en pie y, con paso cansino, comenzó a andar a cuatro patas hacia donde nosotros estábamos, sin haber reparado aún en nuestra presencia.

Renato miró hacia atrás con cierta preocupación y nos instó con gestos a que nos mantuviéramos agachados y en silencio, cosa que ya hacíamos.

El gorila siguió avanzando despreocupadamente, olfateó algún tallo aquí y otro allá, y de pronto sus ojos fueron a encontrarse con los míos.

Hubo un segundo de sorpresa por ambas partes. Yo me quedé totalmente quieta y el gorila, desconcertado, pareció por un momento incapaz de reaccionar. Y de improviso, soltó un gruñido que despertó a toda la selva y a mí me erizó los pelos de la nuca.

Gabriel y yo nos miramos asustados. Más de una docena de bultos negros comenzaron a aparecer de la nada y a lanzar voces de alarma. Creí ver

moverse rápidamente al menos un par de hembras con crías a la espalda, mientras el gorila —o la gorila— que nos había descubierto regresaba rápidamente a la seguridad del grupo. Entonces, como un King Kong desencadenado, un gran macho de espalda plateada surgió de entre el follaje haciendo vibrar el suelo, apoyándose en los nudillos. De un salto se interpuso entre nosotros y el grupo, mientras emitía un rugido como jamás imaginé que podría emitir ser alguno, mostrando unos terribles colmillos, enormes y afilados.

El miedo me aturdió haciendo que me temblaran los tobillos, y si hubiera albergado algo de líquido en la vejiga, seguramente se me habría escapado. El macho se detuvo a escasos metros de donde estábamos y, durante los breves segundos en que no rugía, podía oírle la respiración exaltada.

Tal y como había dicho Renato, el gorila debía medir más de dos metros y sobrepasar con creces los doscientos kilos. El más fornido de los boxeadores no habría podido comparar su bíceps con la muñeca de aquel titán de piernas arqueadas y cráneo ovalado.

—¡No lo mire! ¡Baje los ojos! —gritó el guía—. ¡Humíllese!

Sin que me lo tuviera que repetir dos veces, agaché la cabeza como una cortesana ante su rey; pero, lejos de calmarse, el gorila aumentó sus bramidos en un tono que casi parecía de indignación y reproche. Yo me puse si cabe aún más nerviosa, pues ya no podía ver al gorila, y su potente rugido me hacía vibrar las tripas. No sabía si estaba a punto de atacar, aunque poca cosa habría podido hacer para evitarlo.

Y de pronto, sin razón aparente, el volumen e intensidad de los rugidos empezó a decaer hasta que pasó a ser poco más que una sucesión de gruñidos y bufidos estentóreos. Sentí como daba unos cuantos puñetazos al suelo, como dejando claro el límite territorial de su paciencia y, soltando un gruñido final de advertencia, oí como se daba la vuelta y se internaba de nuevo en la jungla, camino del grupo que tenía la obligación de proteger.

Aquel gorila podría habernos destrozado a los tres sin problema antes de que Renato hubiera tenido oportunidad de usar su arma. Si hubiera sido un ser humano, ante la duda de una amenaza tan letal como la que podíamos suponer nosotros, nos habría matado inmediatamente. Sin embargo, aquel animal supuestamente irracional se había limitado a advertirnos firmemente que no nos acercáramos, pero no nos había tocado un pelo a ninguno de los tres.

Me pregunté si realmente éramos nosotros los *Homo sapiens* y él, el animal.

—Dios mío... —murmuré con el corazón desbocado, mientras apenas levantaba la cabeza y trataba de recuperar el aliento—. ¿Qué ha sido eso?

—Les hemos asustado —aclaró Renato con un suspiro.

—¿Qué nosotros les hemos asustado? —rezongué, aún temblando—. ¡A mí casi me da un infarto!

—Es su forma de decirnos que no nos acerquemos más. En realidad, ha sido una especie de bienvenida. Ahora que nos han visto, bastará con que no les molestemos y seamos respetuosos.

—¿Y cómo se es respetuoso con un gorila? —pregunté resoplando.

—Igual que con una persona, hermana. Igual que con una persona.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora?

—Vamos a quedarnos un rato bien quietos y, cuando se pongan en marcha, los seguiremos con prudencia.

—¿Y no se asustarán y enfadarán de nuevo? —aventuré, algo temerosa.

Renato sonrió por lo bajo.

—No se preocupe, hermana. Ya nos han visto y saben cómo olemos. Si no se sienten amenazados, podremos seguirlos sin problemas.

—Espero que tenga razón, amigo —dije, mientras me ponía en pie lentamente—. Otro aviso como ese y saldré corriendo hasta llegar a Gabón.

Renato dejó pasar un tiempo prudencial y luego nos animó a proseguir. Curiosamente, después de haber sido descubiertos por el grupo, convenía que nos dejásemos ver en todo momento y que los gorilas siempre supieran dónde estábamos. Teníamos que conservar siempre, eso sí, una distancia prudente y no comportarnos de forma ruidosa u hostigante, pues en ese caso podrían haziarse de nuestra presencia y, simplemente, echarnos a patadas.

El grupo avanzaba perezosamente por el bosque. A veces parecía que cada uno marchara por su cuenta, deteniéndose ora a recoger algún fruto que le quedara a mano, ora para mordisquear algún tallo, como haríamos nosotros con un caramelo encontrado casualmente en el bolsillo. En ocasiones, el clan

se disgregaba tanto que no estábamos seguros de a quién debíamos seguir, pero siempre se acababan reuniendo de algún modo alrededor del de la imponente espalda plateada, que marchaba siempre en cabeza y actuaba como único e indiscutible líder, marcando el ritmo que los demás debían seguir.

Conforme nos acompasamos a la irregular cadencia de su vagabundeo, entramos en su dinámica casi sin pretenderlo: recogíamos algunas frutas que comíamos sin detenernos más que por unos instantes, o nos sentábamos ociosamente en algún claro especialmente soleado. Y quizá pueda parecer una exageración, o el fruto de un incoherente síndrome de Estocolmo, pero me sentía de algún modo integrada en aquella gran familia, como una prima muy lejana no excesivamente bienvenida, pero sí tolerada. Había un vínculo que había sobrevivido millones de años y que nunca habría creído posible como antropóloga; pero como rendida espectadora, como parte de aquella increíble experiencia, no me cabía duda de que ese vínculo existía cada vez que observaba y era observada por aquellos gorilas, aparentemente tan amenazadores, pero sin embargo tan pacíficos e indulgentes. Y cuando cruzábamos esquivas miradas en la distancia, qué decir entonces: los reconocía y ellos me reconocían, como a una vieja amiga de la infancia a la que no se ve desde hace muchos años, pero en la que se cree descubrir rasgos familiares que invitan a una segunda ojeada.

Ahora comprendía la pasión de mujeres como Dian Fossey o Jane Goodall, quienes lo habían dejado todo atrás por estudiar a los primates. La pasión se entendía al adivinar que no estudiaban solo a los simios, sino que, probablemente, trataban de encontrar ese puente que nos une con los gorilas y los chimpancés, y que ha quedado olvidado entre la maleza de nuestra memoria genética.

A medida que los últimos rastros de niebla se diluían en el calor de la mañana, la marcha se me hacía más agobiante. La borrachera de emociones que me había causado el primer contacto con los gorilas estaba dando paso a una resaca bien poco agradable en forma de profundo malestar.

—¿Te encuentras bien, Blanca? —preguntó Gabriel, acercándose a mí y tomándome de la barbilla—. Tienes mala cara.

—La verdad es que no sé qué me pasa... Me duelen los huesos, la cabeza me retumba como un bombo, y diría que tengo bastante fiebre...

Me puso la mano en la frente y me miró con gravedad.

—Creo que tienes malaria —dijo sin preámbulos.

—¿Malaria? —pregunté tontamente, como si hubiera insinuado que tenía un tercer brazo.

—¿De qué te sorprendes? Ya sabes que es endémica en Guinea Ecuatorial. ¿O es que crees que los blancos no la contraéis?

—No —balbucí, aturdida—. Pero es que yo... desde que llegué, estoy tomando antipalúdicos diariamente.

—Eso te puede haber servido para suavizar los síntomas hasta ahora. Pero la malaria, si la coges, la coges; no importa lo que te hayas estado tomando.

La conversación estaba haciendo que empezara a sentirme realmente enferma. Hasta el momento solo la había afrontado como una serie de malestares sin relación entre sí, pero la palabra «malaria» había despertado mi miedo a esa terrible enfermedad que podía acabar con mi vida en unos pocos días.

—Entonces, ¿qué hacemos? —pregunté, súbitamente desvalida.

—Hemos de llegar a un hospital lo antes posible.

—¿Un hospital? ¿Dónde?

—En Cogo hay uno dirigido por españoles —afirmó—. Allí podrán tratarte, y no creo que tus compatriotas te delaten a las autoridades.

—¿Cogo? Pero eso está a medio país de distancia...

—Blanca —dijo, tomándome por los hombros—, ya sabes que en este país no abundan los hospitales. En el de Cogo, además, estarás segura.

—No sé...

Pero sí sabía. Gabriel tenía razón: aquella era mi mejor, si no mi única solución.

Maldije mi mala sombra, preguntándome cuántas probabilidades había de que le sucedieran tantas desgracias juntas a la misma persona.

—Está bien... Vayamos a Cogo —me resigné, desolada por no poder seguir tras los gorilas—. Aunque lamentaré toda mi vida que... que...

Y de improviso, sentí como mis piernas perdían la capacidad de mantenerme en pie, mi cuerpo pasó a pesar una tonelada y la vista se me nubló un segundo antes de que el mundo comenzara a dar vueltas a mi alrededor y todo se hiciera oscuridad. Caí al suelo como un saco de patatas.

No tengo la menor idea de cuánto tiempo permanecí inconsciente, pero de lo que sí estoy segura es de que en la primera ocasión en que abrí los ojos no estaba en el mismo lugar que donde me había desmayado. De hecho, tuve la inexplicable sensación de que flotaba en el aire, que miraba hacia arriba y que veía los árboles desplazarse lentamente frente a mis ojos. Imaginaba que estaba en medio de un agradable sueño cuando volví a sumirme en la penumbra del desvanecimiento.

La siguiente vez que abrí los ojos, tampoco sé cuánto tiempo después, creí estar tumbada en un mullido colchón y rodeada de una pequeña estructura de ramas y delgados troncos entrecruzados y cubiertos de hojas. El lugar era irrevocablemente pequeño y oscuro. Un penetrante olor a humo invadía la reducida bóveda en la que, extrañamente, me encontraba cómoda y relajada. No podía saber si era de día o de noche, aunque algunos puntos de luz que se filtraban por el techo sugerían que afuera lucía el sol. Entonces, una voz familiar me dijo algo así como que me relajara. ¿Más?, me pregunté.

—Tómate esto —dijo a continuación.

Me levantó la nuca con una mano y me puso en los labios un cuenco de madera que contenía un brebaje amargo con un lejano regusto a tónica. Intenté rechazarlo, pero no tenía fuerzas ni para protestar, así que acabé ingiriendo, muy a mi pesar, aquella bebida repugnante. Y con ese desagradable sabor en el paladar volví a caer de nuevo en un irresistible sopor.

Esta escena, en la que alguien me sujetaba la cabeza mientras me daba de beber aquel líquido desconocido, se repitió varias veces. No sabría decir si fueron cinco o cincuenta, porque el tiempo parecía haber detenido su curso lineal y me había dejado atrapada en un repetitivo bucle en el que dormía, me despertaba, me daban de beber y volvía a dormirme.

Finalmente, el ciclo se rompió un día igual a cualquier otro, pero aquel día, por alguna razón, me encontraba más despejada. La estructura de la bóveda vegetal en que me hallaba tumbada aparecía más nítida, revelándose

sin ninguna duda como elaborada por la mano del hombre. Descubrí también que algo parecido a un conejillo de indias despellejado y colgado del techo se ahumaba sobre unas pequeñas brasas que iluminaban desde dentro la pequeña estancia. De nuevo, sentí la mano en la nuca y el cuenco que se apoyaba en mis labios, pero esta vez tuve la fuerza y claridad de ideas suficiente como para girar la cabeza hacia la persona que me ayudaba a incorporarme.

La escasa luz del lugar y mi frágil estado me hicieron dudar por un momento de lo que estaba viendo. Un rostro africano de ojos saltones me observaba con profundo interés, pero lo que me desconcertó sobremanera fue lo reducido de su tamaño. Al principio creí que se trataba de un niño de diez o doce años, pero fijándome mejor descubrí unas arrugas que no podían pertenecer más que a un adulto de mediana edad. La elevación de los pómulos, el mentón delicado y una pequeña mata de pelo me indicaron que estaba frente a una mujer, lo que de algún modo me tranquilizó. La tranquilidad duró solo un instante, hasta que esbocé una sonrisa a modo de agradecimiento y ella, correspondiendo a mi gesto, hizo lo mismo. Lo que no me esperaba es que, al extender la sonrisa y abrir la boca, el reflejo de las brasas de la cabaña mostrara una reluciente dentadura con una peculiaridad que me hizo proferir un grito de pavor: todos y cada uno de sus dientes estaban afilados como puntas de cuchillos.

Aquella mujer desconocida me sonreía con una dentadura que bien podría haber pertenecido a un tiburón.

Inmediatamente, la familiar figura de Gabriel irrumpió en la cabaña pidiéndome que me calmara. Yo estaba arrinconada contra la pared aún presa de la conmoción y aquella señora diminuta no dejaba de sonreír con sus dientes de tiburón blanco.

—No pasa nada —le oí decir, aunque no le prestaba mayor atención—. Relájate, Blanca. Son buena gente...

A pesar de las palabras tranquilizadoras, no podía apartar la vista de aquella sonrisa de escualo. Para colmo, entró en el chamizo un hombre con una lanza en la mano tan diminuto como la señora. Se dirigió a mí en una lengua extraña y, acto seguido, realizó una mueca idéntica a la de la señora y que en ese momento me pareció que tenía tanto de cortés como de malévola. Tan solo la presencia de Gabriel me hizo mantener la serenidad. Traté de entender la situación en lugar de salir corriendo, convencida de haber caído en manos de una tribu de caníbales.

Al fin y al cabo era antropóloga, qué demonios. Si me sosegaba un poco, seguramente aclararía cómo había llegado allí y quién era esa gente. Pedí a Gabriel que me ayudase a levantarme. A causa de la debilidad, me levanté torpemente del mullido lecho que resultó estar hecho de hojas y salí al exterior.

La primera impresión ante lo que vi hizo que me mareara aún más, pues me sentí como un gigante de más de dos metros rodeada de liliputienses. Me encontraba en medio de un poblado, por llamarlo de algún modo, conformado por nueve cabañas que parecían una suerte de iglúes contruidos con ramas y hojas, cada una con un pequeño agujero a modo de entrada que se orientaba al centro del campamento. Lo más inaudito, sin duda, eran los quince o veinte individuos que, dispersos por el poblado, me miraban con desinhibida curiosidad. La mayoría se encontraban ociosos o realizando tareas cuyo significado no alcanzaba a comprender: unos pocos parecían ocupados en untar la punta de unas larguísimas flechas con una resina negruzca, alguno afilaba un machete o un cuchillo con una piedra, y varias mujeres sentadas en

corro secreteaban entre risitas al verme aparecer. Un grupo de niños de muy diversas edades, y de una tez sorprendentemente clara, detuvieron sus juegos en seco y se quedaron mirándome como quien ve aparecer a Godzilla en el jardín de su casa.

La visión global del poblado y sus habitantes me obligó a ser consciente de lo que tenía ante mí. Debía haberme dado cuenta desde el primer momento —igual que antes de salir de la cabaña debí haberme dado cuenta de que tan solo iba vestida con una raída camiseta— de que, inexplicablemente, había ido a parar a una pequeña comunidad de los misteriosos pigmeos del África ecuatorial.

No salía de mi asombro. Miraba a mi alrededor tratando de encontrar otra explicación a todo aquello. Pero no la había.

No tardaron mucho en ofrecernos un enorme cuenco repleto de frutas, ñame y carne asada, que comencé a devorar sin ningún tipo de etiqueta, a dos carrillos, con un hambre que no había sentido en mi vida. Aquel festín me supo a gloria; incluso la carne, con aquel regustillo dulzón que se le queda cuando ya no está en su mejor momento, me pareció la mejor que comía en años. Gabriel me observaba con satisfacción comprobando que, además de la salud, había recuperado el apetito.

Apenas levanté la vista del cuenco, descubrí a una —literalmente— pequeña comitiva que había venido a sentarse frente a mí. Estaba compuesta por tres ancianos y una mujer. Todos ellos eran poco más altos que yo sentada e iban ataviados con los mismos taparrabos que portaba el resto del poblado; la única diferencia apreciable era la elevada edad de tres de ellos, lo cual me indujo a pensar a primera vista que debían de ser una especie de comité de oficial de recepción. El cuarto, la mujer, se mantenía ligeramente al margen. Era el miembro más joven del grupo, pero para mi sorpresa fue la primera en hablar.

—Bien... venida —dijo en un vacilante castellano.

—¡Hablas español! —exclamé alborozada.

—Sí... poco hablar —explicó, feliz por poder comunicarse conmigo—. Hombre... —Ahí pareció meditar por un segundo, como buscando la palabra adecuada—. Hombre con cruz enseñarme cuando yo pequeña. —Y con una sonrisa, puntualizó—: Cuando yo más pequeña.

—¿Un misionero te enseñó?

—Sí —asintió, reencontrando la palabra que había perdido—. Misionero.

—Lo hablas muy bien —la halagué francamente y, alargando la mano, añadí—: Yo me llamo Blanca, ¿y tú?

Ella miró mi mano algo confundida y, pidiendo aprobación con la mirada a los hombres, la estrechó, pero con tal suavidad, que quedó en poco más que un leve roce entre ambas palmas.

—Yo llamar Duyé-Nianu —se presentó con timidez—. Ellos —prosiguió, señalando a su izquierda—: jefe nosotros, Djamé-Ngue; hombre de medicina, Meke-Lua; gran cazador, Ipé-Maliki. Ellos decir... —añadió con admiración — ellos hacer, ellos cuidar tú.

Por si cabía duda alguna, aquella telegráfica presentación dejaba bien a las claras que aquellos eran algo así como el consejo de ancianos, y que a ellos debía tanto su hospitalidad como el nada despreciable hecho de que aún estuviera respirando.

—Pues diles de mi parte que les estoy infinitamente agradecida por curarme y ocuparse de mí.

Duyé-Nianu parpadeó confundida, y yo me di cuenta de que había hablado demasiado deprisa.

—Muchas gracias —dije entonces, lentamente e inclinando la cabeza con gratitud—. Muchas gracias a todos.

La intérprete tradujo el mensaje, aunque mi gesto había sido ya lo bastante elocuente.

Los «ancianos» —que apenas mostraban canas o arrugas, y que igual podían haber tenido tanto cuarenta como setenta años— asintieron en reconocimiento a mis palabras. El mayor de ellos, el que me habían presentado como Djamé-Ngue, hizo un gesto ampuloso abarcando la totalidad del pequeño asentamiento, al tiempo que pronunciaba un breve discurso que Duyé-Nianu trató de traducirme.

—Nosotros, aka —dijo, cuidando las palabras—. Señores del tiempo, señores de la tierra, señores del todo; damos bienvenida a ti. Dios Kmvum ha puesto a ti en camino de aka; aka curar, aka alimentar, aka construir mangulo para tú descansar. Aka proteger Blanca.

—Gracias —repetí de corazón, conmovida por la abrumadora hospitalidad—. Y... ¿qué podría yo hacer por ustedes? —pregunté espontáneamente.

Duyé-Nianu tradujo mi pregunta.

Los tres hombrecillos se pusieron en pie al unísono. El jefe me dirigió una sonrisa condescendiente y le dijo algo a la muchacha. Acto seguido se dio la vuelta y se dirigió al centro del poblado mientras el curandero y el gran cazador le reían la ocurrencia.

—¿Qué ha dicho? —pregunté intrigada a mi interlocutora.
Esta sonrió con los mismos dientes afilados que todos lucían.
—Djamé-Ngue dice «tú no mueras».

A pesar de mis años de carrera, la información que recordaba sobre los pigmeos era frustrantemente escasa. Me esforzaba por traer a la memoria una clase de tercer curso en que el profesor comentaba lo desconocidos que eran los pigmeos para el mundo. De hecho, parece ser que ya los faraones egipcios enviaron alguna expedición con el fin de averiguar si los hombres diminutos que habitaban en el corazón de la selva eran seres de carne y hueso o solo se trataba de un mito; también los romanos, si no recordaba mal, habían especulado sobre la existencia de esta tribu tan extraordinaria. Pero de hecho, hasta bien entrado el siglo xx no hubo pruebas irrefutables de su existencia, y aún en el siglo xxi las costumbres y la sociología del pueblo pigmeo son un páramo abandonado a la especulación, pues son muy pocos los estudios serios llevados a cabo sobre el terreno a causa de lo difícil de su localización, ya que su cultura es seminómada y su hábitat se encuentra en ese lugar inexplorado que aterriza y siempre ha aterrado al hombre blanco: la selva profunda.

Recordé asimismo que no solo existían pigmeos en África, sino también en la isla de Borneo y quizá en alguna otra recóndita esquina del planeta. Pero sin duda la población más importante —aunque solo se trata de unos doscientos o trescientos mil individuos—, se halla repartida por las impenetrables junglas del continente negro, siempre en pequeños clanes de menos de cincuenta almas. Aunque suene paradójico, el estado de guerra crónico que sufre el África ecuatorial les ha salvado del pernicioso contacto con la «cultura occidental», que ya se ha llevado por delante a etnias indígenas del mundo entero.

Otro debate abierto alrededor de los pigmeos tiene que ver con su controvertido —por desconocido— origen genealógico. En aquella ocasión en la facultad, el profesor admitió abiertamente que no tenía la más remota idea de la procedencia de aquella esquiva etnia, y comentaba, a modo de comparación, que se había publicado más literatura científica sobre los gorilas de montaña que sobre los pigmeos, con quienes, por cierto —decía—, solían compartían ecosistema.

«Los misteriosos hombres de bolsillo», les había bautizado jocosamente un alumno, y todos en clase le habíamos reído la gracia. Ni que decir tiene que entonces, en aquel poblado, me habría tragado aquella risa necia y habría pagado por ver al universitario gracioso en mitad de aquella selva; a ver si tenía las narices de decírselo a la cara a aquellos hombres fibrosos, armados con lanzas y flechas envenenadas.

—¿Cómo te encuentras hoy? —me preguntó Gabriel, de cuya presencia casi me había olvidado.

—¿Eh? —repuse distraída—. Bien... bastante bien. Aunque me noto algo débil.

—Es normal. Has estado a un paso de quedarte para siempre con los espíritus del bosque. Lo mejor será que vuelvas a la cabaña y te recuestes. Mañana estarás mejor.

—Sí, supongo que tienes razón —admití resignada—. Aunque todo esto es tan emocionante para mí, como antropóloga, que no quiero dormirme, no sea que todo acabe siendo un delirio de la fiebre.

—Bueno —dijo encogiéndose de hombros—, si se trata de un delirio, entonces yo también estoy enfermo. Aunque sería un sueño muy recurrente, pues lleva ya bastantes días repitiéndose.

—¿Días? ¿Cuánto tiempo he pasado inconsciente?

Gabriel abrió las manos restándole importancia a la cuestión.

—¿Y eso qué importa? Estamos en medio de la jungla como huéspedes de una tribu de pigmeos. ¿Acaso habías hecho planes para esta semana?

Ciertamente, no tenía razón para pensar en ello, así que dejé que Gabriel me encaminara hasta la choza, donde volví a recostarme en mi lecho de hojas verdes.

Cuando el guineano se disponía a salir de la cabaña, recordé algo que me rondaba la cabeza.

—Gabriel, ¿qué ha sido de Renato? No lo he visto por aquí.

—Regresó a su aldea. Él fue quien nos guio hasta aquí, y una vez te supo en buenas manos decidió regresar.

—¿Y encontraste mi reserva de dinero para pagarle?

—Sí, pero no quiso aceptarlo. Supongo que sospechó que no éramos turistas cuando me negué a regresar y dijo que ese dinero nos haría más falta a nosotros.

La mujer que me había estado cuidando cuando desperté ya no estaba allí; me sentí repentinamente culpable por haber actuado como una histérica e hice

voto de disculparme la próxima vez que la viera. Divagando sobre cómo podría excusar mi comportamiento, creí adivinar un olor desconocido en el humo que brotaba de las brasas situadas en medio de la cabaña. Lentamente, me vi invadida por una somnolencia arrolladora a la que no opuse excesiva resistencia.

Tuve un sueño extraño, imagino que producto de las emociones de los últimos días —los últimos días que había estado despierta, claro—. Soñé, o quizá recordé, cómo unos hombres de tez oscura, desnudos, pintados casi por entero con una sustancia blanca que destacaba extraños símbolos sobre la piel, me daban de beber un amargo brebaje, mientras aquel al que me habían presentado como Meke-Lua, el hombre de medicina, entonaba un rítmico canto en su resonante lengua al tiempo que fumaba de una pequeña pipa de bambú y me echaba el humo resultante a la cara. En el sueño creía comprender lo que recitaba en su letanía. Aparte de repetir constantemente el nombre de su dios Kmvum, parecía invocar a los espíritus buenos de la selva para que lucharan contra los malos espíritus que se habían hecho fuertes en mi cuerpo. El curandero, los hombres pintados que lo acompañaban, el poblado entero, todos parecían involucrarse en aquella batalla que se aprestaba a ser librada en mi interior.

Lentamente, la imagen de los hombres se fue difuminando. Dejé de estar en el interior del chamizo y me encontré de pie en medio de la jungla. Podía oír el canto de cada pájaro, el reptar de cada serpiente, el aleteo de cada mariposa. Ya no era yo; mi cuerpo no era de carne sino de dura madera, por mi corteza correteaban miles de hormigas acarreando hojas, mis extremidades servían de refugio a una familia de monos y, en mi copa, decenas de nidos albergaban pequeños huevos a punto de eclosionar. Entonces, un terrible estruendo rompió el silencio de siglos del bosque y, de algún modo, oí, vi, sentí como un viejo amigo de casi cincuenta metros de altura que me había acompañado los últimos doscientos años se desplomaba sin razón aparente y se estrellaba contra el suelo, arrastrando con él a todos los seres vivientes que lo tenían como hogar. No comprendía lo que había sucedido, pero sabía que él había muerto y, aun sin lágrimas ni ojos para hacerlo, lloré.

Y mientras lloraba, una siniestra figura que empuñaba una rugiente arma de dientes metálicos se acercó hacia mí. Aquel horrible ser, parecido a un hombre ataviado de militar pero con garras y rostro de hiena, miró hacia arriba y palpó mi cuerpo. Con una sonrisa perversa dio un paso atrás y lanzó su sierra mecánica contra mi tronco dispuesto a partirme en dos. Sentí como aquellos colmillos sin vida mordían y desgarraban mientras yo gritaba sin

boca, y mi llamada de auxilio se convirtió en un lamento, en el adiós ante una muerte inevitable.

Pero entonces, un bramido de furia hizo temblar todas y cada una de mis ramas, incluso temblaron las raíces ancladas en la húmeda tierra, y el bosque entero se estremeció cuando una espalda plateada surgió del mismo aire dispuesta a protegerme y, abalanzándose sobre el engendro asesino, lo agarró del cuello con su gigantesco puño. Pero de repente el engendro se volatilizó en una espesa y negra nube que, con una sucia voz, aseguró que volvería para acabar conmigo. Luego se descompuso en un millón de mosquitos infectados de malaria que volaron en todas direcciones, buscando ansiosos nuevas víctimas a las que contagiar.

Y en ese instante una mano se tendió hacia mí, la mano de Gabriel. Y yo ya no era un árbol, y extendí mis brazos hacia él.

—Algún día volverá —me dijo—, pero ahora estás a salvo. Regresa conmigo.

Y de nuevo me encontré en el interior del manguito. Allí estaban aquellos pigmeos tatuados de blanco. Reconocí a la señora que me había cuidado, al jefe Djamé-Ngue, al gran cazador Ipé-Maliki y al hombre de medicina Meke-Lua, que me observaba y asentía complacido.

La mañana siguiente —di por hecho que solo había pasado un día—, de madrugada, un contenido alboroto me despertó y, aguijoneada por la curiosidad, salí de mi manguito a tiempo para ver a una docena de pigmeos reunidos en corro entonando unos misteriosos cánticos. Miré a mi alrededor y vi a Duyé-Nianu sentada a poca distancia, así que me acerqué a ella y le pregunté al oído qué estaban haciendo.

—Akas piden ayuda a mimbos para cazar —contestó en voz baja.

—¿Mimbos?

—Mimbos no se ven, pero están. Mimbos en árboles, mimbos en animales, mimbos en aire... Si mimbos no ayudan, caza mala, peligrosa.

—¿Son como... como espíritus de la selva?

Duyé-Nianu se encogió de hombros y ladeó la cabeza.

—Creía que solo adorabais al dios Kmvum.

—Dios Kmvum es dios Kmvum. Mimbo es mimbo.

—Ya... Entiendo —mentí.

Y de improviso, el jefe Djamé-Ngue dio por terminada la ceremonia, pasó la mano sobre la cabeza de todos los hombres y cruzó unas palabras con Ipé-Maliki. Prácticamente desnudos, armados unos con lanzas y otros con arcos y

flechas, los doce pigmeos se sumergieron en la cerrada selva en fila de a uno sin volver la vista atrás.

—¿Van a cazar?

—Sí.

—¿Lejos?

—Sí.

—¿Y las mujeres? ¿Qué hacéis mientras tanto?

—Buscar peces, frutas, setas, ñame...

—¿Podría acompañaros?

A Duyé-Nianu se le escapó una risita nerviosa y, tapándose la boca, le preguntó eso mismo a una mujer mayor que estaba a su lado, quizá su madre.

Esta también rio —la verdad, yo no le veía tanta gracia al asunto— y me dijo un par de frases ininteligibles acompañadas de un asentimiento de cabeza que me hizo suponer que me aceptaban.

—¿Cuándo nos vamos? —pregunté.

—Ya —contestó mi traductora.

La totalidad de las mujeres y parte de los niños se pusieron en pie y comenzaron a andar en dirección opuesta a los hombres, así que no me quedó más remedio que imitarlas. Vestida de nuevo con mi maltratada falda de misionera y la misma camiseta de gruyer que el día anterior, descalza —al igual que mis anfitrionas—, me puse al final de la cola. Sin perder de vista a Duyé-Nianu, me interné de nuevo en la selva, pero esta vez con el espíritu de una alegre excursión campestre.

Al principio vigilaba cuidadosamente a cada paso dónde ponía el pie, temerosa de clavarme algo, o de que algún animal me picara o me mordiera; pero a medida que caminaba me iba preocupando cada vez menos de ello y, finalmente, llegué a la conclusión de que si a veinte mujeres y niños que caminaban delante de mí no les sucedía nada, sería muy mala suerte —aunque de eso iba sobrada últimamente— que algo me sucediera a mí.

Adelantando a unos chiquillos ataviados como aspirantes a cazadores —imitaciones de sus padres a menor escala—, llegué a la altura de Duyé-Nianu, quien caminaba graciosamente con un cesto de mimbre sobre la cabeza.

—¿Adónde vamos? —le pregunté resoplando.

—Al río —dijo, apuntando con el dedo hacia delante.

—¡Ah, qué bien! —repuse entusiasmada—. ¡Me muero por darme un buen baño!

—¿Tu morir si bañar?

—¡Ja, ja! A lo mejor, guapa. Pero de gusto.

La joven pigmea me miró intrigada desde su escaso metro veinte y decidió que se había perdido algo en la traducción.

—¿Sabes qué árbol es este? —le pregunté, señalando uno de cuyo tronco brotaban unos amenazadores pinchos.

—Yo conozco —dijo—, pero no saber palabra.

—Bueno, no importa, era solo curiosidad.

Pero Duyé-Nianu, tratando de enmendarse, me señaló una planta erguida y carnosa.

—Esta llamarse sanalotodo.

—¿Sanalotodo? —pregunté interesada—. ¿Por qué?

—Porque sana todo —respondió a la obviedad—. Tu cortar —dijo, haciendo el gesto como si se cortara el brazo—, y árbol sanar. Tú dolor, y árbol sanar. Tú picar animal, y árbol sanar. ¡Árbol sanalotodo!

—Ya veo...

Unos pasos más allá, agarró una hoja parecida a un helecho con unas flores amarillas.

—Esta buena para alejar hormigas de mangulo. Hormigas malas —dijo circunspectamente—, comer nuestra comida. Y una vez, comer niño.

—¿Qué? ¿Dices que las hormigas se comieron un niño?

—Sí —asintió muy seriamente—. Una noche, madre niño muy pequeño dormir. Hormigas venir, muchas, muchas... —hizo un gesto, como señalando una imaginaria hilera de hormigas— y hormigas comer niño.

—¡Dios mío! ¡Es espantoso!

—Madre solo encuentra huesos niño por la mañana...

—¡Joder! —exclamé—. ¡No tenía ni idea que las hormigas podían hacer eso!

—Hormigas malas —concluyó Duyé-Nianu, levantando el índice a modo de advertencia.

Avanzamos a paso ligero siguiendo una senda apenas apreciable, y al cabo de una media hora alcanzamos el anhelado río, el cual en realidad era poco más que un turbio arroyuelo. Una vez allí, la mayoría de las mujeres formaron un pequeño dique con barro y piedras mientras otras recolectaban papayas de un árbol situado junto al creciente embalse. Cuando calcularon que había suficiente agua contenida, cerraron el paso de la corriente en el otro extremo. Después abrieron un pequeño boquete en el primer dique y dejaron que el dique se fuera vaciando hasta que, sobre el fondo de lodo, aparecieron saltando unos minúsculos peces tratando de huir de aquella trampa. No sabría decir si me sorprendió más la habilidosa ingeniería o lo parco de la cosecha, pues un par de docenas de aquellos peces apenas parecían suficientes para saciar a una sola persona. Sin embargo, las mujeres pigmeas se mostraban felices, cantaban y reían. En la orilla, en cuclillas, perseguían los escurridizos pescaditos, los cuales la mitad de las veces se les escapaban de las manos. Entonces, una de aquellas improvisadas pescadoras me hizo una señal con la mano para que me uniera a la diversión y, sin dudarlo, me metí en el barro hasta los tobillos tratando de agarrar algo que pudiera comerme más tarde. Al cabo de media hora, sin embargo, me había hecho con tan solo un par de peces, que me costaron sendas caídas de bruces en el barro y las consiguientes rechiflas por parte del resto de mujeres, quienes incluso se divertieron imitando mi torpeza lanzándose al barro de cabeza mientras perseguían una trucha imaginaria. Inevitablemente, acabamos todas atacadas de la risa

lanzándonos a la embarrada charca y revolcándonos como gorrinas entre bromas y carcajadas.

Cuando nos cansamos del juego, nos acercamos todas a un tramo del curso donde el agua corría libremente y nos quitamos de encima el oscuro lodo que nos cubría de pies a cabeza. En aquel momento me di cuenta de que los niños que nos habían acompañado hasta llegar allí habían desaparecido. Sus madres no parecían en absoluto echarlos de menos, pero me pareció bastante raro. Me acerqué a Duyé-Nianu y le pregunté qué había sido de ellos.

—Niños cazar —fue la respuesta.

—¿Tan pequeños? ¿No es peligroso?

La muchacha sonrió ante mi recelo.

—Niños no cazar elefantes.

—Pero en la selva hay serpientes, leopardos...

—Ellos saben —dijo zanjando el tema. No supe si se refería a que los progenitores eran conscientes del peligro, o a que ellos sabían defenderse. En cualquier caso, dejé de preocuparme y supuse que sabían lo que se hacían.

Seguidamente, ayudé a limpiar el pescado y a recolectar unas hojas de liana de coco, las cuales imaginé que utilizarían para confeccionar cestos o esteras. Con el trabajo se me despertó la sed y, agachándome junto al arroyo, pregunté por gestos a una de las mujeres si aquella agua era potable. Ella respondió con unas señas que solo cabrían interpretarse como un «ni se te ocurra» y me indicó que la siguiera. A pocos pasos, se detuvo, examinó una gruesa liana y de un machetazo la cortó limpiamente acercándomela a la boca. Para mi enésima sorpresa, surgió de ella un pequeño chorro de agua clara y fresca, más sabrosa que cualquier agua embotellada de marca que hubiera probado en mi vida.

Al cabo de un rato, cansadas de andar trasegando peces y frutas, nos tomamos un descanso. Me senté en una piedra para devorar una rebanada de papaya que me supo a gloria. Fue entonces cuando llegaron los niños, unos nueve o diez, portando unas réplicas de las armas de sus padres. A primera vista parecían de juguete; si bien esa impresión se desvanecía al descubrir la buena media docena de pájaros y el pequeño roedor que llevaban colgando de sus taparrabos. Las madres los recibieron con algarabía y felicitaciones, a lo que los jóvenes respondieron con orgullo mostrando sus presas altivamente, aunque algunos de ellos fueran escasamente más grandes que sus víctimas.

Una vez estuvimos todos reunidos nos encaminamos de vuelta al poblado, cargados de comida y felices por la productiva jornada. Cuando llegamos, enseguida salieron a recibirnos los ancianos y los niños pequeños que se

habían quedado. Entre ellos, como un gigante preocupado, apareció Gabriel saliendo torpemente de un mangulo, avanzó a grandes zancadas y se colocó frente a mí con los brazos en jarra.

—Pero ¿se puede saber dónde estabas? —me interpeló, sin esforzarse por disimular su enfado.

—¿Y a ti qué te importa? —repliqué, molesta con su tono.

El guineano frunció el ceño, indignado.

—¿Cómo que «qué me importa»? —protestó airado—. Te vas sin avisarme ni decirme adónde vas en medio de una selva en la que hemos estado a punto de morir. Me he pasado toda la mañana angustiado tratando de que estos abuelos me dijeran dónde te habías ido, ¿y tú me vienes con estas?

Todas las mujeres del poblado ya nos hacían corrillo sin recato alguno. Probablemente estaban comentando entre ellas la jugada, aunque no entendieran una palabra de lo que decíamos.

Yo comprendía el enojo de Gabriel, y si me lo hubiera dicho de otra forma, seguramente le habría pedido disculpas. Pero nadie me hablaba en ese tono desde que era adolescente y no iba a permitir que él lo hiciera, por mucho que hubiera luchado por mí y aún menos con tal cantidad de espectadores. Por otro lado, tampoco quería seguir proporcionando aquel número callejero de matrimonio mal avenido, así que hice a un lado a Gabriel y, cruzando el poblado con paso firme, me fui a sentar junto al fuego que ardía en el centro del mismo y que, desde mi «resurrección» del día anterior, no había visto aún apagado.

Gabriel se quedó echando chispas por los ojos, en medio del corro de pigmeas que parecían sumamente interesadas por la reacción del —para ellas — furioso gigante. Tras un segundo de indecisión, se encaminó al mismo mangulo del que había salido —que quizá era también el mío, no estaba segura— y entró en él con mal genio, seguramente frustrado al no tener la posibilidad de dar siquiera un simbólico portazo en aquel iglú vegetal sin puerta.

Junto al fuego, las mujeres descamaron los pescaditos y limpiaron los tubérculos de ñame de toda la tierra que traían adherida. Después colocaron el fruto de nuestro trabajo —el de ellas, más bien, para ser justa— sobre unas enormes hojas verdes de banano, con tanto esmero y variedad de alimentos que daba la impresión de que fuera a celebrarse un fastuoso banquete. Y casi coincidiendo con el momento en que las mujeres terminaban, ya al atardecer, llegaron los cazadores.

Con aire orgulloso, similar al que habían mostrado los niños al regresar de su cacería, los hombres, con Ipé-Maliki a la cabeza, entraron hasta el centro del poblado y dejaron junto al fuego el saldo de casi un día de trabajo: un facócerro de considerable tamaño que proporcionaría carne a toda la comunidad al menos hasta el día siguiente.

Entre todos procedieron a despellejar al animal de inmediato, lo trocearon y lo insertaron en unas largas varas. En cuestión de minutos ya estaban asando aquella especie de jabalí que inundaba el poblado entero con un delicioso olor.

Cuando la opípara cena estuvo lista y con la noche ya a nuestra espalda, hicimos un gran círculo alrededor de la hoguera y la comida. Entonces, Djamé-Ngue hizo ademán de que nos sentáramos y, elevando las manos al cielo, inició una especie de plegaria. Por suerte, yo seguía aún pegada a Duyé-Nianu, quien me fue traduciendo lo mejor que pudo las palabras del jefe.

—Al principio era Kmvum —me susurraba al oído—. Él decir: «Yo darte todos los frutos de selva, todos los frutos de cosecha, todos los animales que caminan, que corren y que vuelan. Yo darte todos y jamás hambre entrar en vientre... y los árboles serán tu...». —Me miró por un segundo, enarcando las cejas con una sonrisa en los labios—. Yo no saber palabra —confesó, y siguió traduciendo—. «... Y ya no tener miedo, oh tú, el más poderoso; y ya no tener frío, oh tú el poderoso». —El anciano elevó la voz, por encima del creciente murmullo de la selva—. «Por eso nosotros darte gracias, oh gran Kmvum, que giras entre árboles, ciénagas, ríos y raíces, por hacernos dueños del tiempo y de la selva, desde el principio al final».

Y dicho esto, se sentó como uno más y con un breve gesto indicó que ya podía dar comienzo el festín.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dije girándome a mi derecha, mientras sostenía un pescado por la cola.

Duyé-Nianu, que ya desgarraba un trozo de carne de su hueso, se volvió y asintió.

—Me gustaría saber por qué casi todos tenéis los dientes así... ya sabes, afilados.

La joven acabó de masticar y me miró extrañada.

—¿No gustar dientes míos?

—No, no es eso... Es solo que no sé por qué lo hacéis.

Ella siguió observándome, como si le hubiera preguntado por qué andaba con los pies.

—Hombres aka gustar, mujeres aka gustar... Todos gustar dientes así. Bonitos —recalcó, exhibiendo su propia y afilada dentadura.

—Sí —le aseguré—, muy bonitos. En mi tierra marcarías una moda.

—¿Estar lejos tu tierra? —preguntó interesada.

—Un poco... Bueno, en realidad sí que está lejos. Y cada día me parece que lo está más.

—¿Querer volver a tu tierra?

—La verdad es que sí —contesté, súbitamente entristecida al oírme a mí misma; consciente de que me encontraba en otro mundo y no tenía demasiadas posibilidades de regresar—. Daría lo que fuera por estar ahora mismo dando un paseo por las grises callejuelas del centro de Vitoria...

—¿Vitoria?

—Sí, allí está mi casa...

—No triste —dijo, pasándome una mano por la mejilla al ver como una lágrima resbalaba por mi cara—. Mañana, nosotras hacer manguito nuevo para tú.

Y aquel ofrecimiento, no sé por qué, no hizo sino que aumentar mi desolación. Me sentí lejos, muy lejos. En el tiempo, en la distancia... Como si estuviera en otro planeta rodeada de extraterrestres sin esperanza de regresar. Entendí entonces que la distancia no se mide en millas o kilómetros, como creemos. Se mide en lágrimas.

Comí poca cosa más y me encaminé a la estera sobre el lecho de hojas de mi manguito. Allí me encontré a Gabriel acostado en su camastro, tenuemente iluminado por las permanentes brasas del interior.

—Siento lo de antes —le dije con voz afectada—. No pretendía... Yo...

—¿Estás bien? —dijo con sincera preocupación.

—Pues... no. La verdad es que no.

—Pareces triste.

—Lo estoy, Gabriel. Tengo miedo de no regresar nunca a mi casa.

Gabriel estiró el brazo, me atrajo hacia sí y me abrazó.

—Confía en mí, Blanca —dijo con firmeza—. Pronto estarás en tu casa, con tu familia. Lo juro.

Y le creí.

Y me quedé dormida, rodeada por sus brazos.

Y en aquel poblado de pigmeos, acostada en una frágil choza de hojas y ramas, en mitad de una jungla extraña y amenazadora, soñé que iba de excursión al monte Bizkio con Pepa, la juguetona perra de mis padres. Los

prados verdes salpicados de flores amarillas y las lejanas nubes de tormenta sobre el horizonte anunciaban la inminente irrupción de la primavera en los idílicos montes de mi Álava natal. Mientras el sueño me vencía, recé con poder volver contemplarlos de nuevo algún día.

Amanecimos abrazados el uno al otro, como dos niños asustados perdidos en el bosque. En el fondo, eso era exactamente lo que éramos.

La tacaña claridad de la alborada de la jungla se coló por la puerta de nuestro chamizo y me despertó antes que a Gabriel. Me separé de él con cuidado de no molestarlo y salí a la luz de la mañana.

Un par de niños madrugadores correteaban entre las cabañas, varias mujeres barrían las entradas de sus mangulos con hojas de palma y uno de los hombres se encargaba de alimentar el fuego central con pequeñas ramas, lo que me hizo pensar que siempre había alguien encargado para que el fuego no se extinguiera.

Imaginé que la cena de anoche se debió prolongar hasta bastante tarde, pues fui una de las primeras en levantarse. Aproveché la oportunidad para desperezarme a gusto en aquel silencio matutino solo quebrado por el canto de los pájaros y las risas de aquellos dos niños. La mañana, como todas las de la selva, era bastante fresca y la deteriorada camiseta que llevaba puesta desde hacía días no abrigaba demasiado. Traté de saber qué aspecto debía de tener. Al examinar mis roñosos brazos y piernas, caí en la cuenta de que prácticamente no tenía picaduras de mosquito y que todas aquellas marcas enrojecidas que sembraban mi piel desde hacía días se habían esfumado. Igualmente, había desaparecido todo rastro de fiebre o malestar que Gabriel había atribuido a la malaria, y una de dos: o él se había equivocado en el diagnóstico, o aquella gente, de una forma que no alcanzaba a explicarme, me habían curado milagrosamente. Y no sabía por cuál decidirme, pero algo me decía que la segunda respuesta era la correcta.

Incomprensiblemente, entre aquella tribu de hombres y mujeres diminutos me sentía en paz como no me había sentido desde hacía tiempo. Pensé fugazmente que quizá podría llegar a acostumbrarme a aquel tipo de vida humilde pero plena, lejos de complicaciones accesorias que tanto nos gusta crearnos a los occidentales. Allí todo se resumía a recolectar, pescar o cazar, por un lado; y por otro, a comer, dormir y reír. Y en definitiva, ¿qué otra cosa

anhelamos todos, si no una vida sencilla y los pequeños placeres que nos hacen felices? Además, ni siquiera se podía echar de menos la medicina moderna, pues si habían sido capaces de eliminar de mi cuerpo la mortal malaria, ¿qué no podría hacer el hombre de medicina de esta tribu de pigmeos? Duyé-Nianu me había explicado el día anterior que de las plantas extraían remedios efectivos para cualquier enfermedad; desde un simple dolor de cabeza, al terrible paludismo que mataba a millones de personas en todo el mundo cada año.

Pero mientras observaba fijamente los retazos de cielo azul entre la espesa cúpula vegetal, me vino a la mente el sueño de aquella noche en que vagaba por los frescos prados de Euskadi, Un incontrolable arrebató me hizo irrumpir de nuevo en la choza y sacudir a Gabriel por el hombro.

—¿Qué... qué te pasa? —preguntó adormilado.

—Tenemos que irnos, ahora —dije ansiosamente.

—¿Qué? ¿Ahora? ¿Adónde?

—A casa, Gabriel. Quiero irme a casa.

A través de Duyé-Nianu, no resultó difícil explicarle al jefe Djamé-Ngue que debíamos proseguir nuestro camino. Gabriel le reveló en qué dirección íbamos y, tras consultarlo brevemente entre ellos, se ofrecieron a guiarnos la mayor parte del camino, ya que la zona que íbamos a atravesar era un buen territorio de caza.

Decidimos que saldríamos inmediatamente, así que me volví a vestir con las ropas de misionera, que tras un par de días de andar con lo mínimo me resultaron incomodísimas. Con un cesto de hojas bajo el brazo en el que las mujeres habían puesto fruta y carne ahumada, me uní a la partida de caza que ya esperaba en el linde del bosque. Gabriel ya estaba allí, también preparado para partir, llevando otro cesto con comida y un par de esterillas de fibra como las que habíamos usado para dormir.

Las pigmeas se habían reunido para despedirnos mientras entonaban una melancólica canción que sonaba a adiós. Las besé en la mejilla a todas ellas, y a Duyé-Nianu la estreché en un fuerte abrazo agradeciéndole todo lo que había hecho por mí, jurándole que nunca los olvidaría, ni a ella, ni a los aka.

—Tú cuidar mucho —dijo, pasándome el revés de la mano por la mejilla—. ¿Tú volver?

—No lo sé —mascullé, a punto de dejar escapar una lágrima—. Quizá, algún día...

Y dando unos pasos hacia atrás, me alejé del grupo de mujeres y niños. Entonces, el hombre de medicina dio un paso al frente.

—¡*Niedu wey! Hubuu nog gureu. ¡Maweny, maweny!* —dijo en su indescifrable lengua, pero con un inequívoco tono de advertencia.

—¿Qué ha dicho? —pregunté por última vez a Duyé-Nianu, a la que las palabras de Meke-Lua le habían dibujado una evidente sombra de preocupación en el rostro.

—Dice... que tener buen viaje.

—Pues dile de mi parte —repuse con una ligera inclinación de cabeza, aunque estaba segura de que no era eso lo que había dicho— que muchas gracias por todo. Y ojalá que algún día pueda devolveros a todos el favor.

La joven pigmea no tradujo mis palabras, pensativa. Así que me limité a inclinar la cabeza de nuevo, me di media vuelta y me incorporé al grupo de cazadores, que ya se había puesto en marcha.

Caminaba a la cola de todos ellos y no pude evitar echar un último vistazo al asentamiento donde había pasado tan extraordinarios momentos. Entonces vi como casi todo el pueblo se arremolinaba alrededor del curandero, aparentemente recriminándole o interrogándole con aspavientos, e intuí que no me equivocaba y que aquella había sido una advertencia muy seria.

Ojalá hubiera tomado más en cuenta aquella advertencia.

A la cabeza del pequeño grupo formado por siete akas, Gabriel y yo, caminaba Ipé-Maliki, el gran cazador. Cada pigmeo cargaba con un pequeño bolso de fibra vegetal en bandolera, además de arcos, larguísimas flechas y unas pocas lanzas, todas ellas de puntas afiladas y untadas de negro engrudo. Si comparaba mi andar con el ágil y fluido de los cazadores, parecía que yo anduviera pisando huevos. No dejaba de admirar cómo se desplazaban en el mayor sigilo, totalmente alertas ante cualquier ruido o ramaje que en las alturas se moviera sin razón aparente. Cuando esto sucedía, todos se detenían al unísono como obedeciendo una señal invisible, escrutaban a su alrededor, mientras en absoluto silencio insertaban las flechas en sus arcos. Dejaban pasar uno o dos minutos a la espera de que la fuente de aquel alboroto —un mono, un pájaro... en definitiva, comida— asomase entre el follaje para dispararle una lluvia de flechas envenenadas.

Así anduvimos toda la mañana, a veces a un paso ligero que me costaba horrores seguir, a veces deteniéndonos completamente durante un buen rato mientras los pigmeos observaban algo que yo no veía, alertados por algún sonido que nunca llegaba a percibir. Ni que decir tiene que las partidas de los hombres resultaban mucho menos divertidas que las de las mujeres.

El extraño y silencioso paseo —un par de veces me dirigí a Gabriel en susurros y recibí miradas reprobadoras de los guías— no se detuvo hasta que el sol alcanzó su cenit, momento en el que nos tomamos un breve descanso para comer frugalmente. Apenas había dado un par de bocados a mis provisiones, nos volvimos a poner en marcha al mismo paso ligero que ya estaba causando estragos en mis piernas.

Al cabo de un par de horas —según mis cálculos, aunque en aquella selva el tiempo transcurría de forma irregular—, Ipé-Maliki se detuvo bruscamente y apuntó con la mano derecha un punto indeterminado sobre su cabeza.

—*Noue gongu* —dijo, girándose hacia los demás con una sonrisa en los labios.

El resto de pigmeos también miró hacia arriba y una contagiosa alegría de fondo se extendió entre el grupo.

Gabriel y yo escudriñamos el lugar que señalaba Ipé-Maliki, pero no vimos absolutamente nada destacable ni, aún menos, nada que provocara aquella curiosa marea de buen humor.

Los aka dejaron sus pertrechos en el suelo y comenzaron a recoger frenéticamente ramas de diversos arbustos. Mientras, nosotros seguíamos observando la escena sin entender absolutamente nada.

Uno de ellos, quizá el más joven del grupo y el que parecía estar en mejor forma, vació una de las bolsas, se la colgó en bandolera, la forró por dentro de hojas de banano y agarró un gran manojo de las ramas secas que sus compañeros habían reunido. Seguidamente, Ipé-Maliki sacó de su morral un anacrónico mechero de plástico amarillo y, tras un par de intentos, le prendió fuego al racimo de vegetal del joven hasta que comenzó a expulsar una espesa nube de humo negro.

Entonces, aún no sé muy bien cómo, haciendo fuerza con las piernas y agarrándose a protuberancias y lianas con el único brazo que le quedaba libre, el pigmeo inició un tranquilo y metódico ascenso por el descomunal árbol que nacía a nuestros pies. Al cabo de unas decenas de metros lo perdimos totalmente de vista. Mientras Gabriel y yo no dejábamos de mirar hacia arriba intrigados, pero aún más acongojados, los compañeros del osado escalador estaban sentados en el suelo y hablaban tranquilamente de cualquier cosa, indiferentes a la suerte de su amigo. Resultaba frustrante no poder comunicarme con ellos y preguntarles qué demonios estaban haciendo.

Sin embargo, cuando desde muchos metros sobre nuestras cabezas se escuchó un grito de algarabía, los pigmeos dejaron de lado su indolencia y comenzaron a dar pequeños saltos de júbilo, e incluso un par de ellos iniciaron un amago de baile.

Lo primero que llegó al suelo fue la antorcha humeante que el joven pigmeo debía de haber dejado caer. Instantes después, ya con ambas manos libres, apareció descolgándose como si nada por una de las lianas que llegaban hasta el suelo. En cuanto lo hizo, sus compañeros, ignorando totalmente aquella proeza de fuerza y agilidad, le arrebataron la cesta y depositaron su contenido sobre un mantel de hojas. Se trataba, ni más ni menos, de un dorado panal de miel sobre cuya dorada superficie aún se movían desorientadas unas pocas abejas.

Los siete hombres, sin ningún tipo de etiqueta ni protocolo, se abalanzaron sobre los pedazos de panal devorándolos con una fruición

inusitada.

—Sí que les gusta la miel... —comenté boquiabierta.

Gabriel no dijo nada, pero estaba tan asombrado como yo.

El gran cazador vio que ambos nos habíamos quedado de pie contemplando el espectáculo a distancia, y con gestos nos invitó a sumarnos al festín.

Al principio me negué —no sé muy bien por qué, la verdad—, pero el pigmeo volvió a insistir y entonces ya no dudé: metí la mano en el pringoso botín y me harté de aquel dulce manjar que tanto me gustaba de pequeña, que, tal y como recordaba, sabía mucho mejor si se comía con las manos y luego te chupabas los dedos.

Ahíto todos —o casi todos, porque Gabriel confesó que no le gustaba la miel—, guardamos lo que sobró envuelto en hojas verdes y proseguimos la marcha con energías renovadas.

Cuando el sol apenas iniciaba su descenso sobre el horizonte, Ipé-Maliki, que siempre iba en cabeza, se detuvo de nuevo, pero esta vez se agachó, estudió algo que había en el suelo y se volvió hacia el grupo.

—¡*Ibwé nog!* —ordenó—. ¡*Mué atuye, ngadu mangulo!*

Salimos del difuso sendero que habíamos seguido hasta entonces para llegar a un pequeño claro. Dejaron sus enseres en cualquier lado y se dispusieron a limpiar el suelo de hojarasca y arbustos.

—¿Qué está pasando? —pregunté a Gabriel, que estaba de pie a mi lado—. Aún queda mucho para que anochezca. ¿Por qué habrán decidido quedarse aquí?

—Estoy tan extrañado como tú —confesó encogiéndose de hombros.

Ante la duda decidimos acercarnos al lugar donde el líder había dado orden de detenernos, mientras nuestros acompañantes trabajaban en el claro.

Ojeamos la zona y al principio no vimos nada, pero después el olfato nos guio hasta una enorme boñiga fresca rodeada de enormes pisadas. Unas pisadas que solo podían pertenecer a un animal sobre la tierra: a un elefante.

Llegamos a la conclusión que Ipé-Maliki había dado con el rastro de un grupo de paquidermos y había decidido esperar al día siguiente para buscarlos, para así evitar el riesgo de toparse con ellos en la oscuridad. Según había oído, los elefantes de selva, aun siendo mucho más pequeños que sus congéneres de la sabana, eran tremendamente agresivos y mataban a más personas que los cocodrilos o los leopardos.

—Lo que me ha resultado curioso —dije, mientras regresábamos al claro —, es el esfuerzo que hacen por mantener siempre vivo el fuego del asentamiento, y en cambio, tienen mecheros para hacer fuego cuando les plazca.

—Bueno, no lo sé con seguridad —contestó Gabriel—. Pero creo que el fuego del campamento tiene algo de religioso o espiritual. Debe ser como la llama permanente que les protege, relacionado con ese dios suyo...

—Kmvum.

—Sí, ese. Pero es solo lo que yo creo —dijo encogiéndose de hombros—. Al fin y al cabo, la antropóloga eres tú.

Dándole vueltas al asunto, desandamos nuestros pasos hasta el claro y descubrimos que el aspecto del lugar había cambiado bastante en muy poco tiempo.

—Se están dando prisa —comenté admirada.

—Aún deben tener sueño por la fiesta de anoche.

—¿Y eso? Parece que están construyendo un par de mangulos, ¿no? —comenté, señalando a cuatro de los pigmeos, afanados en doblar unos pequeños y flexibles árboles.

—Me parece demasiado trabajo para solo una noche. Seguramente serán unos simples refugios —dijo Gabriel, meneando la cabeza—. Además, creo que la construcción de mangulos es una tarea exclusivamente de mujeres.

—¿Y cómo sabes tú eso?

El guineano me guiñó un ojo.

—¿Acaso crees que eres la única que ha estado hablado con la guapa Duyé-Nianu?

Y para mi sorpresa, como un inesperado cuchillo que se me clavara en la boca del estómago, sufrí la irracional, torpe e insospechada punzada de los celos.

Cenamos buena parte de las provisiones aderezadas con miel alrededor de una pequeña hoguera entre las bromas y las carcajadas de los pigmeos. Tras pasar todo el día caminando en absoluto silencio, se estaban desquitando armando todo el jaleo que les era posible. Al principio yo asistía al histrionismo general como simple espectadora, pues aunque trataban de incluirme en el ánimo general con gestos y mímica lo cierto es que, por más que lo intentara, no entendía nada de nada. Casi sin darme cuenta, contagiada de su buen humor, empecé a sonreír tontamente y al cabo de un rato me estaba desternillando de risa sin saber por qué, cosa que les producía aún más risa a los pigmeos, quienes me señalaban con el dedo muy divertidos con mi forma de carcajearme, lo que a su vez hacía que yo me riera aún más. En resumidas cuentas, acabamos todos —incluido Gabriel—, con un ataque de risa desbocado que debió despertar a todo bicho viviente en varios kilómetros a la redonda.

Cuando acabamos de cenar, con la mandíbula adolorida de tanto batirla, nos fuimos todos a dormir a nuestros refugios. Estos consistían en un techo inclinado de hojas y ramas que se apoyaba en el suelo por un lado y se recostaba en un pequeño poste por el lado opuesto. Junto a él, un trozo de hormiguero de árbol ardía sin llama, produciendo un espeso humo que, según ya había aprendido, que alejaba a los insolentes mosquitos.

—Oye, Gabriel —dije, al comprobar que el lado que me había tocado para dormir era el que no tenía pared—. ¿Por qué no cambiamos de lado? Aquí me voy a mojar si llueve.

El aludido miró hacia arriba y luego a mi esterilla desplegada sobre el suelo.

—Tranquila, Blanca, que no te mojas. Estás debajo del techo.

—Sí, pero no tengo pared junto a mí. Si llueve un poco de lado me pondré como una sopa.

—Eso no tiene que preocuparte —dijo tumbándose en su propia esterilla, dándome la espalda—. Por si aún no te has dado cuenta, en el interior de la

selva no sopla el viento.

Era cierto, no lo había notado. Pero estaba claro: con tantos árboles por encima y a los lados, era imposible que...

Una súbita carcajada de Gabriel interrumpió mis pensamientos.

—¿Qué pasa ahora? —le pregunté.

—Es que acabo de caer en la cuenta de lo gracioso de la situación.

—¿A qué te refieres? —pregunté, incorporándome sobre el codo.

—Me acabo de acordar —dijo, aguantándose la risa— de un cuento infantil que me contaba mi madre.

—Sigo sin entenderte.

—¿Cuántos pigmeos están durmiendo ahí fuera?

—¿Qué? No sé... creo que siete.

—¿Y tú, cómo te llamas?

Y sin llegar a contestarle, caí en la cuenta del chiste y no pude reprimir una estentórea carcajada.

Por lo visto, a mis «siete enanitos» les volvió a hacer gracia mi risa y comenzaron también a reírse con ganas desde sus refugios, conque acabamos todos de nuevo carcajeándonos a más no poder en mitad de la noche de aquella remota jungla del África ecuatorial.

Esta vez no me asusté. Aún no alumbraba el alba. Una hilera de dientes serrados centelleó en la oscuridad al tiempo que una mano me zarandeaba lentamente.

—*Wue buna* —dijo en susurros—. *Wue buna nsé*.

—Sí... Buenos días —contesté desperezándome.

Miré a mi izquierda. Gabriel aún dormitaba tranquilamente, así que no pude evitar la tentación de acercar mi boca a su oreja y gritarle a pleno pulmón.

—¡Vamos, Gabriel! ¡Arriba! ¡Despiértate!

Dicho lo cual el pobre hombre se levantó de un salto llevándose por delante el techo del refugio, el poste que lo sostenía y alguna cosa más que salió volando en la penumbra. Miró en todas direcciones, alarmado, con los ojos como platos y, al ver solamente las siluetas de los pigmeos recogiendo sus cosas tranquilamente, se giró hacia mí y me tumbó de espaldas en la esterilla. Se empleó en hacerme cosquillas en los costados hasta que, impotente al no poder defenderme, no pude más que pedir clemencia en uno de los escasos momentos en que logré dejar de reírme y pronunciar una palabra con todas sus letras.

Los pigmeos ya estaban listos para partir. Desde su escasa altura me miraban tendida en el suelo como si fuera una loca de remate, e incluso Ipé-Maliki meneó la cabeza con resignación antes de ofrecerme su mano para ayudar a levantarme.

Inmediatamente reiniciamos la marcha. Primero nos acercamos al punto donde la tarde anterior habían encontrado la huella de elefante y, a partir de ahí, seguimos su claro rastro de troncos y ramas rotas.

Los pigmeos, precedidos como siempre por su líder, se mantenían extremadamente alerta, pero no como el día anterior, atentos a la posibilidad de almorzar mono o ave asada. Esta vez caminaban mucho más tensos, con las lanzas listas en la mano y mirando hacia todos los lados, pero nunca hacia arriba, por mucho batir de hojas que hubiera sobre sus cabezas. Claramente, todos sus sentidos estaban puestos en la vegetación circundante, temiendo el repentino e imparable ataque de uno de los paquidermos que estábamos siguiendo.

Aun viendo la conducta de los aka, no era capaz de asumir el teórico peligro de toparnos con un elefante, pues desde siempre los había visto como unos seres pacíficos e inteligentes que solo agredían en defensa propia. Las historias que algunos nativos me habían contado allí en Guinea sobre elefantes asesinos que arrasaban poblados enteros no me parecían otra cosa que exageraciones o incluso justificaciones para matarlos y arrancarles luego sus preciados colmillos de marfil. Sin embargo, he de confesar que la extremadamente cauta actitud de los siete cazadores pigmeos me empezaba a poner algo nerviosa.

Todos esos pensamientos se esfumaron cuando, sin previo aviso, salimos de la espesa y oscura selva en la que llevábamos tantos días y aparecimos al borde de un inmenso claro conformado por multitud de charcas que reflejaban la cegadora luz del sol, por riachuelos de agua turbia y por extensiones de hierba alta y juncos en las que sería un placer detenerse a retozar. De hecho, eso era exactamente lo que me disponía a hacer cuando alguien me tomó del brazo para detenerme. Era Ipé-Maliki, quien a continuación me hizo un par de significativos gestos: primero abarcó toda aquella extensión con un movimiento amplio y luego, ondulando el brazo, hizo una perfecta imitación de una serpiente reptando.

Por supuesto, se me quitaron las ganas de corretear por el prado. Me limité a seguir los pasos de los pigmeos, tratando además de poner los pies exactamente donde ellos los ponían.

El rastro se adentraba en la zona pantanosa. Por un momento intuí que los pigmeos dudaban en internarse en aquella zona, pero el gran cazador los arengó con un par de frases. Si bien no parecían muy satisfechos de adentrarse en un terreno que no era su hábitat natural, decidieron continuar.

Nos movíamos siguiendo lo que sin duda era una vereda urdida por el paso constante de animales de buen tamaño.

—La senda de los elefantes —susurré a Gabriel, señalando el camino por el que transitábamos.

—Quizá no —contestó, señalando un punto a nuestra derecha por encima de la hierba.

Dirigí hacia allí la vista, pero no pude más que ver un par de garzas blancas sobre una roca negra.

Me volví hacia Gabriel, encogiéndome de hombros.

—Sigue mirando —insistió.

Eso hice. Cuando empezaba a pensar que el guineano me estaba tomando el pelo, las garzas alzaron el vuelo súbitamente y una enorme cabeza coronada por un par de gruesos cuernos grises asomó en la distancia, observando quizá aquel extraño grupo de monos sin pelos que se adentraba en sus dominios.

—¡Coño! —exclamé con voz contenida—. ¡Un búfalo!

El pigmeo que iba delante de mí se giró a medias, haciéndome señas para que bajase el tono y anduviera agachada.

Entonces, los siete cazadores se dispersaron dispuestos a rodear al animal. Tres de ellos fueron por la izquierda y otros tres, por la derecha. El más joven de ellos —el que el día anterior había trepado al árbol— se quedó con Gabriel y conmigo. Se movían con increíble lentitud, procurando no mover ni una brizna de hierba y dando pasos extremadamente sigilosos, con lo cual no se colocaron en posición hasta pasado un buen rato.

Sabía que iba a ser testigo del ataque a un desdichado animal que no sabía la que se le venía encima y hasta cierto punto deseaba que se diera cuenta a tiempo de la emboscada para salir corriendo. Pero al mismo tiempo admiraba a aquellos temerarios hombres, que, tan faltos de estatura como sobrados de valor, se decidían a cazar una bestia que pesaba más que todos ellos juntos y podía matar a cualquiera con un solo golpe de cuello. La situación me recordó vagamente a una imagen en negativo de Moby Dick acosada por tenaces arponeros al mando de un implacable capitán Ahab de metro cincuenta. Claro que la gran ballena blanca de Melville no tenía aquellos cuernos ni la fea costumbre de embestir a todo lo que se le pusiera por delante.

Finalmente, cuando la tensión se hacía ya insoportable, la imitación de un grito de mono dio la señal de acometida y los pigmeos, profiriendo alaridos para darse coraje a ellos mismos, se pusieron en pie y corrieron desde todas direcciones dispuestos a converger en el titánico búfalo, que bajó la cornamenta y se aprestó a repeler el ataque.

La confusión se adueñó de aquel prado pantanoso. Los seis pigmeos, dando saltos sobre la hierba, arremetieron contra el búfalo. Este, indeciso al descubrirse rodeado, no decidía a quién embestir. Cuando se encontraron a unos pocos metros del animal, los cazadores arrojaron sus lanzas casi al unísono. El búfalo, al sentir el primer pinchazo sobre su lomo, arrancó a correr asustado. De esta manera, solo un par de puntas envenenadas lograron atravesar su gruesa y dura piel; el resto cayó en el vacío. Obviamente, la cantidad de veneno era insuficiente para aquel poderoso rumiante de más de media tonelada, que corría desbocado, con los ojos desorbitados, ciego de miedo e ira. Y corría en línea recta directamente hacia nosotros.

Mi primer reflejo fue salir disparada de allí para apartarme de la trayectoria del miura que se me venía encima. Al ver mis intenciones, el joven cazador que se había quedado con nosotros me agarró del brazo, gritándome con la mirada que no moviera un músculo.

Aquella cosa ya estaba casi encima, podía oír su respiración acelerada. Yo, para qué mentir, me estaba cagando en los pantalones. La media docena de pigmeos gritones se había quedado atrás. Ya ni siquiera podían disparar sus flechas, pues corrían el riesgo de darnos a nosotros. Así que allí estaba, sujeta del brazo por un suicida en taparrabos que me llegaba por los hombros y ante un tren de mercancías cornúpeta a punto de atropellarme. Justo cuando iba a revolverme para zafarme del aka, este me soltó inesperadamente y me propinó un empujón que me lanzó al suelo. Él se irguió con todos los músculos en tensión.

Desde donde estaba, en el suelo, rodeada por la alta hierba, no pude ver absolutamente nada. No obstante, sentí claramente las vibraciones del suelo al ser golpeado por las pezuñas del búfalo. También oí sus bufidos a poco más de un metro de mí. Pensé que iba a aplastarme y me acurruqué muerta de miedo. Cerré los ojos. Gabriel gritó. Yo grité. El aka gritó. Y súbitamente, con un estruendo, todo acabó.

Yo permanecí encogida en el suelo con los ojos cerrados y las manos en la cabeza. Un absurdo silencio se había adueñado del aire. Intrigada, abrí los ojos. No vi nada.

Me incorporé lentamente. Lo primero que distinguí fue la figura de Gabriel a un metro de mí, también hundido en el espeso forraje. Por mi derecha, seis figuras negras se acercaban corriendo en silencio. Luego me giré a la izquierda y vi al joven pigmeo mirando a sus pies. Me acerqué suavemente apartando las hierbas con los brazos, y hasta que no estuve justo al lado no vi la gran masa del búfalo, muerto de un certero lanzazo en la nuca. No tenía ni idea de cómo el pequeño cazador había atinado a finiquitar aquella enorme bestia de un solo golpe. Por lo que recordaba de alguna corrida de toros que había visto de pequeña —yo las odiaba, pero mi padre era un fanático de ellas—, los emperifollados toreros se las veían y se las deseaban para acabar con sus víctimas, incluso cuando estas ya estaban vencidas y previamente acuchilladas. Y sin embargo, aquel muchacho, que de no haber sido pigmeo hubiera parecido un niño de doce años, había acabado con aquella montaña de carne y cuernos con su frágil lanza de madera. Pensé que tal demostración de valor, sin necesidad de monosabios y picadores, les daría no poco que pensar a todos esos matarifes en traje de luces.

Cuando el resto de cazadores llegaron, también quedaron mudos de asombro por un instante, pero de inmediato comenzaron a dar vítores de alegría abrazando al héroe del día. El momento más emotivo fue cuando Ipé-Maliki se acercó al joven y con gran parsimonia se quitó un collar de plumas azules, el único adorno que lo diferenciaba del resto de los aka, y se lo colocó al joven ceremoniosamente, al tiempo que le dedicaba unas palabras que sin duda debían de ser de elogio y reconocimiento. Aquel valiente muchacho que se había enfrentado a la muerte sin pestañear enrojeció de timidez al recibir tantos elogios en tan corto espacio de tiempo.

Y cuando yo me acerqué, le di un cariñoso abrazo y le estampé un sonoro beso en la mejilla, al pobre casi le da un síncope.

Una vez agotadas las felicitaciones, los aka se aprestaron a descuartizar el gigantesco búfalo, seccionándolo con los machetes y envolviendo los pedazos en hojas de banano que seguidamente ataban con flexibles lianas. Debieron de tardar más de dos horas en terminar el trabajo, y al acabar, cargaron los enormes fardos sobre sus espaldas.

En aquel instante caí en la cuenta de que la caza del búfalo significaba el fin de nuestra estancia con los pigmeos. Ellos debían regresar a su poblado

cargados con la mayor cantidad de carne posible. Por lo tanto, el resto del viaje deberíamos hacerlo solos Gabriel y yo. El sentimiento que me invadió en ese momento no fue el de preocupación o desamparo, sino el de tristeza. Sentí un verdadero pesar por separarme de aquella noble tribu de mujeres y hombres buenos que me habían salvado la vida y que seguramente ya no volvería a ver jamás.

Ipé-Maliki, antes de tomar su propio fardo, se dirigió a nosotros y con su lanza apuntó al otro lado del claro.

—*Nomegu wa ibwe* —dijo, imitando con dos dedos el caminar—. *Muné na Oveng.*

Como es natural, no entendí sus palabras. Pero la combinación con señas y expresiones que ya había oído antes me hizo suponer que decía algo así como: «Seguid por la senda. Allí delante está Oveng». Claro está que eso era mucho suponer, pero como no había otro camino a la vista, asentí con la cabeza como si hubiera comprendido hasta la última sílaba.

—*Agur* —le dije, conmovida—. Muchas gracias por todo, y que el dios Kmvum vele por todos los aka, que los proteja y les dé buena caza.

Incliné la cabeza en señal de gratitud. Cuando la levanté, el gran cazador ya se había dado la vuelta y tomaba su fardo. Sin volver la vista atrás, siguió los pasos del resto del grupo. Como una hilera de agrandadas hormigas bípedas, se encaminaron en dirección a su poblado con carne suficiente para satisfacerlos durante mucho, mucho tiempo.

De nuevo, Gabriel y yo volvimos a encontrarnos solos en mitad de ningún sitio. Di por hecho que los aka no nos habrían abandonado en aquellos pantanos si el pueblo de Oveng no estuviera realmente cerca. Estaba ligeramente asustada, pero traté de insuflarme confianza a mí misma. De modo que di la espalda a los pigmeos, que ya se adentraban en el bosque del que procedían, y encaré el punto que Ipé-Maliki me había señalado.

—En fin —dije, clavando la vista en la espesura que se mostraba ante nosotros—. Vamos allá.

Y así dimos el primer paso del camino hacia la oscura y amenazadora selva que nos aguardaba al otro extremo del claro.

Otra vez caminábamos bajo la oscura bóveda formada por los innumerables árboles que todo lo ocupaban. Algunos de ellos se erguían sobre troncos increíblemente delgados, poco más gruesos que mi brazo, aunque alcanzaban alturas de veinte o treinta metros. Empleaban todas sus energías en elevarse hacia el inasequible cielo azul, en una invisible lucha a muerte por hacerse con algún haz de luz.

El entorno era el mismo por el que habíamos transitado horas antes; no obstante, con la ausencia de los pigmeos había desaparecido la algarabía y la sensación de seguridad. Ahora el bosque volvía a ser un lugar tenebroso poblado de peligros, y tan solo una escasísima experiencia y la presencia de Gabriel me proporcionaban una difusa confianza en nuestras posibilidades.

—¿Crees que es esta la misma senda que seguíamos antes de entrar en el claro? —preguntó Gabriel, que caminaba a mi espalda.

—Ni idea —confesé—. Pero estaba donde me señaló Ipé-Maliki.

—Dijo que era una senda de elefantes, ¿no?

—Eso creí entender.

—O sea, que por aquí transitan...

—¿Qué me quieres decir, Gabriel?

—Pues... que no sé si es muy seguro caminar por aquí. Imagina que nos los encontramos.

—Bueno, sé que son unos bichos algo violentos —dije volviéndome hacia él—. Pero si no les asustamos, no creo que... ya sabes, que nos ataquen.

—No sé, no sé...

—En fin —repuse encogiéndome de hombros—, me parece que no podemos escoger. Si el aka nos ha dicho que sigamos por aquí, creo que es lo que debemos hacer.

—Está bien —admitió indeciso—. Solo espero que lleguemos sin más contratiempos a Oveng.

Pero sus palabras ya habían despertado en mí cierta inquietud. En cuanto percibí los primeros ruidos de ramas quebrándose fuera del alcance de la

vista, un inoportuno desasosiego se apoderó de mí y empecé a imaginarme invisibles paquidermos de varias toneladas cargando sobre nosotros.

Al cabo de unas horas de calurosa caminata decidimos detenernos para comer algo y recobrar fuerzas. Llevábamos en nuestros morrales frutas, carne ahumada e incluso un par de porciones de panal envueltas en hojas, pero como no estábamos seguros de lo que tardaríamos en alcanzar Oveng, optamos por racionar las provisiones y consumir solamente lo justo para saciar el hambre; así que el almuerzo fue breve y, tras haber reposado unos minutos, reemprendimos la marcha.

El camino seguía siendo un constante sube y baja, ya que aún nos encontrábamos en una zona de colinas más o menos altas divididas por suaves y pequeños valles, a través de los cuales transcurrían serpenteantes riachuelos.

—¿Gabriel?

—Dime.

—¿Estas casado?

Él me observó sorprendido antes de responder.

—No, que yo sepa.

—¿Y tienes pareja, novia o algo por el estilo?

El guineano frunció el ceño, entre extrañado y divertido.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Por nada... Curiosidad. Es que no me has contado mucho sobre ti.

—Será porque no hay mucho que contar.

—No me lo puedo creer —afirmé menando la cabeza—. Tienes... Quiero decir, tenías un buen empleo. Eres culto, inteligente y no te falta atractivo. Y bueno, por lo que visto en los meses que llevo en Guinea, no parece difícil encontrar pareja aquí.

—Quizá es porque soy algo exigente...

—Pero... ¿te gustan las chicas?

—¿Me preguntas si soy homosexual? —repuso extrañado, dándose la vuelta—. ¿Doy esa impresión?

—No, qué va —aseguré—. Pero pensé que te referías a ello al decir que...

—Lo que quiero decir —aclaró— es que me atraen las mujeres valientes, inteligentes, con carácter... más o menos, como tú. —Sus ojos me miraron tímidamente.

Asustada como una adolescente, me di la vuelta.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, sin poder evitar un ligero temblor en la voz.

—Vamos, Blanca... Es obvio, tú sabes.

—No, no tengo ni idea de qué me hablas. —Sabía muy bien a lo que se refería, pero me negaba a admitirlo.

—Pues... que desde hace tiempo he empezado a sentir cosas por ti.

Mi corazón latía convulso mientras el estómago parecía contraerse cada vez que sus palabras llegaban a mis oídos.

—Y... ¿por qué no me lo has dicho antes? Llevamos muchos días juntos.

—Pues no sé. Imaginaba que te ibas a reír en mi cara, o que ibas a dejar de confiar en mí —murmuró bajando la mirada.

—¿Y por qué creías que yo iba a hacer eso?

—Por favor... —alegó abriendo las manos—. Tú eres una mujer blanca, mientras yo solo soy un...

—Menuda tontería —atajé—. A mí me tiene sin cuidado que seas negro, blanco o verde.

—Bueno... Tampoco sabía lo que sentías por mí.

—Pero podías haberlo insinuado —le dije, acercándome a él con la mirada baja—. Algún pequeño detalle habría sido suficiente.

—Blanca —dijo alzando las cejas—. Llevo no sé cuántos días sin separarme de ti, cuidándote y arriesgando mi vida para proteger la tuya. ¿No te parece eso «un pequeño detalle»?

—Está claro que no conoces a las mujeres...

Me acerqué a él y dejé que el sentimiento que sin permiso llevaba tiempo creciendo dentro de mí rompiera sus presas y se desbordara por mi piel olvidada de caricias. Le rocé el cuello con la yema de los dedos y, anhelante, mi cuerpo buscó el suyo con impaciente deseo. Gabriel me tomó por la cintura mientras me ponía de puntillas. Acercamos nuestros rostros con hambre de besos y, al fin, sus ansiosos labios se fundieron con los míos provocando una incontrolable marea de calor que recorrió arterias y venas hasta converger en el centro de mi sexo.

El estrépito de la selva pareció aumentar en ese momento. Los pájaros trinaron con renovado ímpetu, los monos gritaron histéricos. No fue hasta que sentí el movimiento de la vegetación a mi espalda y una sorda vibración bajo mis pies, que no acerté a pensar que todo aquello no era producto de nuestra pasión.

Entonces Gabriel me apartó inesperadamente y me agarró del brazo como si fuera a arrancármelo de cuajo. Tiró de mí y se lanzó a una desenfrenada carrera campo a través.

Ni vi ni entendí nada de lo que estaba sucediendo. Solo oí gritar a Gabriel, aterrado:

—¡Corre, Blanca! ¡Corre por tu vida!

Gabriel me arrastraba de nuevo como un muñeco. Salimos del camino de un salto y, tratando de no hacer demasiado ruido, nos escabullimos hasta unos árboles cercanos. Uno de ellos hundía sus raíces aéreas en la tierra conformando una irregular jaula con espacio suficiente para refugiarnos en su interior.

—¿Qué... qué es lo que pasa? ¿De qué estamos huyendo? —pregunté acurrucada en un acongojado susurro.

Gabriel se limitó a señalar un punto con el dedo índice.

Agucé la vista entre la maraña verde que se desplegaba frente a mí, pero no pude distinguir nada. Entonces, un pequeño tronco cayó derribado al suelo y una descomunal sombra gris cruzó fugazmente por el hueco que había quedado.

No podía creerlo. Acababa de ver un elefante.

Nos habíamos escondido a escasa distancia de la senda. Aunque podía oír como se rompía el follaje al paso de la manada y los breves bramidos con los que se comunicaban entre ellos, lo que era verlos, no los veía en absoluto. Me resultaba inconcebible cómo unos animales que se pesaban por toneladas y hacían temblar el suelo a su paso no pudieran verse a diez escasos metros. No era capaz de ver siquiera el reflejo de sus colmillos de marfil o la rugosa textura de su gruesa piel. Sabía que se trataba de elefantes de montaña, considerablemente más pequeños que los que estamos acostumbrados a ver pastando en el Serengueti, e incluso más que los «domesticados» elefantes indios. Pero estos eran los que peor fama de pendencieros arrastraban.

Elucubraba, mientras los oía pasar frente a mí, que la causa de aquel comportamiento agresivo podía deberse precisamente a la falta de visibilidad en aquel medio. Ellos solo podían valerse del oído y el olfato. En caso de duda, naturalmente, lo que se terciaba era atacar primero y preguntar después, sobre todo si se trataba de hombres. Duyé-Nianu me había explicado que los elefantes eran parte de su dieta, y aunque los aka tenían verdadero pánico a verse atacados por aquellos seres, seguramente los elefantes sentían más

temor aún al oler un humano. De todos modos —me decía a mí misma—, no quería ser yo quien pagara la cuenta de aquella ancestral rivalidad entre pigmeos y paquidermos.

Diez minutos largos tardó aquel nutrido grupo de elefantes en pasar ante nosotros. Durante ese tiempo, nos quedamos completamente quietos, rezando por que ninguno tuviera la ocurrencia de salirse del sendero y agradeciendo a la divinidad pertinente que la ligera brisa que corría soplara hacia nosotros y no al revés. Un penetrante olor a almizcle y estiércol inundaba mi nariz, pero mejor eso que mi olor a misionera descarriada llegara hasta ellos y alguno tuviera la mala idea de acercarse a echar un vistazo.

Cuando el crujir de ramas finalmente cesó, acordamos en un breve intercambio de miradas salir del pequeño escondrijo en el que seguíamos apretujados.

Caminamos con suma cautela, haciendo lo imposible por no hacer el más mínimo ruido. Así, a cámara lenta, alcanzamos de nuevo el sendero, ahora sembrado de montones de estiércol de elefante y huellas redondas de medio metro que se hundían profundamente en el barro.

—Uf... —resoplé, poniéndome en cuclillas—. Nos ha ido de poco.

Y entonces, antes de que Gabriel pudiera responderme, un cercanísimo bramido a nuestra espalda me heló la sangre en las venas.

Oteé aterrorizada en la dirección del que había venido y, a unos pocos metros, vi una masa gris perfectamente camuflada pese a sus más de dos metros de altura. Solo fui capaz de reconocer un descomunal ojo rodeado de pobladas pestañas que parpadeó incrédulo. Y entonces pude distinguir como una trompa se levantaba y, en una inequívoca llamada de auxilio, bramó con todas sus fuerzas alertando al resto de la manada.

Inmediatamente otra serie de bramidos contestaron a su llamada y el esponjoso suelo de la selva comenzó a palpar. Con idéntica celeridad, Gabriel y yo empezamos a correr desesperadamente colina arriba con las escasas fuerzas que nos quedaban.

No veía dónde ponía los pies ni las manos y ni siquiera estaba segura de que mi compañero estuviera siguiendo mis pasos. Percibía el creciente estrépito, cual terremoto, de la vegetación arrancada de cuajo, y solo pensaba en correr más y más para salvar la vida. Afortunadamente los elefantes habían llegado desde la dirección a la que nos dirigíamos, así que al menos corría en el sentido correcto; aunque si aquella masa de furiosas patas y colmillos terminaba por alcanzarme, de poco consuelo iba a servirme aquello.

Ascendí como una demente por una empinada loma, jadeando, agarrándome a troncos y raíces, resbalando en el embarrado suelo con mis sandalias y maldiciendo a dos carrillos. Escuché un jadeo a mi espalda y supuse que se trataba de Gabriel; pero, para qué mentir, ni siquiera me giré para asegurarme de ello. Aunque hubiera habido una jauría de predicadores tratando de alcanzarme no podría haber corrido más aprisa, y si por alguna razón Gabriel se hubiera quedado rezagado, quizá no habría tenido arrestos para detenerme y esperarlo.

Parecía que aún seguía en el sendero, aunque había dado unos cuantos giros absurdos, así como subido y bajado unas cuantas pendientes. Exhausta, acabé por rendirme. Me apoyé en un árbol y ya no podía oír otra cosa que mi respiración sibilante. Me alegré de ver a Gabriel llegando hasta mí, igualmente agotado, y de no percibir rastro de movimiento más allá: ni bramidos, ni árboles arrancados, ni afilados colmillos reflejando la luz del sol.

—Creo que los hemos despistado —aventuró Gabriel, tratando de recuperar el resuello.

—Despistado, no creo —mascullé, apoyándome en las rodillas—. Imagino que al vernos correr como conejos habrán deducido que no suponemos una gran amenaza para ellos.

—Muy cierto —asintió—. La nuestra no ha sido una retirada muy digna, que digamos.

—Como dijo una vez un sabio —apunté con el aliento entrecortado—, la dignidad es inversamente proporcional al tamaño del animal que te persigue.

—¿Sócrates?

Negué con la cabeza.

—San Fermín.

Al cabo de un rato, recuperamos el aliento y nos tranquilizamos. Sin dejar de mirar alrededor de vez en cuando por si acaso, continuamos por la que supuestamente seguía siendo la misma senda que habíamos tomado hacía ya horas. Dicha senda seguía una trayectoria tan errática que comentamos un par de veces si no estaríamos dando vueltas en círculos por la selva.

—Se me ocurre —apunté mientras caminábamos—, que si esta es una auténtica senda de elefantes no puede llevarnos a Oveng.

—¿Por qué? —preguntó el guineano a mi espalda.

—Me pregunto para qué querrían los elefantes seguir un camino que les llevara a un poblado. ¿Para ir de compras?

—Mmm... Tienes razón. Aunque si no fuera el camino correcto, ¿por qué Ipé-Maliki nos habría mandado por aquí?

—Bueno, puede ser que no entendiera que íbamos a Oveng.

—¿Y a qué otro lugar íbamos a ir? —preguntó, abriendo los brazos y girando sobre sí mismo sin dejar de caminar—. Es el único poblado en decenas de kilómetros a la redonda. De hecho, los machetes o el encendedor que tenían seguramente los han comprado allí.

—De acuerdo. Pero ¿no te resultan desconcertantes todas estas vueltas que estamos dando?

—Blanca, estamos en África. ¿O es que ya se te ha olvidado?

—¿Qué quieres decir con eso?

—Pues que no puedes desesperarte tan fácilmente, porque a veces... lo que buscas se encuentra en el lugar más inesperado. —Al decir esto, señaló un punto a la derecha, loma abajo.

Forcé la vista en la dirección en que me señalaba, pero fui incapaz de distinguir nada entre aquella maraña de troncos y lianas. Entonces, una mujer envuelta en un amplio vestido verde, negro y amarillo apareció a la vista al incorporarse desde la piedra junto al río en la que se encontraba acucillada. Se acomodó un cántaro de plástico pintado a franjas blancas y azules sobre la cabeza, se irguió graciosamente y comenzó a caminar por una estrecha vereda. La mujer estaba a un par de docenas de metros y no se apercibió de nuestra presencia hasta que no empecé a bajar la loma a grandes saltos gritando «¡Mbolo! ¡Mbolo!».

Lo habíamos conseguido. Ese era el único pensamiento que me embargaba como un triunfo personal del que estar eternamente orgullosa.

Finalmente habíamos llegado a Oveng tras haber cruzado la tortuosa cadena montañosa de Alem que divide en dos la región continental de Guinea Ecuatorial. Habíamos atravesado la región más salvaje del país y una de las más inexploradas de África, había sobrevivido a la malaria, al encuentro con una mamba verde y a la furia ciega de una manada de elefantes. Jamás me había visto a mí misma como una heroína ni sentía especial orgullo por mis acciones pasadas, pero lo que había logrado junto a Gabriel era sin duda algo con lo que poder aburrir a mis nietos algún día.

Y hablando de Gabriel, me había tomado totalmente desprevenida aquel... no sé cómo llamarlo. ¿Enamoramiento? Aunque quizá no era una descripción apropiada para lo que estaba pasando. Lo que me estaba pasando. Lo que nos estaba pasando. Pero lo cierto es que un incuestionable sentimiento había nacido esos días sin que me diera cuenta, hasta que me cayó encima como una bomba, despertando emociones que hacía tiempo que trataba de guardar en un cajón bajo llave.

De hecho, una de las razones por las que había aceptado aquel destino en el fin del mundo era borrar todo recuerdo de la larga y decepcionante relación con Jon. Jon era un arquitecto tan dotado para trazar tangentes y calcular cargas como incapaz de asumir cualquier tipo de compromiso. Tres años de noviazgo sin que hubiera siquiera insinuado la posibilidad de vivir juntos era más de lo que estaba dispuesta a soportar, más tiempo del que estaba dispuesta a perder. Era tiempo suficiente como para darme cuenta de que él nunca me lo iba a proponer y que, en realidad, no hacíamos sino que dar vueltas en un tiovivo emocional.

Lo irónico es que había ido a enamorarme —sí, al fin y al cabo, no se me ocurría nada mejor para expresarlo— de un africano. Un desconocido. Un prófugo que se vería obligado a huir del país para salvarse y con el que no había posibilidad alguna de tener un futuro en común. ¿O sí?

—¡Blanca!

Levanté la vista, y ahí estaba él, de pie frente a mí, hecho un adefesio y con los brazos en jarra.

—¿Qué te pasa? Llevo un rato hablándote y creo que no te has enterado de nada de lo que he dicho —se agachó y me miró ceñudo—. ¿Te encuentras bien?

—Pues... sí —balbucí—. Bueno, no. Eh... La verdad, no sé.

Gabriel me miró fijamente, intrigado.

—En fin —dijo encogiéndose de hombros—, ya me lo dirás cuando te decidas. De momento, he conseguido transporte para llegar a Cogo.

—¿A Cogo? —pregunté exultante—. ¡Eso está junto a Gabón! ¡La frontera está solo a un paso de allí!

—Exacto, por eso vamos.

—Pero ¿no estarán vigiladas todas las carreteras? —comenté con una sombra de preocupación—. No quiero que vuelva a suceder... ya sabes, salir corriendo por la selva para evitar un control.

—No te preocupes, Blanca. Eso no va a repetirse.

—Pero las carreteras...

—Yo no he dicho en ningún momento —apuntó ladino— que vayamos a ir por carretera.

—¿Acaso has alquilado un helicóptero? —sugerí con una mueca.

—Tampoco, aunque no es mala idea —dijo frotándose la barbilla, como si se lo estuviera pensando—. No, en realidad vamos a ir por el río.

—¿Qué? ¿Por el río? ¿Cómo?

—En canoa, claro.

—¿Tienes una canoa? —pregunté boquiabierta.

—Tú la tienes —afirmó divertido—. La acabas de comprar.

La canoa en cuestión resultó ser un viejo tronco vaciado, alargado y estrecho, algo inestable, pero sorprendentemente ligero. Aunque en algunos tramos del río el fondo de rocas estaba a poco más de un palmo de la superficie del agua, no llegábamos a tocarlo.

—¿Habías hecho esto alguna vez? —preguntó Gabriel a mi espalda, mientras clavábamos los remos en el agua con suavidad, dejándonos llevar por la corriente.

—He hecho *rafting* unas cuantas veces.

—¿Que has hecho qué?

—*Rafting*. Se trata de bajar ríos en balsas inflables.

—Ah... Ahora entiendo por qué sabes remar.

—Puede ser. Aunque aquello tiene bastante poco que ver con ir en canoa. Tan solo te limitas a palear como una posesa cuando te lo dicen y no has de preocuparte por mantener el equilibrio ni controlar la dirección. Tampoco tienes que vigilar las orillas por si aparecen hipopótamos o cocodrilos.

—Tranquila, en este río no hay hipopótamos, y todo el mundo sabe que los cocodrilos no se comen a los blancos.

—¿Cómo dices? —pregunté, girándome a medias.

—¿Es que nunca has visto una película de Tarzán, Blanca? ¿No te has fijado nunca en que todas comienzan con una expedición de cuatro blancos y cuarenta negros, y que al final de la cinta los blancos ni se han manchado la camisa, pero los cuarenta negros, sin excepción, están todos muertos?

—Pues no, pero ahora que lo dices...

—Los leones y los cocodrilos no comen blancos, la flecha envenenada siempre cae del lado del negro, y las posibilidades de despeñarse en un abismo sin fondo se multiplican si eres un nativo analfabeto. Esa es la verdadera ley de la selva —sentenció dejando escapar una risa amarga.

El río, de momento, no era más que un curso de aguas tranquilas y oscuras de unos pocos metros de ancho. A lado y lado, un muro de vegetación sin fisuras que superaba los veinte metros de altura y cuyas raíces se hundían directamente en el agua impedían que pudiéramos acercarnos a ninguna orilla a descansar. Por otro lado, las escasas islitas de arena y piedras que salpicaban la monotonía fluvial estaban invariablemente ocupadas por perezosos cocodrilos que disfrutaban de un huidizo sol con sus alargados y bien dentados hocicos abiertos de par en par. De modo que, para descansar la espalda y mis castigadas nalgas, no me quedaba otra que dejarme caer hacia atrás en la piragua y estirarme como bien pudiera. Iba repitiendo este ejercicio cada vez con mayor frecuencia, pues el tablón de madera sobre el que estaba no resultaba precisamente cómodo, aunque no dejaba de pensar que mucho peor hubiera sido hacer ese recorrido andando. ¡Al menos iba sentada!

En un determinado momento, el río se ensanchó varias decenas de metros y los inmensos árboles que nos flanqueaban tomaron la forma de una imponente bóveda vegetal. Penetramos en aquella majestuosa catedral viviente sintiéndonos como un par de insectos arrastrados por el agua. Nunca me había sentido tan abrumada por la naturaleza, por sus inconcebibles dimensiones, por unos seres vivos de cientos de años de antigüedad que se elevaban sin límite cubriendo el cielo, albergando infinidad de otros seres en

sus extremidades y proporcionándoles alimento con sus frutos y sus hojas. Descansé el remo sobre las rodillas y dejé vagar la vista entre aquellos gigantes benévolos. No pude dejar de preguntarme cuánto tiempo permanecerían a salvo de la codicia de los hombres.

Aún andaba en esos sombríos pensamientos cuando el caudal aumentó súbitamente y, en proporción inversa, la altura de aquellos árboles disminuyó. El sol, que apenas había asomado la nariz por entre el follaje a lo largo del día, ahora aparecía acercándose al horizonte justo sobre las aguas de un ancho estuario que se abría ante nosotros. Tras el último recodo, inesperadamente, en el margen derecho se alzaba un pequeño poblado de palafitos, que dormitaba frente a una estrecha franja de arena y piedras.

Llevábamos varias horas remando. Aunque lo habíamos hecho a favor de una generosa corriente, el simple hecho de sujetar el pesado remo de madera me había dejado los brazos y hombros destrozados. Sin necesidad de intercambiar una sola palabra, nada más ver la pequeña aldea comenzamos a remar hacia ella con ánimos redoblados. En ese preciso momento, mi cuerpo pareció caer en la cuenta del indecible cansancio que llevaba acumulando desde hacía no sé cuántos días y que, como a una presa que soporta un incontenible aluvión, amenazaba con agrietarme y derribarme. Con un último esfuerzo alcanzamos la playa. Antes siquiera de que la proa tocara la pedregosa orilla, salté de la canoa. Tras unos pocos y vacilantes pasos, me derrumbé sobre los cantos rodados y cerré los ojos vencida por el cansancio.

—Por favor, Blanca —exclamó Gabriel a los pocos segundos—. Ayúdame a sacar la canoa del agua.

—Poco dura la alegría en casa del pobre... —murmuré entre dientes, al tiempo que me incorporaba clavando el codo en los guijarros.

—Deja de quejarte, que la última hora, en lugar de remar, te la has pasado estirándote como un gato.

—Me dolía la espalda.

—Menuda excusa...

—Te aprovechas de que soy una mujer frágil —dije lastimera, mientras agarraba la embarcación por un extremo.

—Sí, claro... Una princesa —contestó mientras empujaba.

—Con esa actitud —alegué, cruzándome de brazos— no vas a seducir a nadie.

—¿Y quién dice que quiera seducir a alguien? —repuso, imitando mi gesto.

—No te hagas el tonto.

—¿A qué te refieres?

—Ya lo sabes —dije arqueando la ceja—. Que haya sido yo la que te ha besado no significa que no me haya dado cuenta de que te encantaría repetir.

—Ah, eso. Lo cierto —replicó con una sonrisa pícara— es que nunca me había besado una misionera de esa manera.

—Qué gracioso. Pues el próximo beso te lo va a dar la madre Teresa de Calcuta.

Supongo que a causa de nuestro duelo dialéctico en voz alta, unas cuantas cabezas asomaron desde las ventanas de los palafitos, testigos incrédulos de cómo alzaba la voz una andrajosa misionera mientras sacaba una canoa del agua, discutiendo sobre quién había besado a quién y por qué.

Cuando nos percatamos de ello, tratamos de recobrar la compostura y saludamos. Un hombre joven se acercó, flanqueado por los que debían de ser su mujer y su hijo pequeño.

—¡Buenas tardes! —dije con mi mejor sonrisa—. ¿Podrían ustedes dar cobijo por esta noche a una religiosa y su acompañante?

Los tres se miraron entre sí, perplejos.

—Claro, hermana —dijo al fin la esposa—. Nuestro hogar es el suyo.

—Gracias. Que Dios les bendiga —apuntillé, dibujando incluso una cruz en el aire en un alarde de interpretación.

Entonces, el hombre dio un paso adelante con la cabeza gacha, como avergonzado de algo que se disponía a decir.

Carraspeó un par de veces y con voz ceremonial se dirigió a mí.

—Hermana —dijo levantando la vista—, sin duda la mano del Señor la ha guiado hoy hasta esta humilde aldea para aliviar nuestro dolor.

—¿Perdón?

—Verá, hermana. Tenemos una hijita muy enferma de malaria, pero como somos pobres no la hemos podido tratar, y queríamos rogarle que usted...

—¿La trate? —le interrumpí—. Lo siento en el alma, pero no tengo medicinas para darles.

—No, no es eso. Nos gustaría que ella... quedara en paz con Dios.

—¿Quieren...? —pregunté, incrédula—. ¿Quieren que le dé la extremaunción?

—Por favor. Ahora que aún está viva.

Ni por un momento, al tomar prestada la personalidad de una misionera, se me había pasado por la cabeza que pudiera presentarse una situación como aquella. Yo, agnóstica como era, me había disfrazado para salvar mi propia vida; pero ahora, con esa mala uva con la que a veces se recrea el destino, me encontraba arrodillada frente a un miserable camastro mirando a los ojos a una niñita moribunda, mientras sus padres esperaban de mí una bendición que ni podía ni sabía dar.

Incluso la anaranjada luz del atardecer que se filtraba entre las paredes de caña rehusaba ser testigo del triste momento y evitaba a la desdichada niña. Solamente la alcanzaba la lumbre del vacilante quinqué de alcohol colgado del techo. Los padres, arrodillados como yo, a mi espalda, entrecruzaban las manos en una oración silenciosa, mientras Gabriel permanecía cabizbajo apoyado en el umbral de la única estancia de aquella casa que hedía a humedad y lamentos.

La niña no debía de tener más de seis o siete años. Estaba tumbada en la cama y me miraba con los ojos muy abiertos. Parecía levemente asustada; posiblemente era la primera persona blanca que veía en su corta vida. Llevaba

cuentas de colores en sus pequeñas trencitas, como si estuviera a punto de ir a una fiesta de cumpleaños. El sudor perlaba su menudo cuerpo desnudo y con la mano izquierda aferraba a su pecho la ajada cabeza de plástico de una muñeca que seguramente no había sido suya.

—Mami... —gimió, estirando su manita.

—Tranquila, mi amor —susurró su madre—. La señora ha venido para ayudarte.

Los ojos de la pequeña volvieron a clavarse en mí, pero esta vez con una súplica en la mirada.

—¿Me voy a poner buena? —me preguntó esperanzada, con un hilo de voz.

Apenas conseguí aguantar las lágrimas. No tenía nada que hacer ni que decir allí. Cualquier oración que saliera de mi boca no sería más que una cobarde mentira, un insulto para aquella gente y quién sabe si la condenación para aquella inocente.

Lo único que me pareció decente hacer fue tomarle la manita entre las mías y preguntarle su nombre.

—Luz Marina Né Mbema... —recitó con escasas fuerzas.

—Luz Marina, qué nombre tan bonito.

—Gracias —dijo, y una tenue sonrisa iluminó su carita por un momento.

Desvié la mirada hacia Gabriel, buscando apoyo de algún tipo. Él se encogió de hombros con impotencia desde el quicio de la puerta.

—¿Estás cansada? —pregunté volviéndome de nuevo hacia ella.

Tan solo parpadeó y afirmó levemente.

—Claro, pero todo está bien... Descansa un poco y pronto estarás curada.

—¿Cuándo... cuándo podré jugar otra vez con mis amiguitas?

—Pronto, cariño. Muy pronto.

—¿Podré, mami? —preguntó.

—Claro, mi lucecita. Y tu papá irá a Cogo a comprarte una muñeca.

—¿De verdad, papi? —inquirió incrédula, incorporándose levemente.

—La más bonita que encuentre —afirmó, y los ojos de la niña se agrandaron como soles.

—Quiero una que tenga un vestidito... —dijo dejándose caer cansadamente hacia atrás, con la vista perdida en el techo.

—Tendrás la muñeca con el vestido más lindo del mundo, mi cielo.

La mano de la niña, aún entre las mías como si la hubiera olvidado ahí, ardía de fiebre. La malaria le estaba provocando unos dolores terribles, pero la pequeña volvió a sonreír sin fuerzas, imaginándose con su muñeca.

Entonces me volví hacia la madre, y esta me imploró con la mirada.

Podía confesar la verdad y no engañar a aquella pobre gente, pero, al fin y al cabo, ningún sacerdote de verdad iba a pasar por allí. Unas pocas palabras de esperanza no harían mal a nadie y quizá aliviarían, si no el dolor, sí la pena de aquella familia.

—Oh Señor, Dios todopoderoso —recité sin atreverme a mirar a la niña, cerrando los ojos con fuerza—. Protege a la pequeña y hermosa Luz Marina de todo mal. Que tu mano se extienda como un manto sobre esta familia y los reconfortes en tu paz para que nada malo les suceda. Y sobre todo, cuida de esta preciosa niñita, para que la hermosa Luz nos alumbre a todos durante muchos años. Pero, si es tu voluntad llevártela —musité con la pena en los labios— acógela en tu seno... y que tus ángeles la colmen de dicha y... que nunca se olviden de lo mucho que... de lo mucho que...

Sin poder decir una palabra más, irrumpí en un llanto irrefrenable, me puse en pie precipitadamente y salí por la puerta cegada por las lágrimas y con el corazón encogido.

—¿Estás bien? —preguntó Gabriel, apoyando su mano en mi hombro.

—¿Bien? —sollocé con los ojos anegados—. ¿Cómo voy a estar bien? ¿Es que no has visto lo que ha pasado ahí dentro? Yo no... —No pude articular nada más. Recliné la cabeza en su pecho y dejé que las lágrimas brotaran.

—Claro que lo he visto, Blanca. Y muchas veces antes de esta.

—¿Y cómo lo soportas? —imploré, dejándome caer sobre las piedrecitas de la playa.

—No lo soporto.

—Pero, algo así... no se puede permitir —musité desesperada—. No se debe permitir.

—Las personas mueren, Blanca. Incluso los niños.

—Sí, ya lo sé. Pero no podemos mirar para otro lado y dejar que estas cosas pasen.

—Pero pasan, nos guste o no.

—Pero pueden evitarse.

—Te recuerdo que aún no se ha descubierto la vacuna contra la malaria.

—Pues debería. No sé por qué no la inventan de una vez.

Gabriel me miró con algo parecido a la curiosidad.

—Me sorprende que seas tan ingenua. ¿Acaso hay malaria en los países ricos?

—Ya sabes que no.

—Entonces, ¿por qué crees que se gasta mil veces más dinero en investigación contra la obesidad, las arrugas o el acné que para encontrar una vacuna o un tratamiento efectivo contra la malaria?

—Sí, ya lo sé, pero aun contando con la indiferencia de los gobiernos occidentales, países como Guinea Ecuatorial podrían hacerlo. Tienen dinero de sobra para financiar la lucha contra una enfermedad que les afecta tan directamente. ¡O aunque sea para suministrar cloroquina a la población y que la gente no se muera!

Gabriel se sentó a mi lado, meneando la cabeza.

—No lo comprendes, ¿verdad? ¿Crees que al gobierno de Guinea le importaría que toda la población muriera de malaria, o de cualquier otra cosa?

—Pero ¿qué dices?

—A ver, piénsalo. ¿Qué servicios presta el gobierno a la población? ¡Ninguno! No hay sanidad ni servicios públicos de ninguna clase, y eso que somos gracias al petróleo el tercer país más rico del mundo, ¡el tercero! Pero el clan del presidente y sus secuaces se lo quedan todo, absolutamente todo. Los guineanos mueren de enfermedades y malnutrición, mientras ellos roban hasta el último céntimo y se hacen multimillonarios. —Se miró las palmas de las manos, luego cerró los puños con fuerza—. Blanca, a algunos les vendría de maravilla que el medio millón de guineanos que está viviendo en lo que aquellos piensan que es su finca particular desaparecieran lo antes posible. Para ellos solo somos testigos molestos de sus fechorías, un estorbo en sus planes.

—¿Y no hay alguien que pueda hacer algo para pararles los pies? —pregunté exasperada.

—¿Alguien?

—No lo sé... —dije abriendo las manos—. Los americanos, la ONU, la Unión Europea, ¡quien sea!

—Olvídalo, nadie va a venir a rescatarnos.

—Pero si se denuncia y...

—De nada serviría —me interrumpió—. Las mayores petroleras estadounidenses y chinas están instaladas aquí. El gobierno guineano se gasta más de un millón de dólares anuales solo para lavar su imagen en Estados Unidos, para que las empresas o los políticos yanquis no tengan que dar explicaciones acerca de por qué ingresan directamente en las cuentas privadas de Obiang los beneficios de sus actividades. Y por lo que respecta a los chinos... En fin, ellos firmarían un contrato con el mismo diablo si en el infierno se descubriera petróleo.

—Pero hay muchas organizaciones internacionales con mucho poder que no están a merced de los intereses petrolíferos. No puede ser que, porque aquí haya petróleo, nadie vaya a mover un dedo.

—Hasta ahora no lo han hecho, ¿no te dice eso algo? —bufó y miró al cielo, que ya comenzaba a teñirse de añil—. Creo que Amnistía Internacional hizo un informe y varias ONG también han denunciado las atrocidades del régimen, pero hay demasiados intereses en juego para que nadie se mueva de la foto. Cuando hay tanto dinero de por medio todo el mundo trata de sacar

tajada, y de ningún modo se arriesgan a perder la posibilidad de hacer un buen negocio por salvar a unos cuantos miles de negros muertos de hambre.

—Me niego a pensar como tú. Tiene que haber una solución a todo esto —insistí, como si yo fuera el último bastión de la esperanza guineana.

Gabriel sacudió la cabeza enérgicamente.

—Sigues pensando como un blanco... No todos los problemas son solucionables. El séptimo de caballería no llega en el último momento y la chica no acaba casándose con el bueno. ¿Crees que le importamos a alguien? ¿De verdad crees que, aunque salieras por televisión en tu país explicando lo que aquí está pasando, a alguien le importaría?

No sabía, no tenía nada que decir. Me resistía a caer en la impotencia que Gabriel transmitía, pero me era imposible dar palabras a lo que sentía. Tampoco tenía argumentos para rebatir aquellas afirmaciones tan deprimentes como ciertas.

Miré entonces a mi espalda y vi la amarillenta luz del quinqué recortada en la ventana donde aquella niña inocente agonizaba, víctima indirecta de la avaricia de unos desgraciados que no merecían ni el aire que respiraban.

Entonces, la rabia y el odio se tornaron, sin que llegara a notar el proceso, en una pena infinita. Me dolía el alma como solo puede doler al estamparse de cara con el sufrimiento de quien menos lo merece y, lentamente, las lágrimas de nuevo resbalaron en procesión sobre mis mejillas salándome las comisuras de los labios.

Y en aquel momento, cuando necesitaba que alguien me abrazara como nunca lo había necesitado, Gabriel se acercó a mí, tomó mi cara entre sus manos y acercándose en silencio me besó con ternura en los labios. Fue un beso de consuelo, de comprensión, quizá de amor. Sus labios estaban calientes y la piel de su cara, muy suave. Recuerdo que apoyó su mano izquierda firmemente en mi espalda y también que aquel contacto me hizo sentir un inconfundible escalofrío que hacía mucho no sentía. Hasta entonces no había sido consciente de lo que necesitaba el contacto físico con otra persona y de la calma que me proporcionaba sentirme querida. De algún modo, parecía protegerme de la vileza y crueldad que parecía acosar aquel pequeño y olvidado rincón del mundo.

La noche fue larga y calurosa. Los quejidos de la pequeña Luz me despertaron infinidad de veces. En un par de ocasiones acompañé a Irma, su madre, al río para remojar unos trapos con los que bajarle la fiebre.

—¿Cuánto tiempo lleva enferma la niña? —le pregunté mientras le sujetaba un balde de plástico lleno de trapos.

—Mucho —se limitó a contestar.

—¿Y a ustedes no les ha dado malaria?

La señora se giró, mirándome con extrañeza.

—Todos tenemos malaria —explicó sin fuerzas.

—¿Todos? ¿También su otro hijo?

—En Guinea casi todos tenemos malaria, hermana. Unos mueren y otros solo estamos enfermos; esa es la única diferencia. Yo ya he perdido dos hijos. Los niños y los ancianos se mueren mucho.

—¿Y cree... cree que Luz se salvará?

—Eso solo Dios lo sabe, hermana —hizo una pausa y me miró con ojos suplicantes—. Por favor, rece por ella; seguramente a usted le hará más caso que a mí. Creo que a los negros no nos escucha.

Con las primeras luces del día, Gabriel me despertó apretándome el hombro.

—Blanca... Blanca...

—¿Qué?

—Hay que seguir.

—¿Seguir? —pregunté con la boca pastosa—. ¿A quién?

—En el bote, mujer. Hay que seguir bajando el río, hasta Cogo.

—¿Y no podemos esperar un poco? —dije dándole la espalda—. Estoy muerta de sueño...

—Ya dormirás en la otra vida —dijo, al tiempo que me propinaba un cachete en la nalga. Se puso en pie y me obligó a levantarme a mí también.

José e Irma ya estaban despiertos y nos habían preparado un enorme cesto con frutas para el camino.

—Muchas gracias, pero no era necesario —dije al recibir su obsequio—. En realidad, soy yo quien debería regalarles algo a ustedes por su hospitalidad.

—Su presencia y sus plegarias ya son un regalo para nosotros, hermana.

Volví a sentirme culpable por haberlos engañado y quizá les hubiera confesado mis mentiras si Gabriel no me hubiese azuzado tirándome del brazo.

—¡Ah! —exclamé justo antes de salir por la puerta—. ¿Cómo ha amanecido Luz?

—Ahora está dormidita —contestó Irma, volviéndose hacia la cama donde reposaba—. Pero parece que tiene menos fiebre que anoche.

Me zafé de la insistencia de Gabriel y en dos pasos me coloqué junto a la cama de la niña. Aunque sentí un deseo irresistible de abrazarla, tan solo le di un suave beso en la frente para no quebrar su sueño.

—Se fuerte, cariño —susurré—. Te vas a poner buena, ya lo verás.

Con un abrazo a los padres y a su otro hijo, que también se había despertado, me despedí de la familia dándoles las gracias por última vez y salí de la cabaña.

La corriente nos arrastraba a través de un estuario que se iba ensanchando por momentos. Al cabo de poco más de dos horas se habían alejado tanto ambas orillas que apenas pasaban de ser dos gruesos trazos verdes en el horizonte. Al percatarme, una idea inquietante brotó en mi cabeza.

—Gabriel —dije, girándome hacia atrás—. Este río va a dar al mar, ¿no?

—Claro, como todos.

—No te hagas el gracioso. Lo digo porque imagino que no debe de quedar mucho hasta la desembocadura.

—No, no lo creo. ¿Por qué?

—Pues me estaba fijando en lo fuerte que es la corriente aquí en medio y me preguntaba si la misma corriente del río no acabará mandándonos mar adentro.

El guineano se tomó unos segundos para pensarlo antes de asentir convencido.

—¡Tienes toda la razón! —exclamó—. Tenemos que acercarnos rápidamente a la orilla derecha, si no, podemos acabar navegando hacia la isla de Corisco.

—Pero Gabón está en la margen izquierda. ¿Me equivoco?

—No te equivocas. Esa línea verde que tenemos a la izquierda es Gabón.

—¿Y por qué no vamos allí directamente?

—Pues porque ninguno de los dos tiene pasaporte ni nos queda dinero para sobornar a los aduaneros. Y con este aspecto de vagabundos —dijo, mirándose a sí mismo— nunca nos dejarían cruzar la frontera aunque lleváramos la documentación en regla. A mí tampoco me seduce la idea, pero tenemos que llegar a Cogo y allí conseguir lo necesario para salir de Guinea.

Continuamos remando sin apenas descanso, luchando contra una corriente que se empeñaba en mantenernos en el centro del estuario. Para cuando el sol alcanzó su punto más alto ya habíamos alcanzado la orilla. Íbamos a detenernos en ella para comer y descansar un poco, pero en la lejanía vimos lo que debía de ser el muelle de Cogo y decidimos acercarnos todo lo posible sin ser vistos. Nos esconderíamos en la canoa hasta que hubiera atardecido y trataríamos así de pasar desapercibidos al entrar en la ciudad.

Cuando el sol se acercaba al horizonte y las puntuales hordas de mosquitos comenzaban a asediarnos, remamos sigilosamente hacia los arrabales de la ciudad y desembarcamos en una playa que más bien parecía un basurero. Intentando mantenernos en las sombras —algo no demasiado difícil en una ciudad sin alumbrado público—, nos escabullimos por las calles como gatos vagabundos.

—¿Sabes adónde vamos? —pregunté al cabo de un rato de ir tropezando en la oscuridad.

—No tengo ni idea.

—¿Y ese es tu plan?

—¿Tienes uno mejor?

—Pues sí, mira por dónde. Pregunta a cualquiera dónde hay una misión religiosa, quizá ahí nos ayuden.

—Me parece bien. Solo espero no ir a preguntar a alguien de la policía secreta.

—Sería mucha casualidad.

—Te equivocas. Los hay a miles.

—Venga ya, no exageres. Yo no me he encontrado con ninguno en todo el tiempo que he pasado en Guinea.

—Eso es lo que tú te crees, Blanca.

—Bueno, qué más da. Pregunta a un niño o alguna señora que no tenga cara de policía y acabemos de una vez.

Finalmente, una abuela que vendía alitas de pollo asadas frente a la puerta de su casa nos indicó que había una misión carmelita a un par de manzanas de allí. Seguimos las indicaciones de la señora y llegamos a la puerta de la misión, que, como el resto de la ciudad, estaba a oscuras.

El edificio era de ladrillo y daba la impresión de estar bien mantenido —a diferencia de las demás casas, que parecían caerse a pedazos—. En el frente había un portón de hierro con un timbre que no funcionaba. Golpeé unas cuantas veces con el puño, pero nadie salió a abrirnos, ni ninguna voz surgió del otro lado de la puerta. Eso y la ausencia de luz me hizo temer que no iba a repetirse la suerte que tuve en Luba.

—Me da que no hay nadie en casa —comenté decepcionada.

—Ya veo. Me parece que habrá que pensar en otra cosa.

—Pues no se me ocurre nada. Cada vez hay menos gente en la calle. Tenemos que buscar un lugar donde ocultarnos antes de que llamemos demasiado la atención.

—¿Alguna otra sugerencia? —rezongó.

—Oye, que no es culpa mía que las monjas estén de paseo por ahí.

—Disculpa, estoy un poco cansado. ¿Qué te parece si subimos hasta la iglesia? —Señaló el edificio que estaba en lo alto de una colina.

—Estará cerrada a estas horas.

—No importa. Desde allí debe de haber una buena vista de toda la ciudad, y además se debe de estar bastante tranquilo.

—Y con un poco de suerte —apunté—, a lo mejor las misioneras andan por ahí.

—Entonces no hay más que hablar, vamos.

Jugando a agentes secretos para no ser vistos, ascendimos colina arriba hasta un pequeño y descuidado parque colindante a la iglesia. La debían de haber pintado muchos años atrás de amarillo pálido, pero ahora aparecía cubierta de churretes de moho y humedad. Entre árboles y arbustos nos fuimos acercando como dos ladrones de pacotilla hasta una entrada lateral. Llamamos a un timbre que, para variar, no produjo sonido alguno y golpeamos la puerta con poco entusiasmo, pues también aquel lugar parecía desierto.

—En fin... ¿Tenemos un plan C? —pregunté, con los nudillos aún apoyados en la puerta.

—Tengo unos cuantos de los que no funcionan.

—¿Y de los otros?

—¿Rezar cuenta?
—Puede.
—Pues es el mejor que tengo.
—Genial.

Desalentados, nos sentamos en las escaleras de la iglesia.

—Tengo mucha hambre y me estoy muriendo de sed... —murmuré entre dientes, contemplando las escasas luces de la ciudad a nuestros pies.

—Pero ¿tú eres de las que come cada día?

—Lo era.

—¿Sabías que aquí la mayoría de la gente solo puede hacer una comida diaria?

—Claro, ya llevo un tiempo en Guinea, ¿recuerdas?

—Entonces, considéralo como una experiencia cultural.

—¿Desde cuándo el hambre tiene que ver con la cultura?

—En África, el hambre tiene que ver con todo.

—Ya... Pues hay detalles que no me importaría ahorrarme.

—No te quejes, aún estás viva.

—Pues como no coma algo pronto, no voy a...

—¡Vaya, vaya! —nos interrumpió una voz, dándome un susto de muerte—. ¡Mira a quién tenemos aquí!

Nos dimos la vuelta rápidamente. Las tenues luces de la ciudad iluminaban la silueta de un par de policías con su inconfundible gorra de plato.

—¡Documentación! —ladró uno de ellos.

Gabriel y yo nos quedamos petrificados. No teníamos documentación que mostrarles ni dinero para intentar un nuevo soborno.

—¡Vamos! ¡No tengo toda la noche! —apremió.

Se me ocurrió entonces que no debían de estar buscándonos específicamente a nosotros, ya que de ser así nos habrían detenido de inmediato. Así que me arriesgué, contando con que en la oscuridad del lugar no podrían apreciar el depauperado aspecto que ofrecíamos.

—Yo ser hermana White —dije, imitando un exageradísimo acento americano—. *My passporis> en carmelita mission. But...* si ustedes querer, poder llamar a gobernador y él aclarar. Él sabe mí, aquí en Cogo...

—¿Es usted norteamericana? —preguntó, ya con un tono muy distinto.

—*Of course!* ¿Hay problema? —inquirí, pasando a la ofensiva.

Los dos policías se miraron entre sí, visiblemente desconcertados.

—Eh... no. Está bien —dijo el que hasta el momento había permanecido callado—, disculpe la molestia. Buenas noches.

—*Good evening.*

Y sin llegar a creermelo del todo mi éxito, vi como ambos policías se daban la vuelta a la búsqueda de otro incauto al que importunar.

—Es increíble —murmuré cuando ya se habían alejado—. Han creído que soy norteamericana y solo les ha faltado bajarse los pantalones.

—Ya te dije que aquí los tratan como a reyes.

—Pues después de este éxito de público y crítica, creo que me veo más en el papel de gringa que en el de misionera.

—Blanca —me dijo, pasándome la mano por el hombro—. Con el aspecto que tienes ahora mismo, te veo más bien interpretando a una indigente peleada con el agua y el jabón.

—Tú tampoco hueles a rosas.

—Sí —dijo, acercándose la camiseta a la nariz—. Está claro que necesitamos un baño y una muda.

—¿Y se te ocurre dónde podríamos conseguirlo?

—Bueno, dado que en la misión y en la iglesia no hay nadie, solo se me ocurre un lugar donde puedas encontrar un compatriota que te pueda echar una mano.

—¿Un bar de tapas?

Con la mano extendida, señaló el único edificio que esa noche parecía tener luz eléctrica en aquella ciudad.

—Estaba pensando en el hospital.

Descendimos la colina de la iglesia en pocos minutos y nos encaminamos al edificio que Gabriel había señalado. No nos cruzamos con nadie por aquellas calles oscuras hasta que alcanzamos la entrada del hospital. Una enfermera sentada ante una carcomida mesa levantó la cabeza y nos dirigió una mirada evaluadora.

—¿Qué quieren ustedes? —nos preguntó de no muy buen humor.

—Eh... Tengo fiebre —improvisé—, y me gustaría comprobar si tengo malaria.

—¿Fiebre alta?

—Sí.

—¿Dolor articular?

—Sí.

—¿Vómitos?

—Sí.

—¿Diarrea?

—Sí.

—Entonces, usted no tiene malaria —afirmó con rotundidad, anotando algo en una libretita que tenía ante sí.

—Bueno, igualmente necesito ver a un médico. ¿Sabe si hay algún médico español en el hospital?

La enfermera me observó suspicaz.

—¿No se fía de los médicos guineanos? —preguntó desafiante.

—Oh, sí. Claro que me fío de ellos... Es que, ya sabe, me apetece hablar con un compatriota.

—¿Entonces viene a hablar, o porque está enferma?

—¿Y usted está aquí para ayudar o para fastidiar a los pacientes? —repliqué impaciente y poco inclinada a soportar un interrogatorio—. ¿Puedo ver a un médico o no?

—Este es un hospital para guineanos.

—Pues aquí veo un cartel que dice «Cooperación Española», y yo soy española. ¿No me da eso derecho a entrar y ver a un médico?

—No —repuso, encantada de darme esa respuesta.

—¿Prefiere que me muera aquí, delante de la puerta?

—Puede usted morir donde quiera.

—Mira, guapa —le espeté—. Si no me dejas entrar, voy a...

—¿Qué está pasando aquí fuera? —intervino una voz desde el interior, con un claro acento cubano.

Un hombre de aspecto cansado con bata blanca y estetoscopio al cuello apareció en el umbral.

—¿Qué es todo este escándalo? —preguntó.

—Esta señora, que se ha puesto histérica —respondió la recepcionista, como si yo no estuviera allí.

—Histérica, tu madre —repliqué—. Yo solo quiero ver a un médico.

—¿Y dónde está el problema? —preguntó a la enfermera.

—La señora no es guineana —respondió despectiva.

El doctor la miró fríamente.

—Pues te conviene recordar que son sus compatriotas quienes te pagan un salario que no te mereces.

La mujer levantó las cejas con cara de «a mí qué me importa», y se echó hacia atrás en la silla. El médico, en cambio, nos hizo una seña para que lo siguiéramos.

—Es una sobrina del gobernador —dijo, encogiéndose de hombros, como si aquella explicación fuera suficiente.

Lo seguimos por un pasillo verde pistacho repleto de camillas ocupadas. La mitad de los fluorescentes no funcionaba y por todas partes se oían gemidos que surgían de decenas de gargantas. El conjunto daba al lugar un aire fantasmagórico.

Nos llevó por un sucio pasillo hasta un despacho con el nombre «Dr. Rojas» escrito a bolígrafo en la puerta. Nos hizo pasar y se sentó tras una mesa con una montaña de informes médicos a cada lado de la misma.

—Usted dirá —dijo apoyando ambos brazos en la mesa.

—Verá... —No sabía por dónde empezar—. Esto... yo...

—¿Tiene algún problema?

—Uno muy gordo.

—¿Y tengo que adivinarlo?

—Disculpe, pero mi problema no es médico. Es... con la policía.

—Con esos hijoeputas todos tenemos problemas, hermana.

—Lo cierto —confesé vacilante—, es que no soy monja, ni misionera, ni nada por el estilo.

—¿Y esa ropa?

—Es un disfraz.

El médico se frotó la barbilla, se levantó de la silla, abrió la puerta, miró a ambos lados del pasillo y volvió a su sitio.

—A ver, explíqueme —dijo, como si fuera a relatarle un caso de alergia.

Quizá fue la bata blanca, o la simpatía que siempre he profesado a los cubanos, o que ya estaba hastiada de aquella pesadilla y deseaba compartirla con alguien. El hecho es que le resumí casi todas mis peripecias, desde el día en que me detuvieron hasta esa misma tarde. Hablé durante más de una hora; él iba asintiendo con los ojos cada vez más abiertos.

—Mi amor —musitó cariñosamente. Alargó la mano por encima de la mesa y tomó la mía. Me di cuenta de que, en alguna parte del relato, yo había empezado a llorar—. No te preocupes, que te vamos a ayudar.

—¿De verdad? —pregunté lastimeramente.

—¡Claro que sí, mujer! Esta noche te quedas aquí escondida, abajo, en la alacena. Cuando hagamos el cambio de turno yo iré a verte antes de irme y te abriré la puerta.

—¿Y mi amigo? ¿Se puede quedar conmigo?

—¿Tu amigo? —inquirió extrañado—. ¿El que te ha ayudado a escapar?

—Sí, claro —le dije—. Él también está huyendo de la policía y de los militares.

—Por supuesto —afirmó—. Quedaos los dos, pero aseguraos de que nadie os ve esconderos.

Se puso en pie, abrió la puerta y, tras haber mirado de nuevo a ambos lados del pasillo, nos hizo señal de que saliéramos.

—Al final del pasillo están los lavabos. Entra en el de señoras y cierra la puerta por dentro hasta que yo llegue, ¿okey?

—¿Y si alguien quiere entrar?

—Eso no va a pasar —dijo con pesadumbre—. Nunca han llegado a funcionar.

Tal y como nos había indicado, nos refugiamos en los lavabos (que, amén de agua, carecían igualmente de lavamanos y sanitarios) y nos sentamos en el suelo, apoyados en la pared, a la espera de que el doctor Rojas —me había olvidado de preguntarle el nombre— pasara a buscarnos.

Me encontraba mortalmente cansada, física y psicológicamente. Resultaba un alivio incomparable poder descargar parte del peso en otra persona, que otro se ocupase, aunque fuera un desconocido.

Entonces, llevada quizá por la rutina de la desgracia que tanto se había cebado conmigo, comencé a divagar sobre los motivos que movían a aquel doctor a ayudarnos.

—Estoy rumiando —pensé en voz alta— sobre lo bien que se ha portado este médico.

Gabriel no contestó.

—Se está jugando el puesto, quizá incluso acabar en la cárcel, por ayudar a unos desconocidos, ¿no? —continué.

—Eso parece.

—¿Por qué crees que habrá sido tan amable?

—Ni idea. Pregúntale cuando vuelva.

Un desagradable pensamiento tomo forma en mi mente.

—¿Te... te fías de él?

—¿Qué quieres decir? —preguntó ceñudo.

—¿No crees que ha sido, no sé, demasiado fácil?

—Lo que creo es que empiezas a estar paranoica.

—¿Y si en estos momentos está llamando a la policía y nosotros estamos aquí esperando como idiotas?

—¿Estás pensando que va a aparecer por esa puerta con un par de militares?

—Podría ser.

—Blanca, tú has visto demasiadas películas. Estás totalmente...

Y en ese momento, se interrumpió al escuchar pasos acercándose por el pasillo. No eran solo los de una persona, por lo menos eran los de dos o tres. Los pasos retumbaban sonoramente en el silencio y se detuvieron al otro lado de la puerta. Un puño la golpeó con fuerza.

Gabriel y yo entrecruzamos una mirada de pánico y nos pusimos en pie de un salto.

Aquel simulacro de baño únicamente disponía de un tragaluz enrejado por el que solo cabían los mosquitos, de modo que no había ventana por la que escapar. Paralizados, no acertábamos a movernos en ninguna dirección y permanecíamos pegados a la pared, como tratando de mimetizarnos con las sucias baldosas.

De nuevo unos nudillos golpearon la puerta.

—¿Estás ahí? —dijo una voz conocida—. Soy el doctor Rojas.

Nos miramos con inquietud.

—¿Viene solo? —pregunté al cabo de unos segundos.

Silencio.

—No —contestó remiso—. Hay un par de amigos aquí que desean conocerte.

Parecía una profecía a punto de cumplirse. Encerrados en aquella ratonera, no teníamos otra salida que la puerta que teníamos enfrente. Rendida, me acerqué a la puerta y la abrí lentamente.

Durante un segundo vi la sonriente cara del doctor, luego miré detrás de él buscando a los guardias armados. En su lugar, en cambio, un hombre y una mujer, ambos rubios y con batas blancas, me saludaron con la mano.

—¡Quilla! —dijo la mujer, con un inequívoco deje sevillano—. Pero ¿qué te ha pasao? ¿Que te han tirao de un avión?

No pude evitar una sonrisa al oírla. Supongo que, al sentirme en cierto modo a salvo al oír aquella voz amistosa, toda la tensión, el hambre, el cansancio y el miedo dejaron de sostenerme y, sencillamente, me desplomé.

Cuando abrí los ojos, sobre mí brillaba un fluorescente alrededor del cual colgaban tiras azules de cazamoscas. Estaba en una habitación que en algún momento había sido blanca, tumbada en una camilla con un gota a gota de suero inyectado al brazo derecho y cubierta con una desgastada sábana de

flores. A mi alrededor había carritos con cajones, bandejas metálicas y un gran foco redondo en una esquina. ¡Estaba en un quirófano! Pero, por la suciedad que se acumulaba en las esquinas, probablemente hacía mucho tiempo que no se realizaban intervenciones quirúrgicas allí.

Me sentía extrañamente fresca y limpia, y cuál fue mi sorpresa al levantar la sábana y comprobar que el maltratado atuendo de misionera había sido sustituido por una bata de paciente hospitalario. Alguien —confiaba que una mujer, aunque tampoco me importaba demasiado a esas alturas— me había bañado y cambiado, y luego me había dejado en aquella sala sin ventanas para que durmiera. No había nadie allí, ni se oían voces, ni ningún timbre colgaba de un cordelito, de modo que no me quedaba otra que levantarme y salir a buscar a los doctores, o quedarme allí esperando a que alguien viniera. Y la verdad, estaba tan cómoda en aquella litera, y me encontraba tan cansada...

—Dormilona —dijo alguien a mi lado—. Vamos, arriba...

Entreabrí los ojos. Cada uno a un lado de la cama estaban los dos doctores rubios, pero esta vez sin batas blancas.

—Hola —balbucí.

—¿Tá mehó? —preguntó el doctor.

—Mucho mejor —contesté sonriente—. Pero tengo un hambre que me muero.

—No te preocupe, quilla. Pa eso hemo venío. —Dicho esto, puso sobre la camilla una bolsa de plástico de la que sacó una botella de medio litro de Coca-Cola y una fiambarrera con arroz y pollo frito—. ¡Hala, pa que te jarte! —añadió, levantando la tapa.

Casi se me saltaron las lágrimas al ver aquel montón de comida. Ya me iba a abalanzar para devorarla, cuando la doctora, imitando a su colega, puso otra bolsa a mis pies.

—Y yo —dijo feliz, con cara navideña— te traigo uno trapito pa que te ponga argo ensima. —Y sacó un vestido, una blusa, una falda, unas sandalias...

Ahí sí que no pude contener las lágrimas de emoción y, aun a riesgo de tirarlo todo por el suelo, estiré los brazos y los abracé a ambos con todas mis fuerzas.

—Gracias... mil gracias —murmuré sollozando.

—Eh lo meno que podemos hasé, niña. Walter ya noh ha contao tu historia.

—¿Walter?

—El doctor Roja, el cubano. —Y como acordándose de algo, añadió—: Yo soy Lusía Ariaiah y él eh Pepe, Pepe Ariaiah.

—¿Sois...?

—Hermanoh y residenteh en er culo der mundo.

—En lah hemorroide, querrá desí —puntualizó Pepe.

—Eso —confirmó su hermana, riendo—, en lah armorrana.

Y se rieron al unísono, y yo con ellos, feliz y confiada como no lo estaba desde hacía mucho tiempo.

Se sentaron a mi lado y, mientras yo daba buena cuenta de la comida, me bombardearon a preguntas sobre cómo me había metido en aquel lío y cómo lo había hecho para sobrevivir.

—¿Podrían hasé una película! —exclamó Pepe.

—Eh verdá —aseveró Lucía—: condenada a prisión, huyendo por la serva, lo gorila, lo pigmeo... ¡Ni Indiana Jones, quilla!

—Lo cierto —comenté, con un trozo de pollo en la boca— es que habría preferido menos emociones.

—Claro, claro —asintió—. Lo que pasa eh que llevamo cuatro mese aquí, casi sin salí del hospital, y de la serva no hemo visto na de na. Arguna cobra negra que noh hemo tropesao por la calle, lah araña que aquí paresen gato, y eso peaso mursiélago que salen al anoshesé que son como buitres de grande —afirmó, abriendo los brazos de par en par.

—¿Estáis contratados por Cooperación Española?

—No, vinimo voluntario con una ONG —aclaró Pepe con resignación.

—¿Y no habéis tenido ningún problema con las autoridades?

—Bueno... A lo militare le gusta vení a tocá lo cohone de veh en cuando, y lo funsionario solo se preocupan de robá to lo que pueden; pero claro, na comparao con lo tuyo.

—Sí, no he tenido mucha suerte.

—Joé, está de una piesa, ¿te parese poca suerte? Y además... —dijo, mirando a su hermana de reojo— tenemo otra sorpresa pa tí.

—¡Parece mi cumpleaños! ¿Qué más me habéis traído? —dije dando palmas—. ¿Un vale para un balneario?

—Mehó —sonrió Lucía—. Musho mehó.

—Creemo —vocalizó Pepe cuidadosamente— que podemos sacarte der paí.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Cuándo?

—Tranquila... que te lo explicamo.

—¡Pero eso sería... sería...! —exclamé, llena de júbilo.

Lucía acercó una banqueta y se apoyó sobre la camilla con pose confidencial.

—Verá, niña. He pensao que...

—¡Ejem!

—Bueno, hemo pensao mi hermano y yo que yo podría «perder» mi pasaporte y, de argún modo, ir a pará a tu mano; yo simplemente iría uno día máh tarde ar consulao de Bata a que me hisieran otro. Tu solo tendría que teñirte er pelo porque en la cara ni se fihan, haserte pasá por mí, y desí ar polisía de aduana de Gabón que hah hesho réhimen. Te podemo prestá hasta er dinero del avión pa regresá a España, y ya no lo enviará cuando pueda. — Se quedó en silencio un segundo esperando mi reacción, pero estaba tan abrumada que realmente me había quedado sin palabras—. ¿Qué te parese er plan? —preguntó al fin.

—Es... sois... yo... —Y me abracé de nuevo a ambos y de nuevo exploté a llorar, pero esta vez de pura emoción.

—Ya, niña, ya... —me decía Lucía—. No llore tanto que te vah a dehidratá...

Pero ella también estaba llorando.

Cuando pude reponerme de mi ataque lacrimógeno y respirar profundo, aún con sus manos entre las mías, me acordé de quien no debí haber olvidado.

—¿Y Gabriel? —pregunté—. ¿Lo tenéis en otra sala?

—¿Gabriel?

—Sí, claro. El guineano que venía conmigo.

—Pueh... no sé —dijo Pepe, intercambiando una mirada interrogativa con su hermana—. Hay musha hente andando por aquí, igual está fuera esperando...

—¿No ha estado aquí conmigo?

—No, niña. Aquí hah estao tú sola.

—Qué raro...

—A lo mehó se ha ido, pensando que ya estaban en buena mano.

Era posible, pero me extrañaba mucho. Después de todo lo que había sucedido y lo que parecía habernos sucedido —fuese lo que fuese—, me costaba creer que se hubiera ido así, sin siquiera despedirse. Además, él también tenía que salir del país. Aquello resultaba muy extraño. La inmensa alegría que me acababan de regalar se diluyó en una creciente pena al pensar que quizá no volviese a verlo.

Dos días después de haber llegado al hospital, con una nueva ropa, un nuevo color de pelo y una nueva personalidad, crucé la frontera hacia Gabón, cosa que únicamente consistía en atravesar el estuario del río Muni. Llegué a Libreville y compré un asiento en el primer vuelo a Europa; exactamente, a París.

Y allí me encontraba, sentada como una pasajera más en la atiborrada clase turista de un avión de Air France. A mi alrededor, decenas de gaboneses estaban sumidos en una cierta tristeza al dejar atrás su país, al que probablemente habían venido de vacaciones, y dirigirse a la fría y áspera Europa, donde al día siguiente la mayoría debería de regresar a sus respectivos mal pagados empleos.

Yo era una de las pocas personas blancas en el avión y, por si la diferencia de piel no hubiera sido suficiente, no podía dejar de sonreír.

Por fin me sentía definitivamente a salvo de las garras de los militares guineanos y de su demencia. Recordé por un instante la horrible expresión del capitán Anastasio, pero la aparté de mi mente de inmediato y me sumergí en la absurda película musical americana traducida al francés que en ese momento pasaban en la pantalla gigante del avión. Los pasajeros reían de vez en cuando, aunque no alcanzaba a imaginar qué gracia les podía hacer ver a un actor famoso disfrazado de señora obesa. Quizá lo estaba viendo todo como a través de un microscopio y examinaba con extrañeza actitudes que semanas atrás me habrían parecido perfectamente normales. Sentí como si la raza humana, su comportamiento y sus intereses ya no coincidieran conmigo más que en aspectos puntuales.

Concluí, sin embargo, que en realidad estaba demasiado cansada y que comenzaba a divagar. Así que me quité los auriculares, me enrosqué en la manta y me quedé dormida hasta que el piloto anunció que estábamos descendiendo sobre el aeropuerto Charles de Gaulle.

Había llamado desde París a mis padres avisándoles que llegaba esa misma tarde. La sorpresa fue mayúscula, pues aunque no sabían nada de lo que me había sucedido y ya estaban acostumbrados a mis largas ausencias telefónicas, no contaban con que regresara hasta dos meses más tarde. Y con ese olfato que tienen los padres con sus hijos, dedujeron inmediatamente que algo me había pasado, pero me resistí a darles detalles hasta verlos en persona.

Al llegar al aeropuerto de Bilbao, allí estaban ellos, embutidos en abrigos de esquí, esperando junto a la puerta de la llegada de vuelos internacionales. Yo vestía el mismo vestido floreado que me había regalado Lucía, con la manta del primer avión a modo de mantilla y, como equipaje, llevaba un bolsito de palma que había comprado en Libreville con mi pasaporte falso y el resguardo de la tarjeta de embarque.

—¡Dios mío, Blanca! ¿Qué te ha pasado? —exclamó mi madre nada más verme.

—¡Pareces una refugiada! ¿Y tus maletas? —dijo mi padre en el mismo tono, mirándome de arriba abajo.

—Ya os contaré... —dije, abrazándolos a ambos, feliz como nunca lo había estado antes por volver a verlos—. Pero ahora solo quiero ir a casa y descansar.

—Pero... —porfió mi padre.

—Por favor, papá. Ahora no.

—Claro, hija, claro —consintió, tomándome por la cintura y mirando a mi madre por encima de mi hombro—. Vamos a casa, a descansar. Ya nos contarás lo que sea cuando te apetezca.

—Gracias.

Inexplicablemente, toda la emoción que sentí durante el trayecto en avión desapareció nada más tocar tierra; se trocó en cansancio y en una apatía que no acertaba a saber de dónde había surgido.

En el camino en coche hasta Vitoria no dije una palabra. Me hundí en el asiento trasero del auto envuelta en una extraña nube de silencio, pues no encontraba fuerzas para hablar y mucho menos para relatarles por lo que había pasado. Ellos parecían temerosos de hacerme cualquier pregunta, no fuera a resultarles demasiado terrible la respuesta.

A pesar de su insistencia, les aseguré que estaba perfectamente y decliné ir a dormir con ellos. Prefería mi pequeño piso: mi sofá, mi hamaca colgada de la pared, mi cama... Me acompañaron hasta la puerta y me pusieron uno

de sus acolchados abrigos por encima, me prestaron su juego de llaves y se despidieron bajo promesa de que al día siguiente les llamaría.

Entrar en mi apartamento fue como viajar hacia atrás en el tiempo. Las semanas que había pasado fuera se me antojaron años. Me dejé caer en mi sillón favorito y puse los pies encima de la mesa. Alargué la mano y presioné el botón de la luz eléctrica de la lámpara de pie. Luego la apagué. La encendí. La apagué. Finalmente la dejé encendida, maravillada con aquel aspecto de la vida cotidiana que se da por supuesto hasta que regresas de un lugar donde ese simple acto es un lujo al alcance de unos pocos. Encendí la televisión y comencé a pasar canales sin darles apenas la oportunidad de seducirme. Se me antojaron todos ellos tan fútiles y mentirosos que en menos de un minuto apagué el aparato. Me despojé de la escasa ropa que llevaba puesta y me metí bajo la ducha.

Me enjaboné y me pasé la esponja con fuerza, casi con saña. Sentía que África se había filtrado por los poros de mi piel y que no solo me había traído conmigo el parásito de la malaria, sino también algo más indefinible, más oscuro: un tipo de tristeza desesperanzada que no había sentido antes. Sentía rabia. Miedo. Odio. Amor. Estaba demasiado cansada y confusa como para luchar contra esa barahúnda de sentimientos contrapuestos. Apoyé la espalda en las baldosas y me dejé resbalar hasta quedar sentada en el suelo de la ducha con la cabeza gacha. El agua caliente caía sobre mi nuca. Y sin poder evitarlo, me asaltó el recuerdo de doña Margarita derrumbada en su baño, consumida, moribunda, empapada en el sudor de su fiebre. Un postergado torrente de lágrimas negras brotó desde mis tripas, desde mis heridas y mis recuerdos.

El día siguiente amaneció gris y lluvioso. La lluvia fría y persistente del norte va calando hasta los huesos del alma y no puedes quitártela de encima, por mucho que te seques, hasta que llega el verano y el sol hace brillar los abetos y los ríos.

Con no demasiado ánimo fui a comer a casa de mis padres, donde les presenté un relato para todos los públicos de lo que me había pasado. De esta manera, mi odisea quedó en poco más que en un error administrativo.

Sin duda, mi madre sabía que aquello no era todo. Y yo sabía que ella lo sabía. Con una mirada de complicidad, ella supo que algún día se lo contaría todo, cuando estuviera preparada. Cuando ambas lo estuviéramos.

Respondí a la mayoría de las preguntas de mi padre con monosílabos, hasta que, mientras tomábamos el café, al hilo del relato de mis dificultades,

soltó la típica coletilla:

—Es que ya se sabe —afirmó con la convicción que da la ignorancia—. En esos países de negros...

—¿Qué quieres decir? —le espeté, tomándolo por sorpresa.

—No, nada —se escudó, levantando las manos—. Solo que, por lo que cuentas, parece que les iba mejor cuando eran colonia nuestra, ¿no?

—Primero —dije con más ardor del que pretendía—: Guinea Ecuatorial no era una colonia, sino una provincia, como lo son Málaga o Soria. Y segundo: la salida de los españoles fue de lo más chapucero y lamentable, ya que, en lugar de asegurar una independencia que desembocara en democracia, se dejó el poder en manos de una sola familia que, aún a día de hoy, se mantiene en el poder como si fueran reyes feudales y tratan a los guineanos como sus vasallos y esclavos.

—No irás a decirme ahora —rebatí mi padre, ignorando las patadas de mi madre por debajo de la mesa— que nosotros tenemos la culpa de todo lo que les pasa, cuarenta años después de concederles la independencia.

—Nosotros no les concedimos nada. En todo caso, se la devolvimos —puntalicé—. Y no digo que seamos los culpables de todo. No es un país de niños a los que haya que cuidar para que no se lastimen. Lo que hay que hacer es luchar para que las corporaciones multinacionales y algunos gobiernos interesados no mantengan en el poder a un dictador sanguinario a toda costa con el único fin de expoliar el petróleo y la madera del país con total impunidad.

—Pero ¿por qué no se rebela el pueblo si está tan mal? —apuntó como última defensa—. Si es solo una familia, ¿por qué no hay una revolución?

—¿Sabes qué porcentaje de la población guineana ha sido asesinada por su propio gobierno por decir esta boca es mía? El diez por ciento, papá —dije, apuntándole con la cucharilla—. El diez por ciento.

—Ya, pero...

—Mira, papá —dije, tomándolo de la mano, como si los papeles padre-hija se hubieran invertido—. Si en España hubieran descubierto petróleo en los años sesenta, no me extrañaría que esto aún fuera una dictadura.

La conversación, gracias a mi madre, fue tomando unos cauces más prosaicos hasta que languideció entorno al último chismorreó sobre la casa real española. Entonces, alegando un cansancio que realmente sentía, me despedí de ellos y salí a la calle en busca de un capuchino del Café Baviera, al que siempre iba cuando me sentía melancólica y donde disfrutaba explorando ese sentimiento frente al denso aroma de un buen café.

Pero ese día fue la excepción que confirma la jodida regla.

Me sentí sola. Saqué del bolso el móvil que tanto hacía que no usaba y llamé a un par de viejas amigas para que me acompañaran. Pensé que tal vez con ellas podría sacar de dentro todo lo que no había podido con mis padres.

Pero no.

Tras unas pocas explicaciones de mi experiencia, dejando capítulos enteros en blanco que esperaba que provocaran intriga y un bombardeo de preguntas, se limitaron a asentir. Acto seguido me explicaron, una, su último ascenso en la oficina, y la otra, la indecisión sobre seguir con su actual novio o buscarse otro con más inclinación al compromiso.

Entonces me di cuenta de que quizá nunca encontraría a nadie con quien compartir todo aquello que llevaba dentro. Había cambiado tanto en las últimas semanas que me había convertido en una extraña en mi ciudad, entre mi familia y mis amigas, incluso en mi casa. En la imagen que me devolvía el espejo ya no reconocía a aquella cándida y confiada muchacha que partió hacia África unos meses atrás.

Me resultaba ajeno cualquier tema del que me hablaran, y yo ni siquiera tenía ánimo de explicar a nadie mis profundos e inquietantes sentimientos, los cuales me confundían y me arrastraban por unos caminos inexplorados y tenebrosos, como por aquella jungla sin luz por la que caminé durante días.

Traté de averiguar en quién podría volcar todo aquello, quién alcanzaría a entenderme o, al menos, a escucharme como quería ser escuchada. Y una sola persona acudió a mi cabeza. Un nombre. Un hombre.

Aquel desconocido significaba para mí mucho más de lo que me había dado cuenta. De lo que quería darme cuenta.

Me había enamorado de aquel hombre. Y deseaba regresar con él.

La sala de espera era como la de un dentista. Esperaba encontrar un edificio decimonónico con arañas de cristal colgadas de altos techos, con cuadros y fotos de dignatarios extranjeros ocupando las paredes; pero aquella sala con unas pocas sillas tapizadas de azul y una mesa con un par de revistas atrasadas no correspondía con la imagen mental que me había hecho de la Secretaría del Ministerio de Asuntos Exteriores para África.

Una secretaria me había guiado hasta allí. Esperé a que viniera a buscarme el jefe de departamento, un tal señor Monegal, con el que había pedido cita hacía más de una semana.

Tras casi media hora de tedio, un hombre alto y enjuto de traje gris y piel a juego entró en la sala y se me acercó a grandes zancadas.

—Buenos días —dijo con voz átona, sin ofrecerme la mano—. Soy el subsecretario Monegal. Haga el favor de acompañarme.

Lo seguí hasta un despacho tan gris como su ocupante. En una pared colgaba una foto del rey junto a la bandera española y un bonito mapa de África en colores sepia ocupaba la totalidad de otra pared. El hombre se sentó a la mesa, tecleó algo en su ordenador, y solo entonces me hizo indicaciones para que me sentara.

—Bien —dijo, entrelazando los dedos y apoyándose en la mesa—. Usted dirá.

Me sorprendió aquella interpelación de médico de cabecera y no pude dejar de notar cierta impaciencia en el gesto.

—Bueno... Creo que le envié un *e-mail* hace unos días en el que le detallaba todo lo que me había sucedido en Guinea Ecuatorial y lo que esperaba del ministerio.

—Ah, sí —dijo, volviendo la vista al ordenador—. Usted es la señorita...

—Blanca Idoia —mascullé.

—Mmm... Ya veo —dijo. Movié el ratón y, aparentemente, abrió mi correo—. Usted es la señorita que me escribió esa historia tan terrible sobre militares y policías, ¿no?

—¿Historia? —repliqué, molesta—. No es ninguna historia, es lo que me sucedió a mí hace solo unos días.

—Oh, sí, por supuesto. Discúlpeme.

Regresó a la pantalla y leyó (o hizo ver que leía) durante un par de minutos de incómodo silencio. Al acabar, hizo un clic con el ratón, lo dejó a un lado y se retrepó en su sillón de ejecutivo, tamborileando con los dedos de la mano izquierda sobre la mesa.

—Muy bien, señorita Idoia. ¿Qué podemos hacer por usted?

—Necesito que me ayuden a sacar de Guinea al hombre que me salvó. Allí corre un grave peligro.

—Ya veo. Y este caballero...

—Gabriel Biné.

—El señor Biné es ecuatoguineano, ¿no?

—Claro, eso ya lo especifico en la carta —contesté, mirando de reojo el ordenador.

—Entonces, lamentablemente, no veo cómo podemos ayudarla.

—¿Qué?

—Verá, nosotros no podemos exigir a ningún país que nos entregue a un ciudadano suyo.

—No lo entiende —dije, acercándome a la mesa—. Ustedes no tienen que exigir nada a nadie, solo indicar a la embajada española en Malabo que ayude a un hombre a escapar de su país.

—Tampoco podemos hacer eso.

—Pero podrían darle el estatuto de refugiado político.

El funcionario cerró los ojos por un momento.

—Señorita Idoia —dijo cansadamente—, el amparo de refugiado político no se le puede dar a cualquiera. Requiere unos trámites complejos y unas circunstancias muy especiales.

—¿Y le parece poco especial que lo quieran asesinar por haber criticado a su presidente en un bar?

—Eso es lo que le dijo a usted.

—¿Insinúa que me mintió?

—Póngase en mi lugar —dijo, abriendo las manos—. Es su palabra contra la de un jurado.

—¿Un jurado? ¿Lo dice en serio? ¡Ya ve cómo me juzgaron a mí!

—Cada país tiene su legislación, y ahí no podemos hacer nada.

—¡Pero él es inocente! —clamé, poniéndome en pie.

—Siéntese, por favor. Ha de entender que, por lo que a nosotros respecta, podría tratarse de un asesino en serie. No podemos ayudar a un prófugo a escapar solo porque usted crea que es inocente.

—¡Pero es un perseguido político! ¿Por qué no piden un informe sobre el caso a las autoridades guineanas?

—Eso no sería adecuado.

—¿Adecuado? ¿No le parece adecuado salvar a un hombre?

—Señorita Idoia —indicó tras suspirar sonoramente—, las cosas no son tan fáciles en esa parte del mundo, como usted ha podido comprobar. Y más concretamente, las relaciones con Guinea Ecuatorial están atravesando una etapa delicada que podríamos... esto... perjudicar si tratamos de inmiscuirnos en asuntos de política interna.

—Se refiere a la concesión de contratos petrolíferos, ¿no?

Al subsecretario le cambió la cara, pasando de una expresión de indolencia a otra de clara hostilidad.

—Yo no he dicho nada de eso —alegó.

—Pero de eso se trata, ¿no es así? Petróleo a cambio de vidas.

—Eso es un eslogan, señorita. Y creo que ya está usado. —Se pasó la mano por el pelo, impaciente por acabar—. La política internacional es un asunto muy complejo que no voy a explicarle ahora, pero, a veces, tenemos que priorizar los intereses de la nación y no queda más remedio que hacer sacrificios.

—Ya, sobre todo si se trata de un simple negro, o de diez, o de mil, ¿no? ¡A la mierda los derechos humanos! —exclamé, encendida, inclinándome sobre la mesa—. ¡Que les den por el culo a los putos negros! ¿Dónde está ese contrato? ¿Lo firman directamente con sangre o aún utilizan tinta?

—Señorita...

—¡Ni señorita ni hostias! —grité fuera de mí—. Y me juego lo que sea a que ni siquiera han protestado porque hayan torturado e intentado asesinar a una ciudadana española. ¿Me equivoco?

—Lo lamento —dijo mientras se levantaba y me señalaba la puerta—, pero tengo otros asuntos de los que ocuparme. La entrevista ha concluido.

Recogí mi abrigo con rabia y lancé una última mirada furibunda a aquel títere sin conciencia.

—¡Son ustedes una pandilla de miserables! —le grité.

Pero antes que yo diera el portazo, el subsecretario se aseguró de que oía sus últimas palabras:

—Y usted una ingenua —murmuró.

Con la mandíbula crispada de la ira y fantaseando con ver a aquel maldito burócrata disfrutando de unas vacaciones en una cárcel guineana, salí del edificio del ministerio. Estaba tan enfurecida que casi olvido la visita que tenía concertada en la oficina de la asociación Libertad para Guinea Ecuatorial esa misma mañana. No creía que pudiera servirme de mucho aquella segunda entrevista, aparte de compartir malas experiencias y frustraciones con algún exiliado; pero, ya que había hecho el viaje a Madrid, no perdía nada hablando con aquella gente. Quizá a través de ellos lograba contactar con Gabriel por algún medio. El paseo hasta la calle Cervantes donde tenían instalada la asociación sirvió para calmar mi alterado ánimo.

De camino, me detuve en una terraza, donde pedí una tila y me senté para dejar que los tibios rayos de sol invernales me calentaran el rostro. Me recreé en contemplar el azul profundo del cielo madrileño, tan diferente al guineano, siempre velado por aquella arena del desierto que atravesaba medio continente para ir a parar al el golfo de Guinea, y que por las tardes regalaba unos gloriosos ocasos como solo se dan en aquel continente.

Frente a mi mesa desfilaban los peatones con la mirada en sus empeños matutinos, la mayoría con expresión preocupada, seguramente fruto de conceder a sus pequeños problemas una dimensión que no les correspondía. Todos ellos, sin duda, tenían agua, luz, gas, teléfono, un techo bajo el que vivir junto a todos los electrodomésticos que su nómina pudiera pagar y una salud que era la envidia de tres cuartas partes de la humanidad. Pero, a pesar de todo, aparentemente eran infelices; a pesar de formar parte de la élite que hemos dado en llamar primer mundo, occidente o cualquier eufemismo por el estilo que evite decir a las claras que nosotros somos los ricos privilegiados y el resto, los pobres sin esperanza. Habría que organizar infinidad de maratones televisivos para recaudar los fondos necesarios de cara a limpiar nuestras conciencias de tal definición.

Resulta curioso cómo antes de ir a África —y a pesar de mi carrera de antropología— yo también era una de «ellos». Nunca había pensado a fondo

en ese tema. Aun sabiendo a ciencia cierta que el sesenta o el setenta por ciento de la población mundial no dispone de agua potable, energía eléctrica o sanidad pública, simplemente no había sido capaz de comprender ese hecho más de lo que entendía el concepto de la Santísima Trinidad. Nuestro cerebro archiva los datos y las cifras. Sin embargo, al vivir inmersos en semejante opulencia y derroche, otras realidades nos son tan ajenas que el corazón no llega a reaccionar a esos estímulos. Por eso se nos queda la misma cara al oír que cada día mueren mil niños por malnutrición que al enterarnos de que la bolsa ha bajado medio punto. A la mayoría de gente, ambas informaciones nos suenan a chino, como si estuvieran sucediendo en otro planeta. Pero para mí, todo eso cambió desde que puse el pie en África.

Caminando por las empedradas calles de Malabo a escasos días de haber aterrizado, descubrí a niños de pocos años, desnudos, con la barriga hinchada jugando en las aguas fecales como si estuvieran en la playa. Algo dentro de mí hizo «clic». Imprevistamente, tuve la misma revelación que otros muchos tuvieron antes de mí, a saber: que nosotros somos la excepción. Somos nosotros, la minoría de privilegiados, los que vivimos en un planeta lejano, y ellos, los desheredados, son los auténticos habitantes del planeta Tierra. Estamos tan habituados a vivir como una anomalía en una burbuja de bienestar y seguridad impermeables a las lágrimas ajenas que no nos es posible atisbar la verdadera realidad del ser humano y de nuestra civilización.

Por suerte o por desgracia, yo había podido entrever a través de los visillos de mi cordura lo que antes ignoraba. Y ahora, sentada a la mesa de aquella terraza de una céntrica calle madrileña, observaba a los transeúntes como si fueran fantasmas a mitad de camino entre el mundo físico y un más allá de hipotecas, primas y descuentos.

Cuando sentí que mi nivel de mala uva había disminuido hasta niveles razonables y ya no especulaba con torturar subsecretarios, pagué la cuenta y me encaminé a mi nueva cita.

En pocos minutos me planté frente al portero automático, donde solo las siglas «LGE» escritas a bolígrafo en un papel pegado con cinta adhesiva junto al timbre indicaban el piso de la asociación. Llamé y me pidieron el nombre. Tras una pequeña espera, me dieron el visto bueno y me invitaron a subir.

La puerta del tercero segunda no se diferenciaba en nada de la de su compañera de rellano, pero al llamar a la puerta —el timbre no funcionaba—, una señora de unos cincuenta años, indudablemente guineana, ataviada con un

colorido vestido típico africano y un pañuelo a conjunto enrollado en la cabeza, me abrió y me ofreció una amistosa sonrisa de dientes perfectos.

—¡Hola! —me saludó, estrechándome la mano—. Bienvenida a la asociación, yo soy Clara.

—Hola, Clara —repliqué—. Yo soy Blanca Idoia.

—Claro, claro... Pasa, por favor.

Seguí su indicación y ella cerró la puerta tras de mí.

—¿Quieres un té o un café? —preguntó mientras la seguía por el pasillo.

—No, gracias. Acabo de tomar uno.

—Ah, claro...

Entramos en una sala en la que había una pequeña mesa de reuniones y dos sillas. Clara me indicó una de ellas.

—Toma asiento, por favor.

—¿Les llegó el *e-mail* que les envié? —pregunté mientras me sentaba.

—Sí, cariño —respondió, haciendo lo mismo al otro lado de la mesa—. Lo leí y te doy mi palabra que siento mucho todo lo que te sucedió en mi pobre Guinea.

—No tiene de qué disculparse. El único responsable de lo que me sucedió es el gobierno de Guinea.

—Por supuesto... Ellos también son los responsables de que nosotros estemos aquí.

—¿Tuvieron que huir de Guinea?

—Claro. Ya sea por razones políticas, económicas o familiares, no hay un guineano en España que haya venido por gusto. Nos encanta nuestro país, la gente es maravillosamente amable...

—De eso puedo dar fe.

—¿A que sí? —asintió sonriente—. Y no es porque sea guineana, pero la gente de Guinea es la más hospitalaria de toda África. Si no hubiera sido por los que se han asentado en el poder y sus sicarios, ningún guineano se habría visto obligado a emigrar. ¿Sabías —preguntó, dando unos golpecitos con el índice en la mesa— que en 1968, cuando Guinea se independizó de España, teníamos la renta per cápita más alta de toda África gracias a las exportaciones de cacao?

—¿Antes de descubrir petróleo?

—¡Sí! ¡Mucho antes! —contestó efusivamente—. Imagínate. Y ahora, además, hay petróleo. Pero por culpa de los Obiang nos hemos convertido en uno de los países más miserables del mundo. Si no me equivoco... déjame que haga memoria... —dijo, frotándose la barbilla— en el *ranking* mundial

de la ONU del índice del desarrollo ocupamos la posición 120 o 130; en el de corrupción, el 151 sobre 163 según Transparency International; y somos los cuartos del mundo con más censura... y vamos a por la medalla de bronce —apuntó con una sonrisa amarga.

—Lo pude comprobar en mis carnes —asentí—. La excusa para juzgarme y condenarme fue que había escrito unas notas criticando al gobierno en mi diario personal, y a Gabriel, el guineano que tanto me ayudó, lo detuvieron por hacer un comentario tomando una cerveza en un bar. Es para volverse loco.

—Sí, querida. Por desgracia, eso en Guinea es algo muy normal. Las torturas, los secuestros, las violaciones, las extorsiones o los asesinatos por parte del gobierno son el pan nuestro de cada día. Dentro de lo que cabe, y no me interpretes mal —dijo en tono confidencial, alargando el brazo y tomándome la mano—, tú has tenido suerte.

—Yo no diría tanto...

—No, claro. Lo has sufrido en tus carnes y aún lo tienes fresco en la memoria. Pero visto desde fuera, y sabiendo cómo acaban la mayoría de los que son detenidos allí, créeme cuando te digo que has tenido muchísima fortuna.

—¿Y ustedes? —pregunté para cambiar de tema—. ¿Qué es lo que hacen en esta asociación?

—Pues ayudarnos, querida. También hacemos talleres de artesanía, alguna exposición, clases de bubi y fang para los niños que nacen en España, y asesoramos a los guineanos recién llegados para arreglar sus papeles, encontrar vivienda, trabajo y todo eso.

—¿Y podrían ayudarme a sacar a Gabriel de Guinea?

Clara se hizo atrás en su silla.

—Verás —dijo, juntando las manos—. Quizá podríamos ayudarlo a salir del país, no sería la primera vez que hacemos algo así. Pero después de leer tu *e-mail*... creo que se nos plantea un grave inconveniente.

—¿Cuál?

—Muy sencillo. No tenemos nada de él: ni su nombre completo, ni la edad, ni el número de identidad, ni una foto... Y lo que es aún más importante: ¡no hay manera de localizarlo!

—Pero... ¿no tienen ustedes contactos allí, en Guinea? Quizá alguien lo conoce.

Clara apoyó los brazos en la mesa, pensativa.

—Podemos intentarlo —dijo, encogiéndose de hombros—. Pero si, tal como dices, la policía y los militares le están buscando, no dirá a nadie su nombre verdadero por temor a que sea de la policía secreta. Y también has de contar con la posibilidad de que ya haya cruzado a Gabón o a Camerún, o incluso...

—¿Incluso...?

—Pues... que lo hayan capturado. Tú misma dijiste que desapareció en el hospital de Cogo. Puede que lo detuvieran ahí mismo.

—Prefiero no pensar en esa posibilidad.

—Ya... Te entiendo.

Unos segundos de plúmbeo silencio nos envolvieron a ambas.

—Entonces —insistí—, ¿no cree que puedan encontrarlo y sacarlo de Guinea?

—Sin saber al menos cómo podríamos dar con él... —Meneó la cabeza lentamente—. ¿Estás segura de que no te dio ninguna dirección, o un teléfono?

—Absolutamente nada —confirmé desolada.

—Comprendes, ¿no? No tenemos ni una sola pista. De hecho, no podríamos siquiera reconocerlo físicamente. Tú eres la única que sabe cómo es.

La entrevista terminó poco después con un sincero abrazo de consuelo. Pero eso fue lo único que me llevé de allí cuando, unas horas más tarde, tomaba el vuelo de regreso a Vitoria.

Mi viaje a Madrid había sido en vano. Tan solo había podido constatar, por un lado, el fariseísmo de la política internacional y su falta de escrúpulos, y por otro, las buenas intenciones pero pocos recursos de aquellos que se preocupaban por sus congéneres desinteresadamente.

Estaba aún más descorazonada que antes de las entrevistas, pues había depositado en ellas mis escasas ilusiones. No parecía haber esperanza.

Y sin embargo...

La última frase que había pronunciado Clara en nuestra charla se filtró subrepticamente en mi subconsciente para no dejar de revolotear en mi cabeza durante el resto del día. Y también revoloteó al día siguiente, y al otro, y al otro...

Traté de convencerme a mi misma que nada podía hacer si el Ministerio de Asuntos Exteriores o la asociación LGA no me apoyaban, de modo que durante toda la semana hice lo posible por ocupar mi mente en asuntos menos dramáticos.

Realicé un devastador informe para la comisión de la UNICEF que me había enviado a Guinea a trabajar. Adjunté un anexo en el que detallaba lo que me había sucedido personalmente, aunque en realidad no creía que la organización tuviera mucha o alguna capacidad de presión sobre el gobierno guineano. Como en mi caso se trataba de una empleada externa, simplemente elevarían una protesta formal por medio de un comunicado intrascendente, rogando que no volviera a producirse un incidente parecido y bla, bla, bla. En el mejor de los casos, dicha protesta acabaría en una papelera al pie de algún fax en un despacho de Malabo.

Me apliqué a limpiar la casa a fondo, reabastecer la nevera, redistribuir los muebles..., es decir, actividades que me mantuvieran ocupada sin exigir demasiado esfuerzo. Volví a quedar con mis amigas un par de veces, tratando de aparentar un cortés interés por sus preocupaciones y haciendo un esfuerzo por reintegrarme a la vida de la que había disfrutado solo unos meses atrás. Pero, por más que me esforzaba, sus temas de conversación me resultaban tan insustanciales que no conseguía de ningún modo volver a conectar con ellas. La Blanca Idoia de la primavera ya no tenía mucho que ver con la Blanca Idoia de aquel frío otoño que avanzaba inexorable hacia el invierno.

Deambulaba por las calles del centro, por el parque San Martín e incluso por el interior de mi casa, sin rumbo, sin interés por nada ni nadie. Me sorprendí a mí misma marcando el número de teléfono de Jon, mi antiguo novio. Colgué justo antes de pulsar la tecla del último número.

Me esforzaba por deshacerme de esa sensación de vacío, de impotencia, de saber que cada día que pasaba sin hacer nada, alguien estaba sufriendo sin posibilidad de defenderse y, a cambio, el caudillo guineano y su clan se llenaban los bolsillos ante la ignorancia o la indiferencia del mundo entero. Pero, para ser sincera conmigo misma, lo que más me afectaba era no saber qué había sido de Gabriel, ignorar si estaba en Guinea o si había conseguido salir del país, si estaba libre o en la cárcel, vivo o muerto...

El domingo siguiente regresé a casa de mis padres. Mi madre, que sabía por boca de mis amigas del mal momento que estaba pasando, me había invitado perentoriamente.

La mesa estaba preparada cuando llegué. Sin lugar a dudas, la enorme paella de marisco que ocupaba el centro de la mesa había sido cocinada en mi honor, a sabiendas de que era una auténtica fanática del plato.

—Gracias, mamá —le dije.

—A los frailes —contestó, indicándome que tomara asiento.

El almuerzo transcurrió entre felicitaciones a la cocinera y succiones de cabezas de gambas. Cuando pasamos a los postres, mi padre y mi madre intercambiaron una mirada, y mi madre tomó la palabra.

—Blanca —dijo con repentina solemnidad.

—¿Sí?

—Hemos notado, y tus amigas nos lo han confirmado, que estás bastante triste desde que has vuelto de África. Algunas creen que estás con depresión e incluso nos han sugerido que te recomendemos un psicólogo.

—Hablan demasiado —dije molesta—, y no saben muy bien de qué.

—Saben que te pasas el día caminando sola o encerrada en casa. Y eso no es buen síntoma.

—No tengo muchas ganas de hablar con nadie.

Mi madre se reacomodó en la silla.

—Sabemos que pasaste una experiencia terrible en ese país africano...

—Guinea Ecuatorial —puntalicé.

—Da igual, como se llame. —Desechó el nombre con un gesto de la mano—. Lo importante es que te ha afectado mucho, y no nos gusta verte así.

—A mí tampoco, pero es como me siento.

—A eso voy. —Volvió a intercambiar la mirada con el otro lado de la mesa—. Tu padre y yo hemos pensado en ayudarte.

—¿Ayudarme? —pregunté desconcertada—. ¿Cómo?

—Entendemos que ha sido un cambio muy brusco y echas de menos el trópico, y sobre todo, a ese amigo africano que tanto te ayudó.

El corazón me dio un vuelco. No podía ser que mis padres fueran a ayudarme a... ¿o sí?

—En resumen, que te hemos reservado un billete de avión para esta semana. —La sonrisa se le ensanchó de oreja a oreja.

Yo escuchaba incrédula. Estaba desconcertada ante aquella audaz iniciativa de mis padres.

—Pero —aludí, cuando conseguí salir de mi estupor— no tengo pasaporte.

—¡Menuda tontería! —irrumpió mi padre, jovial—. Eso te lo hacen de un día para otro.

—¿Y el visado? —inquirí—. Y además, no puedo volver a Guinea con mi propio pasaporte, me detendrían con solo pisar el aeropuerto.

Mi padre me miró estupefacto.

—¿Guinea? —dijo, abriendo los brazos—. ¿Quién ha dicho nada de Guinea? ¡La reserva es para una semana en República Dominicana!

Mi madre entró en la conversación.

—Creemos que una semana en una bonita playa bajo las palmeras y el sol del Caribe te quitará todos los males. —Y guiñando el ojo, añadió—: Quizá, hasta el mal de amores.

Había pasado del abatimiento al entusiasmo, y de ahí, a la decepción en menos de veinte segundos. Mis padres habían actuado con toda la buena intención del mundo, pero estaban muy lejos de comprender mis profundos sentimientos y el dolor de mi alma.

—Yo... os lo agradezco, de verdad. Pero no puedo ir al Caribe... No quiero ir al Caribe.

—Entonces —intervino mi padre—, te invitamos al lugar del mundo que desees, nosotros correremos con los gastos, ¿verdad? —preguntó retóricamente a mi madre—. Dinos, Blanca. ¿Adónde quieres ir?

En ese preciso instante, como una revelación que llevara días tratando de abrirse paso, una clara idea llenó todo mi pensamiento.

Y supe dónde quería ir.

—¿Un pasaporte español falsificado? —preguntó Clara, incrédula, al otro lado de la línea.

—Eso mismo.

—Pero... nosotros no hacemos esas cosas —argumentó recelosa.

—De acuerdo, pero apuesto a que sabéis quién las hace.

Durante unos cinco segundos de silencio, supe que Clara meditaba si ayudarme o deshacerse de mí con cualquier excusa.

—Puede —musitó, aún recelosa— que conozca a alguien que conoce a alguien que hace... ya sabes, eso.

—No hace falta que seas tan prudente al hablar, Clara. Yo no soy policía ni estoy grabando esta conversación.

—No es por ti, querida.

—¿Entonces?

—Sabemos que nos espían; nos controlan el correo, nos pinchan el teléfono...

—Clara, la policía española no puede hacer eso sin la autorización de un juez. Y es muy difícil que la dé si no hay un motivo que lo justifique.

—Es que... no es la policía española la que nos tiene vigilados.

Necesité unos instantes para entender la insinuación.

—¿No querrás decir que...?

—Sí, ellos. Aquí también.

—Pero ¿cómo?

—Con dinero, todo se puede, querida. Y ellos tienen todo el que necesitan.

—No puedo creerlo...

—Pues créetelo, ya nos han amenazado varias veces.

—Pero ¿por qué?

—¿Por qué va a ser? —exclamó—. Por denunciar a esos hijos de puta. ¿Estáis ahí? —preguntó de pronto al éter—. ¡Eso va por vosotros, cabrones! ¡Os lo aclaro, porque sois tan tarados que a lo mejor no me entendéis!

Parecía que la guineana se había vuelto loca de remate.

—Disculpa, querida. Pero a veces no puedo resistir darme el gusto.

—Claro... tranquila —dije, no demasiado convencida.

—En fin —concluyó Clara—, te ayudaremos.

—Oh. Gracias, muchas gracias.

—No me las des todavía, lo que me pides te va a costar caro.

—Confío en ti.

—Está bien. Te llamaré desde una cabina en cuanto sepa algo, supongo que en un par o tres de días.

—Estupendo, gracias.

—De nada, querida. Te deseo toda la suerte del mundo.

—Gracias y hasta pronto.

—Hasta pronto.

Sentada en el avión, apoyé sobre la bandeja del asiento mi nuevo pasaporte, abierto de par en par. Miré la foto de una joven ojerosa teñida de rubio, y me costó reconocerme. Al lado, el falsificador, con un peculiar sentido del humor, había decidido que me llamaría Karen Blixen; daba por hecho que el aduanero de turno no habría leído *Memorias de África* y que yo tendría la imaginación suficiente como para inventarme unos orígenes daneses. Decir que estaba nerviosa ante la perspectiva de pasar el riguroso control policial con un pasaporte falso sería como afirmar que María Antonieta se encontraba ligeramente preocupada mientras subía los peldaños de la guillotina.

Cuando el reactor inició la maniobra de descenso aún nos encontrábamos sobre el Atlántico. Unos segundos antes de tomar tierra, apareció al otro lado de la ventanilla la lujuriosa vegetación de la isla de Bioko para recordarme, por si no lo tenía suficientemente presente, que ya no había vuelta atrás y que, en contra de la feroz oposición de mi familia y amigos —y de mi propio sentido común, que había encendido todas las alarmas—, me estaba metiendo voluntariamente en la boca del lobo. Un lobo al que le encantaría arrancarme la cabeza de cuajo.

Al detenerse el avión cerca de la nueva terminal (la vieja no era más que una casa semiderruida), los pasajeros saltaron como resortes de sus asientos y se dirigieron en tropel a la puerta delantera del aparato. Normalmente suelo esperar a que todo el mundo haya salido para hacerlo yo, pero en esta ocasión me pareció más prudente mezclarme con el pasaje y no ser la última en la cola

de inmigración. Aunque, claro, al ser la única mujer blanca entre más de doscientos africanos de piel negra, pasar desapercibida no resultaba fácil.

Con mi pequeño bolso de mano aguardé pacientemente mi turno en la cola de inmigración. Entre el calor y los nervios, sentía los goterones de sudor cayéndome desde la frente hasta la barbilla y por la punta de la nariz. Veía al policía que revisaba los pasaportes a unos metros delante de mí, refugiado en su cabina, examinando detalladamente, hoja por hoja, no solo los datos personales de cada viajero, sino también los sellos de los lugares que había visitado anteriormente. Por último, dedicaba un buen rato a comparar la foto con el propietario del pasaporte, hacía algún comentario que no llegaba a oír y, de mala gana, acababa estampando un sello en cualquier página.

Cuando llegó mi turno, casi una hora de sudor y nervios más tarde, saqué el pasaporte lo más despreocupadamente que pude y, con la más seductora de mis sonrisas, se lo entregué por la abertura del cristal que nos separaba.

El corazón me latía desbocado mientras el funcionario ojeaba excesivamente interesado cada página y lo estudiaba del derecho y del revés, como si no hubiera visto un pasaporte en su vida.

—¿Motivo de su visita? —preguntó al fin, sin mirarme y sin disimular su desagrado.

—Turismo —contesté con la voz algo temblorosa.

—Nadie viene por turismo a Guinea Ecuatorial —replicó, alzando la vista con suspicacia.

—Entonces, seré la primera.

—¿Y qué más viene a hacer a Guinea Ecuatorial? —insistió.

—Turismo —repetí sin perder la sonrisa, sacando la cámara de fotos del bolso—. Solo turismo.

Me miró fijamente por un segundo y volvió a revisar de nuevo el pasaporte, hoja por hoja, como si allí dentro se le hubiera caído algo.

—¿Dónde se va a hospedar?

—Esta noche en el Hotel Ureka. Luego, ya veremos.

—¿No sabe dónde va a estar? —inquirió receloso.

—Ya se lo he dicho, en el Ureka. Si me gusta me seguiré quedando en ese hotel, y si no, me cambiaré a otro.

—El Ureka es un buen hotel.

—Entonces, me quedaré.

No contestó y siguió observando páginas en blanco. Sin duda, el tipo debía aburrirse terriblemente el resto del día y le traía sin cuidado la

larguísima cola que había aún a mi espalda. Al llegar a mi foto se recreó en la misma, levantó la vista un par de veces para compararme y concluyó:

—La mujer de la foto no es usted.

—¿Perdón?

—Digo —repitió, poniéndome el pasaporte a la altura de los ojos— que esta no es usted.

—¡Claro que soy yo! —repliqué desconcertada—. Esa foto no tiene ni una semana.

—La mujer del pasaporte —afirmó sin sombra de duda— tiene el pelo recogido y viste otra ropa.

No podía creer lo que estaba oyendo.

—¿Lo dice en serio?

—No puede entrar en el país con este documento —sentenció, haciendo el amago de devolvérmelo.

—Un momento, un momento... —mascullé, tratando de darle sentido a aquel absurdo—. La mujer de la foto soy yo, pero el día que me la tomé llevaba el pelo recogido y un abrigo para el frío.

El policía volvió a hojear todo el pasaporte por tercera vez y entonces caí en la cuenta de lo que estaba pasando.

—¿Me permite el pasaporte un momento, por favor?

El aduanero me lo devolvió. Me levanté un poco la blusa, saqué de la riñonera interior que llevaba pegada al cuerpo un billete de veinte euros, lo doblé, lo metí entre las páginas del pasaporte y se lo devolví al policía. Este lo abrió por la página adecuada, se guardó el billete en el bolsillo de la camisa sin ningún disimulo y me estampó el sello de entrada a Guinea Ecuatorial.

La autopista que separa el aeropuerto de Malabo aparecía casi desierta mientras la recorriamos en aquel Renault 12 sin cristales en las ventanas y una puerta atada con cuerdas a sus goznes. Dejé deambular la vista por la espesa jungla que discurría a lado y lado de la vía, únicamente interrumpida por algunas fabulosas mansiones rodeadas de altos muros, propiedad de la familia del presidente —que no debían tenerlas todas consigo, pues resultaba significativo que todas estuvieran a un paso del aeropuerto—. El viento cálido y húmedo, tan diferente del que había dejado atrás hacía unas horas, me golpeaba la cara trayéndome olores a selva. Sentí como si no hubiera llegado a marcharme nunca de aquel lugar, como si nunca fuera a hacerlo.

—¿Conoce algún hotel cómodo —le pregunté al taxista— que no sea demasiado caro?

—Eso está difícil, señorita —dijo, balanceando la cabeza a lado y lado—. Vienen muchos extranjeros a hacer negocios con el petróleo y la madera. Como no tienen dónde quedarse, algunos pagan cientos de dólares hasta por habitaciones sin agua corriente.

—Vaya, qué bien —murmuré—. ¿Y usted podría recomendarme algún lugar que no me cueste un ojo de la cara?

—Pues... la puedo llevar a la casa de una amiga que alquila habitaciones. Tampoco tiene agua, pero al menos es barato.

—¿Está lejos del centro?

—No, qué va. Está en la carretera a Basilé, a diez minutos de la plaza.

—Estupendo, vamos para allá.

Abandonamos la autopista —o para ser exactos, ella nos abandonó a nosotros— y nos internamos en el centro de Malabo. La ciudad consistía en una sucesión de casas de dos plantas más o menos decrepitas. La mayoría de ellas eran de madera y en su momento las pintaron de vivos colores; unas pocas eran de ladrillo o feo hormigón gris con manchas de olvido. Toda la ciudad parecía sumida en un abandono indiferente, como si no pudiera ser de otra manera; como si, una vez levantado un edificio, el mantenimiento se

dejara en manos del destino. Solo unas pocas tiendas parecían tener algo que vender, mientras la mayoría únicamente exhibían alguna señora bostezando tras un aburrido mostrador que observaba a los pocos peatones que se atrevían a circular bajo el incruento sol de media tarde por unas calles insensatamente desarboladas. Los vehículos eran casi igual de escasos que las personas. Todos profesaban tanta vocación de chatarra como el que yo ocupaba, excepto alguna llamativa excepción con que nos cruzamos en la autopista en forma de Ferrari o Bentley último modelo. Obvié la pregunta al taxista sobre a quiénes pertenecían tales joyas motorizadas.

Tal y como había prometido el chófer, la casa de huéspedes estaba a pocas manzanas del centro. Aunque era un lugar que no le habría recomendado ni a la más horrible de las suegras, para los estándares guineanos era bastante aceptable.

Rosa, la dueña, una mujer oronda enfundada en un enorme vestido naranja estampado y el pelo recogido en un pañuelo, se encontraba en el patio trasero lavando ropa. El taxista me la presentó y, al ir a darle la mano, me ofreció la muñeca para no llenarme de jabón.

Me enseñó «la mejor habitación de la casa»: un cuarto pintado de sucio verde botella con un pequeño ventanuco que daba al patio, un bidón de agua en el que flotaba un cubo y una bombilla de vatios inciertos colgando desnuda del mohoso techo invadido de telarañas.

—¿Cuánto? —pregunté con una mueca.

—Cuarenta dólares la noche.

—Ya. ¿Y el ventilador funciona?

—A veces, cuando llega la luz.

—Y por la noche, ¿llega?

—Mmm... sí. Como hasta las ocho.

—Ya veo... Pero yo no le puedo pagar tanto por la habitación, solo soy una turista.

—¿Cuánto puede pagar?

—Unos diez dólares —aventuré.

—Treinta es lo menos.

—Veinte dólares y me quedo.

—Veinticinco.

—Está bien. Dejémoslo así —concluí. Miré el miserable cuarto y pensé que, por ese dinero, en Asia o Suramérica tendría un *bungalow* con hamaca delante de la playa.

Rosa aceptó. Estaba a punto de salir del cuarto cuando se giró y me dijo:

—Ah, por si no se ha dado cuenta, la habitación no tiene llave.

Miré el lugar donde debía haber estado el pomo, y era cierto: allí solo figuraba el agujero.

—Pero... —empecé a decir, señalando la puerta.

—No se preocupe —me interrumpió con un gesto—. Aquí nadie roba.

—Si usted lo dice...

—Bueno, nadie... —añadió sonriendo— excepto ya sabe... —Y arqueó las cejas, como señalando hacia arriba con ellas.

—Sí, claro —asentí indiferente, sin arriesgarme a pecar de efusiva, por si las moscas.

Una vez sola en la habitación, tapé el agujero de la puerta con una bolsa de plástico y me bañé con el barreño que flotaba en el bidón de agua. Después cambié mis ropas por otras más adecuadas a aquellas latitudes, me calé una gorra y unas gafas oscuras, y salí a la calle.

En realidad no iba a ningún sitio en concreto, tan solo pretendía estirar las piernas y salir de mi asfixiante dormitorio. Comencé a caminar sin rumbo hasta topar con el maltrecho malecón a la hora que la puesta de sol comenzaba a insinuarse, y no pude menos que quedarme a contemplarla apoyada en la baranda de cemento. Las grandes bandadas de murciélagos frutícolas, que ya había visto en otras ocasiones, eran aún más numerosas en aquella región de Bioko y llegaban a ensombrecer buena parte del cielo con sus negras alas. Lanzando agudos chillidos, los murciélagos se dejaban caer desde las copas de las palmeras que flanqueaban las aceras en aquella parte de la ciudad. El disco solar se inflamó al tomar contacto con el horizonte. Para cuando se hundió totalmente en el océano, la penumbra se había adueñado de las calles y solo unas desperdigadas farolas me permitían ver por dónde andaba. Seguí caminando por la avenida de la Independencia hasta llegar a la catedral, posiblemente el edificio más alto de toda la ciudad y sin duda el más atractivo, pues aunque su fachada color pastel sufre como el resto de la ciudad los efectos del moho y la apatía, sus dos campanarios gemelos de amplios ventanales no dejan de destacar entre el monótono desaguisado urbano de Malabo. Frente a la catedral, que nunca supe en honor de qué santo o virgen fue erigida, la presumida plaza de la Independencia se ofrece con sus bancos y palmeras como un oasis para el descanso del paseante. En uno de esos bancos me senté para observar el enrejado que separa la ciudad civil del complejo presidencial, una porción considerable de Malabo que fue amputada por el primer presidente que tuvo el país, es decir, requisada por decreto para

uso del gobierno y nunca devuelta a los ciudadanos de la capital. Cavilaba que al otro lado de aquellas verjas se encontraban los responsables de casi todas las desgracias que acosan Guinea, y que no parecía tan difícil tomar aquella bastilla en el caso de una improbable revolución, que, de todas formas, estaría abocada al fracaso por falta de apoyo exterior.

En el camino de vuelta hacia mi habitación, me senté en un pequeño comedor a cenar algo. La señora, grande y gritona, apenas despegaba los ojos de la televisión y tardó sus buenos diez minutos en acercarse a preguntarme qué quería.

—¿Qué tiene para cenar?

—Sopa de cocodrilo y puerco espín.

—Pues creo que tomaré la sopa.

—¿De beber?

—Una 33, por favor. Bien fría.

La señora trajo al cabo de un rato la cerveza, que estaba lejos de estar fría. Mientras esperaba la comida, me arrellané en la silla de plástico y me entretuve en contemplar la cada vez más animada calle. Algunas mujeres sacaban sus improvisadas parrillas para vender alitas de pollo en la acera y vendedores nigerianos paseaban con su ristra de collares y pulseras artesanales. Hasta los coches comenzaron a circular con mayor asiduidad. Y en uno de ellos, uno de los excepcionales, un Ford Explorer negro con cristales tintados, un hombre conducía despreocupadamente con el codo en la ventana y unas incongruentes gafas de espejo cuando el sol hacía rato que se había puesto. Estaba bastante oscuro y el coche pasó a seis o siete metros de distancia, pero reconocí la cara de aquel hombre y el corazón se me heló.

De nuevo, como si el destino tratara de decirme algo, volvía a encontrarme con ese sádico rostro que jamás podré olvidar.

El capitán Anastasio al volante de su todoterreno negro me persiguió en mis pesadillas a lo largo de la larga y asfixiante noche. Refugiada en el interior de mi mosquitera, desnuda y cubierta de polvos de talco para absorber el pegajoso sudor nocturno (un eficaz truco que me enseñó un amigo), descubrí que, cuando afirmó que habría electricidad hasta las ocho, la señora Rosa no se refería a las ocho de la mañana.

Impaciente, a primera hora, arrastrando mi sueño perdido por las calles que comenzaban a desperezarse, me acerqué con la mochila al hombro a la esquina de donde parten las camionetas para Luba. Tomé la primera en la que había plaza libre. Tras dejar atrás rápidamente los suburbios de Malabo, nos internamos con rapidez en una carretera que transita a través de la selva virgen y antiguas plantaciones de cacao abandonadas. Quizá fue por entre esas mismas plantaciones que, llevada de la mano por Gabriel, escapé de aquel camión militar. Atravesamos pequeños poblados como Basupú o Bataicopo y, a la altura de Arena Blanca, la vía se arrimó a la costa y bordeó la amplia bahía de Luba hasta llegar a la población que le da nombre. En el único hotel del pueblo que se identificaba como tal —un cuasi abandonado edificio blanco a la misma orilla del agua, que en tiempos de la colonia fue un club náutico— encontré una habitación libre. Inocentemente, giré la llave de la ducha para obtener agua corriente, pero, por supuesto, nada salió del grifo. Así que dejé mis cosas y opté por acercarme a la misión de las franciscanas, quienes —ahora me parecía que todo aquello había sucedido en una vida anterior— tanto me habían ayudado durante mi huída.

Esta vez era de día y no escapaba de la muerte. Cuando llamé a la puerta, esperaba encontrármelas a las tres, abrazarlas como a viejas amigas y agradecerles una vez más lo que habían hecho por mí. Sin embargo, fue una joven novicia guineana quien me abrió la puerta.

—¿Qué desea?

—Hola, buenos días. Buscaba a las hermanas Julia, Cecilia y Antonia.

—¿De parte?

—Solo dígales que soy una vieja amiga española.

La muchacha se rascó la nuca por debajo de la cofia.

—Verá... Es que esas hermanas ya no están en esta misión. Las trasladaron.

—¿Las trasladaron? ¿Adónde?

—Creo que a Camerún.

—Pero ¿sabe por qué? ¿Tuvieron algún problema con las autoridades?

—No lo sé, lo siento. Yo he llegado aquí hace pocos días y no sé nada de eso.

—¿Y no hay nadie en la misión que lo sepa? —insistí, inquieta con la posibilidad de que por mi culpa las hubieran expulsado del país.

—Toda esta semana estoy yo sola, lo siento.

—No, está bien... Gracias.

Y tan decepcionada como preocupada por las posibles represalias que pudieran haber sufrido las misioneras por mi causa, di media vuelta y me acerqué al siempre vacío restaurante Jemaro, propiedad del libanés que cocinaba el mejor bisu de todo el África occidental. A pesar de que había ido a comer en numerosas ocasiones a su establecimiento, el dueño no llegó a reconocermé con las gafas oscuras y aquel pelo rubio bajo la gorra. Este hecho me tranquilizó, pues demostraba que mi simple disfraz era más consistente de lo que imaginaba.

Tan pronto como acabé de almorzar, me encaminé hacia la parte alta del pueblo para buscar la casa —por llamarla de algún modo— de María y su hija Paula. Las calles eran más bien quebradas. Por ellas descendía el agua procedente de la montaña en busca del mar en forma de sucios arroyuelos. La idéntica forma y construcción de las viviendas, a base de madera y nipa, me hacía imposible adivinar en cuál de ellas estuve escondida. Anduve cerca de dos horas, recorriendo una y otra vez las mismas calles, hasta que me cansé de deambular sin sentido y llamé a la puerta de una chabola cualquiera.

Una anciana de mirada inquisitiva apareció en el umbral.

—Buenas tardes —dije—. ¿Sabría decirme en qué casa viven la señora María y su hija Paula?

La señora continuó mirándome escrutadora y al final preguntó:

—¿La que tiene una niña con SIDA?

—Sí, exacto. ¿Sabría indicarme cuál es su casa?

—Oh... Ya no está —afirmó, abriendo las manos.

—¿Quién no está? ¿La señora?

—Ni la señora, ni la casa, ni la hija... —dijo con tristeza—. A ellas se las llevaron y la casa, la derribaron.

—Y... ¿no han vuelto a saber de ellas? —pregunté, sabiendo de antemano la respuesta.

La abuela meneó la cabeza, afligida.

—¿Los militares? —insistí.

La señora encogió sus estrechos hombros.

—Dijeron que eran terroristas.

Aunque esa era la respuesta que me esperaba, no pude evitar la sensación de que un cuchillo me atravesaba el corazón.

—Dios mío... —mascullé entre dientes.

La señora asintió lentamente. Me despedí de ella con un breve gesto y me di la vuelta con lágrimas en los ojos, cargada de ira e impotencia.

Caminé sin pensar adónde iba, con la vista encharcada de dolor y un sentimiento de culpabilidad del que no podía evadirme. Era a mí a quien buscaban aquella noche. Sabía perfectamente que si María y Paula no habían regresado ya, nunca lo harían.

Lamenté no haber tenido el valor la noche pasada de tomar un cuchillo de la mesa del restaurante y saltar sobre la garganta del capitán Anastasio.

Ya no tenía nada que hacer en Luba. Las mujeres a quienes había ido a ver y a quienes tanto debía habían desaparecido; algunas, definitivamente. Y todo ello por mi causa. Pensé por un momento en preguntar por Gabriel entre los antiguos vecinos, pero deseché la idea inmediatamente por temor a implicar a nadie más en mi pesadilla y, sobre todo, para no llamar la atención más de la cuenta y meterme de nuevo en problemas.

Mis pasos me llevaron de nuevo al hotel. La cabeza me daba vueltas y el ánimo venía arrastrándose detrás de mí. No solo no había averiguado nada sobre Gabriel, sino que además había descubierto que mi persecución por parte de los militares se había cobrado víctimas inocentes a las que imperdonablemente impliqué. El premio a la bondad de estas mujeres fue la deportación y la muerte.

Mientras preparaba el viaje, en Vitoria, estaba convencida de que todo iba a resultar cinematográficamente sencillo. Llegaría a Luba, encontraría el rastro de Gabriel y, tirando del hilo, conseguiría llegar hasta él para luego salir juntos del país.

Ahora veía cuán ingenua había sido y comprendí que ese sueño no iba a cumplirse.

El remordimiento por todo el mal que, aunque inconscientemente, había causado en aquellos que me habían ayudado de algún modo, me secuestró el sueño y solo conseguí conciliarlo gracias a un somnífero.

Cuando desperté, ya entrado el día, las olas batían con fuerza contra las rocas sobre las que se levantaba el hotel. Ante la imposibilidad de ducharme por falta de agua, bajé a una pequeña playa adyacente de arena negra, y al menos pude enjabonarme y refrescarme, aun a sabiendas de que la sal del agua acabaría siendo tan molesta como la misma suciedad de la que trataba de librarme. De regreso al hotel, torcí el gesto al pasar junto a un curioso cartel oficial que literalmente exigía: «Atención al turista bajo pena de multa». Cosas de Guinea.

No tenía sentido prolongar mi estancia en aquel lugar, así que preparé mi mochila y salí a la supuesta recepción. Esta se encontraba tan vacía de personas como de mobiliario. Recordé que el día anterior, al llegar, una señora en la puerta del recinto fue quien me indicó que tomara aquella habitación, y ahora ni siquiera ella aparecía por ningún lado. Caí en la cuenta de que no había visto a nadie más, ni empleados ni huéspedes, en las veinticuatro horas que llevaba allí, lo que podía significar que el hotel estaba abandonado. Eso explicaría la falta de luz, agua corriente o sábanas. Así que no perdí más tiempo esperando a alguien a quien pagar un inexistente servicio, me cargué la mochila a la espalda y tomé una camioneta de regreso a Malabo.

Nada más llegar, me acerqué a la única agencia de viajes del centro, en la avenida Independencia, y compré un billete en el vuelo de la tarde a Bata. A pesar de la decepción que había supuesto la visita a Luba y de lo remoto de las posibilidades, durante el trayecto en camioneta llegué a la determinación de que, ya que había viajado hasta Guinea, no podía marcharme sin tratar de localizar a Gabriel en la región continental, donde lo había visto por última vez.

Dejé la mochila en la misma agencia de viajes y para hacer tiempo opté por pasear por los arrabales de la ciudad, que apenas había llegado a conocer. Subí por la avenida Tres de Agosto y a mano izquierda vi como se desplegaba el barrio de Lamber, un laberinto de chabolas con tejados de chapa y calles recorridas por riachuelos de aguas fecales. Sin dudarlo, me adentré en el humilde suburbio. Era una barriada pobre a las afueras de una ciudad calamitosa en un país hundido en la miseria: el África real, la de los africanos. Caminar por aquellas calles era como hacerlo por las afueras de Nairobi, Lagos o Freetown. Este es el hábitat donde se concentra la mayoría de la población, muy lejana de los turísticos parques nacionales o de los centros de negocios donde se da salida al expolio de todo un continente. El mundo «civilizado» es incapaz siquiera de imaginar que existe esta realidad, pero ella es la vida cotidiana para la inmensa mayoría de los africanos.

Mientras paseaba entre aquella sucesión de paredes hechas con cartones usados, de basura pudriéndose en las esquinas y de carteles surrealistas con la imagen de Obiang bajo el lema «POR UNA GUINEA MEJOR» pegados en patéticas chabolas que apenas se sostenían en pie, me vinieron a la memoria algunos deprimentes artículos que había leído en internet pocos días atrás. En uno de ellos se explicaba que la mortalidad infantil africana era once veces superior a la europea y que la esperanza de vida había descendido en picado en todo el continente; ahora ya rondaba en muchos países los cuarenta años, casi la mitad de la media española. Esos mismos años son los que se calcula que necesitaría África para volver a recuperar, simplemente, el paupérrimo nivel de vida de los años setenta, en el improbable supuesto, claro está, que frenara su imparable descenso a los infiernos.

En una esquina de la polvorienta calle alguien había instalado una suerte de terraza con un par de mesas cojas y sillas de plástico. Decidí sentarme al resguardo del sol bajo el porche oxidado y pedí una cerveza que me hizo recordar que las neveras no abundan en Guinea.

Un pequeño perro marrón de raza indefinida y mirada triste se acercó cojeando, con la cabeza gacha, esperando algo o a alguien que nunca iba a llegar. Un niño de unos seis o siete años, totalmente desnudo y con un cordelito rojo rodeándole la hinchada barriga, se acercó entonces hasta el perro y apoyó la mano en su cabeza, como si fueran viejos compañeros de armas y correrías. Ambos me observaban con la misma expresión de curiosidad y recelo, y cuando apenas levanté la mano para saludarles con una sonrisa, echaron a correr como uno solo, ladrando uno, riendo el otro.

Mientras, un anciano que se apoyaba en un gastado bastón se había acercado. Se sentó en la silla libre y se apoyó en la mesa para examinarme sin disimulo, aún más de cerca.

—Buenos días —dije, y el anciano alzó las cejas en señal de sobresalto.

—¿Española? —preguntó sorprendido.

—Pues... sí —repuse, divertida con su actitud—. ¿Por qué lo pregunta?

—Yo también soy español.

—¿En serio? —Ahora la sorprendida era yo.

—¡Claro! —exclamó—. ¡Todos los guineanos somos españoles!

—Bueno, que yo sepa, se independizaron hace ya algunos años, ¿no?

El abuelo acercó su cabeza en actitud confidencial.

—Ellos nos engañaron, ¿sabe?

—¿A quién se refiere? —pregunté, haciéndome la despistada.

—A todos. A Macías Nguema, que quería el país para él y su familia, hasta que Obiang, el sobrino, lo mató y se puso él de presidente. Pero los dos son iguales. —Entonces se recostó en la silla y señaló alrededor—. Cuando yo era joven, teníamos electricidad, agua corriente, cines, hospitales, escuelas... Éramos la envidia de África. Y mírenos ahora... —dijo, señalándose a sí mismo con tristeza.

—Se refiere a los tiempos de la colonia, ¿no?

—No nos trataban bien los españoles, ¿sabe? Algunos nos llamaban micos. Solo se acordaban de nosotros en los anuncios de Colacao. Nosotros éramos «aquel negrito del África tropical».

—¿Y echa de menos aquella época? —inquirí extrañada.

—¡Cómo no! ¡Estábamos mil veces mejor que ahora! —dijo alzando la voz—. Aunque éramos los más pobres de todos y nos veían como a animales salvajes, éramos ciudadanos españoles. Ahora no tenemos nada. Nos engañaron diciendo: «Los españoles se llevan el dinero. Cuando Guinea sea independiente viviréis como blancos». Y ya ve... —dijo, mirando en derredor—. Seguimos esperando.

—De verdad que lo siento —murmuré, sin tener que simular el sentimiento—. Ojalá lo hubiéramos hecho mejor.

—Fue culpa de todos —afirmó convencido—. Si no nos hubieran tratado como a esclavos, quien sabe, quizá no habríamos votado por la independencia. Y no nos habríamos dejado engañar por esos cabrones...

—Bueno, eso nunca lo sabremos.

—Pero, dígame —dijo, cambiando a un tono más jovial—, ¿qué hace una española tan guapa paseando por Lamber?

—En realidad, nada. Solo hago tiempo antes de tomar un vuelo a Bata.

—¡Qué lástima! —dijo, guiñándome el ojo—. La habría llevado a bailar, soy muy buen bailarín.

—Estoy segura de ello —asentí sonriente.

—¿Y qué la ha traído a Guinea Ecuatorial?

—El turismo —aseveré algo dubitativa y di un trago a la cerveza—. Soy turista.

—Nadie viene a Guinea de turismo —replicó con escepticismo.

—Eso ya me lo han dicho antes... y en parte tienen razón. También he venido buscando a un amigo.

—Ah —dijo, y me guiñó el ojo de nuevo—, ahora lo entiendo. ¿Y yo no le sirvo? —preguntó con una pícara sonrisa desdentada.

No pude evitar una corriente de simpatía hacia el viejecito.

—Lo siento —dije con aire compungido—. Pero mi corazón ya está ocupado por la persona a la que estoy buscando.

—Un muchacho con suerte, sin duda. A lo mejor incluso lo conozco. ¿Vive en Bata?

—En realidad... no sé dónde vive.

—¿Y cómo piensa encontrarlo si no sabe dónde vive?

—Pues, la verdad, eso tampoco lo sé.

El hombre se frotó la barbilla, meditando.

—¿Sabe? A lo mejor puedo ayudarla. Guinea Ecuatorial es muy pequeña y todo el mundo se conoce. Si me dice el nombre puedo preguntar a amigos y parientes, y a lo mejor, cuando vuelva de Bata, ya he dado con él.

—Eso sería estupendo. —Saqué de mi bolso papel y bolígrafo—. Le dejo apuntado debajo del nombre de mi amigo —dije mientras escribía—, mi correo electrónico y mi teléfono. Y si me ayuda a encontrarlo le aseguro que se lo agradeceré generosamente.

Lo apunté todo con letra clara y le pasé el papel al señor.

—Lo que no entiendo —dijo él, mirando lo que le había escrito— es que venga a buscar a alguien desde España y no sepa dónde vive, o cómo hallarlo.

—Lo cierto —admití, confiada— es que tiene problemas. Y creo que debe de estar escondido.

El anciano me miró inquisitivo.

—¿Por política?

—Algo así...

—¿Bubi o fang?

—Bubi.

El hombre apretó los labios, como si no se decidiera a explicar algo.

—Hay un lugar —dijo al fin, vacilando— en este mismo barrio en el que los bubis perseguidos por Obiang suelen encontrarse.

—¿Y usted piensa que mi amigo...?

—Si es bubi y tiene problemas, puede que allí lo conozcan.

—Entonces... ¿cree que podría preguntar por Gabriel a esa gente?

Por respuesta, el anciano se apoyó en su bastón y se puso en pie decididamente.

—Mejor que eso, señorita. Voy a llevarla con ellos.

—Yo me llamo José —dijo el anciano, mientras caminaba a mi lado cojeando ostensiblemente.

—Y yo, Karen... Blanca.

—Encantado, Karenblanca.

—No, solo Blanca.

—De acuerdo, Soloblanca.

—No, perdone, mi nombre es... —Y de reojo vi como el abuelo se contenía la risa—. ¿No le han dicho nunca que es de mala educación burlarse de una dama? —pregunté con fingida indignación.

—Discúlpeme, señorita —alegó, aún con la sonrisa enganchada a la comisura de los labios—. Pero es que a uno se le presentan tan pocas oportunidades para reírse de un blanco...

—Está bien —concedí con una sonrisa—. Disfrute el momento.

Proseguimos con nuestro paseo, internándonos cada vez más en lo que podría ser la versión decrepita de un barrio de favelas. A cada paso, la miseria asaltaba las pupilas con descorazonadoras visiones de niños jugando con el esqueleto de plástico de lo que un día fue un coche de bomberos, de mujeres con pechos marchitos amamantando bebés, o de buitres alimentándose de ratas muertas en medio de la calle.

—¿Vive usted aquí? —pregunté decaída.

—No, yo tengo un pequeño palacio justo al lado del de Obiang.

—Me alegra ver que al menos no pierde el buen humor.

—No me queda mucho más, querida. Es la última trinchera contra la desesperación.

—Ya, comprendo.

—No, no lo puede comprender —replicó lánguidamente—. Nadie que no pase toda su vida entre la basura, sin presente y sin futuro, sabiendo que sus hijos y sus nietos vivirán y morirán en este basurero, puede comprender nada. No —se repitió a sí mismo—, no se puede.

Tras un enrevesado paseo —quizá dando más vueltas de las necesarias— por callejones en los que flotaba un olor dulzón a podredumbre, nos detuvimos frente a una chabola como cualquier otra. José llamó a viva voz a un tal Augusto. Una voz respondió desde dentro, y un hombre —supongo que el aludido— apareció en la puerta. Tuvo que pestañear un par de veces al verme, para convencerse de que sus ojos no le engañaban.

Caí en la cuenta entonces de que podía no ser bien recibida mi presencia entre una comunidad de prófugos. Sin duda, una mujer blanca a la puerta de la casa no era la mejor situación para pasar desapercibidos en aquel barrio. La sensación se vio reforzada, además, cuando el hombre comenzó a discutir airadamente con el anciano en una lengua indescifrable, seguramente bubi.

Por supuesto, no entendía una palabra, pero el lenguaje corporal dejaba muy a las claras que no era bienvenida y que al amigo no le hacía ni puñetera gracia que yo estuviera plantada delante de su casa. Al cabo de un rato de encendida discusión, el hombre pareció relajarse un poco y me miró directamente, sin ocultar su desconfianza y hostilidad.

—¿Cómo te llamas? —inquirió sin preámbulos.

—Blanca Idoia.

—¿Y a quién buscas?

—A Gabriel Biné.

—No conozco a nadie llamado así.

—¿Y no hay alguien más a quien pueda preguntar?

—No —contestó secamente.

—Pero...

—He dicho que no.

Estaba claro: la idea no había sido tan buena.

—De acuerdo, no les molesto más. Ya me voy.

Y sin decir ni adiós, el hombre se dio la vuelta y entró de nuevo en la casa.

José me miró desolado y se encogió de hombros.

—No se preocupe, usted ha hecho todo lo posible —lo consolé.

—Lo siento. Creí que la podrían ayudar, no pensaba que fuera a enfadarse tanto.

—Bueno, al fin y al cabo, es bastante lógica su actitud.

—Lo siento —repitió.

—No le demos más vueltas —dije, tratando de parecer despreocupada—. Acompáñeme al bar donde nos hemos encontrado y le invito a una cerveza. ¿Hace?

—Hace, querida. Ya lo creo que hace.

El camino de regreso fue mucho más corto que el de ida —lo que confirmó mis anteriores sospechas— y diez minutos después ya estábamos sentados a la misma mesa frente a una cerveza tibia.

Pasamos un buen rato repasando los muchos males de Guinea y José me hizo una somera descripción de los turbulentos días de la descolonización.

—Fuimos una región autónoma hasta 1964 —me dijo—, pero las Naciones Unidas presionaron para que España saliera del país. Imagino yo que fue porque las petroleras calculaban que les daría más dinero negociar con un dictador corrupto que con España. Así que, sin estar preparados para ello y con buena parte de los guineanos pensando que todo iba demasiado deprisa, se realizó un referéndum en 1968 y ganó el «sí». Unos meses después se hicieron las elecciones que ganó Macías, a quien el compatriota de usted Manuel Fraga entregó la presidencia el 12 de octubre del mismo año. —José tomó un sorbo de su botella y perdió la mirada sobre las techumbres de Lamber—. Ese mismo día comenzaron los disturbios. Quemaron iglesias, derribaron estatuas y atacaron a algunos de los miles de españoles que vivían y trabajaban en Guinea.

—¿Y entonces se marcharon los españoles?

—No, fue como un año después. Macías se volvió loco de remate y el ministro de exteriores trató de dar un golpe de estado, cosa que le costó el cuello. Macías estaba convencido de que España estaba detrás de aquello, así que empezó a poner a la gente en contra de los españoles, hasta que la policía llegó incluso a matar a alguno.

—Joder...

—Sí, la verdad es que fue una mala época. Al final, la mayoría de los colonos tuvieron que salir huyendo protegidos por la Guardia Civil.

—Tuvo que ser terrible.

—Imagínese. Algunos llevaban toda la vida aquí y tuvieron que irse corriendo con lo puesto. Desde ese día, Guinea se fue a la mierda —afirmó sin ambages—. Nos quedamos sin empresas, sin comercios, sin plantaciones... El gobierno, ya sin molestos testigos de piel blanca, pudo dedicarse a lo que mejor sabía hacer: robar.

El anciano se quedó en silencio con la mirada perdida.

—Es una historia triste —murmuré en voz baja.

—Muy triste —coincidió.

Y de pronto, como si hubiera recordado una cita urgente, se apoyó en la mesa y se puso en pie.

—En fin, querida. Ya no la aburro más con mis historias.

—No me aburre en absoluto. Es usted una persona muy interesante. Aunque me sorprende que se atreva a hablar de ciertos temas con una desconocida.

—Bueno, no tiene usted aspecto de policía. Además, ya soy muy viejo. Me moriré un día de estos y aprovecho para decir lo que me da la gana, ya me da igual lo que puedan hacerme los militares.

—Es un hombre valiente.

—Gracias por adular a un viejo —dijo, tratando de sonreír—. Le deseo toda la suerte para encontrar a su amigo.

—Gracias a usted. Cuídese.

Se despidió con una inclinación de cabeza y se alejó cojeando calle abajo.

Apuré mi cerveza, puesto que ya era hora de encaminarme a la agencia de viajes para recoger mi equipaje e ir al aeropuerto. Tomé mi bolso del suelo y, al levantar la vista, me encontré frente a unos ojos negros que me miraban con asombro.

—Me gustas más morena —dijo la boca bajo esos ojos.

Dio un paso hacia delante y me besó apasionadamente en los labios.

—Pero ¿cómo...? —conseguí articular a duras penas con la voz entrecortada.

—Muy sencillo —dijo, tomándose la mano por encima de la mesa—. En realidad, sí que estaba en la casa a la que fuiste.

—Pero aquel hombre...

—Augusto no sabe cómo me llamo. Como todos los que huimos de Obiang y sus secuaces, me cambié el nombre. Para ellos soy Leo.

—¿Por qué?

—Nunca se sabe quién puede estar escuchando.

—Y... ¿en realidad te llamas Gabriel? —inquirí suspicaz.

Al guineano se le escapó una breve carcajada.

—¡Por supuesto! A ti nunca te engañaría.

—¡Ah! ¡Pero si me abandonaste en aquel hospital de Cogo!

—Eso no tiene nada que ver.

—Pues para mí, es tan malo lo uno como lo otro. ¿Por qué lo hiciste?

—No me gustan las despedidas... —argumentó abriendo las manos.

—¿Y esa es tu excusa para dejarme tirada?

—No sé qué quieres decir con «dejar tirada», pero me pareció que estabas en buenas manos.

—¡Pero no se puede desaparecer de ese modo! —le recliné enojada—. Ni siquiera me dejaste un teléfono ni una dirección para localizarte.

—Lo siento —dijo, pasándome la mano por la espalda—. En ese momento creí que era lo mejor. No imaginaba que desearas volver a verme.

—Pues ya ves... Una es así de tonta.

—No digas eso —dijo, y me pellizcó la barbilla—. Es un milagro que estés aquí.

—Lo que es un puñetero milagro es que nos hayamos encontrado. Aún no acabo de creerlo.

—Es verdad —sonrió feliz—. Pensé que jamás volvería a verte. —Y volvió a besarme dulcemente.

Yo también estaba feliz. En realidad, mucho más que feliz. Estaba exultante, invadida por un sentimiento de alegría como no lo había estado en toda mi vida.

—Pero, cuéntame —me interesé, sin poder borrar la sonrisa de mi cara—. ¿Cómo te las has arreglado hasta hoy? ¿Por qué regresaste a Malabo?

Gabriel se echó atrás en la silla, torciendo el gesto.

—Intenté ocultarme en varios lugares de la región continental —dijo con voz cansada—, pero como sabes yo soy bubi, y la población del continente es fang.

—¿Y qué?

—Pues que enseguida llamaba la atención. Es muy raro que un bubi salga de la isla de Bioko, y en cualquier momento hubiera podido llamar la atención de un policía o un chivato. Entonces hubiera estado perdido. De modo que decidí venir a refugiarme en Malabo, entre mi gente, donde puedo pasar desapercibido.

—¿Y no trataste de salir de Guinea?

—Lo intenté. Pero sin documentos ni dinero, me resultó imposible siquiera acercarme a la frontera. Así que no tuve más remedio que quedarme y esconderme.

—En fin —apunté, sonriente—, al menos sirvió para que pudiera encontrarte. Supongo que debe de ser cosa del destino.

—Quizá.

—Bueno, lo importante es que de nuevo estamos juntos —denoté, tomando sus manos entre las mías, con el corazón henchido de júbilo— y no sabes lo feliz que eso me hace.

Pasamos más de una hora celebrando nuestro reencuentro en aquel pequeño bar. Yo le expliqué todo lo que había hecho: primero, para intentar sacarle del país; luego, para venir yo misma a buscarlo. Él me relató las dificultades por las que había pasado para poder llegar a Malabo con el mismo barco en el que hicimos la ruta inversa. De la señora María y de su hija Paula tampoco él sabía nada, pero, circunspecto, coincidió conmigo en que, dada la edad de una y la salud de la otra, difícilmente habrían superado la prueba de las cárceles guineanas.

Nos separamos con desgana, pues yo tenía que ir a buscar mi mochila a la agencia de viajes antes de que cerraran. Decidimos que lo mejor sería que fuera sola para evitar que nos vieran juntos, luego tomaría varios taxis para

evitar que nadie me siguiera y acabaríamos encontrándonos una hora más tarde en ese mismo lugar.

Exactamente una hora después estaba de regreso. Gabriel seguía esperándome en la misma mesa. Alquilamos una habitación en una miserable pensión del mismo barrio de Lamber a la que solo siendo generosa le habría podido atribuir el calificativo de chabola. Pero no me importó.

La dueña me miró con incredulidad cuando le alquilé el cuartucho sin luz ni agua ni baño. Las paredes de cartón y caña dejaban pasar olores, ruidos y mosquitos en tropel, y aquella era sin duda la cama más sucia en la que había dormido en toda mi vida. Pero tampoco me importó.

Cerré la puerta tras de mí. Dejé la mochila en el suelo y me senté en el borde de la cama.

Gabriel me imitó.

—Gracias por venir a buscarme —susurró en mi oído.

—Gracias por esperarme —repliqué, aunque enseguida me di cuenta de la tontería que acababa de decir.

Ambos nos reímos de pura felicidad, nos abrazamos y nos dejamos caer en la cama. Así nos quedamos durante lo que me parecieron horas, enlazados en silencio, sin necesidad de decir nada porque las palabras habrían dicho menos que el simple rumor de nuestra respiración. Durante ese largo rato creo que lloré un par de veces, también reí otras tantas sin motivo. Al cabo, nos besamos. Primero, muy despacio, saboreando nuestros labios y acariciándonos las caras sin acabar de creernos que estuviéramos de nuevo juntos, exactamente igual —me daba cuenta ahora— a como lo había imaginado cada día de los que pasé separada de él.

Poco a poco aumentó la intensidad de los besos, y la pasión que llevaba tanto tiempo contenida comenzó a romper los nudos de la cordura y se escapó al control que hasta ese día me había acompañado en mis anteriores relaciones. Ahora estaba en África, en brazos de un africano, y el sentido común se diluía en el calor de la noche y en el de nuestros cuerpos cada vez más ligeros de ropa y tapujos.

Nos quedamos desnudos sin darme cuenta. Solo era parcialmente consciente de que una boca recorría mi cuerpo sembrándolo de besos. Primero se demoró en el cuello. Lo mordisqueó suavemente, erizándome el vello de la nuca y provocando una corriente de placer que me llegó hasta la punta de los pies. Después de recrearse en mis hombros, descendió hasta mis pechos erectos, lamiendo con suavidad su contorno y avanzando en círculos

hasta llegar a la cima para besar los pezones con fruición y ansia, excitándome hasta límites insoportables.

Entonces descendió por mi estómago y se entretuvo en mi ombligo antes de morder dulcemente los huesos de mi pelvis, lo cual me provocaba una extraña mezcla de cosquillas y placer irresistible. De ahí, su lengua recorrió la escasa distancia que llevaba a mi pubis y, tras una serie de hábiles besos, se abrió paso entre mis piernas. Después ascendió hasta mi altura y sentí que una parte de él entraba en mí como si yo llevara toda la vida esperándolo, y que me llegaba a las entrañas, empujándome hasta el delirio entre jadeos y gemidos de placer.

Horas más tarde, rendida en la cama, dejaba vagar la mirada por las cañas del techo y las manchas de humedad de las frágiles paredes. No quería pensar en nada, era feliz ahí y entonces. Desnuda, con una pierna y un brazo de Gabriel, que yacía boca abajo a mi lado, descansando sobre mi cuerpo, temía que cualquier pensamiento que se colara en mi mente solo sirviera para estropear aquel instante de exhausto deleite. Pero, inesperadamente, fue Gabriel quien habló primero.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó sencillamente.

La pregunta me habría sumido en una honda tristeza si no hubiera tenido una buena respuesta para ella.

—Espera —dije, saltando de la cama—, tengo un regalo para ti.

—¿Un regalo?

—Verás, te va a encantar.

Abrí mi mochila y a tientas encontré mi mechero y una pequeña navaja suiza. Con cuidado rasgué un doble forro interior de la mochila. Dejé la navaja en el suelo, metí la mano y saqué un pequeño sobre envuelto en plástico. Gabriel me miraba intrigado mientras sujetaba el encendedor. Desenvolví el paquete y, finalmente, extraje del sobre una pequeña libretita de color granate con la palabra «España» grabada en dorado en la tapa.

—¿Qué es esto? —preguntó perplejo.

—¿A ti qué te parece? —dije riendo.

—Es un pasaporte español. Pero... no entiendo —lo abrió, y vio la cara de un hombre negro y un nombre que no era el suyo junto a la foto—. ¿Quién es este?

—A partir de ahora, eres tú —repuse entusiasmada.

—Pero el de la foto no soy yo —replicó.

—Se parece bastante y eso es suficiente. Nadie sale en los pasaportes con su cara de verdad. No tendrás problemas en aduanas, hasta lleva el visado de Guinea y un sello de entrada falso. Con esto —afirmé ilusionada, señalando el documento— podrás... podremos salir de Guinea y marcharnos a España.

Gabriel lo miró detenidamente a la luz de la llama durante un buen rato. Finalmente lo cerró, volvió a introducirlo en el sobre y me lo devolvió.

—Lo siento —dijo con pesadumbre—, pero no puedo aceptarlo.

Oí lo que dijo, pero no podía creerlo.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Por qué?

—No puedo salir de Guinea.

—Pero con este pasaporte... —protesté, esgrimiéndolo ante él.

—Lo que quiero decirte —musitó, al mismo tiempo que se ponía de rodillas en la cama y me tomaba de la mano— es que no deseo salir de Guinea.

—Vamos a ver, Gabriel —dije, tratando de mantener la calma—. ¿Me puedes explicar qué quieres decir con eso de que no deseas marcharte? ¿Te has vuelto loco?

—Lo siento, Blanca. Pero ya tomé la decisión.

—¿Comprendes que he venido desde España, arriesgándome a caer de nuevo en manos de los militares, solo para salvarte?

—Por supuesto que lo comprendo, y no sabes lo feliz que me has hecho.

—Pero no te quieres venir conmigo.

—No... Es decir, sí. Pero aún no.

—¿Aún no? —inquirí atónita—. ¿Por qué? ¿Tienes ropa en la lavandería? Gabriel bajó la vista, apretando los labios.

—¿Sabes lo que les ha sucedido a mis padres? —preguntó al cabo de un rato.

El dolido semblante del guineano me dijo que nada bueno.

—No, no lo sé.

—Pues yo tampoco, Blanca. Han desaparecido de la faz de la tierra sin dejar rastro. ¿Sabes lo que eso puede significar?

—Me lo imagino...

—¿Y crees entonces que me puedo marchar así, por las buenas?

—Pero ¿qué puedes hacer? —Fue una afirmación más que una pregunta—. ¿Entregarte?

—Lo pensé, pero no creo que así los liberaran... si es que están vivos aún.

—¿Entonces? —exclamé—. ¿Vas a asaltar la cárcel tú solo? ¿Vas a matar al presidente?

Y al oír estas últimas palabras, levantó la cabeza y los ojos le brillaron con un frío reflejo.

—Estás loco —le dije como si repentinamente aquel hombre fuera un desconocido.

—Puede —asintió, encogiéndose de hombros.

—Te matarán como a un perro antes de que te acerques siquiera.

—Quizá.

—¡Pero estamos hablando de un asesinato!

—Dilo más alto, creo que en la comisaría no te han oído bien.

—¡Pero Gabriel! Eso no está bien... No está bien. Tú no eres así. Eso sería... sería terrorismo.

—¿Terrorismo? —replicó, súbitamente indignado—. ¿Cómo puedes decir eso? Tú has visto lo que pasa en este país. Si nadie hace nada para evitarlo, la familia Obiang irá heredando el poder durante generaciones y hundirá cada vez más a Guinea en la miseria.

—Pero matar es ponerse a su altura.

—No digas bobadas —rebatí aún más molesto—. Él es un ladrón y un asesino, y yo voy a tratar de detenerlo de la única forma posible.

—Tiene que haber otra manera, Gabriel —repuse, buscando que se calmara—. La violencia solo engendra violencia.

—Deja de repetir frases hechas, por favor. ¿Crees que esa gentuza dejaría el gobierno si se lo pidiera amablemente?

—Pero...

—Blanca —suspiró cansado—, no hay más método que ese. Nadie nos va a ayudar a quitarnos a esos parásitos de encima desde el exterior, y tampoco tenemos una democracia verdadera. O lo matamos a él, o él nos matará a nosotros como ha ido haciendo hasta ahora.

Estábamos los dos sentados en aquella mugrienta cama, desnudos, iluminados por el resplandor de una vela. Aquella conspiración para cometer un magnicidio parecía demasiado irreal. Éramos como dos niños confabulando para cambiar el mundo.

—Te entiendo, Gabriel. Comprendo tus motivos y si yo estuviera en tu situación, quizá haría lo mismo, pero no es tan fácil. ¿Quién te garantiza que el que lo sustituya no vaya a ser peor todavía?

De improviso, Gabriel rio por lo bajo.

—¿No recuerdas que una vez, sentados en un autobús, yo te hice esa misma pregunta? —susurró mirándome a los ojos—. Tú me dijiste que no lo sabías, pero que había que intentarlo. Y tenías razón: no se puede vivir con miedo. Si te estás quemando en el fuego, es mejor saltar que quedarte quieto, aun a riesgo de caer en las brasas, ¿no?

—Ahora eres tú el que está repitiendo frases hechas.

—No importa, sé que mi decisión es la correcta. Los argumentos son lo de menos.

—Perdona, pero creo que los argumentos nunca son lo de menos.

Gabriel pareció meditar un momento.

—¿Sabes quién es Nelson Mandela? —preguntó al fin.

—Por supuesto. El expresidente de Sudáfrica y el ganador del Nobel de la paz hace unos años.

—¿Lo admiras?

—Admiro lo que hizo por su pueblo.

—Pues una vez dijo: «Un gobierno que usa la fuerza para mantener su dominio enseña al oprimido a usar la fuerza para oponerse a él». —Me apuntó con el dedo y concluyó—. Ahí tienes un argumento.

—Si vamos a empezar con citas históricas...

—No se trata de eso. Quiero que comprendas que los grandes cambios y las revoluciones siempre han tenido que usar la violencia para lograr sus fines. ¿Crees que los *sans culottes* habrían tomado la Bastilla con flores y guitarras? Cuando un pueblo realmente oprimido desea liberarse, siempre se ve forzado a usar algún tipo de violencia, pues es el único recurso que le queda. Se ve abocado a ello precisamente por aquellos a quien desea derrocar. Yo no desearía tener que arriesgar la vida para acabar con nadie, pero miro a mi alrededor y veo amigos, familiares y desconocidos muriendo de hambre y enfermedad, mientras que quienes deberían gobernarnos con justicia solo hacen que humillarnos y recrearse en su maldad impunemente. —Se tumbó en la cama, boca arriba, con las manos detrás de la nuca—. No, Blanca. No se puede permitir. Alguien dijo una vez que lo único que necesita el mal para triunfar es que los hombres buenos no hagan nada. Y yo no sé si soy un hombre bueno, pero de lo que estoy seguro es de que no quiero ser de los que no hacen nada.

Entendía que no podría convencerlo de que cambiara sus planes, pero el miedo a perderlo se imponía sobre cualquier otro sentimiento de justicia o moralidad.

—Y si te atrapan... o te matan —dije, girándome hacia él—, ¿qué se supone que voy a hacer yo sin ti?

—Lo siento, Blanca. No imaginas lo que significa para mí que hayas venido, y lo que dices que sientes por mí es parecido a lo que yo siento por ti. Pero a veces hay que hacer lo que hay que hacer.

—No pienso ejercer de viuda desconsolada.

—Nadie te pide que hagas eso.

—Lo que quiero decir —aseveré, más firmemente de lo que esperaba—, es que no voy a cruzarme de brazos para ver cómo te matas. No acabas de

convencerme con tus argumentos, pero mientras tanto, te ayudaré.

—¿Cómo dices?

—Digo que tu destino será el mío. Sea lo que sea lo que vayas a hacer, lo haremos entre los dos.

—¡Ah, no! —protestó—. De ningún modo voy a permitir que te suceda nada malo por seguirme en esto.

—Yo no he dicho que te vaya a seguir. Lo haremos entre ambos. Yo cuidaré de ti y tú, de mí. Seremos un equipo.

—Has visto demasiada televisión...

—¿Hay trato o no hay trato? —dije, ofreciéndole la mano.

Él me miró, tratando de adivinar hasta qué punto hablaba en serio.

—Esta no es tu guerra —razonó sin fuerza.

—Lo es desde el día en que me torturaron.

—Pero...

—¡Vamos, se me está cansando la mano!

—Esto es una locura.

—Pues será una locura que viviremos juntos. Prefiero morir contigo por una causa justa que tener una larga vida vacía sin ti.

Gabriel miraba mi mano, pensativo. Finalmente, la estrechó con la suya.

No había por allí restaurantes donde desayunar ni nada parecido, de modo que, a la mañana siguiente, la señora que nos había alquilado la habitación consiguió algo de arroz hervido. Lo acompañamos con una chocolatina y una botella de Mirinda, y almorzamos sentados en la cama de nuestro frágil escondite.

—He estado pensando —dijo Gabriel.

—Ya me parecía que estabas raro...

—Vaya, veo que estás de buen humor.

—Estoy feliz. Por primera vez en mucho tiempo, me siento feliz.

—¿Te gusta jugar a conspiradores?

—Me gusta estar contigo. Sobre lo que quieres hacer...

—Queremos —puntualizó—. Somos un equipo, ¿recuerdas?

—Está bien, queremos —admití—. Pues he pensado en ello... y creo que tienes razón. Pero no acabo de descubrir si lo que nos impulsa a ambos es un ansia de justicia o de venganza.

—Si lo que quieres hacer es beneficioso para la inmensa mayoría, ¿importan mucho las motivaciones personales?

—¡Claro que importan!

—¿Ah, sí? ¿En España hay policías?

—No me hagas preguntas tontas.

—Está bien. ¿Crees que ellos trabajan por dinero o por elevados conceptos de orden y justicia?

—Pues... por ambas cosas, seguramente. Ya, comprendo la analogía. Pero lo que queremos hacer no deja de ser un crimen.

—Mi querida e inocente Blanca —dijo mientras engullía una cucharada de arroz—. Llamar a algo crimen o liberación es tan solo cuestión de fechas. Hoy puedo ser un aspirante a asesino y en unos días, un héroe nacional.

—O viceversa.

—No creo que este sea el caso.

—Eso espero... Por cierto, ¿cómo has pensado... ya sabes, hacerlo?

—Con una bomba.

—¿Una bomba? ¡Pero eso puede matar a otras personas!

—Tranquila, será una bomba pequeña que explotará al paso de su coche oficial. No soy un sanguinario.

—¿Y no hay otro modo de hacerlo? No sé, a distancia, con un rifle...

—Imposible. Siempre va rodeado de un escudo humano de guardaespaldas y el auto lleva cristales blindados. Además, ¿acaso tienes tú un rifle de precisión?

—¿Acaso tienes tú una bomba?

—Aún no.

—¿Aún?

—Habrá que fabricarla.

—¿Sabes preparar una bomba? —pregunté incrédula.

—No —contestó tranquilamente.

—¿Entonces?

—La vas a preparar tú.

Decidimos que ir a todas partes juntos sería demasiado llamativo y peligroso, de modo que nos repartimos el trabajo. Yo me encargué de averiguar en internet cómo se hacía una bomba casera. Para mi sorpresa, no solo existían decenas de páginas en las que se explicaba detalladamente cómo construirla, sino que resultaba espeluznantemente sencillo, pues los productos químicos necesarios eran de fácil obtención en farmacias y droguerías.

Teniendo en cuenta lo que tratábamos de hacer y los medios de los que disponíamos, me incliné por la clásica dinamita, muy poderosa y sencilla de elaborar a partir de unos pocos ingredientes. Copié la receta sentada frente a un ordenador en el vestíbulo de un hotel y, simulando ser empleada de una petrolera, dediqué la tarde a recorrer Malabo en taxi comprando los ingredientes necesarios con la mayor tranquilidad del mundo.

Mientras tanto, Gabriel se consagró a buscar un lugar apartado y discreto donde vivir y trabajar sin levantar sospechas. Cuando nos encontramos, me llevó a lo que de momento sería nuestro hogar: una casa deshabitada de paredes de cemento en el barrio de San Fernando. Allí depositamos todo el material que nos iba a hacer falta para construir el explosivo.

La primera noche la dedicamos a repasar el método de fabricación y a asegurarnos de que nada nos faltaría. Las advertencias que encontré en el texto en el que se explicaba cómo hacer dinamita hacían mucho hincapié en la peligrosidad del proceso.

Era necesario elaborar nada menos que nitroglicerina: primero, había que combinar ácido sulfúrico y ácido nítrico; luego, había que añadir glicerina y procurar que la temperatura nunca superara los 30.º C, porque de ser así la mezcla explotaría con efectos devastadores. Lo dejamos todo preparado para el día siguiente por la noche, cuando hiciera menos calor y hubiera menos posibilidades de ser interrumpidos.

La noche fue cálida y húmeda, como todas en Guinea. Quizá el hecho de encontrarnos sudorosos en aquella pequeña cama, conscientes de que cada noche juntos podía ser la última, nos hizo lanzarnos el uno contra el otro en un forcejeo sexual primitivo, sin ternura. Nos buscamos el uno al otro con insaciable ansiedad en un paroxismo de sudor y placer casi brutal, persiguiendo el agotamiento del otro sin reparar en medidas ni límites.

Cuando ya no pudimos más y nos quedamos abrazados en silencio en la oscuridad, mi sexo aún palpitando, tuve el horrible presentimiento de que el destino ya tenía contadas las noches que nos quedaban de estar juntos.

Al día siguiente tratamos de olvidar nuestras inquietudes, así que, como una pareja normal, nos fuimos a la playa. Para no levantar curiosidades indeseadas, marchamos por separado en dos taxis diferentes y nos encontramos en la paradisíaca playa del Seis. La marea estaba baja. Quedaba al descubierto una considerable franja de fina arena negra custodiada de palmeras por la que fuimos paseando de la mano hasta el extremo de la playa. Allí, tras atravesar un río de escasa profundidad, se encontraba un viejo barco oxidado embarrancado entre las rocas.

El cuadro era extremadamente bello. El mar de aquella pequeña bahía se presentaba sereno; unas ligeras olas se acercaban a besar la orilla de la isla. Como el agua estaba caliente, decidimos bañarnos, y como no había nadie en los alrededores, decidimos hacerlo desnudos.

—Cuesta creer —murmuré, mientras flotaba lánguidamente junto a Gabriel, que estaba haciendo el muerto— que estemos aún en Guinea. Esta tranquilidad se me hace extraña.

—Es una pena que nos haya pasado todo lo que nos ha pasado. Si nos hubiéramos conocido en otras circunstancias, ¿quién sabe?, a lo mejor seríamos felices aquí. Guinea es un lugar precioso, un paraíso gobernado por el demonio.

El sol estaba en su cenit. Dejándome llevar por la mínima corriente, vi volar sobre mí una ordenada bandada de algo que me parecieron gaviotas.

—¿Crees que lo lograremos? —pregunté, al cielo más que a Gabriel.

—¿A qué te refieres?

—A todo. A acabar con el tirano, a evitar que nos atrapen... A sobrevivir.

—Eso solo Dios lo sabe.

—No sabía que eras creyente —dije sin cambiar de posición.

—Solo cuando estoy muerto de miedo.

—Ya... Como todos. Y a propósito, pasado mañana es Navidad. ¿Qué es lo que se suele hacer aquí para estas fechas?

—No estoy de humor para celebraciones.

—Bueno, pero yo sí. Me gustaría saber cuál es el típico plato navideño, qué canciones se cantan... En fin, todo eso.

—Las canciones son villancicos traídos por los españoles, y la comida es cualquiera que te quite el hambre. Aquí no tomamos pavo, ni marisco, ni turrónes...

—¿Y juguetes? —insistí, ignorando su tono—. ¿Se regalan juguetes a los niños?

—Cuando era pequeño, una vez me regalaron una botella de refresco el día de Reyes —repuso agriamente—. ¿Cuenta eso?

—Está bien, si no quieres hablar de ello...

—No, no quiero hablar. Lo que quiero —dijo, mientras se acercaba por detrás y me agarraba los senos con fuerza— es hacerte el amor en la playa.

Ya entrada la noche, de nuevo en nuestra guarida, distribuimos por el suelo todo el material para elaborar la dinamita. En el centro de la sala, un gran barreño lleno de hielo rodeaba otro más pequeño, como en un baño maría pero a la inversa. Protegidos por guantes y mascarillas, vertimos el ácido nítrico y el sulfúrico en las proporciones correspondientes. El termómetro de farmacia que habíamos introducido en la mezcla llegó a marcar 27.º C, pero el hielo circundante hizo efecto y rebajó lentamente la temperatura hasta los 14.º C. Entonces, con sumo cuidado, usando un cuentagotas, comenzamos a verter la glicerina muy lentamente para obtener así la nitroglicerina, la cual sirve de base a la dinamita. Lo que no habían advertido en las instrucciones era que la temperatura de la mezcla volvería a ascender. Cuando me di cuenta se encontraba a 21.º C y subía imparablemente.

—¡Gabriel! —le grité al advertirlo, con voz distorsionada por la mascarilla.

—¿Qué?

—¡Mira! —le señalé el termómetro, que ya superaba los 22.º C—. ¡Hemos de poner más hielo! ¡Si alcanza los 30.º C volaremos por los aires!

—¿Hielo? —preguntó alarmado—. ¿Y de dónde crees que puedo sacar hielo a estas alturas?

—¡Joder, tenemos menos de un minuto! —exclamé, aterrada al ver la barra del mercurio sobrepasando la marca del 25.

—¡Pues no hay hielo!

—¡Entonces corramos! —dije, al tiempo que le tomaba del brazo—. ¡Salgamos de aquí!

—¡No! ¡Un momento! —se negó, soltándose—. ¡Se me ocurre una idea!

—¡No hay tiempo para experimentos! —protesté al ver como el termómetro marcaba ya los 28.º C.

Ignorándome, de un salto llegó a la cocina y regresó con un paquete de sal que habíamos comprado por la tarde. Se deshizo de la máscara para arrancar de un mordisco la esquina de la bolsa y vertió todo el contenido en el barreño de hielo.

La temperatura siguió subiendo hasta alcanzar los 31.º C. Yo observaba el termómetro paralizada del terror, segura de que en cualquier instante todo aquello explotaría.

Entonces, milagrosamente, la temperatura se estancó y lentamente volvió a descender: 29, 27, 24, 20... Me caí al suelo de culo, sudando a chorros, incrédula de hallarme aún viva.

Gabriel hizo lo mismo. Desde el suelo me dirigió una sonrisa exhausta.

—Nos ha ido de poco —resopló.

—Yo aún no sé lo que ha pasado... ¿Qué has hecho con la sal?

—Echarla al hielo. Eso hace que enfríe más, y más rápidamente.

—Pensaba que no lo contábamos...

—Al final ha sido divertido —sonrió—. Tenías que haberte visto la cara...

—Tu madre —repliqué, pero no pude contener una sonrisa nerviosa.

Y, absurdamente, acabamos los dos riéndonos, celebrando estar aún vivos. Nuestras carcajadas debieron de oírse muy lejos en el silencio de la noche de Malabo.

Esa misma madrugada pudimos apreciar el resultado final de nuestro mortífero trabajo. Una docena de cucuruchos de papel de periódico de los que salía una gruesa mecha artesanal reposaban inocentemente sobre la mesa de la cocina.

Tras el gran susto que nos llevamos al combinar la nitroglicerina, el resto del trabajo fue mucho más fácil. Mezclamos la «nitro» con una disolución de bicarbonato sódico y agua para neutralizar el ácido. Seguidamente, con la mezcla se hacía una masa a la que se incorporaba arena y algodón de pólvora —que no era más que algodón vulgar bañado en ácido nítrico y sulfúrico, y dejado secar—. Finalmente, envolvimos el resultado en múltiples capas de papel y añadimos las mechas correspondientes hechas también de algodón de pólvora. Los cartuchos —cucuruchos, en nuestro caso— de dinamita ya estaban listos.

Jamás se me habría ocurrido que yo pudiera hacer algo así. Y aún menos, que me fuera a sentir orgullosa de ello y que estuviera ligeramente impaciente por usarla.

¿Era yo misma la que estaba haciendo todo aquello? ¿Tanto había cambiado, o siempre había albergado, sin saberlo, una homicida en mi interior? ¿Quién era yo realmente: la de antes o la de ahora?

Me desperté antes que Gabriel, que dormía a pierna suelta. Me vestí en silencio y me encaminé a la puerta sigilosamente, pero al abrirla chirriaron los oxidados goznes.

—¿Blanca? —dijo una voz desde la habitación.

—Siento haberte despertado, es esta puerta que...

—No importa, cariño. ¿Adónde vas?

—Al centro, por provisiones.

—Esta bien... Solo quería recordarte que te quiero.

—Yo también te quiero —dije, y cerré la puerta tras de mí.

Feliz, casi cantando bajo el sol de la mañana, me encaminé al centro. Había decidido hacer algún plato especial navideño, por muy mala cara que pusiera Gabriel, y en el único lugar donde podía encontrarse comida que no oliera a podrido era en las tiendas de libaneses de la avenida Tres de Agosto, una avenida de seis manzanas de longitud y tan estrecha como cualquier otra calle. Increíblemente, encontré turrón de Jijona y cava catalán (a un precio desorbitado), así como unos filetes de ternera envasados con no muy mal aspecto —no recordaba la última vez que había comido ternera— y un condimento para la carne. Haríamos una cena de Nochebuena a como diera lugar.

Por el camino, me desvié hacia el mercado con la idea de buscar algo de marisco o incluso, por qué no, una langosta. Muy al contrario de lo que sucedía en el resto del país, el mercado de Malabo, un techado sin muros, rebosaba vendedoras por sus costados abiertos. La mayoría ofrecían verduras y frutas locales; me llevé un par de piñas y unos mangos. Ya bastante cargada, me aproximé a la zona de pescados, y digo me aproximé, porque no pasé de eso. Aquel lugar despedía un hedor a podredumbre que se filtraba por las fosas nasales y parecía llegar hasta el mismo cerebro. Creo que jamás había olido nada tan desagradable; ni siquiera la carne putrefacta olía de ese modo. Obviamente, deseché el marisco. Con lo que tenía estaba segura de que podría hacer una cena apetitosa.

Con un par de bolsas de plástico en cada mano desanduve a paso ligero el camino hacia la casa. Pensaba que solo llevaba un par de horas fuera, y en cambio la tarde ya se me había echado encima. La cámara de fotos —que no recordaba cómo había ido a parar a mi bolso— ya empezaba a pesarme. Recordé que tenía que regresar a por hielo para el cava cuando abrí el candado de la puerta, candado que no recordaba haber cerrado.

—¡Hola, amor! —exclamé mientras cruzaba la sala y dejaba las bolsas en la cocina.

No recibí respuesta. Fui a la habitación, convencida de que seguía durmiendo.

—No me puedo creer —iba diciendo mientras caminaba— que todavía estés en...

Pero en la cama no había nadie. Miré alrededor y vi que tampoco estaba su ropa.

—A ver si ha ido a buscarme y nos hemos cruzado —pensé en voz alta.

Regresé a la cocina para guardar lo que había comprado y se me heló la sangre en las venas al ver algo de lo que no me había dado cuenta al entrar. O

mejor dicho, al no verlo.

La dinamita no estaba.

En menos de un segundo pasaron por mi cabeza infinidad de explicaciones y ninguna era buena. Aterrada, registré el lugar en busca de pistas, convencida de que la policía había venido para detener a Gabriel y lo había encontrado con doce cartuchos de dinamita encima de la mesa. Pero ¿por qué se habían molestado en volver a cerrar con candado? No tenía sentido, a menos que... Con un terrible presentimiento regresé a la habitación y descubrí que también mi mochila había desaparecido. Mi ropa aparecía amontonada sobre la cama deshecha.

Alcé la vista y, sobre la cabecera de la cama, una nota aparecía pegada a la pared.

Lentamente, como si tuviera plomo en los zapatos, me acerqué. Arranqué el papel con la mano temblorosa y leí.

«Tengo que hacerlo solo. Te quiero. Gabriel». Un pequeño corazón rubricaba la escueta nota.

Hundida, perdida, muerta, no conseguí sostener la nota entre los dedos. Se balanceó en el aire y cayó a mis pies al tiempo que lo hacía mi cordura, haciéndose pedazos contra la realidad.

Salí a la calle precipitadamente sin molestarme en cerrar la puerta. Corrí como un perro perdido, calle arriba y calle abajo, husmeando en cada esquina y preguntando indiscriminadamente si alguien había visto a un hombre negro con una gran mochila verde. Nadie supo darme razón, así que, desquiciada, bajé hacia el centro escudriñando tras cada puerta, rastreando cada posibilidad, escrutando cada rostro.

Diría que registré cada palmo de aquella ciudad en dos horas de desesperación, con el corazón desbocado y la angustiosa sensación de que ya no iba a encontrar a Gabriel jamás.

Estaba agotada. El sol acababa de ponerse sobre el océano, animando a las hordas de murciélagos a salir en busca de comida. Emitían agudos chillidos y formaban una enorme bandada negra de funesto presagio. Algún comercio destellaba parpadeantes luces navideñas que destacaban entre la sobriedad general. Por algún tipo de contraste, me hacían sentir mucho peor de lo que estaba. Sentía cada guiño de aquellas bombillas como una despiadada risa burlona.

Finalmente, sin saber ya adónde ir, me detuve en un sencillo bar al aire libre y, a falta de tilas relajantes, pedí una cerveza. Traté de recobrar la calma

perdida y comencé a analizar la situación del modo más lógico posible en aquellas circunstancias.

El hecho de que Gabriel desapareciera con los explosivos no significaba forzosamente que los fuera a usar de inmediato. Quizá su plan era ocultarse hasta que se le presentase la oportunidad, y entonces cometería el atentado. De ser así, podía tardar días o semanas en actuar; eso me daba tiempo para localizarlo. Si lo había hecho una primera vez —me convencí a mi misma—, podía hacerlo una segunda.

La fría cerveza tuvo el deseado efecto tranquilizador y, para cuando me terminé el más de medio litro de la botella, ya veía la situación con menos vértigo y bastante más confianza. Tenía tiempo y dinero, así que, sin duda, lograría encontrar a Gabriel antes de que hiciera alguna tontería.

Con esta convicción, me relajé en la silla y dejé vagar la vista por el local hasta que fue a posarse en una pequeña televisión en blanco y negro que transmitía una muda imagen de Obiang leyendo un discurso.

—¿De qué está hablando el amigo? —pregunté a la dueña del bar, apuntando a la televisión con la botella.

—Imagino que está dando su discurso navideño —dijo, mirando la televisión de reojo, apoyada en el interior de la barra—. Pero a quién le importa...

—Parece que no te cae muy bien —comenté, logrando incluso ensayar una sonrisa.

—¿Ese? —dijo, arisca—. ¿Cómo le va a caer bien a nadie? Son una familia de sinvergüenzas, desde el primero hasta el último. Ojalá les cayera esta noche toda la iglesia encima.

—¿La iglesia?

—La catedral de Malabo —puntualizó, apuntando hacia el templo que se erguía a pocas manzanas de allí—. Esta noche a las doce se reúne todo el clan para la misa del gallo. Si explotara esa iglesia —fantaseó ensimismada— todo el maldito gobierno se iría a visitar a Satanás al mismo tiempo.

Dejé sobre la mesa el primer billete que encontré en el bolsillo y salí atropelladamente del local en dirección a la catedral. Seguramente... No, sin ningún tipo de duda, Gabriel estaba allí. Era la oportunidad que él esperaba, la mejor que podría tener. ¿Lo tenía ya planeado mientras elaborábamos la dinamita? ¿Había sido aquel «te quiero» desde la cama una despedida? ¿Me había utilizado? No podía dejar de pensar en todo ello mientras caminaba a paso ligero para no llamar excesivamente la atención.

En pocos minutos llegué a las inmediaciones de la catedral. Militares en traje de gala ya estaban cerrando el paso a vehículos y personas. Rodeé la manzana por detrás de la catedral, pero también habían cortado el acceso por la otra calle, y ya no había más vías para acceder al templo ni a sus alrededores. ¿Andaría Gabriel por las calles adyacentes con su carga mortal a cuestas o, por el contrario, ya habría entrado en la catedral antes de que hubieran instalado los controles y cerrado la calle? Busqué su cara entre la gente que se acercaba a las vallas con curiosidad, pero el alumbrado público apenas permitía reconocer los rostros más próximos. Comencé a moverme entre la creciente multitud tratando de descubrir un rasgo familiar en la penumbra, pero nada conseguí con ello; si acaso, despertar el interés de algún policía que observaba el extraño deambular de una mujer rubia entre el gentío.

No tuve más remedio que salir de allí, antes de que alguien se acercara para comprobar qué estaba haciendo, así que caminé hasta el malecón y me puse a pensar en cómo podría encontrar a Gabriel antes de las doce de la noche para evitar que volara una catedral llena de feligreses.

Por fuerza —deduje— él ya tenía que estar dentro del vallado que abrazaba la catedral y la plaza de la Independencia, ya que ahora sería imposible atravesar el control policial con una docena de cartuchos de dinamita a la espalda. El claro inconveniente era que yo me había quedado fuera. Desde luego no iban a permitir entrar a una vulgar turista española a aquella misa que, como había dicho la señora del bar, era exclusiva para el

clan del presidente y sus acólitos; ciertamente, mi color de piel me impedía hacerme pasar por una prima lejana. Quizá permitieran el paso a la esposa de algún embajador o a una alta ejecutiva de alguna petrolera, pero ni era una de ellas, ni con la indumentaria que había traído desde España podría hacerme pasar por tal.

Por más vueltas que le daba no se me ocurría método alguno para entrar allí. A menos, claro, que...

Y con una descabellada idea tomando aún forma en mi cabeza, emprendí el camino de regreso a la casa a toda prisa, segura de que era esa la única oportunidad que tenía para encontrar a Gabriel.

Había perdido la noción del tiempo durante las últimas horas, y para cuando tomé un taxi de vuelta a la catedral faltaba ya muy poco para las doce. Pensé, durante un fugaz momento, que si en la selva había sido una especie de Blancanieves con mis siete pigmeos, ahora parecía una estresada Cenicienta a quien se le terminaba el plazo a medianoche. Y aunque el desvencijado taxi que me llevaba por las solitarias calles de Malabo no era precisamente un carruaje tirado por briosos corceles, confiaba en que no se convirtiera en calabaza y mi modesto disfraz no desapareciera como por ensalmo.

La cámara que llevaba colgada del cuello, una Nikon D40 de mi padre, me la había traído de Vitoria solo como *attrezzo* en mi papel de turista y no sabía ni cómo se utilizaba, pero combinada con un chaleco de fotógrafo — también de mi padre— en cuyo bolsillo superior izquierdo había escrito con bolígrafo la palabra «PRENSA», y un aspecto medianamente aseado, tenía la confianza en poder atravesar el perímetro de seguridad haciéndome pasar por periodista gráfica.

El taxi se detuvo a escasos metros de la entrada, le pagué el doble por haberse dado prisa y me dirigí con paso decidido hacia el soldado que vigilaba la única entrada en el vallado.

—Buenas noches, necesito pasar —le dije, con la mayor seguridad de que pude hacer acopio.

Ni siquiera llegué a detenerme y avancé hacia la puerta, exhibiendo una confianza que ni de lejos sentía. Y creí por un segundo que iba a entrar sin problemas, cuando la mano del soldado se alargó y me agarró del brazo.

—Documentación —exigió severamente.

—Soy fotógrafa de prensa —alegué mostrando la cámara.

—Documentación —repitió, como si no me hubiera oído.

—Mire —le dije simulando impaciencia—, tengo que cubrir el evento de la misa, y si no me deja pasar no voy a llegar a tiempo.

—No puede entrar si no me muestra su documentación.

—Pero... con las prisas se me ha olvidado en el hotel, y no la llevo encima.

El soldado me apretó con más fuerza el brazo y levantó la mano.

—¡Sargento! —gritó—. ¡Aquí tenemos una indocumentada!

El suboficial se acercó a grandes zancadas y me estudió con cara de pocos amigos.

—¿No tiene documentación? —preguntó, como si le hubieran dicho que no tenía pulmones.

—Ya le he dicho al soldado que me la dejé en el hotel.

—¿Sabe que los extranjeros están obligados a llevar siempre documentación? —Y añadió siniestramente—: Va a tener que acompañarme a comisaría.

Un frío escalofrío me recorrió la espalda.

—Mire, sargento —pronuncié lentamente, haciendo uso de toda mi sangre fría—. Soy la enviada especial de una importante agencia de noticias para cubrir este evento. Sé que debería llevar mi documentación encima, y me disculpo por ello, pero si usted no me deja pasar no podré hacer mi reportaje sobre el presidente Obiang y su familia. Mañana tendrá que darle explicaciones, quizá personalmente, de por qué el reportaje no ha podido ser realizado.

El militar pareció perder parte de su confianza.

—Pero sin documentación... —vaciló.

—Está bien —faroleé—. Llévenme a comisaría o hagan lo que les dé la gana, pero vayan pensando en una buena excusa para darle a su presidente de por qué mañana no va a poder ver sus fotos en ningún periódico.

El sargento me clavó los ojos visiblemente enfadado, pero dudoso. Finalmente, tras haberme cacheado exhaustivamente y haberse asegurado de que no llevaba un arma oculta, me hizo un gesto poco amistoso con la cabeza y me dejó pasar.

El interior de la catedral ya estaba casi lleno y todos los bancos del fondo estaban ocupados por personajes endomingados acompañados de sus altivas esposas. Había comprobado el exterior del templo y el pequeño parque de enfrente, y no había visto a Gabriel. Solo me quedaba por revisar el interior de la catedral.

Entré por la puerta principal como el resto de los invitados y caminé por el pasillo central, sintiéndome el centro de todas las miradas. No reconocí a nadie, pero allí estaba el gobierno guineano en pleno con sus familias, a derecha e izquierda, sentados en los largos bancos de madera.

—¡Prensa! —exclamó alguien a mi espalda—. ¡Eh! ¡Prensa! —insistió, y entonces caí en la cuenta de que me llamaban a mí. Tragué saliva y me giré.

—¿Sí? —pregunté a un hombre trajeado y de prominente barriga que se había levantado de su asiento.

—¿Por qué no nos sacas una foto a nosotros? —preguntó, señalando a la que debía de ser su esposa, sentada junto a un niño y una niña—. ¿O es que solo vas a fotografiar al jefe?

—No, claro. Pónganse todos juntos y les fotografío.

Amén de que no sabía cómo funcionaba la cámara, ni siquiera se me había ocurrido comprobar si la batería estaba cargada; si no era así, aquella familia quizá sospecharía de mi tapadera y yo podría verme en serios aprietos. Sería irónico —pensé— que acabaran descubriéndome por una tontería como esa. Con el corazón en un puño, apreté el botón de encendido, y contuve la respiración hasta que no vi encenderse la luz verde del *flash*.

Traté de enfocar lo mejor posible. Por la pequeña pantalla de la cámara vi sonreír a los cuatro componentes de aquella familia. Aunque los padres fueran unos indeseables —cosa que tampoco sabía—, la niña de once o doce años con vestidito rosa y dos graciosas coletas, así como su hermano pequeño, que exhibía una sonrisa mellada, no eran culpables de nada; por supuesto, tampoco merecían seguir la suerte de un viejo dictador solo por coincidir bajo el mismo techo durante una hora.

Apreté el disparador, se encendió el *flash* y me convencí de que no solo debía encontrar a Gabriel, sino que, además, debía detenerlo como fuera.

Observé el resultado en la pantalla y me sorprendí por la buena instantánea que había conseguido. Me acerqué la cámara a los ojos y descubrí en la misma foto una cara conocida un par de filas más atrás.

Casi se me cae la cámara al suelo al ver en ella el rostro del capitán Anastasio Mba Nseng.

Rápidamente me di la vuelta y me alejé en dirección a las primeras filas. Varias personas más me pidieron que también a ellos les hiciera una foto, a lo que me negué aduciendo que tenía que cambiar la batería, pero que regresaba enseguida.

Los guardias uniformados que estaban apostados cada pocos metros no me prestaban mayor atención, convencidos de que no podría estar ahí sin el permiso correspondiente. Simulando que trasteaba con la Nikon, fui revisando discretamente todos los bancos. Llegué hasta la primera fila, desolada por no haber visto a Gabriel.

—Muchacha —dijo una voz grave a mi lado—, ¿no nos vas a sacar una foto antes de que comience el oficio?

Me giré para repetir la excusa de la batería y me encontré con que la persona que me había hablado me resultaba muy conocida. De hecho, su foto podía encontrarse en cada esquina de Malabo, en cada comercio u oficina. No me hizo falta ver la banda presidencial que le cruzaba el pecho para saber a quién tenía enfrente.

—¿Eh? ¡Oh, sí! Por supuesto —balbucí. Di un paso atrás y, con la mano temblorosa, iluminé de nuevo la nave con el *flash*—. Ya está —dije tontamente.

—Esta bien, muchacha. No sabía que la prensa estaba invitada a la misa —dijo entrecerrando los ojos detrás de sus gafas de carey.

—Esto... pues no sé. A mí me dieron un...

—Está bien —me interrumpió con un ademán—. Ya hablaré más tarde con el jefe de prensa. Tú puedes irte.

—Gracias —mascullé, parodiando una especie de reverencia—. Que tengan una buena... —Me di cuenta de que estaba hablando sin sentido y Teodoro Obiang Nguema no me quitaba la vista de encima—. En fin... Buenas noches.

Me di la vuelta y me alejé en dirección a la pared más próxima. Allí vi una puerta de madera que daba a una habitación contigua. Entré en ella rápidamente, cerré la puerta y apoyé sobre ella mi espalda. Estaba empapada en sudor.

Tras respirar profundamente un par de veces con el fin de recobrar la calma, miré alrededor y me di cuenta de que estaba en una pequeña capilla totalmente vacía. Pero cuando me disponía a salir, vi otra pequeña puerta. Me acerqué a ella, la abrí con no poco esfuerzo y descubrí una empinada escalera de caracol que ascendía hasta lo que debía de ser el tejado de la catedral.

Estuve a punto de desechar la idea, pero me dije que debía registrarlo todo. Así que comencé a ascender los escalones metálicos hasta que, minutos más tarde, llegué jadeando a una portezuela de hierro.

La abrí y me encontré al aire libre sobre el mismísimo tejado abovedado de la catedral. A pesar de la oscuridad de la noche, tachonada de estrellas

veladas por el *harmatan*, distinguí en el punto más elevado de la bóveda a un hombre de espaldas, agachado, que no había reparado en mí.

Me acerqué sigilosamente. Grité su nombre y se giró. Un par de ojos me miraron estupefactos. En una mano llevaba un encendedor y en la otra sujetaba un extremo de mecha.

—¿Qué...? ¿Qué haces aquí? —preguntó atónito, incorporándose.

—¿Y a mí me lo preguntas? —le espeté, súbitamente furiosa—. ¿Qué coño haces *tú* aquí? ¿Es que quieres volar la jodida iglesia con todos dentro?

Gabriel se acercó y pude ver que llevaba puesto un viejo uniforme de policía, lavado y remendado.

—¡No me toques! —dije al ver que alargaba los brazos hacia mí—. ¡Me dejaste tirada otra vez! ¿Te crees que soy un puto perro?

—Tranquilízate, Blanca. Por favor...

—¿Qué me tranquilice? —repliqué con una carcajada de incredulidad—. Me abandonas sin decir nada, te marchas con veinte kilos de dinamita, te descubro intentando matar a cientos de personas inocentes, ¿y me pides que me tranquilice? —Me descolgué la cámara del cuello y la tiré al suelo con furia.

—Te entiendo, Blanca. Perdóname, pero estoy haciendo lo que tengo que hacer.

—Y yo, como una idiota —dije sin prestarle atención—, tragándome toda esa mierda de que éramos un equipo, que no harías nada sin mí...

—Escúchame, por favor. Me creas o no, te quiero. Me odiaba por estar engañándote, pero no tenía otra opción.

—Podrías haberme dicho la verdad.

—No quería ponerte en peligro y, además —añadió, señalando las cargas de dinamita—, ¿me habrías ayudado a...?

—¡Por supuesto que no! Esto no es lo que habíamos planeado.

—Tuve que improvisar.

—¡Pero vas a provocar una masacre! ¿Por qué?

—Lo sabes perfectamente. ¿Por qué matar una sola serpiente si puedo eliminar todo el nido de una vez?

—¿Y qué me dices de las decenas de inocentes que van a morir? ¡Hay niños ahí abajo! ¿Lo sabes?

—No puedo hacer nada por ellos —murmuró, bajando la mirada.

—¿Qué no puedes? —exclamé—. ¡No hagas estallar la dinamita, eso puedes hacer!

—Tengo que hacerlo, Blanca —dijo, tomando de nuevo el extremo de la mecha—. Por cada inocente que muera esta noche, se salvarán cientos más adelante.

—Eso no lo sabes —repliqué, nerviosa al verlo de nuevo con la mecha en la mano.

—Cierto, pero al menos lo habré intentado.

—¿Y ese intento vale doscientas o trescientas vidas?

El semblante de Gabriel se endureció.

—Esa —dijo muy serio— es menos gente de la que matan solo en un mes.

—Ya, y tú quieres competir con ellos.

—No digas eso. Sabes que no es así.

—¿Y me lo dices sosteniendo una mecha de dinamita?

—Es la única forma de hacer justicia. ¿Es que ya no recuerdas por todo lo que te han hecho pasar?

—¡Claro que me acuerdo! Pero matar a otros no va a hacer que me sienta mejor.

—Quizá tú no te sientas mejor. Pero el medio millón de guineanos que los llevan sufriendo treinta años, te aseguro que sí.

—Es un precio muy alto.

—La libertad no es gratis, Blanca. En cualquier revolución mueren inocentes. Es triste, pero inevitable.

—¡Pero sí es evitable! —supliqué, viendo como prendía la llama—. ¡No enciendas esa mecha!

—Lo siento, ya no hay marcha atrás. Prepárate para salir corriendo.

—¡No! ¡No lo hagas! —grité.

De repente, a mi espalda, una voz rasposa, burlona y desagradablemente conocida preguntó:

—¿Qué es lo que no quiere que haga, señorita Idoia?

Me di la vuelta. Allí estaba, con uniforme de gala y una pistola en la mano, el siniestro militar de la cara marcada luciendo una macabra sonrisa.

—¿Qué cree usted que está haciendo? —preguntó, como si aquello le divirtiera.

—¿Yo? Nada —dije, aterrorizada.

El capitán Anastasio se acercó unos pasos y me estudió con detenimiento.

—Entonces, ¿qué está haciendo con esa... especie de cuerda?

Me miré las manos, sin saber a qué se refería. En la derecha sostenía, ciertamente, la mecha de la dinamita.

—Yo no sé —mascullé, sinceramente sorprendida— cómo ha llegado esto aquí.

El capitán siguió la línea de la mecha con la vista hasta que se percató del racimo de cucuruchos de papel atados entre sí. Entonces levantó el arma y me apuntó a la cabeza.

—Maldita terrorista —ladró entre dientes—. Sabía que lo era. ¡Suelte ahora mismo esa mecha y aléjese de los explosivos!

Aturdida, hice lo que me ordenó.

—Le juro... que yo no pretendía hacer nada —protesté tímidamente—. ¡Quería evitarlo!

—¿Usted piensa que soy idiota? La descubro con las manos en la masa y aún se atreve a negarlo. ¡Debería matarla ahora mismo!

Miré alrededor buscando a Gabriel, intrigada, sin entender cómo había podido esfumarse de aquel modo.

—¿A quién busca, terrorista? Aquí solo estamos usted y yo. Nadie va a venir a rescatarla, y no va a tener de nuevo la suerte de escaparse de un camión en marcha. ¿Sabe que usted es la única a quien no logramos atrapar de aquel camión?

Evidentemente, estaba mintiendo. Gabriel también escapó conmigo.

—Le he dicho la verdad. —Trataba de ganar tiempo, imaginando que Gabriel andaría escondido y en cualquier momento se lanzaría sobre el militar

—. Esto de aquí es un explosivo, es cierto, pero le aseguro que mi intención era evitar que se utilizara.

—¿Sabe que está usted loca de remate? —afirmó, mirándome casi con compasión—. No hay nadie más con usted, ¿es que no se da cuenta? La seguí cuando la vi tomando fotos, subí la escalera detrás de usted y llevo un rato observándola desde la puerta. —Meneó la cabeza con una sonrisa cruel—. Se ha pasado cinco minutos discutiendo usted sola.

—Pero... ¿qué está diciendo? Solo quiere confundirme.

El capitán Anastasio rio con ganas.

—¿Para qué querría yo confundirla? Está tan chiflada que ni se ha dado cuenta. Le aseguro que me lo estaba pasando muy bien viéndola gritar y gesticular, como si hablara con alguien. En realidad, hasta que no sacó el encendedor de su bolsillo no me decidí a detenerla.

Instintivamente me metí la mano en el bolsillo para descubrir, con un súbito escalofrío, que tenía un encendedor en el fondo del mismo.

—No... no entiendo —farfullé.

—Yo se lo explico —dijo enseñando los dientes—. Está usted completamente loca. Sin embargo, no crea que por eso va a evitar el fusilamiento. Aquí no es excusa estar mal de la cabeza para librarse de la justicia.

Ajena a la voz del militar, mi memoria desanduvo a trompicones las huellas de los últimos minutos, días y semanas. Repasé uno por uno todos los momentos compartidos con Gabriel como en una sucesión de diapositivas. Inexplicablemente, en cada una de ellas, su rostro, su voz, su presencia se diluían en mis recuerdos y escapaban como humo entre los dedos, como si nunca hubieran estado ahí.

Con un estremecimiento, caí en la cuenta de que en ninguna ocasión lo había visto relacionarse con otras personas. De hecho, pensándolo bien, incluso al hablar con él delante de otros había advertido en ellos expresiones de desconcierto que nunca había sabido a qué atribuir.

¿Cómo era posible?

¿Había regresado a Guinea buscando a Gabriel? ¿O era una parte oscura de mí la que me había llevado a aquel tejado?

Trataba de evocar desesperadamente alguna situación que desmintiera lo que la razón me decía a gritos.

¡Por Dios! ¡Había hecho el amor con él! ¿Cómo se puede imaginar eso?

¿Y todo lo que me había contado sobre Guinea? ¿Ya lo sabía? ¿Quién me arrastró entonces aquella primera noche a través de la oscuridad de la selva?

Me negaba a creer que había sido yo misma. ¿Tanto había necesitado tener a alguien a mi lado?

No quería admitirlo. No podía.

Sin embargo, en el fondo de mi cerebro una desoladora certeza luchaba por abrirse paso e intentaba decirme que siempre había habido algo que no acababa de encajar.

Pero, de ser así, eso significaba que yo...

—¿Qué? —preguntó burlón, interrumpiendo mis pensamientos—. ¿Está dándose cuenta ahora de su demencia?

No podía creer que... No, no podía ser cierto. Todo había sido real. ¿Cómo no iba a existir Gabriel? ¡Me había enamorado de él!

Aun así, aquella voz interior insistía a gritos en que aquel despreciable personaje tenía razón. Cuanto más lo pensaba, más segura estaba de ello.

El hombre al que amaba y por el que estaba dispuesta a matar o a morir no era más que una ilusión, un espejismo, el deseo alucinado de una mente que, al borde del abismo, para salvar la cordura, había concebido una esperanza que me tomase de la mano bajo la forma de arcángel de piel negra.

El resultado final era que me hallaba en el tejado de una catedral rodeada de explosivos.

Yo me había vuelto loca. Y Gabriel había resultado ser un arcángel vengador.

—Pero... —murmuré, aturdida, levantando las manos—. Yo... no quería matar a nadie. De verdad, lo juro.

—Sí, claro... ¿Qué es lo que hay en los cartuchos? —preguntó, señalándolos.

—Es... dinamita.

—¿Pretendía derrumbar el tejado de la catedral sobre la gente?

—¡No! —titubeé un momento—. Es decir... no lo sé. No sé qué está pasando.

—Yo se lo voy a decir. Usted es una terrorista enviada para matar a nuestro amado presidente y yo la he descubierto *in freganti*.

—Se dice... Bah, olvídelo. Supongo que tiene razón —admití sin fuerzas, derrumbándome sobre las tejas del abovedado tejado—. No sé cómo, pero usted tuvo razón desde el principio —asentí, abrazada a mis rodillas, y dejé escapar un gesto resignado al pensar en lo demencial de todo aquello.

—Claro —replicó el capitán Anastasio—, yo siempre tengo razón.

Sin dejar de apuntarme, se acercó para estudiar más de cerca los cucuruchos de papel de periódico.

—¿Son caseros? —preguntó

—¿No se nota?

El militar estaba tan absorto en los explosivos que pasó por alto mi respuesta.

—¿Y los ha hecho usted sola?

—No —repuse con una mueca triste—. Me ayudó un fantasma.

Entonces volvió a mirarme con sus fríos ojos crueles.

—Me alegra que tenga sentido del humor —dijo con voz glacial—. Porque a partir de mañana usted y yo nos vamos a divertir mucho juntos...

Si me hubiera hecho aquella amenaza un rato antes, me habría acobardado; sin embargo, ahora casi me dejaba indiferente. Todo mi mundo, mi propia esencia, se había colapsado sobre sí misma como había estado a punto de hacerlo aquella bóveda. Me había hecho brutalmente consciente de

mi auténtico estado mental. En un momento perdí no solo al hombre del que me figuraba haberme enamorado, sino también a la mujer que creía que era. Y cuando se pierde todo, incluida la razón, ¿qué importa todo lo demás? Yo ya no era Blanca Idoia, aquel cuerpo cansado no era el de la mujer que meses atrás llegaba a Guinea llena de ilusiones, ya no era la niña que jugaba con su perro en la casa de sus padres, ni la joven que se escapaba los fines de semana a los montes de Álava, ni tampoco, definitivamente, la convencida pacifista de antaño. ¿Quién era entonces la mujer que veía el mundo a través de mis ojos? ¿Desde cuándo había estado ahí? En definitiva, ¿importaba ya eso?

Levanté mi cabeza perdida y descubrí al militar examinando detenidamente los explosivos.

—Esto está muy bien —murmuraba—, pero que muy bien.

—¿Le gustan? Puede quedárselos, se los regalo.

Me miró un momento de reojo y volvió a centrarse en los cartuchos.

—¿Y de cuanta duración es la mecha? —preguntó con relamida inocencia.

Estaba a punto de contestarle, cuando intuí las posibles y escalofrantes implicaciones de aquella pregunta.

—¿No estará pensando en...?

El capitán Anastasio se incorporó, con la maldad llameando en el fondo de sus ojos.

—¡Quiere usar la bomba! —exclamé conmovida, apuntándole con el dedo.

—¿No es lo que usted quería hacer hace un momento? —inquirió con sorna.

—¡No! Ya le dije que pretendía evitar que... En fin, que yo misma la hiciera explotar. —Me oía a mí misma y se me revolvían las tripas.

—Mire, usted está completamente loca. Así que no solo será acusada como culpable del atentado, si no que realmente lo parecerá.

—Es un hijo de puta...

En lugar de enfadarse, rio por lo bajo.

—Y lo seré por muchos años, mientras usted se pudre en una de nuestras cárceles.

Curiosamente, cada vez me afectaban menos las amenazas de aquel hombre.

—Pero ¿por qué? —quise saber—. ¿Qué ganará matando a toda esa gente?

El militar volvió a reírse como una hiena.

—El sueldo de capitán no está nada mal —dijo, irguiéndose y levantando la mandíbula—. Pero creo que el de presidente es aún mejor. —Y rio por tercera vez.

A través de las plantas de mis pies me llegaba el murmullo de los rezos, los cuales otorgaban al momento, si cabe, una mayor sensación de irrealidad.

—¡Está más loco que yo! —me oí decir a mí misma—. ¡Nunca será presidente, y será juzgado por asesino!

—¿Ah, sí? —preguntó, divertido—. ¿Y quién me va a juzgar a mí? Todo el gobierno y los oficiales de alto rango están ahí abajo. Seguramente soy el militar de mayor graduación que no está ahora mismo en esa estúpida misa; de modo que, si todos murieran a causa de un trágico atentado terrorista, haría falta una mano firme que llevase el timón de Guinea Ecuatorial.

—Y pretende —dije con asco— que esa mano sea la suya.

—¿Se le ocurre alguien mejor?

—Yo habré perdido la cabeza, pero usted es un monstruo.

—Y tú vas a ser mi puta —dijo, acercando su rostro al mío—. A partir de mañana verás lo que te espera en...

No le dejé acabar la frase. Había encontrado al tacto la correa de la cámara y, cuando se acercó confiado en que estaba desarmada, le golpeé con todas mis fuerzas en la sien con la Nikon de casi medio kilo.

El militar se llevó las manos a la cabeza, gimiendo de dolor y de rabia, y de un salto me dejé caer cúpula abajo en dirección a la puerta. Cuando traspasaba el umbral con el corazón latiendo desbocado, le oí gritar con furia:

—¡Maldita perra! ¡Te voy a matar! ¡Te voy a matar!

Me precipité por la escalera de caracol y bajé lo más rápido que pude, sin apenas rozar los escalones.

En unos segundos alcancé la capilla, la crucé y aparecí de improviso en la nave del templo, trastabillando justo al lado del párroco que oficiaba la misa.

Hubo algún grito aislado de sorpresa desde los primeros bancos, y rápidamente cuatro soldados se aproximaron apuntándome con sus armas. Pero yo aparté del micrófono al atónito sacerdote y grité desesperada:

—¡Escúchenme, por favor! ¡Hay una bomba en la iglesia! ¡Salgan ahora mismo de aquí!

Los feligreses, lejos de hacerme caso, se miraban entre ellos y murmuraban en voz alta.

Los soldados llegaron hasta mí. Entre dos de ellos me aferraron por los brazos y me arrancaron brutalmente del púlpito.

—¡Háganme caso! ¡Hay una bomba en el tejado!

Casi todos miraron hacia arriba, pero lógicamente solo repararon en los frescos deteriorados por la humedad.

Se oyeron algunas carcajadas.

—¡Llévense a esa loca! —gritó alguien.

Los soldados seguían tirando de mí sin miramientos y me llevaban por el pasillo central mientras yo forcejeaba inútilmente.

—¡Salgan de aquí! —volví a gritar. Al ver a los pequeños a los que había fotografiado antes, exclamé fuera de mí—: ¡Por Dios, saquen a los niños! ¡Saque a los niños!

Pero nadie se movió de su sitio.

Yo ya estaba casi en la puerta. Y entonces, el techo explotó.

En la décima de segundo siguiente, la onda expansiva me alcanzó con un seco mazazo directamente en el centro del pecho, haciendo que expulsara todo el aire de mis pulmones. Justo antes de que llegara el ensordecedor estampido de la detonación, las vidrieras de la catedral salieron despedidas hacia el exterior hechas añicos, mientras los sólidos muros y el suelo temblaban como en un terremoto. Para cuando los primeros cascotes cayeron a lo largo de los treinta metros que separaban el techo del suelo, el sordo rumor del derrumbe ya se había enredado con los agudos gritos de pánico de trescientas gargantas. Aquellos hombres, mujeres y niños veían abalanzarse sobre ellos la muerte en forma de sucia nube de piedra y polvo. Inmediatamente, me vi libre de los soldados que me llevaban; incrédulos, miraban ahora hacia el cielo que se les derrumbaba sobre sus cabezas. Yo aún tuve tiempo de lanzarme al suelo protegiéndome la cabeza con las manos, un gesto tan instintivo como inútil. Lo primero que impactó sobre mí fue algo blando pero sin vida; un cuerpo humano, quizá uno de los guardias. Paralizada por el terror, creyendo que me destrozaría los dientes de tan fuerte que los apretaba, esperé la lluvia de escombros. Esta llegó como una granizada e impactó en cada centímetro de mi espalda y de mis piernas. Un fragmento especialmente pesado me golpeó en el costado y me hizo proferir un aullido de dolor. Me pareció que me había destrozado las costillas y que astillas de hueso me desgarraban por dentro. Sobre mí soporté también los tropiezos de las personas que huían a través de la pastosa oscuridad de polvo y humo que impedía respirar; me pisotearon decenas de seres enloquecidos a la búsqueda de una salida que a buen seguro ya no existía, mientras gritaban y

gritaban, y partes del techo y de los muros seguían cayendo, muchas veces ya sobre blando.

Y con la misma brusquedad con que había comenzado, el derrumbe cesó, aunque aún tardaría mucho en desaparecer del fondo de mis tímpanos, y mucho más aún, de mi memoria.

Un irreal silencio se adueñó entonces del lugar. Por unos segundos pareció que todos callaron, atentos al milagro del fin del desmoronamiento del mundo.

Entonces, cuando una extraña paz pareció dar tregua a los sentidos, comenzó el dolor. Empujada por una mano invisible me precipité sin remedio al oscuro pozo de la inconsciencia.

Aturdida, mis manos manchadas de sangre es lo único que mi vista y mi mente pueden abarcar. ¿Es solo mía toda esta sangre caliente y espesa que resbala por mis muñecas y me llega hasta los codos?

Trato de mover la cabeza hacia los lados, pero no puedo.

Trato de incorporarme, pero estoy aprisionada por el peso de un cuerpo ya deshabitado, y mis músculos no me pertenecen. Estoy tirada en el suelo. Sí, eso es. Pero ¿qué ha pasado?

Un insoportable zumbido me impide oír nada y me aplasta con la certeza del miedo y el desamparo. Aunque, un momento... A lo lejos, como desde kilómetros de distancia, creo oír lamentos. No, hay algo más. Hay gritos. Desgarradores gritos de dolor apenas exhalados, pero que se abren paso a cuchilladas a través de la estridente sordera.

Pero ¿quién grita?

Por Dios, creo que conozco esa voz.

Oh, no... Soy yo.

El olvido

Una lluvia triste de finales del otoño austral arrecia tras los cristales del café en la plaza Serrano de Buenos Aires, al que regreso cada tarde.

Vine aquí para terminar de escribir esta historia que tanto me ha perturbado, pues buscaba alejarme de cualquier cosa que me recordara a África. Tecleo estas últimas líneas tras cerrar mi cuaderno de notas, esperando haber sido fiel a las palabras y los silencios que Blanca me dictó durante tres largas y conmovedoras semanas.

Ella sobrevivió a la explosión en la catedral con unas costillas rotas y un sinfín de magulladuras y cortes, pero sobrevivió, cosa que no se puede decir de casi cien feligreses para quienes aquella noche fue la última de sus vidas.

El dictador Teodoro Obiang Nguema, a causa de la inexistencia de hospitales decentes en Malabo, fue trasladado urgentemente en su *jet* privado a una clínica suiza y tratado allí de sus heridas. Su incalculable cuenta corriente le garantiza vivir aún muchos años más, saludable e impune, y a día de hoy continúa siendo el inevitable presidente de Guinea Ecuatorial. Sobre el capitán Anastasio, sin embargo, recayeron las sospechas del intento de magnicidio y un día desapareció sin más, probablemente víctima del sistema judicial del que tanto tiempo fue cómplice.

De Blanca no he vuelto a saber nada.

Hace ya mucho que dejó de escribir. Tal vez decidió que su relación conmigo, mis frecuentes preguntas o mi mera existencia resucitaban todo aquello que pretendía dejar atrás.

Entonces, desde algún oscuro rincón del café, Gardel entona *Volver* y creo verla de nuevo con el pelo aún teñido de rubio enmarcando su gesto cansado, viajando al pasado mientras apura su cerveza apoyada en la barra, esperando a que Gabriel regrese para estrecharla de nuevo entre sus brazos. A veces no está en el páramo de la cordura la casa que deseamos habitar.

Y cuando en la última estrofa el tango lamenta aquello de «vivir, con el alma aferrada a un dulce recuerdo que lloro otra vez...», comprendo al fin

que ella aún sigue allí, que seguirá para siempre donde la vi por primera vez,
con el alma en los huesos, olvidando el olvido en el bar de un marchito hotel
de la bochornosa Malabo.

Buenos Aires

Abril 2008

NOTA DEL AUTOR

Esto que acaban de leer es una novela, una ficción que he creído necesaria para narrar una escalofriante realidad. Lo que en ella detallo es fruto de mi propia experiencia en Guinea Ecuatorial, de testimonios recogidos personalmente y de amplios informes publicados por diversas organizaciones como Global Witness, la Asociación Internacional de Abogados, Transparency International, el Comité para la Protección de Periodistas, la Comisión Alternativa para África, Amnistía Internacional o la ONU.

Sabiendo esto, querido lector, a partir de este punto nos soltamos de la mano.

Ojalá nuestros caminos se encuentren en un mundo mejor.

*Espero que haya disfrutado de esta historia, y de ser así, le agradecería que la valorara o comentara en **amazon.es** o en **amazon.com**, para que de ese modo otros lectores puedan conocer y compartir sus opiniones.*

Muchas gracias y hasta la próxima.

FERNANDO GAMBOA

www.fernandogamboaescritor.com

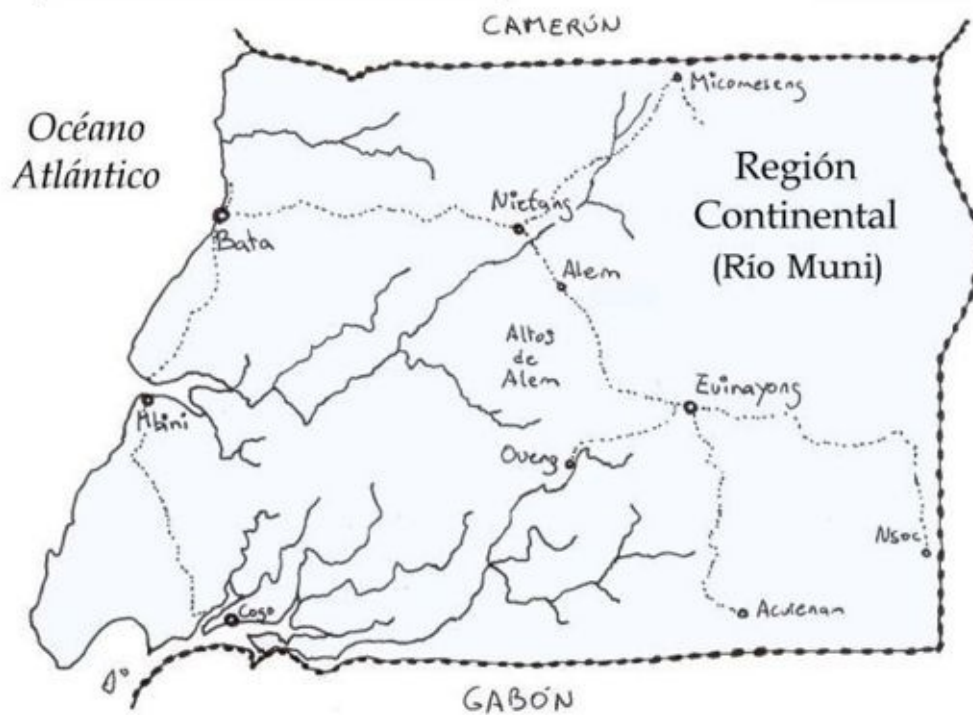
www.facebook.com/Guinea

También puedes encontrarme en:

Twitter

Facebook

GUINEA ECUATORIAL



AGRADECIMIENTOS

Gracias a mis padres, Fernando y Candelaria, y a mi hermana Eva por estar ahí. A Blanca Ogueta por prestarme su nombre y su rostro. A Catalina Ramírez por su sonrisa y su paciencia. A mis amigos Sergio Matarín, Patrícia Insúa y Diego Román por su apoyo y atinadas sugerencias. A Telvi Castillo por compartir conmigo aquel viaje. Y a Lola Gulias y todo el equipo de la agencia Kerrigan, por sus consejos y trabajo.

Pero, por encima de todo, mi eterna gratitud a los miles de lectores que deciden embarcarse conmigo en cada nueva aventura.

Muchas gracias a todos.

FERNANDO GAMBOA



FERNANDO GAMBOA GONZÁLEZ (Barcelona, España, 1970) ha dedicado buena parte de su vida adulta a viajar por África y Latinoamérica y ha vivido en varios países, llevando a cabo trabajos tan dispares como submarinista, profesor de español, empresario, jugador de póker o guía de aventura.

En el año 2007 publicó su primera novela: *La última cripta*, un relato de aventuras en el que plantea un descubrimiento de América previo al de Cristóbal Colón por parte de los templarios, y del que ya se han vendido más de 150 000 ejemplares en todo el mundo. Un *best seller*, que ha sido el libro más vendido en Amazon España en 2012.

En 2008 publicó la inquietante *Guinea*, una trepidante y polémica novela, inspirada en la experiencia del autor en África y Guinea Ecuatorial.

Más tarde, basándose en la historia real de una niña colombiana, escribió *La historia de Luz*, un emotivo y mágico relato, destinado a hacer temblar los corazones de aquellos que lo lean.

La esperada continuación del *best seller* *La última cripta* es la inquietante aventura de *Ciudad negra*, publicada en Febrero de 2013 y que como su predecesora, también alcanzó el #1 en las listas de ventas de Amazon.

En 2014 Fernando Gamboa publicó *Capitán Riley*. Una aventura de acción, romance y espionaje ambientada en Europa y norte de África a principios de los años cuarenta, convirtiéndose en la novela más vendida en Amazon España en ese mismo año.

En Abril de 2015 ha publicado su última obra, una novela corta titulada *Tierra de nadie*, en la que el capitán Riley y sus amigos deberán enfrentarse al ejército de Franco durante una trepidante aventura en la España de 1937.

En la actualidad, Fernando Gamboa emplea su tiempo en viajar por el mundo en busca de nuevas historias y escenarios, así como en escribir nuevos libros de aventuras para los más de 200 000 lectores en todo el mundo que aún siguen queriendo más.

"Un vertiginoso thriller en el corazón de las tinieblas"

se

GUINEA

SIN REFUGIO

SIN SALIDA

SIN ALIENTO

FERNANDO
GAMBOA

Lectulandia